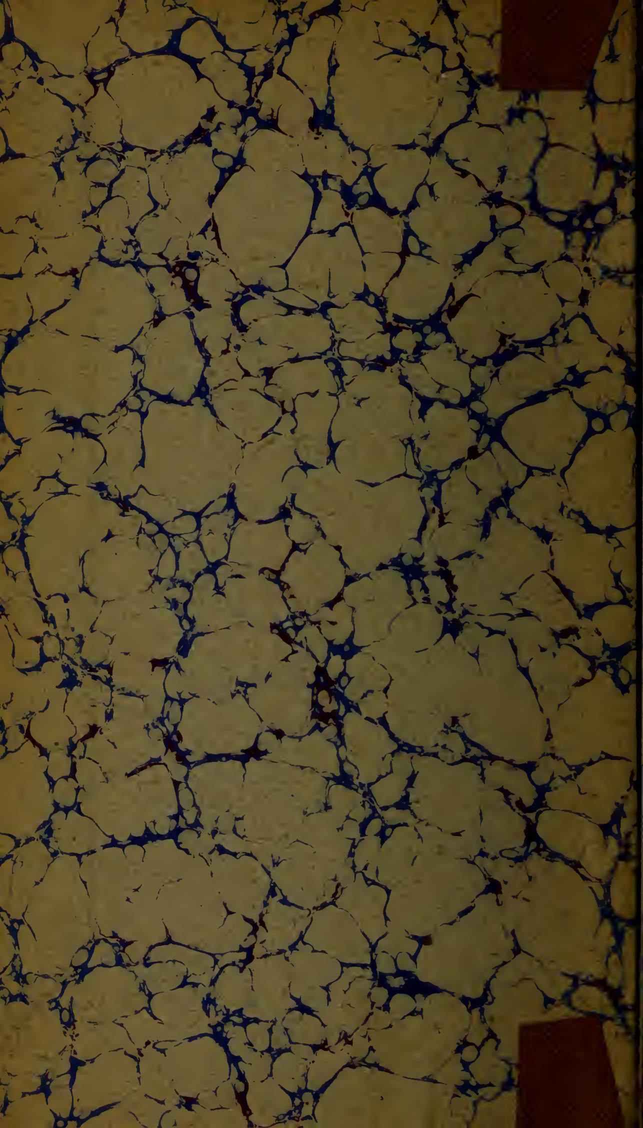
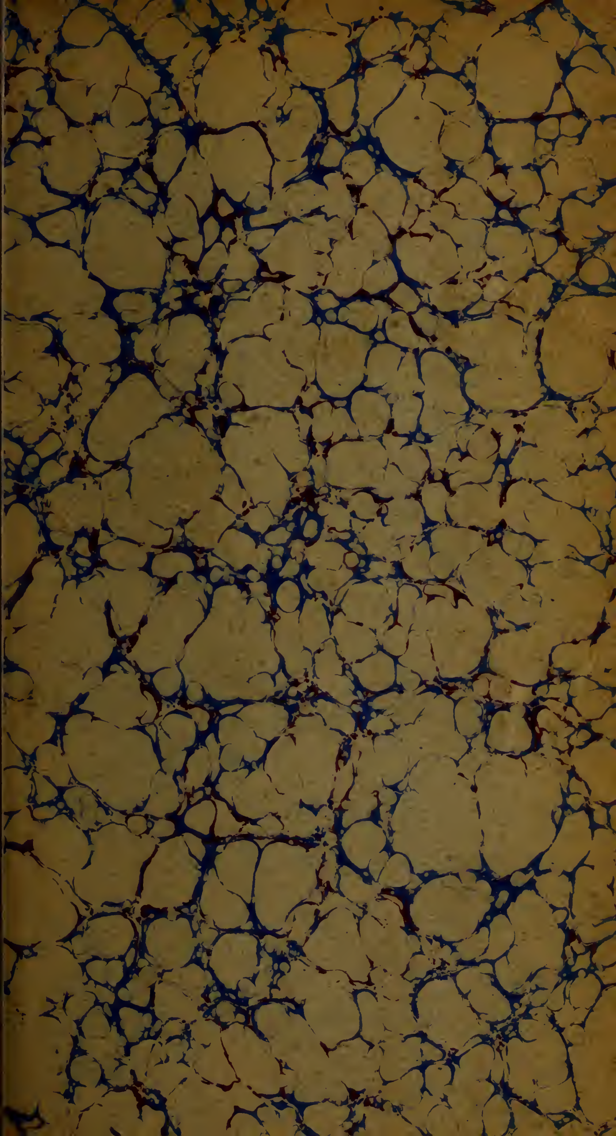






COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

HISTORIADORES


EX-LIBRIS.

CRONICA

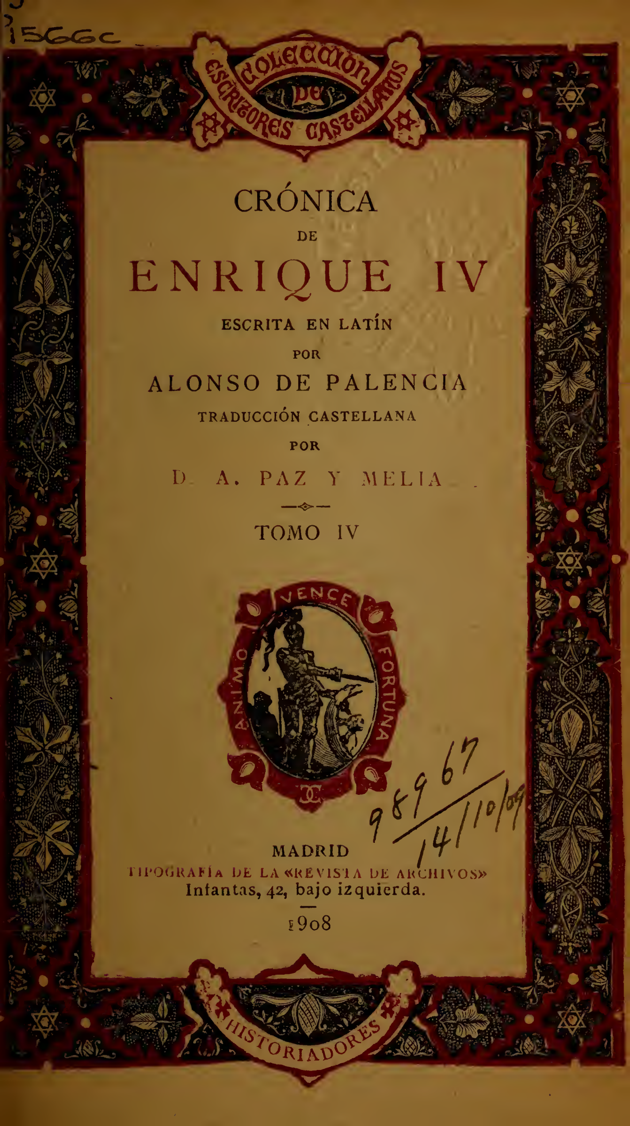
DE

ENRIQUE IV

IV

TIRADAS ESPECIALES

50 ejemplares	en papel de hilo del.............	1 á 50
»	en papel China del..............	I al X



CRÓNICA
DE
ENRIQUE IV
ESCRITA EN LATÍN
POR
ALONSO DE PALENCIA
TRADUCCIÓN CASTELLANA
POR
D. A. PAZ Y MELIA

TOMO IV

MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA «REVISTA DE ARCHIVOS»
Infantas, 42, bajo izquierda.
1908





CAPÍTULO VII

Incursiones marítimas de los portugueses.—Expedición de los sevillanos al mando de D. Enrique de Guzmán.—El Marqués de Cádiz inclinado al partido de D. Alfonso.

COMO por aquellos días el punto principal de las cosas se creía estribaba en la posesión de Burgos, uno y otro partido atendía respectivamente al ataque ó á la defensa de su castillo.

Por su parte, andaluces y portugueses andaban ocupados en expediciones marítimas por las costas de Cádiz. Era ya antiguo en los marineros lusitanos un necio orgullo, fundado en las correrías que á su antojo realizaban desde el Estrecho de Gibraltar, por el Océano, islas occidentales y costa de Guinea. La osadía de estos envalentonados marineros á que dió pábulo la apatía del rey D. Enrique, les impulsó á atacar á los barcos de pesca andaluces que por las costas del mar de Marruecos empleaban las redes llamadas jábegas para sacar cierto pescado muy abundante en las aguas próximas á Tánger. Pronto se apoderaron de muchos de aquellos barcos con sus tripulantes y aparejos. Mas como por entonces el rey D. Al-

fonso, con poca previsión, llamase á incorporarse al ejército á todos sus vasallos limítrofes de Andalucía, los sevillanos acordaron hacer una entrada por Morón, y en caso de éxito, por las otras villas fronterizas de Portugal, como Mora, Moratalaz y otras aldeas completamente desguarnecidas. Para poder penetrar más adentro en territorio portugués, los sevillanos eligieron por caudillo al duque D. Enrique de Guzmán, cuya habitual apatía les era conocida, pero á quien consideraban animado con el éxito de tantas expediciones de los sevillanos en que, como en ninguna otra ocasión al mando de determinado jefe, habían con menos gente derrotado, puesto en fuga y á veces exterminado á mayor número de enemigos. Además, en aquellos días, el Duque, ante las excitaciones de sus amigos, dolidos de que desaprovechase la gran oportunidad que para ensanchar sus dominios le ofrecía la ocupación del Algarbe, desguarnecido á la sazón de caballería, cual si despertara de un sueño, entró en ardor bélico, aumentado por cierto afán de gloria muy propio del espíritu militar. Recibíanse frecuentes avisos del inminente encuentro de D. Fernando con el rey de Portugal, y por leyes del reino, todos los Grandes y los pueblos fieles al primero estaban obligados á combatir al enemigo, mucho más cuando por repetidos mensajes se excitaba á todos los moradores de las provincias lejanas, imposibilitados por la distancia de asistir á la batalla, á molestar á los enemigos próximos con incursiones, talas, sitios y todo género de guerra encarnizada.

Hasta entonces no había dado señales el Duque de obediencia á las órdenes; mas cuando por lo numeroso del ejército castellano y arrogancia de los portugueses conjeturó que la victoria sonreía á D. Fernando, se resolvió á ponerse en marcha al frente de 1.500 caballos y 8.000 peones, la mayor parte sevillanos. Favoreció la expedición la salida del Marqués de Cádiz de Alcalá de Guadaira hacia Jerez, porque mientras permaneciese allí, el Duque tenía la excusa de no abandonar á Sevilla para estar en guardia contra alguna maquinación que la proximidad de los lugares facilitase al astuto Marqués. Mas sabido su regreso y sus apuros, el Duque se encaminó á la frontera portuguesa y emprendió el ataque de Morón con fuerte contingente de sus infantes y caballos, después de dar licencia á otras muchas tropas para marchar sueltas adonde quisiesen. Movidos por el ansia del botín, algunos pelotones de soldados intentaron internarse por los más recónditos valles de la región donde creían hallarse pastando los ganados por más seguros. Animábales también no poco el saber que con la marcha del Rey, á quien habían seguido todos los portugueses de alguna calidad, no habían quedado en el reino hombres de armas ningunos. Con tal seguridad, mientras algunos escuadrones y numerosos infantes recorrían los campos entregándose al pillaje, los que iban con el duque D. Enrique se presentaron en son de guerra ante los moradores de Morón. Estos, amilanados por ser tan pocos, y por la escasísima resistencia de la guarnición, no se atrevieron á escaramuzar fuera de los muros, y tan

trabajosa y flojamente atendieron á la defensa de las puertas y murallas, que cuando los sitiadores andaluces quisieron aplicar las escalas, hallaron libre el paso para el asalto. Ya, primero entre todos, el senescal mayor Pedro Núñez de Guzmán, sevillano, de la gente del Duque, y su pariente, excitaba á los suyos á poner fuego á la puerta de la villa, ante la que osadamente se habían instalado prontos á tomarla, como lo demostraban los lamentos de las mujeres conocedoras del abatimiento de sus maridos, y ya los cercados habían perdido todo valor y esperanza, cuando el Duque ordenó la retirada. Desde el principio, Pedro de Estúñiga se había opuesto con tesón al parecer de los que querían que se combatiese la villa, principalmente porque en los comienzos del ataque había recibido el Duque cartas de su mujer Leonor de Mendoza en que se le participaba que las numerosas fuerzas acaudilladas por D. Fernando habían sido impotentes contra el Rey de Portugal; que vergonzosamente había tenido que retroceder á meterse en Tordesillas, y que, licenciada la caballería, se había quedado con muy poca gente repartida en cuatro ó cinco fortalezas, falto ya de recursos para sostener el ejército y temblando ante las fuerzas intactas y la actitud amenazadora del enemigo portugués. Con estas noticias, el duque D. Enrique, siguiendo nuevamente los procedimientos de su carácter, mandó á sus tropas cejar inmediatamente en el ataque, ó mejor dicho, en el asalto, y apagando su ferviente entusiasmo por la gloriosa empresa para reducirlos á la desmayada cobardía, les obligó de repente

á volver á Sevilla, sin cuidarse para nada de los que se habían internado por aquel territorio para apoderarse de los ganados del enemigo.

La mayor parte de ellos hubieran perecido seguramente si los portugueses se hubiesen apercibido de la confusión de sus contrarios; pero llenos de miedo y encerrados en sus casas, no intentaron siquiera intervenir en lo que fuera ocurría, con lo que fuéles fácil á los castellanos llevarse en su retirada el botín recogido. Ignoraban la causa que había movido al Duque á tan repentina retirada; mas cuando supieron que se dirigía á Sevilla sin la menor gloria, se esforzaron por alcanzarle. El Duque, sin temor de añadir á las demás esta nueva indignidad, arrebató el botín á los que le habían cogido, se quedó con los despojos ajenos, se aprovechó de las fatigas de los soldados, no se cuidó de pagar su estipendio á los hombres de armas ni á los peones, y cerrando los oídos á las quejas de la gente exasperada con el ultraje, aguantó todos los insultos que su perverso proceder arrancaba, con tal de no pagar soldadas y quedarse con el botín recogido con el esfuerzo y peligro ajenos.

Difícil sería dar cuenta de las infinitas quejas de la multitud. El Duque, en su avaricia y apatía, de nada hizo caso, atento sólo á entrar en Sevilla con más riquezas, aunque con menos honra.



CAPÍTULO VIII

Marcha el rey D. Fernando á Burgos. — Tentativas del de Portugal. — Rendición de la fortaleza de Toro. — Propósitos declarados del Arzobispo de Toledo. — Entrada en Arévalo.

El rey D. Fernando que, como dije, había reforzado las guarniciones de Medina del Campo, Madrigal, Tordesillas y otras poblaciones limítrofes, más cercanas á Toro, empezó á ocuparse en el cerco de la fortaleza de Burgos, empresa á que uno y otro bando daba la mayor importancia, por ser imposible que en la diadema del Monarca legítimo faltase el florón de aquella ciudad, cabeza de Castilla, y no dudar nadie de que de su posesión ó de su pérdida dependía la gloria futura ó el futuro oprobio.

Por su parte el Portugués, en cuanto la confusa retirada del enemigo le hizo conocer sus planes, aumentó la artillería asestada contra la fortaleza de Toro. La guarnición, que ya con la marcha de D. Fernando había perdido toda esperanza de socorro, cayó en el mayor desaliento ante la angustia de la mujer del Alcaide, que, llorando su desesperada situación y la de sus hijos, sólo pedía, por medio de mensajeros, que la per-

mitiesen salir libremente. Con esto, los soldados procuraron también, de común acuerdo, mirar por sus vidas, perdida ya la ocasión de alcanzar gloria. El Portugués, con el fin de aprovechar el tiempo para mayores empresas, contando ya rendida la fortaleza, prometió conceder liberalmente cuanto se le pedía. Una vez entregada, la mujer del Alcaide marchó á reunirse con él, acompañada de sus hijos, y á los soldados se les permitió también marchar adonde quisiesen. El rey D. Alfonso dió la Alcaidía á Juan de Ulloa, con abundante dinero para la paga de los soldados y número de éstos para guarnecer la ciudad. Envió á Portugal la mayor parte del peonaje y mucha caballería, y él, con la tropa más escogida, trató, á su paso hacia Arévalo, de apoderarse de Cantalapiedra, bien custodiada por el esforzado Vasco de Bivero. Marchó luego á aquella población, á fin de animar al Conde de Plasencia y á su mujer, muy angustiados con el persistente ataque de la fortaleza de Burgos. Teníales en mayor apuro el ver al rey D. Fernando empeñado con todo su ejército en el sitio del castillo, y no dudaban de que, apoderándose de aquel baluarte, cuya Alcaidía era uno de los honores de su Casa, el nombre de los Estúñigas, ó del Conde de Plasencia, había de quedar extinguido.

Favoreció al Portugués, retrasando el asalto de la fortaleza, la larga espera del Arzobispo de Toledo, hasta entonces indeciso, como sospechoso á los partidarios de D. Fernando, por no seguir al legítimo Soberano, y las excusas que había dado de que su cansada vejez y su falta de re-

cursos le imposibilitaban para salir de su morada de Alcalá, tan á propósito para su perpetua residencia. Eran, sin embargo, muy diferentes sus propósitos, y en cuanto supo que D. Fernando había reunido ejército para ir, como dije, á hacer levantar el sitio de la fortaleza de Toro, empezó á recoger tropas con pretexto de las disensiones de Toledo y de su territorio. A pocos de sus principales familiares engañó, sin embargo, que ya por muchos indicios habían comprendido que la expedición se preparaba en favor del Portugués y contra D. Fernando. Por eso varios dejaron de acudir al llamamiento, con gran desdoro del Prelado. El cual, arrojando la máscara, atravesó los montes con unas 400 lanzas; fué recogiendo algunas por el camino, y se presentó en las cercanías de Arévalo con 500, número bastante inferior á las fuerzas que ordinariamente acaudillaba. Todos los nobles de rectas intenciones se habían negado á formar parte de la expedición, principalmente Gómez Manrique y Luis de Antezana; el primero, porque ya de antemano había resuelto seguir el partido más honroso, y el segundo porque, aprovechando la circunstancia de estar enfermo, se había excusado alegando la precisión de permanecer en su casa.

Llegados á las tierras inmediatas á Arévalo, el rey D. Alfonso salió con su sobrina y futura esposa D.ª Juana al encuentro del Arzobispo, y ya todos reunidos, éste hizo que se prestase homenaje al Portugués. El, por su parte, acogió con singular afecto á tan ilustre personaje en ocasión tan oportuna, y el desdichado Arzobispo, obe-

diente á la voluntad de Alarcón, maquinador de todo aquello, se volvió, según se dice, hacia la joven sobre quien tantas veces había lanzado sus invectivas, y la demostró su acatamiento en estos ó parecidos términos: «Mucho hace, ilustre Reina, única heredera de estos reinos de Castilla y León, que deseaba besaros la mano, como es deber mío suplicarlo. Hasta ahora lo impidieron las grandes revueltas de estos tiempos; mas ahora que la divina misericordia lo permite, la doy por ello las más rendidas gracias.»

Por no oir tan vergonzosas palabras, el arcediano de Toledo, Tello de Buendía, que había acompañado al Arzobispo en la jornada, se alejó de aquel sitio, resistiéndose á sus instancias para que se acercase, y no pudiendo tolerar por más tiempo el semblante enojado de D. Alfonso Carrillo, se volvió á su casa á llorar la funesta y eternamente deshonrosa caída de su bienhechor, que antes de salir de Alcalá había intentado evitar con sus consejos, verdaderamente fraternales, el excelente D. Pedro de Acuña, hermano del Prelado. Pero ni el Conde de Buendía, ni sus hijos, á quienes envió uno por uno á visitar al tío, lograron con sus súplicas y persuasiones hacerle desistir de su propósito, antes rechazó tercamente así al hermano como á los cuatro sobrinos. Fué el primero en hablarle D. Alfonso Carrillo, obispo de Pamplona, muy esperanzado de ablandar con sus ruegos á su tío, cuya ira achacaba más á resentimientos que á perversidad. Siguióle su hermano D. Fernando de Acuña, que, á pesar de su cariñoso saludo y claras razones, no consiguió

nada del cabezudo anciano. Fué el tercero Pedro de Acuña, hermano de los anteriores, y como ellos se esforzó por conmover al durísimo Prelado con sus humildes ruegos; pero se separó de él dejándole tan obstinado como le encontró. El último, aunque por orden el primero, fué Lope Vázquez de Acuña, primogénito del Conde de Buendía y Adelantado de Cazorla, muy querido desde niño de su tío, en cuyo nombre tenía el Adelantamiento, y que por sus numerosos hechos de armas había alcanzado gran reputación. Por todo ello nadie dudaba que las súplicas de tan ilustre persona lograrían reducir á su tío. Viendo, pues, el Conde que las lágrimas de sus hijos no habían conseguido conmover lo más mínimo á su hermano, se presentó él y apeló á supremos recursos para persuadir al feroz Prelado. Cuando se convenció de que estaba dominado por la perniciosa influencia de Alarcón, quiso, según se dice, castigar duramente al maléfico instigador, creyendo que, desapareciendo aquel glotón, recobraría su libertad el Arzobispo, en su entender subyugado por las malas artes del perverso consejero. Pero mientras el conde D. Pedro y sus hijos permanecieron en Alcalá se escondió él, temeroso del castigo de sus crímenes.

No hubo medio de conseguir nada ni con razonamientos ni con lágrimas, pues aunque el anciano Conde en su última entrevista recordó con amargo llanto á su hermano el Arzobispo las muchas obligaciones que le exigían ceder, si es que en algo tenía la nobleza y la integridad, viendo debilitada su autoridad ante la dureza

del Prelado, insensible á las razones como á las lágrimas, padre é hijos marcharon desalentados adonde les llamaban sus asuntos propios.

Poco después el Arzobispo salió con sus tropas de Madrid y fué á reunirse con el Portugués, dando claras muestras con sus hechos del encono que en su pecho abrigaba.





CAPÍTULO IX

Manejos de D. Rodrigo Manrique, del Conde de Cabra y de otros nobles para conservar el Maestrazgo.—Oguela, tomada por los nuestros, y recuperada por los portugueses.

Cundían por todo el reino los tumultos originados por las rivalidades de los Grandes que, divididos en dos bandos, se hacían franca ó insidiosamente cruda guerra. Más que todos, Rodrigo Manrique, conde de Paredes, y ahora titulado maestre de Santiago; el conde de Cabra D. Diego de Córdoba; el comendador mayor Fernando Ramírez de Guzmán, y García de Padilla, clavero de Calatrava, reunidos en Ciudad Real, trabajaban con empeño por destruir al joven Rodrigo Téllez Girón, pseudo maestre de dicha Orden, para restituir el cargo, con arreglo á sus legítimos estatutos, á D. Alfonso de Aragón, hermano del rey D. Fernando de Castilla, aunque procreado en una manceba por D. Juan II de Aragón. Todos los moradores del Maestrazgo deseaban que le obtuviera, á fin de que la Orden militar se restituyese á sus primitivos destinos, arrancándola de manos del juvenil Maestre, en las que habían visto dilapidarse, en escandalosas torpe-

zas, las cuantiosas rentas destinadas á la guerra de Granada y con el desprecio de las constituciones, encaminarse todo á completa ruina.

Era también necesario oponerse á los intentos del mancebo que, en unión de su primo Diego Téllez, marqués de Villena, y de su hermano Juan, conde de Ureña, seguían el partido del Portugués, porque si no se obraba con energía contra los tres jóvenes, dueños de extensos territorios y de pingües rentas, y jefes de numerosa caballería, eran de temer daños irremediables para el partido de D. Fernando. Además, el Maestrazgo de Santiago escaparía para siempre del poder de los citados, puesto que, ocupadas por el marqués de Villena, Diego Téllez, Ocaña y Uclés, cabezas de la Orden de Castilla, y siendo limítrofes todos aquellos dominios, suministraban grandes fuerzas al Marqués, apoyado por su primo el maestre de Calatrava D. Rodrigo. En consecuencia, cuatro de los Grandes consagrados á la guerra hostilizaban á los dos jóvenes, aunque los primeros daños fueron para D. Rodrigo que, además de los castillos de Andalucía y de orillas del Guadiana, junto á la antigua villa de Calatrava, bien murados y guarnecidos, ocupaba muchas villas como Almagro, Almodóvar del Campo, Manzanares, Villarrubia, Daimiel y algunos otros lugares, aldeas y poblados, á poca costa obedientes al vencedor, y por las cuantiosas sumas producidas por los abundantes pastos de la tierra, muy capaces de subvenir al sostenimiento de las tropas.

Estas ventajas dieron alientos á los residentes en Ciudad Real para molestar con frecuentes al-

garadas al joven D. Rodrigo, que continuaba en Almagro con escogida caballería. Iba haciéndose cada vez más manifiesta la extremada pericia de los caudillos veteranos, y apagándose aquel ostentoso arranque del joven D. Rodrigo Girón, falto de todas aquellas dotes propias del buen general. Temeroso de los peligros de la inminente guerra, se acogió á Ocaña, donde la asistencia de su primo Pacheco le ofrecía más seguridad, y dejó en guarda de Almagro con gente veterana al valiente adelantado de Cazorla Diego de Castrillo. El mucho trabajo que le daba la seguridad de la población, por ser sospechosos algunos de los vecinos, le dificultaba no poco el atender de cuando en cuando al auxilio de otras guarniciones; mas conocida la condición de la guerra, demasiado extensa si pretendía acudir adondequiera que amenazase el peligro, se limitó á la sola posesión de Almagro, así porque su más que regular amplitud reclamaba gran vigilancia por parte de la guarnición, como porque su pérdida parecía arrastrar consigo la de toda la campaña. En efecto: por estar asentada en el llano y por la falta de estacadas ó fosos en derredor, no cuenta más defensa que el recinto amurallado, si bien es excelente residencia de los Maestres de Calatrava por su situación en el centro de todos los territorios de la Orden, por tener en derredor enrocadas fortalezas y por la proximidad á los feraces pastos que la enriquecen. Pretendió tomarla el esforzado D. Rodrigo, maestre de Santiago, y al frente de sus compañeros de armas, castigar duramente al enemigo; pero luchando con muchos obstáculos,

tuvo que pensar en otros hechos de armas, y en corto tiempo logró apoderarse de muchas poblaciones. Para evitar los perjuicios de la detención exigida por un largo cerco, renunció á ponérselo al castillo de Almodóvar, contentándose con la posesión de la villa. El clavero García de Padilla reedificó el de Caracuel, que estaba demolido; y el adelantado Rodrigo de Roelas le dió la tenencia de la fortaleza de Malagón, que se había rendido espontáneamente. Los capitanes de D. Fernando se apoderaron de Manzanares, Villarrubia, Daimiel y de otros muchos pueblos y aldeas, además de gran cantidad de pastos y frutos. Creían también segura la toma de las fortalezas si, aprovechando el creciente favor de su causa, se encargaba de dirigir los cercos D. Alfonso de Aragón, maestre de la misma Orden de Calatrava, que, llamado por repetidos avisos de los cuatro caudillos, se daba prisa á acudir á donde le indicaban; mas detenida mucho tiempo su marcha, al cabo no pudo obedecer cumplidamente la orden de su hermano, que deseaba encargarle con toda urgencia del cerco de Burgos. Había alcanzado D. Alfonso singular reputación en varios menesteres de la guerra; pero más especialmente en la disposición de sitios de fortalezas, y en la toma ó en la conservación de la de Burgos se creía consistir el punto esencial de la campaña. Conocidas, pues, las intenciones de D. Alfonso, á la sazón legítimo Maestre de Calatrava, inclinados á la obediencia del rey D. Fernando, los cuatro caudillos hostiles á los dos primeros, Rodrigo Girón y Diego Téllez, se ocuparon en diferentes empresas. Mar-

chó el maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique á tierras de Toledo, dejando en Ciudad Real á su hijo Jorge Manrique en auxilio de los amigos que tenía en la población y de los compañeros de armas del clavero García de Padilla, á cuya obediencia estaban los pueblos ocupados del Maestrazgo de Calatrava. Fernando Ramírez, comendador mayor de la Orden, fué al sitio del castillo de Belmez, que poco antes había empezado á combatir, y llevó consigo refuerzos, por saber que el enemigo trabajaba por hacer levantar el cerco. Con la noticia de que los bandos de Baeza andaban agitados, pues mientras los partidarios del Marqués de Villena estaban en posesión de la fortaleza, los amigos de D. Fernando habían arrojado de la ciudad á sus contrarios y cómodamente podían combatirla, marchó allá á toda prisa con pretexto de socorrer al corregidor Fernando de Covarrubias, enviado tiempo atrás por la reina D.ª Isabel, y cuya autoridad decían muchos había quedado casi anulada con los tumultos de la población. Aprovechándose el Conde de buen grado de estos rumores, volvió á Andalucía, y á favor de las revueltas, trató de apoderarse de la noble ciudad de Baeza, próxima á las tierras de su señorío.

No andaba tampoco remiso D. Rodrigo Manrique, ya más empeñado en recabar para sí el Maestrazgo de la provincia de Castilla. Excitó á su yerno Pedro Fajardo, adelantado de Murcia, á que ocupase con sus tropas las villas del marquesado de Villena, confinantes con sus tierras, y de Aragón y Valencia hizo acudir á otros valientes capita-

nes, sus amigos, para que combatiesen al joven Diego Téllez que, como dije, se había atrevido, á la muerte de su padre, á disputarle el Maestrazgo. Inmediatamente acudieron los aguerridos infantes navarros al mando del arrojado Gracián de Agramonte, y escogida caballería de aragoneses y valencianos, mandada por capitanes tan valientes como D. Ladrón, vizconde de Chelva, y Gaspar Fabra, fué apoderándose de varias villas del Marquesado, muchos de cuyos moradores deseaban vivamente el exterminio de Diego. Era, por consiguiente, la principal dificultad la toma de las fortalezas. Los habitantes de las poblaciones andaban remisos en decidirse por uno ó por otro partido, por temor á las futuras venganzas de los que ocupaban las fortalezas, y ó resistían flojamente á los invasores, ó procuraban alejar de las guarniciones á los soldados veteranos. Era esto para muchos causa de su perdición, porque ya los retenes les daban muerte por sospechosos, ya eran hechos prisioneros por las tropas de lejanas provincias. Entretanto las presas de ganados eran abundantes, y el Marqués y su primo D. Rodrigo Girón eran impotentes para acudir á tantas partes con su caballería, inferior á la enemiga en número y en calidad, mientras el esforzado Pedro Fajardo ocupaba repentinamente la villa de Hellín y otras aldeas, y el más afamado de los caballeros valencianos, Gaspar Fabra, no sólo hacía destrozos en la provincia con sus incursiones, sino que se había atrevido á poner cerco á castillos muy fortificados, apoyado en el favor de los vecinos hostiles á las viejas guarniciones. En poco

tiempo se hizo dueño de muchos pueblos del marquesado; ocupó á Villena, cabeza del territorio, y tomó su castillo, que se creía inexpugnable; por último, se apoderó de Almansa, y con asentimiento de sus habitantes, obligó al valiente alcaide Gonzalo de Hellín á encerrarse en el fortísimo castillo, y con largo asedio trabajó por que aquel Capitán de tan indomable temple se le entregase.

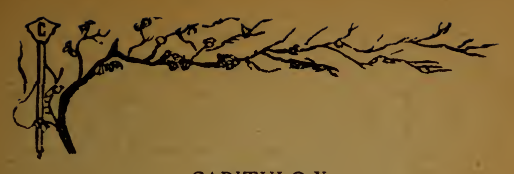
Favoreció la suerte su propósito, porque la peste atacó tan terriblemente á los guardianes de la fortaleza, que sucumbieron la mujer, los hijos y los criados todos del Alcaide, quedando él solo para defenderla. Súpolo Gaspar por un compañero de armas del Alcaide, al fin también atacado de la dolencia, y que, por tanto, á duras penas podía sostenerse en su puesto, ni resistir sino débil é inútilmente, y prosiguió con más furia el ataque. Aun viendo exánime el Alcaide al último de sus soldados, no dejó de recorrer los puestos ya faltos de defensores para morir en ellos peleando; pero de nada sirvió la inaudita constancia de aquel Capitán, porque la fortaleza fué tomada á escala vista por el enemigo. Verdaderamente se tuvo por milagroso que habiendo empezado la peste desde los primeros días del sitio á diezmar la guarnición, respetara á los vecinos de la población, á los asaltantes y á los que después de ocupada la fortaleza permanecieron en ella. Otros muchos sucesos difíciles de contar ocurrieron por entonces, todos en daño del marqués D. Diego, hasta el punto de que en corto tiempo perdió 24 villas y otros tantos castillos, además de Alcaráz, que desde el princi-

cipio abandonó su causa, y Baeza y Trujillo, ciudades ocupadas por su padre, luego vueltas á la obediencia del legítimo Rey, y cuyas fortalezas intentó defender por algún tiempo el Marqués, como se dirá en su lugar.

Las villas más importantes, ahora obedientes al Rey y en otro tiempo ocupadas por Pacheco, eran Requena, Utiel, Jumilla, Almansa, San Clemente, Chinchilla, Albacete, Iniesta y Villanueva de Alcaraz. Ante el fortísimo castillo de esta última se estrellaron los esfuerzos de los sitiadores, hasta que, secándose repentinamente el manantial, antes siempre perenne, se vió obligado á rendirse, cosa que se tuvo por milagro. Luego fueron rindiéndose por fuerza ó por ardid otros muchos pueblos menos importantes, y castillos considerados como inexpugnables por su posición y defensas. Así fué consumándose la ruina de los dos primos, falsamente persuadidos de que con sus inmensos territorios y sus cuantiosas rentas podrían trastornar, pervertir, preparar y acometer cuanto les viniese en gana.

Por aquellos mismos días Francisco de Solís, alcaide de Magacela, que después de prender alevosamente á D. Alfonso de Monroy, no se recataba de llamarse Maestre electo de Alcántara, tomó la fortísima villa de Oguela, de la que sacó rico botín, y la dejó guarnecida, prometiendo con juramento acudir con tropas en su socorro si el enemigo la sitiaba. Aunque envueltos luego en innumerables infortunios, los portugueses reunieron cuanta caballería pudieron y numeroso peonaje, y pusieron cerco á la villa. Conocido el em-

peño del enemigo, Francisco de Solís, falto de medios para hacer levantar el sitio, trató al menos de salvar á sus valientes compañeros de armas, y para ello se puso en marcha en altas horas de la noche con 300 caballos. Para encontrar camino por donde los suyos pudieran reunírsele desde la villa, no tuvo más recurso que atacar la parte del campamento más lejana. Todo resultó á medida de su deseo, menos la conservación de su vida, porque como al oir el estruendo acudiera el caudillo portugués Arias Gómez de Silva, lanzándose al azar uno contra el otro, ambos quedaron heridos, el último, pasado el pecho por la lanza de Francisco de Silva, y éste con el muslo atravesado hasta la ingle. Por la oscuridad de la noche y la confusión del combate no pudo conocerse la desgracia hasta que, librados ya los compañeros de armas, el alcaide de Benquerencia Diego de Cáceres, tío de Solís, pasó lista después del combate á los hombres de armas, y pudo verse entonces que era el único que faltaba. Tras penosa busca, al cabo un trompeta le encontró aún con vida, y cerciorado de que era un amigo, el herido le pidió un poco de agua, con lo que, reanimado algún tanto, pudo sacársele sigilosamente de aquellas fragosidades; mas al colocarle sobre el lomo de una acémila, expiró. Tristes y abatidos regresaron todos, llorando la pérdida de la villa y del caudillo. Los portugueses sintieron no menos la muerte del suyo; pero sirvióles de algún consuelo la recuperación de la villa.



CAPITULO X

Principal empeño de D. Fernando por el ataque de la fortaleza de Burgos.—Nuevas disposiciones adoptadas en aquellos días por el Comendador mayor de Santiago D. Alfonso de Cárdenas en las fronteras de Portugal.

Sobre todos los demás cuidados y novedades de la guerra preocupaba la posesión de Burgos, á que ambos partidos habían aplicado su atención y sus esfuerzos, pero más especialmente D. Fernando, porque siéndole conocido el tenaz intento del Rey de Francia por apoderarse de la plaza de Fuenterrabía, baluarte de Guipúzcoa y frontera de Gascuña, atendía con el mayor afán al ataque de la fortaleza de Burgos. Aguardaba su guarnición el socorro del Rey de Portugal; los de la ciudad, por el contrario, víctimas de innumerables daños causados por las revueltas intestinas y por los continuos combates que tenían que sostener con los soldados de la fortaleza, temían nuevos y más terribles desastres si el rey D. Fernando fracasaba en su empresa. Miraban, por tanto, con satisfacción la presencia del Rey y la consideraban como consuelo y amparo extraordinario; así que le asistían de

día y de noche; le facilitaban cuantos recursos tenían; con la mayor diligencia preparaban medios de ataque; espontáneamente se dedicaban los más alentados á trabajar en las trincheras y estacadas del cerco; todos, hasta los más ancianos, resistían con ánimo sereno las salidas del enemigo y con gran entereza censuraban la maldad y las astucias de los Grandes del séquito del Rey que se burlaban de los esfuerzos de los leales y enviaban secretos agentes á los enemigos para alentarlos á continuar la resistencia. Como cabeza de estos perversos se consideraba al Condestable D. Pedro de Velasco, conde de Haro, á quien el apuro de la guarnición encerrada en la fortaleza daba esperanzas de arrogarse su posesión, persuadido de que el antiguo favor de los burgaleses á su padre, le granjearía también su cariñó y con él la proporción de quedar dueño de la ciudad. Encontraba, sin embargo, un rival en el conde de Treviño D. Pedro Manrique, su pariente y su enemigo, que ya de antes había atraído á su partido al adelantado de Castilla Pedro López de Padilla, y aunque sus padres habían favorecido á la Casa de Velasco, el trastorno de las cosas había torcido las voluntades, exacerbándolas después del choque de ambos bandos en Vizcaya, según referí. La misma rivalidad subsistía en la cuestión acerca de Burgos. Pretendía el de Haro ser fautor y guía de los disidentes, con doble juego, mostrándose asiduo servidor del Rey y dándose al mismo tiempo por único libertador de la guarnición sitiada. Indignábale tal conducta al Conde de Treviño, y por medio del adelantado Pedro

López de Padilla, su fiel compañero de armas, deshacía hábilmente todas aquellas maquinaciones del de Haro, fingiendo á veces que si alguno iba contra el honor del Rey y el éxito feliz de la empresa, él todo lo posponía á estos fines. Este astuto fingimiento de laudables propósitos no consiguió tener oculto mucho tiempo lo que se maquinaba, porque todas las secretas intenciones de uno y otro bando llegaron á hacerse bien manifiestas. Lo mismo el Conde de Haro que el de Treviño aparecieron trabajando en su provecho, sin cuidarse para nada del interés de la Corona. El Rey disimuló por entonces y se dedicó con más ahinco á estrechar el cerco de la fortaleza. Día y noche permanecía armado, sirviendo así de ejemplo á todos los demás caballeros, ansiosos de rendir la fortaleza; pero como dominaba á la ciudad, y los sitiados disponían de un pozo profundo y de abundante agua para sus necesidades, se acordó desviarla por medio de minas, para ahorrar con un solo esfuerzo muchos percances del sitio. Con este empeño, el Rey no empleaba toda la demás artillería y máquinas de guerra sino en cuanto servía para ir rodeando la fortaleza con trinchera y estacada, rechazar las acostumbradas salidas de los que desde ella amenazaban, ó impedir que les entrasen socorros por el postigo. Rodeóse con doble foso el cerro, principalmente por la parte que daba al campo; estableciéronse retenes y se asentaron en derredor puestos fortificados, uno de ellos encomendado á la pericia del Conde de Haro. Disposición fué ésta poco acertada, porque el Conde maquinaba planes sobre planes, y agitado

su ánimo por varios cuidados, ni deseaba estrechar demasiado á la guarnición enemiga, ni levantar el cerco, confiando en que la dilación podría procurarle alguna ventaja. Valiéndose de confidentes, partícipes de sus perversos designios, infundió alientos á los cercados y robusteció sus fuerzas con nutritivos alimentos que les llevaban aquellos satélites por las minas practicadas para el sitio, y que, partiendo del puesto del Conde, iban á dar á otras que salían de la fortaleza, de modo que muy pocos conocían la estratagema. No obstante, por algunos indicios se sospechó primero y al cabo llegó á saberse la traición, siendo condenados á muerte los culpables y sufriendo entre otros, dos mujeres, duro castigo.

El Rey fingió no haberse apercibido de la maldad del Conde, con cuyo permiso ó por cuya orden se perpetrara, y mandó llamar á su hermano D. Alfonso de Aragón, de gran pericia militar, y en cuya destreza para cercos de castillos tenía completísima confianza. Entre tanto día y noche visitaba á menudo los puestos, atendía hábil y oportunamente á todas las necesidades del sitio y en el recinto más extenso de los fosos rechazaba las salidas del enemigo y los socorros que intentaba traerle el rey D. Alfonso. Así los portugueses todos como D. Fernando daban extraordinaria importancia á este empeño, y aunque por diversos conceptos, de su resultado estaba pendiente la atención de uno y otro campo.

Hasta en Andalucía, cualquiera falsa noticia del sitio bastaba para levantar ó abatir los ánimos de los caballeros de este ó del otro partido. Cuando

los de Sevilla comprendieron que la rivalidad del conde de Feria Gómez Suárez de Figueroa y de Alfonso de Cárdenas, con sus recíprocas hostilidades amenazaba con cruel guerra á sus pueblos, resolvieron enviar comisionados á intentar algún medio de conciliación. Para ello, y por indicaciones del duque de Medina Sidonia D. Enrique de Guzmán, nos eligieron al doctor Antonio Rodríguez de Lillo y á mi, con encargo de visitar primero al comendador D. Alfonso de Cárdenas para penetrar sus intenciones, y dirigirnos luego á Badajoz á hablar al Conde de Feria antes del término de las treguas que trataríamos al menos de prorrogar. En Segura nos avistamos con el Comendador, hombre de extremada astucia y experiencia, que aseguró al Doctor, mi compañero, no desviarse jamás del camino que nuestras razones le trazaban, por serle muy gratos todos los partidos que al cabo le habíamos propuesto. No dejé de comprender que las falaces palabras del de Cárdenas habían engañado á mi colega, y trabajé por sacarle del error; pero no logrando convencerle, seguimos nuestro camino, conociendo bien pronto los indicios del fraude, porque en Zafra vimos cómo maltrataban á los de la villa con sus incursiones algunos portugueses, á pesar de las treguas concertadas. Habíalos puesto por guarda de la fortaleza de los Santos, tiempo atrás levantada por el Maestre Pacheco, su hijo Pedro Portocarrero, yerno del comendador Cárdenas, y, según descubrieron luego los sucesos, había entre ambos pacto secreto para aparentar opuestos propósitos, lanzarse recíprocas acusaciones, y figu-

rando el yerno en el partido del Portugués y el suegro en el de D. Fernando, hallar en ellos uno y otro defensa de sus inculpaciones. De esto resultaban daños considerables para el Conde de Feria, pues el castillo de los Santos dominaba sobre la villa de Zafra, y en aquellos días las de los alrededores, hostiles al Comendador, como aquélla, Fuente el Maestre y otras varias, y muchas aldeas, sufrían grandes destrozos á causa de las frecuentes entradas de enemigos, y cuando se empeñaban escaramuzas entre la caballería y los soldados que se la oponían, unos aclamaban á D. Alfonso y otros á D. Fernando. Trataba Alfonso de Cárdenas de disculpar esta pérfida conducta, achacándola á ligereza de su joven yerno; pero en cambio no temía firmar por él conciertos de treguas. Empleando esta criminal astucia, no concluídas aún las primeras treguas, y sin tener en nada las prorrogadas, Pedro Portocarrero recogió 130 caballos de la villa de Jerez de los Caballeros y de otras guarniciones, aparentando objeto diverso del que se proponía y que iba á mandar aquella fuerza reunida á su ruego. Cuando conoció que podían talarse las villas desprevenidas del Conde de Feria, se encaminó con grueso botín hacia la fortaleza de los Santos, creyendo no encontrar enemigos, por hallarse el Conde en las cercanías de Badajoz ocupado en rechazar á los portugueses fronterizos. Mas cuando caminaba con su presa, Pedro Ponce de León, amigo del Conde, avisado por un diligente mensajero, sacó de Fuente el Maestre unos 20 caballos y 60 infantes, y rápidamente se atravesó en el camino

con aquel pelotón desordenado ante los confiados ladrones. El combate les fué funesto, pues la caballería de Portocarrero perdió 10 hombres, unos 30 cayeron prisioneros, y el resto, abandonando el botín, á duras penas logró acogerse con su jefe al castillo de los Santos. Presenciamos el combate, y cuando nos reunimos en Badajoz, el conde de Feria nos descubrió cuán pérfidamente Alfonso de Cárdenas en aquella ocasión y en otras muchas había roto los pactos concertados. Nosotros tratamos de excusarle, alegando su ignorancia de la maldad del yerno, y le dimos cuenta de los recientes tratos y de la prórroga de las treguas. El se mostró satisfecho de nuestro encargo, y confirmó lo que habíamos tratado. Nosotros nos volvimos á dar cuenta de los pactos concluídos, muy contentos por creer que habíamos aplacado el encono de los dos próceres; pero nos enteramos de que el culpable de la ruptura de la alianza era el de Cárdenas, el cual, mientras caminábamos por aquellas soledades, había recogido de las guarniciones y de sus auxiliares 800 lanzas y muchos peones para atacar el castillo de Ribera. A nuestras acusaciones de su perfidia y de la injuria que nos había inferido, no sólo respondió con fútiles descargos, sino que quiso envolvernos en su delito ó retenernos violentamente, para dar á entender á las tropas que aprobábamos lo que se hacía. Tras largas discusiones, apelamos á la cautela, y fingiendo acceder á lo que se pretendía, nos volvimos á Sevilla por distinto camino.

El comendador Cárdenas con sus gentes de guerra marchó á combatir el castillo de Ribera; y

el Conde de Feria, empeñado en su campaña de Portugal, cuando supo que no había logrado tomarle, consiguió poner término á las disensiones valiéndose de otros agentes y concertando otros pactos.





LIBRO XXIV

CAPÍTULO PRIMERO

Ataque y ocupación de Santa María la Blanca.— Muerte de muchos portugueses en la frontera de aquel reino.— Arribo de cuatro galeras al Guadalquivir.

SIMULTÁNEAMENTE, mientras permanecía indeciso el triunfo de cada uno de los Reyes, crecía por todas las provincias de Castilla y León la audacia de los delincuentes y se suscitaban numerosos tumultos para extender por todas partes la tiranía. Viendo arder en guerras los territorios todos del occidente de la Península, acogíanse con gozo ocasiones de tantas revueltas para la perpetración de toda suerte de crímenes. Ninguno de los Grandes seguía con entera lealtad la causa de D. Fernando, por lo que por todas partes tropezaba con riesgos difíciles de salvar. Corría voz de la inmediata llegada del rey Luis de Francia con numeroso ejército, no sólo á favorecer al Portugués, sino á someter por la fuerza ó por concierto á los vascongados, en virtud de antiguo pacto hecho con D. Alfonso. Ade-

más, decíase con insistencia que éste acudía en socorro de los sitiados en Burgos. Preocupado don Fernando con estos rumores, trataba á toda costa de librarse del peso del sitio, con tal de conseguir su principal intento; pero conoció que en vano era confiar en las minas, en la artillería y en las demás máquinas de guerra mientras no se desalojase al enemigo de la ermita de Santa María la Blanca. Fuerza no despreciable, destacada de la guarnición del castillo, ocupaba el templo, y desde la altura en que está asentado causaba grandes daños á las tropas de D. Fernando. Convencido de que en la toma de la ermita estribaba el punto capital del empeño, se resolvió á combatirla, y el primero de Septiembre gran número de valientes soldados emprendieron la subida, defendida tenazmente por el enemigo desde las murallas más altas del castillo y desde la barbacana que de antiguo rodeaba la iglesia, con los tiros de espingarda y una lluvia de saetas, piedras y balas. Entre los primeros cayeron mortalmente heridos dos esforzados jóvenes: el siciliano Galcerán de Santa Paz, gallardo mancebo de arrogante estatura y ánimo arrojado, y Pedro Boyl, noble valenciano, de no menos alientos que aquél, y ambos estimadísimos de D. Fernando. Al verlos caer atravesados por los tiros de espingarda, montó en cólera y emprendió arrojadamente la subida, presentando el pecho resguardado con el escudo de la nube de venablos y de balas que llevaban la muerte aun á través de la defensa de las armaduras. Los que comprendieron el horrendo peligro que corría, se arrojaron á sus pies y le suplicaron con la mayor

angustia que no expusiese á los miserables reinos á quedar huérfanos de su verdadero amparo, puesto que todos veían en tan noble monarca la única esperanza para la restauración de Castilla. Siguió avanzando, á pesar de todo, el intrépido mancebo, é impulsado por su cólera, dejó muy atrás á la mayor parte de los asaltantes. Entonces todos, con desprecio de la vida, se lanzaron á la altura en apretado haz para adelantarse al Rey y tomar la posición antes que él se acercase.

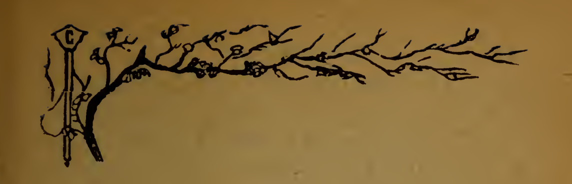
Increíble parece lo rápidamente que siguió el consuelo á la angustia, cuando de improviso se apoderó el terror de todos aquellos defensores que al principio habían hecho tenaz resistencia. Al solo aviso de la llegada de D. Fernando, abandonaron, llenos de espanto, la ermita bien defendida con trincheras y artillería, y se acogieron á la fortaleza. Inmediatamente ocuparon los de D. Fernando el templo, reduciendo á los enemigos á extremo apuro, imposibilitados ya en adelante de hallar espacio conveniente para sus salidas, porque, rodeado completamente el castillo con trinchera y estacada, nadie podía salir sin riesgo. La toma de la ermita causó tanto regocijo á los sitiadores como pesar á los portugueses, y después el enemigo empezó á suscitar por todas partes nuevos movimientos de guerra, á fin de anular ó adormecer el brío del prolongado asedio con los rumores de frecuentes incursiones.

Con tal objeto, los portugueses que habían peleado algunas veces con desgracia contra los vecinos de Badajoz, resolvieron invadir otros lugares, en su entender peor custodiados, y con unos 200

caballos y 800 infantes atacaron á Villanueva de Barcarrota, confiados en que, por ser ellos tantos y tan escaso el vecindario, les sería fácil ocuparla. No fué así, sin embargo, y entonces se apoderaron de cuanto ganado pudieron, y haciendo prisioneros á todos los hombres que encontraron por los campos, regresaron cantando victoria con tan considerable presa. Viólo el esforzado y aguerrido alcaide de Villanueva Fernán Gómez de Solís, y conmovido por los lamentos de la angustiada plebe que quedaba reducida á la miseria, los animó á la persecución del enemigo, á quien lo enorme del botín obligaba á caminar lentamente. Púsose el Alcaide al frente de 50 caballos, y como conocía perfectamente los caminos, mandó á los peones que siguiesen el rastro de los portugueses mientras él se adelantaba á escaramucear con la vanguardia, seguro de vencerlos con ligero combate si los encontraba desordenados y esparcidos por el camino, porque sabía cuán poco diestros eran en los encuentros de la caballería. No se engañó en su cálculo al perseguirlos, y contra la opinión de los que suponían á los portugueses marchando en completa seguridad, muchos de éstos cayeron sin vida á la primera embestida de los castellanos que les fueron al alcance, sin perder ellos un solo hombre. Los peones de la villa alcanzaron también á la numerosa infantería enemiga que conducía los rebaños robados, y con igual fortuna la destrozaron y pusieron en fuga, dando muerte á 130, y recobrando toda la presa, con sólo la pérdida de tres ó cuatro hombres. Mezclóse con la gran alegría de los vencedores el

llanto y los lamentos de una mujer por la pérdida de su único hijo, muerto en la refriega. En medio de su dolor, dijo con cierta satisfacción que no quería turbar la gloria de todos sus convecinos con sus quejas, pues al fin había dado vida á un hijo cuyo valor había sido utilísimo á la patria hasta el último aliento.

Por aquellos días arribaron al Guadalquivir cuatro galeras procedentes de las costas de Valencia. Dos de ellas gobernaba Alvaro de Nava, y otras dos, del Conde de Pradés, venían respectivamente á cargo de los capitanes Andrés Sonier y Juanoto Boscar, aunque el rey D. Fernando las puso todas al mando del primero, así por su noble estirpe como por su excelente conducta y su práctica en navegar. Además le encomendó la guarda de las costas, porque los portugueses hacían considerables daños por las de Andalucía.



CAPÍTULO II

Prisión del Conde de Benavente.—Incursiones de los de Olmedo.—Muerte de Gonzalo de Saavedra.

Con la noticia de que el Portugués se disponía á socorrer á la guarnición encerrada en el castillo de Burgos, la reina D.ª Isabel reunió cuantas lanzas pudo á fin de enviárselas á su amado consorte, con lo cual, no sólo evitaría que la superioridad numérica del enemigo le diese el triunfo, arrebatando á D. Fernando el fruto de largos trabajos, sino que, apenas tuviese aviso de alguna expedición de los portugueses, los acometería por retaguardia y los detendría en el camino. Para el mejor arreglo de la empresa, pareció el lugar más oportuno Palencia, porque desde allí quedaba paso libre á Burgos por las villas intermedias de Torquemada, Palenzuela, Pampliega y el castillo de Caura, por bajo de Muñón, sin temor alguno á celadas del enemigo.

Permanecía en Arévalo el Rey de Portugal sin resolverse á condescender con los ruegos de la condesa de Plasencia D.ª Leonor Pimentel, que

incesantemente le pedía hasta con lágrimas socorro para los sitiados en el castillo de Burgos, reducidos á la última extremidad, blanco de los tiros de multitud de máquinas de guerra, y tan estrechados por las minas y la artillería, que si poderosamente no acudía á librarlos de manos del feroz enemigo, era segura para el nombre portugués la pérdida de su antigua fama y gloria, preferida por el Conde á la de otros Príncipes, por creer que mientras viviese tan excelso defensor no padecería el menor menoscabo.

Aparentó D. Alfonso haberle convencido las razones y las súplicas de la Condesa, y con el parecer del Arzobispo de Toledo, mandó disponer á toda prisa una expedición para socorrer á los sitiados, á fin de calmar algún tanto con los aprestos de marcha el afán de D.ª Leonor y mitigar el pesar que la había causado ver salir de su poder á la doncella y supuesta reina D.ª Juana. Así ella como su marido se habían lisonjeado de manejar las cosas á su antojo y retener á la joven en su tutela hasta el término feliz de la campaña, como prenda acreedora de extraordinario agradecimiento. Mas decayeron sus esperanzas al ver el giro tan contrario de los sucesos, pues si el Rey de Portugal, olvidado de sí y de los suyos, no acudía al peligro de Burgos, ya nada les faltaría que perder. Por el contrario, si ponía empeño en atender á este apuro, el pesar del primer contratiempo podría en gran parte mitigarse. En resolución se acordó marchar á Peñafiel, villa del conde de Ureña, en la proximidad del Dueratón, no lejos del puente sobre el Duero. Por orden de la Reina quedó al

frente de la guarnición de Olmedo D. Juan de Silva, conde de Cifuentes, que muchas veces había rechazado las incursiones con que los portugueses procedentes de Arévalo molestaban á los de Olmedo mientras el rey D. Alfonso permaneció en aquella villa. Mas como una vez, movido por su natural impetuosidad, saliese á pelear con los portugueses, estuvo á punto de caer en manos de la multitud enemiga que le cortó el paso y le mató algunos hombres de armas, mientras ellos, si bien sufrieron algunas pérdidas, regresaron á Arévalo orgullosos de su triunfo.

Casi por los mismos días dispuso D.ª Isabel, á la sazón en esta villa, que el almirante D. Alfonso Enríquez, con unos 200 caballos, marchase á Palenzuela, y que otras fuerzas respetables de caballería, al mando de varios capitanes, se repartiesen por diferentes puntos á fin de acudir con presteza á atajar el paso al enemigo (si intentara socorrer á los cercados del castillo de Burgos), ó de reunirse por otro camino con el rey don Fernando. Tenía éste cerca de 4.000 peones vascongados escogidos, y había reunido, entre los nobles más de su intimidad, unas 500 lanzas; con lo que no le parecía temible la llegada del Portugués con 1.800 caballos, siempre que su caballería se aumentase hasta poder oponer 1.200 lanzas al enemigo, con quien quería entrar en campal batalla si osaba acercarse. La Reina había provisto ampliamente á la necesidad, porque, deseando que su marido fuese superior en número y en esfuerzo, le envió 1.300 caballos muy singulares. De ellos, y por orden de la Reina, llevó el conde de Benavente D. Rodrigo

Pimentel 150 á Baltanás, villa situada entre Duero y Pisuerga, al pie de los escarpados cerros del pequeño territorio llamado Cerratina por los naturales. Mas en esta ocasión el Conde se mostró poco previsor y muy confiado, pues sabiendo que el Rey de Portugal se aproximaba, descansó en la diligencia de su hermano D. Juan Pimentel y de algunos amigos que permanecían con D. Alfonso, á los que había adelantado alguna descubierta, y entretanto no tuvo recelo de arrostrar cualquier peligro dentro de Baltanás, sin considerar la inseguridad de un lugar tan falto de obras de defensa naturales ó artificiales. Con mayor seguridad que tras aquellas tapias de tierra, desprovistas de toda defensa, hubiera aguardado el combate en campo abierto cualquier capitán de mediana pericia.

El Portugués burló á los corredores, y el 17 de Septiembre de 1475, á media noche, aparentando llevar el ejército hacia Burgos, torció el camino, y al amanecer cayó de repente sobre Baltanás. Defendióse el Conde tenazmente ante las puertas; pero aquel puñado de hombres no pudo resistir mucho tiempo á la muchedumbre enemiga, y después de caer heridos muchos por ambas partes, tuvo el Conde que acogerse con los suyos á los escondrijos de cierto templo, refugio de los habitantes contra las repentinas incursiones de los salteadores (1).

---

(1) Los textos no ofrecen sentido bastante claro en esta última línea. Se ha procurado dar la traducción más probable.

Admiración causaría el temerario valor del Conde de Benavente y de sus capitanes si se quisiera describir por extenso. No fué menor el empuje de los portugueses en cuanto la presencia del Rey indicó que se había trabado combate. El Arzobispo de Toledo reavivó en él el odio concebido contra el Conde en Portillo en los días del rey D. Alfonso, hermano de Enrique IV, y excitó á los suyos al ataque, de modo que el número muy superior de sus tropas abrumase á aquel puñado de combatientes, aunque animados de igual valor. A los unos se les hacían intolerables los trabajos; á los otros amenazaba cada vez más terrible peligro, como quebrantados y aterrados con las heridas y muertes de sus compañeros. Cayeron primero dos de los principales, y el Portugués aconsejó al de Benavente, ya rendido de fatiga, que no se lanzase él y lanzase á los suyos al último trance, y tratara de salvar su vida pidiendo la rendición. Aceptó él la libertad y renunció á los despojos cogidos en la guerra, á trueque de que su gente pudiera marchar adonde quisiera. El Rey confirmó la capitulación, pero á 150 de los más escogidos caballeros del de Benavente se les despojó de todo, excepto de la vida, y el Conde fué llevádo prisionero á Peñafiel. A poco de caer en manos del enemigo, apareció á lo lejos un pelotón de caballería escogida que la reina D.ª Isabel enviaba en socorro del de Benavente. Los nuestros hubieran acometido de buena gana á los portugueses si hubiesen detenido algún tanto la marcha, pero D. Alfonso no quiso trabar nuevo encuentro, y como los

castellanos estaban rendidos de fatiga por la larga jornada desde Palencia, de donde habían salido á escape á socorrer al Conde á la primera noticia de su prisión, dejaron de provocar á batalla á los enemigos, que la esquivaban. Dícese que el Portugués consideró criminal la conducta del de Benavente porque, no sólo había abrazado su partido, sino que para la paga de las tropas había recibido grandes cantidades, y que D. Rodrigo había contestado que al engañar él á un Rey extranjero que tan injusta empresa promovía, obraba más dignamente que él al acusarle de tal nota, principalmente habiendo violado poco hacía los pactos de la rendición.

De estas controversias no tengo, sin embargo, seguridad absoluta. En boca del vulgo corrieron diferentes rumores de censura y recriminación, de los que protesto no fuí autor. Sólo afirmo que, satisfecho el Portugués con la prisión del Conde, retrocedió sin haber llevado socorro alguno á los cercados del castillo de Burgos. Acarreó esta conducta tanta ignominia al Portugués como nueva fama granjeó al Conde, antes sospechoso al rey D. Fernando, no pudiendo persuadirse el vulgo de que hubiese seguido sus banderas sino por orden de D. Alfonso.

Por este tiempo ocurrió un suceso desgraciado para la causa portuguesa. Había escogido aquel Rey para suscitar novedades en Andalucía á Gonzalo de Saavedra, comendador de Montalbán, hombre de bandería, astuto y consumado maestro de intrigas, con el propósito de apoderarse de la opinión vacilante de muchos andaluces, y en

especial para ganar á la causa portuguesa á su yerno Alfonso de Guzmán, por aquellos días dueño de Cantillana; para corromper abiertamente á su hijo Fernán Arias, que fingía obediencia á D. Fernando con toda la familia de los Saavedras, y para trastornarlo todo en favor del partido de D. Alfonso. No parecía dudoso que lograría hacérsele abrazar á muchos de los magnates andaluces; pero como el Comendador, muy molestado de la gota, no podía acudir prontamente adonde deseaba, obtuvo de las guarniciones que D. Fernando tenía en aquellos contornos seguro para caminar, y viéndose dueño de dirigirse adonde quisiese, emprendió lentamente la marcha con escaso acompañamiento y pesado fardaje, como si no tuviese que temer hostilidad alguna. Mas dió la casualidad de que diez soldados de á caballo que vivían del pillaje, pertenecientes á la nueva guarnición de la fortaleza de Velasco Vélez, por aquellos días construída, se entregaban á la sazón á su acostumbrado merodeo. No tenía el anciano Comendador noticia alguna de esta guarnición, y para descansar de su extremada fatiga, se hospedó en un rústico albergue. Cuéntase que cierta mujer que desde allí se dirigía á una aldea distante cayó en manos de aquellos ladrones, y al quererla despojar del vestido, empezó á lamentarse amargamente, suplicándoles se compadeciesen de una miserable que sólo tenía aquella ropa, y si deseaban apoderarse de otras de más valor, entrasen á saco en la posada donde se albergaba el riquísimo anciano. Logró convencerles, y bien pronto, en la primera acometida, encontrándole

débil, enfermo y abandonado de sus gentes ocupadas en el cuidado de las cabalgaduras, le hirieron gravemente á lanzazos y le dejaron medio muerto después de robarle cuanto tenía. En el registro del rico bagaje encontraron cartas del Rey de Portugal y se las enviaron á la reina D.ª Isabel. Con gran trabajo pudieron los despojados criados del Comendador llevarle á la aldea más próxima, y desde allí avisaron la desgracia á su yerno, noble caballero partidario de D. Fernando, Gonzalo de Avila, que trasladó al herido á Torralba, donde á pocos días murió el infeliz anciano.

Creí deber hacer aquí mención del suceso por cuanto ambos partidos le concedieron importancia.





CAPITULO III

Sucesos ocurridos en Andalucía y en las fronteras de Portugal.—Expediciones terrestres y marítimas.

TURBARON la alegría de los portugueses por la prisión del Conde de Benavente los fracasos de aquellos días en sus expediciones por tierra y por mar. El continuado favor de la fortuna y, sobre todo, las inmensas riquezas adquiridas en sus felices empresas marítimas, les habían hecho creer que podrían dominar á su antojo en las costas occidentales. Por sus frecuentes navegaciones por el Mediodía se habían erigido en señores del litoral etiópico, hasta el punto de que á cuantos castellanos se encontraban por aquellos mares sin permiso del rey D. Alfonso, los hacían morir entre atroces tormentos. Convertían en soberbia pompa los tesoros acumulados con la presa de cautivos etíopes y el cambio de viles mercancías por pimienta y oro; y con la jactancia de haber vuelto las más veces á su casa con grandes riquezas y hecho á su patria, antes pobre, opulenta y gloriosa, se arrogaban un predominio intolerable. Poseídos de tal orgullo, diéronse al

comienzo de la guerra á correr las costas de Andalucía y de Cádiz apresando barcos pesqueros y de mercaderes, sin que pudiese oponérseles resistencia por falta de embarcaciones, hasta la llegada al Guadalquivir de las cuatro galeras ya mencionadas. Ya antes, sin embargo, tres ó cuatro pescadores de Palos, curtidos en las cosas del mar, habían refrenado la ferocidad portuguesa apresándoles muchas embarcaciones al regreso de Etiopía, dando muerte á la tripulación y apoderándose de las mercaderías, esclavos y esclavas que traían. Ya opulentos con las ajenas riquezas, jamás esquivaron el combate, aun contra enemigos superiores, porque el cambio de fortuna, favorable á los andaluces, no había dejado á los marinos portugueses más esperanza que la suerte del pirata Alvar Méndez, á cuya crueldad sólo escapaban sus portugueses. La noticia del arribo de las galeras á la desembocadura del Guadalquivir le hizo temblar, y ya no se atrevió á molestar á los nuestros, limitándose á apoderarse de las embarcaciones que por los ríos navegaban.

Había dado D. Fernando el mando de la armada contra los portugueses á Alvaro de Nava, y deseando él mostrarse digno de la recompensa asignada para algún notable hecho de armas, entró el 6 de Octubre de 1475 por la desembocadura del Guadiana hasta la villa de Alcantín, y al frente de los soldados de las naves, acometió repentinamente á los desprevenidos habitantes. Floja fué la resistencia ante las puertas de la villa, y poco se aprovecharon tampoco de las murallas ni de las defensas naturales, porque, no acostum-

brados los portugueses á habérselas con gente aguerrida, peleaban con valor muy desigual al de sus contrarios. Al cabo, abandonando sus moradas, sus mujeres é hijos, se acogieron á la fortaleza que domina la villa. Si los nuestros la hubiesen combatido, no hubiera tardado en caer en su poder; pero, ávidos de botín, la dejaron incólume, y se dedicaron á transportar á las embarcaciones robadas el producto del saqueo. Un solo hombre perdieron en la refriega, y diez los de la villa. Desde aquel día se rechazaron con más vigor desde nuestras costas las acometidas del enemigo.

Todavía sufrieron mayor descalabro los portugueses en la correría que intentaron tres días después entrando con 150 caballos y 500 peones mandados por Luis Freile y Vicente Ximoez por las aldeas limítrofes de tierra de Sevilla, desguarnecidas y mal fortificadas, con el fin de saquearlas. Con gran ímpetu atacaron las de Encinasola y Cumbres de San Bartolomé, y se llevaron cerca de 700 bueyes y 4.000 cabezas de ganado lanar, de cerda y cabrío, además de algunos moradores prisioneros que tuvieron que abandonar al cabo, por atender á los rebaños que huían á menudo á la querencia de sus pastos. Lo largo del camino y los obstáculos que le entorpecían retrasaron tanto la marcha, que los amigos de los despojados tuvieron tiempo de percibir sus clamores, y tocando á rebato en Fregenal, presidiada por caballería del valiente y aguerrido Nuño de Esquivel, salió á escape con ella hacia la fortaleza de Nodar para juntarse con los peones que de todas partes iban acudiendo á

fin de cortar el paso ó seguir el rastro al enemigo. Los que conocían el terreno pensaron que, dada la naturaleza de los bosques, no pasaría muy lejos de allí y se acercaría á Nodar. Así sucedió, pues al tiempo que Nuño reunía en la fortaleza unos treinta caballos, supo que Juan de Peón y Cerasio Gallegos, nobles caballeros sevillanos que formaban parte de la guarnición, se habían adelantado con el caudillo de Encinasola Alfonso de Jerez, para seguir el rastro, picar la retaguardia del enemigo, detener su marcha y hacer lo posible por volver los ganados á sus tierras. Acudieron allí los nobles y esforzados caballeros Diego Mejía, Juan de Silva, Comendador de Oliva, Suero de Ayala y Gonzalo de Vargas, con 14 lanzas que, unidas al pelotón de 300 infantes procedentes del lejano Fregenal, esforzaron los ánimos para lanzarse alegremente en persecución de los portugueses. A 21 millas de Fregenal ya lograron verlos detenidos en su marcha por los primeros que les salieron al encuentro. Extendíase allí una dilatada llanura, el campo de las Damas, á la falda del monte Mortigón, cerca de Magalia plana. Cuando el enemigo vió que se le echaban encima los castellanos, resueltos á la pelea, hicieron adelantarse al peonaje con la presa para que, atravesando el monte, aguardasen en la vertiente opuesta el resultado del encuentro, que les parecía más ventajoso empeñar con 150 lanzas contra 80 del enemigo, antes que llegasen sus infantes. Formó sus batallas en aquel llano, y, visto por Nuño de Esquivel, consultó á sus compañeros de armas, que unánimes se decidieron por

que se diese la señal de acometer, á causa de la inferioridad de los hombres de armas portugueses respecto de los de Castilla, por tener peores caballos para lanzarse contra el enemigo y por darles gran desventaja la fatiga del larguísimo camino frente á los castellanos que llegaban, por más que aquéllos fuesen una mitad más en número, y el largo espacio de 21 millas ofreciera serio obstáculo para una repentina acometida. Por consejo del caudillo Nuño atacaron el flanco enemigo. Con gran celeridad vinieron ambas partes á las manos, y los nuestros derribaron en tierra un número de enemigos igual al suyo. Muerto el caballo que montaba, quedó Nuño peleando á pie con su espada hasta que, rota el ala portuguesa y herido de un bote de lanza uno de sus adalides, Vicente Ximoez, pudo montar en el caballo de su paje y seguir el alcance del enemigo sin pérdida de ninguno de sus soldados. Poseído éste de pánico por la muerte de uno de sus caudillos, la prisión del hijo del otro y la pérdida de sus banderas, trató de acogerse al abrigo de su infantería atravesando el monte; pero los andaluces, con igual diligencia, picaron la retaguardia enemiga, y hasta los peones, que al principio quedaron sobrecogidos con la reciente matanza de portugueses, se lanzaron á su total exterminio. La oscuridad de la noche, que iba echándose encima, pudo evitarlo. Cien hombres de armas quedaron en el campo, entre prisioneros y atravesados por las lanzas. De los nobles portugueses perecieron 50; de los nuestros sólo dos, pero unos treinta heridos, entre los cuales S. Nuño, Juan

de Silva y Diego Mejía, llamado *el Largo*. Otros caballeros de los principales de Sevilla lograron la victoria á costa de su sangre y de la pérdida de 20 caballos. Toda la presa se recuperó. Uno de los dos capitanes portugueses, Vicente Ximoes, cayó en el combate, y los suyos le dejaron por muerto; pero al día siguiente, al salir los vecinos de Mora á celebrar las exequias de sus muertos, le encontraron aún con vida y le condujeron á la población. Aconsejáronle sus amigos que atendiese á la salvación de su alma; pero él, furioso porque unas cuantas lanzas castellanas hubiesen derrotado á doble número de portugueses, despreció el sano consejo y exhaló el último suspiro con obstinado silencio.

Esta victoria quebrantó mucho, seguramente, la antigua jactancia portuguesa, y refrenó su desdeñosa fanfarronería.

Ahora conviene volver á tratar de lo que los Reyes hacían.





CAPÍTULO IV

Llegada del rey D. Fernando á Dueñas.—Toma de Cantalapiedra.—Recuperación de Gordillas.—Esfuerzos del rey de Portugal para ocupar á Castrotoraf.—Hechos del maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique.—Cómo se tomó Ocaña.

El rey D. Alfonso, en su jactancia, estrechaba la prisión del Conde de Benavente, reteniéndole como prenda de todas las negociaciones, ó para hacérsele cómplice, ó para convencer al de Plasencia y á su mujer D.ª Leonor Pimentel de que D. Fernando levantaría el cerco del castillo de Burgos en cambio de la libertad del Conde, á quien no soltaría por compensación alguna que no fuera el reintegrar la guarnición del castillo, y éste mismo, á su primitivo estado. Y si por caso el rey D. Fernando prefería otro arreglo no conforme á los anteriores pactos, al menos para el canje de prisioneros, D. Alfonso conservaba al Conde, de los principales entre los Grandes españoles, para canjearle por buen número de nobles portugueses, si quedaban prisioneros de guerra. Al principio, los Reyes no dieron gran importancia á la prisión del Conde, porque desde muy temprano

se les había hecho sospechoso, y después del descalabro sufrido en Burgos, muchos le acusaron de falsía; pero al ver su constante repulsa á los halagos del Portugués, los Reyes aprobaron su conducta. D. Fernando marchó á Dueñas á consultar maduramente con D.ª Isabel lo que había de hacerse, y dejó á cargo del Condestable don Pedro de Velasco, con las demás tropas, el sitio del castillo de Burgos durante los cuatro ó cinco días de su ausencia. Marido y mujer estuvieron de acuerdo acerca de lo necesario que era, para rendir el castillo, la fiel lealtad y la pericia del maestre de Calatrava D. Alfonso de Aragón, llamado por D. Fernando por frecuentes cartas y mensajeros. Los que hacían cruda guerra á don Rodrigo Girón llamaban también á D. Alfonso para combatir al enemigo, por creer más seguro el término de la lucha en cuanto se presentase en el Maestrazgo, y como los pueblos de su territorio por este solo amparo suspiraban, el ansia de ver á su Señor entre ellos les hacía tener por fábula el rumor de su llegada. De completo acuerdo con D.ª Isabel, el Rey se resolvió á insistir fuertemente con su hermano, tan perito en las artes de la milicia, para que, pospuesta toda tardanza y prescindiendo de la cuestión del Maestrazgo, apresurase su marcha, teniendo por indudable que, tomado el castillo de Burgos, llave de todas las demás combinaciones, le sería facilísimo, ó arrojar del Maestrazgo al joven intruso, ó apoderarse de su persona, puesto que entretanto el aguerrido Rodrigo Manrique le despojaba de su señorío, juntamente con sus compañeros de ar-

mas, destinados á la misma empresa. Por otra parte convenía prevenir á ciertos zamoranos por medio de emisarios secretos para que, á ser posible, se privara al enemigo de acogerse al amparo de tan importante ciudad, cuya posesión constituía la única esperanza del Portugués, como principal baluarte para las incursiones contra los castellanos. Por todo lo cual exigía este punto especialísima atencion. Resuelto así, según se vió más tarde, por común acuerdo de los Reyes, don Fernando regresó á Burgos y D.ª Isabel marchó á Valladolid.

De muy diferente modo llevó D.ª Leonor Pimentel la prisión del de Benavente de lo que el rey D. Alfonso se había imaginado. Era el Conde primo de Leonor, y su primer marido, si se hubiesen observado debidamente las disposiciones del catolicismo. Cuando se convenció de que el rey D. Fernando no cejaría en el empeño de combatir el castillo por consideración á la libertad del Conde, trató de favorecerle cuanto pudiera; pero el Portugués, harto ya de las disputas y quejas de la Condesa Leonor, demostró que aquellos mujeriles lamentos le eran molestos é intolerables, sobre todo cuando ni trabajo ni peligro alguno por su parte venía á justificarlos, y trató de ocupar á Cantalapiedra, guarnecida por fuerzas del esforzado Vasco de Vivero. No imaginaba el Portugués, al presentarse con numeroso ejército, que le aguardaría desafiando todos los peligros del ataque; pero con sólo cuarenta lanzas, y después de despreciar las amenazas y las ofertas con que á su paso trató de someterle el Rey por medio de

sus emisarios, derrotó y puso en huída 60 de los enemigos, prendió 15 y dió muerte á otros tantos. Al comendador de Santiago, Pareja, adalid de los contrarios, dejó marchar sin el menor daño, en consideración á la antigua amistad que con él le unía.

Llamado á poco Vasco á la defensa de otras villas, cierto traidor logró convencer á los de Cantalapiedra de que las murallas no necesitaban guarnición para defenderlas. Supo el enemigo este descabellado acuerdo, y lanzando unos cuantos contra la villa desprovista del necesario amparo, la ocuparon largo tiempo, extendiendo desde ella sus depredaciones por toda la región.

Casi por este mismo tiempo se entregó á D. Fernando la fortaleza de Gordillas, en territorio de Avila, encomendada por la indulgencia y bondad de la Reina al antiguo Alcaide, para daño de los pueblos limítrofes y favor que con sus traicioneras artes prestó al enemigo. Entre los hermanos Pamo, Francisco, en los días del rey D. Alfonso, hermano de D.ª Isabel, consiguió de la condesa D.ª Leonor, por intermedio de su pariente Pedro de Hontiveros, la alcaidía del castillo de Burgos. Muerto Pedro, el conde de Plasencia se la dió á Iñigo de Estúñiga, tío suyo, habido en una concubina, é indignados los hermanos Pamo del daño causado á Francisco, concibieron odio mortal contra el Conde y su mujer. Juan Pamo sobornó con dinero al antiguo alcaide de la fortaleza de Gordillas y puso en ella á un hombre de toda su confianza con orden de no favorecer en adelante al partido de D. Alfonso, sino al de D. Fernando, de

lo cual se aprovecharon algún tanto los nuestros, con no poco sobresalto y daño del enemigo. El hermano del Alcaide, hombre perverso y más inclinado al partido portugués, á fin de enriquecerse con las depredaciones de los pueblos confinantes, dió muerte á su desprevenido hermano; hizo á los habitantes de los contornos víctimas de sus correrías y despojó á muchos caminantes llevando la voz del rey D. Alfonso de Portugal.

Permanecía éste en Zamora, seguro de que la posesión de aquel ángulo de los reinos de León y Castilla, fronterizo de Portugal, defendido con fuerte guarnición y solícitamente atendido, le permitiría ensanchar cada día más sus dominios y castigar al enemigo con larga guerra. Y para afirmar la posesión de la plaza, ningún medio parecía mejor que derramar por el reino de Portugal á sus moradores y sustituirlos por gente portuguesa. Cuando los zamoranos conocieron el propósito, miraron con mayor afán por su libertad, despertó más vivo su amor á los patrios lares y vieron patente la crueldad de un enemigo que pretendía entregar á extranjero huésped los hogares de sus antepasados. Concibieron entonces firmísima resolución de defender hasta el último extremo sus casas, y este acuerdo, como en su lugar se dirá, trajo para el enemigo funestas consecuencias.

Creyendo el rey D. Alfonso encontrar desprevenidos á los moradores de Castrotoraf, resolvió preparar sigilosamente una expedición militar para caer de improviso sobre la villa, y con un solo triunfo ahorrar diarios descalabros. Porque desde

ella jinetes castellanos causaban continuos sobresaltos á los portugueses con sus correrías, asaltando á cuantos por allí pasaban, por ofrecer aquel lugar próximo á los repechos de los caminos excelente situación para molestar sin tregua al enemigo. Reunió el rey D. Alfonso todas las tropas de que á la sazón disponía, y repentinamente, el 13 de Noviembre de 1475, cayó sobre la villa, la tomó y trató de combatir el castillo; pero viendo que la empresa no era tan fácil, y advertido de que la Reina enviaba desde Valladolid refuerzos á la guarnición, permitió á su gente robar las haciendas de los habitantes, y con el botín recogido regresó á Zamora.

Por este tiempo el marqués de Villena D. Diego Téllez y el maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón, quebrantado por los muchos descalabros sufridos, entraron en Almagro, por cuya posesión, después de ocupar otras muchas villas, trabajaba con empeño el maestre de Santiago Don Rodrigo Manrique, por ser el único baluarte que en aquella región le quedaba al joven Maestre. Corría voz además de que los primos querían llevar tropas á Andalucía para socorrer al Alcaide de Baeza, que á duras penas defendía contra sus moradores la fortaleza, y reforzar otras guarniciones á devoción del joven Maestre, porque los de Jaén y los de Ubeda trabajaban con empeño por despojar de su dignidad á D. Rodrigo Girón, ya reducido al último extremo. El rumor obligó al maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique á ponerse al frente de buen golpe de caballería de Valdepeñas (dejando en Ciudad Real á sus compañeros de

armas), para que si por caso los jóvenes intentaban atravesar el monte, pudieran ser atajados á tiempo en el camino. Además de estas prevenciones, encargó á los amigos que tenía en territorio del Tajo, hostiles á los dos jóvenes, la ocupación de Ocaña, en tanto que ellos entendían en otras empresas. Para ello D. Rodrigo les facilitó con el consejo algunas lanzas, para evitar que por falta de fuerzas suficientes decayese el ánimo de sus auxiliares. Por su parte, algunos de los caballeros de Ocaña, anhelando su antigua libertad, favorecieron los planes del Maestre de Santiago en cuanto los dos jóvenes se alejaron, dejando escasa guarnición en defensa de la villa. Dos de aquéllos, Diego Osorio y Pedro de Busto, secundados por gran número de ciudadanos, rompieron las hostilidades atacando con repentino vocerío á los partidarios del Marqués. Al punto, según plan convenido, acudieron varios caballeros enviados por el Maestre de Santiago, y algunos Grandes toledanos como D. Juan de Silva, conde de Cifuentes, y su tío Juan de Ribera. Con tal ímpetu y ardor arremetieron contra los del Marqués, que no les quedó más refugio que la torre de Ocaña, erigida tiempo atrás en medio de la villa para defensa en los tumultos repentinos. La confianza que en aquel baluarte abrigaban los refugiados se trocó en mayor riesgo, porque habiendo dado muerte un malvado á cierto portugués de estirpe real, por nombre Diego, disparándole un tiro de espingarda desde lo alto de la torre cuando por allí pasaba desprevenido, arreció la ira de los de la villa y tuvieron que darse por muy contentos

los del Marqués con entregar la torre y pactar con los moradores. La pérdida de Ocaña fué para el Marqués el mayor de todos los desastres en breve tiempo sufridos, así que desde aquel día vió cierta la del resto del Maestrazgo á que se da el nombre de provincia de Castilla. Sus jóvenes parientes tuvieron que buscar nuevos refugios, porque ni el paso para Andalucía se presentaba fácil, ni, después de perdida Ocaña ofrecía seguridad la vuelta á tierras del Tajo, ni en Almagro, dados los escasos recursos y lo urgente de la necesidad, podían alimentarse mucho tiempo las tropas. De modo que ambos comenzaron á arrepentirse de su temeraria presunción, si bien en aquellos primeros días trataron de disimular sus propósitos, como se verá por lo que sigue.



CAPÍTULO V

Prevenciones de D. Fernando y de D.ª Isabel para sujetar á los enemigos y despachar embajadas.—Buena acogida del matrimonio de D. Fernando, rey de Nápoles, con la hermana del rey Católico, D.ª Juana, y esponsales de la hija.

Encendida por todas partes la guerra, los Reyes atendían mucho á que los Grandes fieles á su causa no tuviesen que sucumbir á la perfidia de los contrarios. Resistía denodadamente el prior de San Juan D. Alvaro de Estúñiga los planes del Marqués de Villena y de D. Rodrigo Girón, pseudo maestre de Calatrava, á la sazón en Alcazarén, y deseaba disponer de más caballería, necesaria, así para atajar al enemigo, como para oponerla más numerosa á la guarnición veterana que tiempo atrás había dejado el maestre Pacheco en la fortaleza de Consuegra. Al efecto la Reina envió en su auxilio un escuadrón de lanzas, sostenidas á su costa, y que habían de emplearse en constante servicio de don Alvaro. En ayuda de los de Trujillo despachó, además, unos doscientos caballos, porque, si bien contra su voluntad al principio habían seguido al Portugués, ya vueltos á la debida fidelidad, se habían declarado por D. Fernando, y á la sazón tenían puesto apretado cerco á la fortaleza. Su

alcaide, Pedro de Baeza, aguardaba el socorro del Conde de Plasencia, que, de prestársele, hubiera sido grave peligro para los sitiadores y no pequeño daño para cuantos seguían el partido de D. Fernando en las fronteras de Portugal.

También acudió la Reina en favor de los de Cáceres, enviándoles al corregidor D. Gonzalo de Valderrábano, caballero abulense, con el cargo de arreglar las cuestiones que traían divididos á los moradores, calmar hábilmente las rivalidades de los caballeros é inclinar los ánimos de todos á sentimientos honrosos. Y como toda la seguridad de Extremadura parecía depender de la libertad de un solo hombre, del buen clavero de Alcántara, D. Alfonso de Monroy, largo tiempo encerrado en un calabozo, el rey D. Fernando, para conseguirla de la bondad del alcaide de Magacela Pedro de Pantoja, envió allá á Lope Alfonso de Laguna, sujeto de extremada prudencia, que en unión con Rodrigo de Padilla, caballero del Duque de Medina Sidonia, amigo del Alcaide, trabajase por la ansiada libertad de tan ilustre caudillo, preferido á los demás en asuntos de guerra por todos los naturales. Con este anhelo de procurar arrancarle de su encierro, el Rey se esforzaba por granjearse en aquel territorio la lealtad constante del benemérito capitán.

Prolija sería la narración detallada de todos los tumultos ocurridos en aquel territorio desde el principio de las rivalidades entre el antiguo maestre de Calatrava Gómez de Solís, y el clavero Alfonso de Monroy, porque los innumerables cambios de la fortuna y las pruebas de trai-

ciones sugerirían á los lectores negros y amargos comentarios. La pluma difícilmente podría narrar los crueles parricidios, las feroces venganzas entre hermanos, nunca oídas desde los más remotos siglos; los perjurios, engaños y crímenes cometidos violando solemnes juramentos y roto todo vínculo de amistad ó de parentesco. Las atrocidades inherentes al estado de perpetua guerra producen general perversión de sentimientos, y cuando falta el castigo, fácilmente se corrompen las costumbres. Por eso muchos alababan el propósito de Francisco de Solís de aspirar á ser yerno del Clavero, para que el parentesco le facilitase coger en sus redes al confiado deudo. Después que Francisco sucumbió en Oguela, su hermano Diego de Solís adoptó una conducta ambigua, y contra lo que se creía, trató de aumentar su poderío tiránico, á costa de la prisión del excelente caudillo Alfonso de Monroy, al que muchas veces había fingido querer poner en libertad. La perfidia de su hermano Pedro de Pantoja hizo fracasar sus astutos y reprobados propósitos. Deseoso éste de alcanzar la alcaidía de la fortaleza de Magacela, aprovechó la primera ausencia del alcaide Diego, hermano suyo, para negarse á recibirle á su regreso, fingiéndose resentido por no haber querido soltar al clavero Alfonso á la muerte de Francisco, hermano de ambos, que se había apoderado alevosamente de su persona. En cuanto el rey D. Fernando conoció la añagaza de Pedro, envió sus emisarios para conseguir la libertad de D. Alfonso. Fueron éstos Lope Alfonso de Laguna y Rodrigo de Padilla y dieron buena

cuenta de su cometido concertando ciertos pactos de alianza con el carcelero Pedro de Pantoja para la libertad del encarcelado.

Por estos días se hizo patente la funesta astucia del rey Luis de Francia, que no pudo ocultar el prolongado fraude. A la muerte de don Enrique, los Reyes le enviaron por embajador á Fernando del Pulgar, conocido del Monarca francés por haberle elegido en otro tiempo D. Enrique por su mensajero, como á persona perita, sagaz é ingeniosa en la conversación y muy á propósito para que el vulgo no trasluciese la causa de la secreta embajada. Impulsados por análogo motivo, los Reyes al comienzo de su reinado enviaron por su embajador á Pulgar. Empezó éste por pedir al rey Luis dos cosas muy justas y muy conformes con la antigua amistad entre los dos reinos. La primera, que tuviese á bien confirmarla y continuar la alianza establecida con D. Enrique, con sus legítimos sucesores, D. Fernando y D.ª Isabel. La segunda, que se dignase restituirles pacíficamente la provincia del Rosellón, como á reconocidos herederos del Rey difunto, bajo los pactos entre ambas partes convenidos cuando después del largo sitio de Perpiñán y defensa del rey de Navarra el mismo D. Fernando acudió en socorro de su padre; pactos no mucho después violados por el rey de Francia al romper de nuevo la guerra, según dejo referido.

Nada respondió el francés á la primera proposición, porque iba implícita y era dependiente de la segunda; pero indicó al embajador que si D. Fernando se avenía á renunciar á sus derechos al Ro-

sellón mediante determinada suma, se facilitaría mucho la renovación de su alianza, porque mientras permaneciese vivo en los corazones el recuerdo de la ofensa ó del daño recibido, inútil sería toda tentativa de reconciliación. Así que, á su regreso, el embajador debía esforzarse por penetrar las intenciones del rey D. Fernando, puesto que él había resuelto despacharle por embajador á uno de sus familiares, para demostrarle la justicia con que poseía el Rosellón. Con esta respuesta el de Pulgar regresó á España en compañía del francés Roberto. Este pronunció ante el Rey en Tordesillas brillante discurso en que se esforzó por disimular la violencia de su Rey, aludiendo al valioso auxilio prestado á la reina de Aragón doña Juana, madre de D. Fernando, y á éste mismo, Príncipe de tierna edad, cuando los rebeldes catalanes tenían sitiada á Gerona. Era tal el apuro de los sitiados, que sólo de los franceses podían esperar auxilio, y pareció enviársele el cielo, porque las dificultades eran considerables, dada la ocupación del Pirineo por los catalanes; mas aquéllos pasaron al Ampurdán en numerosas falanjes, y arrancaron de las crueles manos de los rebeldes á la Reina y al Príncipe, desamparados de todo socorro y consejo. En reconocimiento de este beneficio debía abonarse, según lo pactado, el estipendio de las tropas, y la negativa al pago fué luego el motivo de las guerras. Su Rey, sin embargo, estaba resuelto á acallar todas las censuras por el favor prestado, siempre que por ambas partes se diesen pruebas de desear la buena inteligencia.

La respuesta fué que convendría enviar nuevos embajadores que satisficiesen cumplidamente á todo lo propuesto. Consultada sobre todo esto la reina Isabel, á la sazón en Toledo, se convino, á causa de la dura escasez de fondos para los considerables gastos del ejército, en que Fernando del Pulgar volviese á Francia con Roberto, y mediante el pago de la tercera parte de la cantidad prefijada, accediese á la venta futura de la provincia del Rosellón. Al oir esta propuesta del embajador español, empezó el rey Luis por contestar con cierta ironía que hacía poco caso de ofertas de venta de cosas que él justamente poseía. Luego ya con más templanza quiso saber qué valor daba el rey Fernando á la subrogación de sus supuestos derechos, y una vez conocida la suma, si permitiría que le enviase sus embajadores, dos Grandes y un Prelado, á Bayona, y si él le despacharía los suyos á Fuenterrabía. Declaró Fernando del Pulgar que sus Señores enviarían á D. Diego de Mendoza, obispo de Palencia, y al conde de Osorno D. Gabriel Manrique, y que él mismo les acompañaría.

Pronto comprendió el embajador que el rey Luis trataba de engañarle aparentando el ajuste de aquellos pactos, porque ya decididamente en favor de D. Alfonso de Portugal, en vez de embajadores, se disponía á enviar numerosas tropas á las fronteras de Gascuña confinantes con Fuenterrabía para romper la guerra en favor del Portugués contra los de D. Fernando. Supo también el embajador que para este fin acababan de llegar los del rey de Portugal, y preguntando al rey de

Francia si aquello era falso ó verdadero, le respondió que era firme su propósito de permanecer siempre fiel á la alianza con el Rey de Castilla y de León, y en cuanto á lo demás, que ya lo había explicado más latamente. Bien penetrado el embajador de la fraudulenta astucia del francés, regresó á España á comunicar á D. Fernando las intenciones de su perpetuo enemigo. En estas inútiles negociaciones se emplearon muchos días, y el fragor de la guerra ahogó la voz de los pacíficos razonamientos, porque en vez de embajadores el rey Luis envió á las fronteras de Vizcaya ejército numeroso, y D. Fernando por su parte no se descuidó en mandar á Fuenterrabía fuerte contingente de escogidos caballeros.

Inmediatamente después se recibió la embajada pacífica del rey D. Fernando de Nápoles, la que, no sólo ajustó el casamiento de su Rey con la ilustre D.ª Juana, hermana del rey D. Fernando de Castilla, sino que pidió la mano de su única hija y primogénita D.ª Isabel para el primogénito del monarca napolitano, D. Alfonso, duque de Calabria y príncipe de Capua, prometiendo además en nombre del rey de Nápoles fuertes sumas para el pago anual de las tropas mientras durase el azote de las guerras hasta lograr la apetecida tranquilidad. Otra cantidad no despreciable envió su Rey al de Castilla, envuelto á la sazón en empeñadas guerras. Con el enemigo portugués que ejercía sus depredaciones en el interior de Castilla, la puerta abierta de Gascuña era un peligro y la extrema necesidad exigía algún auxilio eficaz.



CAPÍTULO VI

Hermandades que la necesidad obligó á formar en las provincias. — Censuras dictadas contra el Arzobispo de Toledo. — Triunfo del francés Bernal.—Ignominia del Almirante.

Entre los varios recursos propuestos para las necesidades de la guerra, pareció á los leales el más eficaz para el sostenimiento del ejército, restablecer, á expensas del común de los pueblos, la Hermandad que en los días del rey D. Alfonso fué tan útil para el exterminio de los ladrones. Lo mismo había yo aconsejado en Zaragoza al rey D. Fernando á la primera noticia de la muerte de D. Enrique, por serme conocido el propósito de los portugueses, la maldad de los Grandes y la pobreza del joven Príncipe, que había de resistir á enemigos de gran poder y riquezas. Su padre, en extrema vejez y exhausto de recursos, se veía acosado por los franceses; los enemigos asediaban por todas partes el nuevo trono de Castilla y León, y muchos de los Grandes, ó les favorecían abiertamente ó, fingiéndose auxiliares, fomentaban calamidades y daños perdurables, devorando los restos del antiguo erario y preparándose á extender su dominio á costa de la ruina de los pueblos.

Esta corrupción amenazaba con universal desastre á los naturales; pero el mismo cúmulo de los peligros inspiró recursos para el remedio, y aprovechando la estancia de D. Fernando en Burgos, su fiel servidor Juan Ortega y otros sujetos de sus mismas opiniones, le pidieron insistentemente su aprobación Real para el restablecimiento de las Hermandades populares que podrían esta vez, con el ejemplo de la antigua extinguida, constituirse sobre bases más firmes, asegurándose el concurso de los caballeros del estado llano y del clero, puesto que, según dicho común, lo que el pueblo quiere, Dios lo quiere; y no encomendándolas al principio más que el exterminio de la tiranía, excesivamente aumentada con los latrocinios desde que todos los malvados, con el despojo de los caminantes y las desapoderadas rapiñas ejercidas en los pueblos, habían construído por todas partes fortalezas atestadas de ladrones. Estos daños habían extremado su violencia desde que el rey de Portugal había arrojado nuevo combustible al anterior incendio, y los escasos recursos no permitían á los Reyes, legítimos herederos de estos reinos, acudir ya un día más al sostenimiento de tan larga campaña, considerando que, si los vasos de plata sacados del Alcázar de Segovia apenas bastaron para mal alimentar durante diez días á las tropas en la inútil expedición de Toro, cuánto más necesario sería contar con fuertes provisiones cuando hubiera que hacer frente, al mismo tiempo, como la urgente necesidad exigía, á los franceses que entrasen por el Norte, á los portugueses que acometieran por el Mediodía, y

por todas partes, en el corazón del reino, á las rapiñas de los ladrones. Esto, siempre que se estuviera resuelto á preferir la libertad á la esclavitud y el honor á la ignominia. A estas razones añadieron el medio práctico de ejecutar el proyecto, explicando cómo con un repartimiento poco oneroso, cada ciento cincuenta vecinos podrían sustentar un hombre de armas, y cada ciento, un jinete. Aseguraron que de este modo podrían reunirse hasta 3.000 soldados de caballería muy escogidos, sustentados perpetuamente á costa de los naturales que, víctimas de incalculables daños, habían de preferir disfrutar de libertad y de paz á costa de algunos dispendios, á perder cuanto poseían víctimas de vergonzosa esclavitud.

Tan fundados argumentos persuadieron á un Rey dotado de tal prudencia, y desde luego manifestó su satisfacción ante aquel proyecto, que podría ser firme sostén del orden. No tardó, sin embargo, en verse molestado por las quejas de los Grandes, que amenazaban con innumerables peligros, declarando que sería en extremo molesto á la nobleza el contribuir á los gastos en unión con los populares. No era posible—decían—aliar la nobleza con el tributo, el yugo con la fortaleza y el servicio con el amor. Ya era bastante que espontáneamente los Grandes se mantuviesen en la lealtad innata en todos los buenos, según habían demostrado muchos de ellos después de la entrada del enemigo portugués, cumpliendo con extraordinario valor los deberes de la fidelidad. También afirmaban que al clero le sería penosísima semejante obligación. Por lo cual, el vano proyecto

que, en opinión de aquellos hombres ignorantes é incapaces, había de ser utilísimo, vendría á convertirse en descabellada resolución, y de donde imprudentemente se pretendía remedio, surgiría nuevo desastre.

Los argumentos de los Grandes angustiaron de tal modo el ánimo del Rey, amargado con tantas contrariedades, que contestó públicamente á los que primero le aconsejaron el restablecimiento de las Hermandades, que no quería oir hablar de semejante cosa. Entonces cundió la voz entre los naturales de que los Grandes habían seducido al Rey para eterno daño de los pueblos, mientras ellos trataban de aliviar su prolongada desventura. No había, por tanto, que consultar más con él acerca de la libertad común, cuando así se olvidaba de su propio interés.

Trataron luego aquellos excelentes sujetos con el clero y con los caballeros, y no les fué difícil persuadir á los leales de que, del exterminio de los malos dependía el verdadero provecho de los pueblos. Entonces, anulados por este ingenioso recurso los argumentos de los Grandes, de nuevo acudieron al Rey, ya penetrado de las falsas argucias de los que pretendían disuadirle, y prometió, juntamente con la Reina, prestarles toda su real autoridad.

Se estableció esta Hermandad el dicho año de 1475 en Burgos, ciudad que, como cabeza del reino de Castilla, se considera también como primera residencia de aquella institución, y la que dió las primeras reglas para el establecimiento del remedio adoptado.

Por entonces se procedió jurídicamente contra el Arzobispo de Toledo, á causa del empeño con que procuró la ocupación de Cantalapiedra, de la diócesis de Salamanca, con total olvido de los deberes del Primado de las Españas, obligado, no sólo á no acarrear menoscabo á la dignidad eclesiástica, sino á combatir á los que le procurasen. Pero ya el Arzobispo se inclinaba en todo al error, y, desafiando el temor de las censuras, amparaba á los malvados, antes objeto de su odio, que á tanto le arrastraba la perversión de sus sentimientos.

Bien diferente se mostró en aquellos días, en la tenaz persecución de los ladrones, el noble Francisco Bernal, á quien reconocían por caudillo varios jóvenes, entusiastas de las esclarecidas prendas de que la naturaleza le había dotado y que él sabía realzar con su extremada actividad en cuanto emprendía. Había observado el descuido de los ladrones que, al llevar por la noche sus rapiñas al alcaide de Castronuño Pedro de Avendaño, dejaban los caballos en el pueblo y entraban en la fortaleza á disponer las guardias ó á hablar con el Alcaide, y se ganó la confianza de un hombre astuto y arrojado, testigo de aquellas imprevisiones. Con su ayuda se introdujo á media noche en la villa con 70 caballeros escogidos y se apoderó de casi otros tantos caballos de los ladrones y de los robos que encontró en las casas, mientras los vecinos, que oían el estrépito de los que las registraban, lo atribuían á los que habían visto con frecuencia volver de noche con el botín robado á caminantes y mercaderes, an-

dar de casa en casa, sacar caballos, cambiar de alojamientos y subir á la fortaleza y bajar de ella. Hizo aquella costumbre que no concibieran la menor sospecha y, en tanto, Francisco y sus compañeros hallaron medio hábil para burlar, no sólo á los de la villa, sino á las guardias que rodeaban las faldas de la abrupta eminencia llamada la Mola. A media noche, seguido de 20 caballos, fingiéndose encargado de relevar los puestos de guardia y de vigilar los escuchas, é imitando la voz de los centinelas, engañó á todos y penetró hasta la trinchera de la fortaleza que sobre el Duero se levanta. De regreso en la villa, á la madrugada, presentó los caballos y el botín cogido á los ladrones y repartió aquéllos entre los jóvenes, con lo que aumentó el número de su gente.

El estupor del Alcaide y de sus sicarios al ver con qué facilidad les había arrebatado Francisco Bernal todos sus caballos y gran parte de sus rapiñas no podría expresarse fácilmente, ni tampoco la rabia que se apoderó de ellos al considerar que, perdidos los caballos, ya no podrían asaltar á los caminantes ni ejecutar sus acostumbradas correrías para sus robos. El único recurso que se le ocurrió al Alcaide fué escribir al día siguiente á los de Medina, adonde se decía haber vuelto Bernal, amenazándoles con entrar á saco en la ciudad si no le quitaban los caballos y los despojos de que se había apoderado. O por miedo, ó por maldad, preparábanse á ejecutarlo así, cuando vino á estorbarlo orden de la Reina, conforme con la justicia.

Superó á la maldad de los de Medina la ignominia del almirante D. Alfonso Enríquez, tío del rey D. Fernando. Temiendo que los azares de la guerra le mermasen ó le suprimiesen la renta de la feria anual que por merced de los Reyes se celebraba con gran concurrencia en su villa de Medina de Rioseco, envió emisarios con cartas al rey de Portugal para pedirle el título de su Almirante, y que se dignase conceder su seguro para que los comerciantes pudiesen acudir libremente á la feria y celebrar sus tratos. Con el mayor descaro hizo que se publicasen las cartas en Valladolid á voz de pregonero, é intentó hacer lo mismo en Burgos; pero los burgaleses no quisieron presenciar semejante maldad, y prohibieron el vergonzoso pregón.

Cuando vió que el ánimo de las gentes se iba inclinando cada día más á D. Fernando, imploró de nuevo la gracia de su sobrino, favorecido ya con importantes triunfos.





CAPITULO VII

Perfidia del pirata francés Colón.—Alianzas con el extranjero.—Marchan á Andalucía los primos del Marqués y de D. Rodrigo Girón.—Reedificación de Castroviejo.—Marcha de la Reina á León.—Muerte de la reina D.ª Juana.

Mostróse la fortuna dignamente propicia á un partido, y favoreció con desdoro al otro. Infestaba el mar de Occidente un pirata llamado Colón, natural de Gascuña, al que sus afortunadas expediciones habían permitido reunir gruesa armada y ostentar el título de Almirante del rey de Francia. Por él se habían hecho los franceses aptos para la navegación, porque antes se les consideraba, ó desconocedores de tal ejercicio, ó poco experimentados en las expediciones marítimas. Después de combatir largo tiempo en Francia con los ladrones, casos adversos de fortuna le sumieron en la desgracia, y, ya hacia la mitad de su vida, se consagró á la de mar y se enriqueció rápidamente merced á sus crueles y pérfidos procedimientos de pirata. Buscó para compañeros algunos vascongados, gascones, ingleses y alemanes aficionados á aquella vida; construyó una gruesa nave, reforzada en las bandas con fuertes vigas para resistir el

choque de las máquinas enemigas; inventó otras de diversos géneros, y en épocas determinadas salía del puerto de Harfleur, plaza de Normandía en la costa del Océano, frontera á Inglaterra, y atacando furiosamente á cuantas naves mercantes encontraba en la travesía, se apoderaba de sus riquezas.

En sus correrías había llegado á las costas de Portugal y al estrecho de Cádiz, dirigiendo sus principales ataques contra portugueses y genoveses, por lo que el Rey de aquella nación D. Alfonso, aliado entonces del inglés contra Francia, había enviado una armada en persecución del pirata. La antigua enemistad entre el rey Eduardo de Inglaterra y Luis XI de Francia hizo necesario el apresto de poderosa armada para que aquél se apoderase de las provincias que en otro tiempo había poseído ú ocupado en el continente. Favorecían estos intentos los triunfos del duque Carlos de Borgoña, que ya en tres combates había derrotado á los franceses, y como cuñado de Eduardo, le había prestado poderoso auxilio para exterminar á los rivales de Inglaterra, y fomentaba con él la guerra contra el rey Luis. Era un obstáculo para esta empresa del Duque contra franceses la reciente guerra que había declarado á los alemanes de Colonia; pero no lo fué para el paso de Eduardo á Francia con numeroso ejército. Halló preparado á su contrario con grandes fuerzas apostadas á lo largo de las costas de Gascuña y Normandía; pero en el continente la batalla empeñada entre ingleses y franceses fué favorable á los primeros. Amargamente sintió el

descalabro el rey Luis, al que no habían valido las malas artes empleadas antes de la llegada de su enemigo para sembrar cizaña entre sus Grandes, y conociendo las vacilaciones del rey Eduardo, entabló tratos de paz fácilmente concluída, porque el francés pagó todos los gastos de la expedición de los ingleses y dió muchas prendas para afirmar la nueva alianza. En las entrevistas entre ambas partes celebradas se aparentó gran amistad, y luego el rey Eduardo regresó á su reino. El de Francia, en su deseo de dejarlo todo arreglado á cualquier costa para ocuparse en la invasión de los vascos y en la guerra de España, fácilmente indujo al duque Carlos de Borgoña á nuevos tratos de cruel alianza, puesto que cada uno había de entregar al otro á un caballero de los más afectos para darle muerte. Convinieron, por tanto, en este inhumano pacto, á saber: que el conde de Saint-Pol Luis de Luxemburgo, condestable de Francia, recibiese el castigo á voluntad del Rey, y que, de orden del Duque, un bastardo y otro hijo del Conde les fuesen entregados para ser condenados á muerte. Estas feroces alianzas fueron luego origen de cruelísimas desdichas y derramamientos de sangre, como en su lugar se dirá.

Entretanto el rey Luis, ya amigo de D. Alfonso de Portugal, deseando desahogar con España un innato prurito de guerra, antes de declararla, mandó á Colón que se reuniera con los marinos portugueses. Arribó el pirata á las costas de Lisboa y entró en la desembocadura del Tajo con siete gruesas naves, y púsose en espera de los

mercaderes vascongados que llevaban á Flandes vino, aceite y otros géneros. Muy ajenos estaban ellos de temer nada de Colón, con quien tenían frecuente trato, á quien algunas veces habían acogido benignamente y en cuyas naves iban muchos marineros de Vizcaya. Confiados, además, en el afecto que los de estas provincias se profesan cuando están lejos de ellas, nada recelaban del pirata. Pero éste, al divisarlos cuando doblaban el cabo de San Vicente, puso hacia ellos las proas. Seguros entonces de que venían á su encuentro, marcharon confiados á recibir al que creían amigo, sin cuidarse, por tanto, de tomar las armas, y, según costumbre de la gente de mar, le preguntaron con qué intención venían en su busca. Colón, dándose por muy amigo de los patrones de las naves, se limitó á indicar que pasasen á la suya para ver por las relaciones de carga si entre la de los andaluces habían introducido alguna los genoveses. Sin demora obedecieron los incautos vascongados, y el pérfido pirata les obligó traidoramente á que le entregasen sus nueve naves. Dos lograron huir merced á la astucia de cierto vascongado; pero se apoderó de las otras siete y envió á Inglaterra á vender el cargamento de vino y aceite, géneros de que allí se carece. Entonces escaparon de las naves los mercaderes andaluces y algunos vascongados, y llegaron á la ciudad de Hampton á reclamar ante las autoridades contra el inicuo despojo. Confiaban en la estrecha alianza de nuestro D. Fernando con el rey Eduardo; pero los Magistrados, después de consultarle, entregaron á los míseros mercaderes

á los piratas, con ultraje de la humanidad y de los términos de la alianza, con daño grave de los españoles y quebranto del derecho de gentes, puesto que el rey de Francia, cuando aún no se había declarado la guerra, no se avergonzó de entregar á Colón, como buena presa, las naves, despreciando las justas reclamaciones de restitución de los españoles y despidiéndolos con agria respuesta, en que hizo alarde de su acostumbrada perfidia y su espíritu tiránico. Este inicuo atropello dió ocasión á la encarnizada guerra entre Francia y España, vivamente fomentada en el corazón de Castilla por los adictos del rey de Portugal. Dos de ellos, los primos D. Rodrigo Girón y D. Diego Téllez Pacheco, marqués de Villena, pasaron á Andalucía con unas cuantas lanzas y se detuvieron algún tiempo en Arjona, villa de la Orden de Calatrava, persuadidos de que su llegada les granjearía nuevamente la adhesión de los pueblos del Maestrazgo y de la ciudad de Baeza. Sus vivas instancias para reunir á sus amigos no tuvieron éxito.

Por aquellos días D. Alfonso de Aguilar, prosiguiendo en su hostilidad al Conde de Cabra, hizo reedificar el derruído Castroviejo, próximo á Baena. Además de otros indicios, fuélo éste bien patente de su enemiga contra el rey D. Fernando, con pretexto de las rivalidades con el Conde, porque andaba buscando una ocasión para divorciarse de su mujer D.ª Francisca, hija de aquél, y esperaba hallarla en la confusión de las revueltas. Su constante inclinación á los sucesores de Pacheco le hacía creer además, que en aquella

coyuntura podría granjearse mejor la gracia del marqués de Villena, si ahora, ya conseguida más próspera fortuna, se casaba con su hermana, enlace que, en vida del Maestre, había él aplazado. Esta novedad acarreó á los andaluces muchos pesares, principalmente cuando los dos primos, antes de su vuelta á tierras del Tajo, anduvieron celebrando sus juntas con los confabulados. Así el Marqués, de vuelta en Castilla, conferenció con D. Alfonso de Aguilar en Torre de Diego de Aguayo, ya persuadido de que con sus razonamientos se había ganado para siempre al marqués de Cádiz D. Rodrigo Ponce de León, á D. Fadrique Manrique, con permiso de éste, á su yerno Luis Portocarrero, alcaide de Écija, y á otros muchos partidarios de la nobleza andaluza. Entretanto la Reina favorecía los planes de su marido, deshaciendo los de los malvados y los del rey de Portugal, que alardeaba de tiránica arrogancia.

Al tener noticia de los tumultos de los leoneses y de las rivalidades de los Señores, marchó precipitadamente á León y los redujo con gran actividad á la debida obediencia del Rey. Castigó á los culpados, premió á los beneméritos, confió la guarda de la fortaleza al comendador de Santiago Diego de Velasco y regresó á Valladolid.

Por este tiempo (1) acabó su desdichada vida,

---

(1) Al margen, de mano de Zurita: «En su sepultura se dice que murió año de Mccccl xxv, día de San Antonio; pero no pudo ser, porque á 30 de Mayo (*sic*) era viva, como parece por carta de su hija, dada en Plasencia el mismo día, y así se ha de entender ser año de la Encarnación y no del Nacimiento de Mcccclxxv.»

en Madrid, la reina D.ª Juana, en cuyo seno se procreó aquel germen de horrendas discordias. Díjose que había muerto envenenada por su hermano el rey de Portugal, por cuanto, pesarosa de su adulterio, tan funesto á los reinos de España, había querido hacer pública manifestación de su arrepentimiento. Otros afirmaron que la causa de su muerte había sido un aborto. Sea de esto lo que quiera, ni en D. Alfonso ni en ninguno de los Grandes, sus parientes, se vió señal alguna de tristeza por la muerte de la desventurada Reina, que, profundamente despreciada por él, jamás le había visitado, como tampoco al yerno después del nuevo parentesco.





CAPÍTULO VIII

Llega á Burgos D. Alfonso de Aragón, hermano del rey D. Fernando. — Este marcha secretamente á Valladolid con intento de recuperar á Zamora.

Entre otros auxilios, considerábase principal el de la llegada del excelente caudillo D. Alfonso de Aragón, legítimo Maestre de Calatrava, temido de sus émulos por serles conocido su arrojo para quebrantar y rendir á los contrarios y su singular pericia para emplazar las máquinas de guerra contra los castillos enemigos. Por lo demás, teníase por seguro que en lo que se le encomendase no usaría de falacia ni de malas artes; al paso que otros se habían burlado á menudo del Rey aconsejándole el alivio de los trabajos de los defensores en lugar de los rigores del ataque. Por estos motivos tantas fueron las cartas y tantos los mensajeros que le envió su hermano para que viniese sin pérdida de tiempo, que, abandonando la cuestión del Maestrazgo de Calatrava, para cuya futura posesión los capitanes que hacían la guerra en Castilla la Nueva y en Andalucía creían convenientísima su presencia, torció el camino y cambió radicalmente su primer

propósito. Era éste ir desde Barcelona á Valencia, y por el Marquesado de Villena, ocupado en su mayor parte por los de D. Fernando, dirigirse á Castilla la Nueva, reuniendo así á su caballería cuantos hombres de armas de su hermano pudiese recoger por el camino; pero siguió otro desde Zaragoza por Aragón y no logró aumentar sus fuerzas. Al frente de 50 hombres de armas y de 100 jinetes, empenachados los cascos y enjaezados los caballos, y con los ingenieros prácticos en la construcción de máquinas de guerra y emplazamiento de la artillería, saludó á su hermano D. Fernando en Burgos el 22 de Noviembre de 1475. Gran alegría le causó su llegada en momentos de tantas dificultades, é hizo grandísimo aprecio del auxilio de los caballeros y de los maestros de la artillería, á pesar de su reducido número.

Inmediatamente se pasó revista á cuanto hasta entonces se había hecho, y pareció inútil la mayor parte. Las minas, ineficaces para la desviación del pozo, habían exigido mucho trabajo, además de algún gasto y tiempo. El emplazamiento de las bombardas hacía imposible el efecto sobre las murallas. Sólo parecieron bien los dobles fosos y las estacadas con que se rodeaban, para defensa de trincheras y reparo de los asaltantes. También se juzgó ventajoso para la futura toma de la posición el daño causado en su recinto por los tiros de los trabucos.

Después de tratados concienzudamente estos puntos, el Rey habló aparte á su hermano y le encareció la oportunidad de su venida, puesto que en su ausencia le hubiera sido difícil el viaje en se-

creto para destruir por ingeniosos medios al enemigo; al paso que ahora con su presencia podría ya marchar inmediatamente á Valladolid á disponer nueva expedición. Preparó en gran secreto el viaje con tres compañeros, D. Enrique Enríquez, su tío, Rodrigo de Ulloa y Raimundo de Espes, el mozo; montó á caballo á media noche, y dejando al cuidado de uno de sus compañeros la conducción en una acémila de lo necesario para el camino, llegaron antes de amanecer, á buen andar de las cabalgaduras, á cierto monasterio donde durmieron algunos momentos. A la noche siguiente entraron en Valladolid, alojándose en una casa que en secreto tenían preparada.

En Burgos, nadie, á excepción de los iniciados en el viaje, se apercibió el primer día de la ausencia del Rey. Al segundo, viendo circular entre las gentes al camarero Diego de Torres, á Raimundo de Espes, muy querido del Rey, y á otros servidores de Palacio, creyeron buenamente que alguna indisposición retenía en él á D. Fernando. Ya al tercer día los vecinos de Burgos entraron en alguna sospecha, poco agradable, especialmente para los principales de la ciudad, aunque los trabajos que D. Alfonso disponía para combatir el castillo los tenía á todos ocupados. En Valladolid, el primer día en que el Rey tuvo junta secreta con unos cuantos de sus íntimos, nada llegó á traslucirse, y lo mismo el segundo; pero al tercero, la inusitada reserva empleada en sus ocupaciones por los que desempeñaban cargos públicos, hizo correr algunos rumores acerca de la presencia del Rey. El cuarto día ya se aseguraba entre el pue-

blo que estaba en la ciudad. Al quinto, tramada ya por tercera ó cuarta vez la conjura de los zamoranos para abandonar la causa del rey de Portugal, y desconfiando cada uno de los demás, pues tenía para sí que cada centro de conjurados había imaginado aquella defección, y sólo los unidos por el vínculo de idéntico pensamiento la habían discurrido, llegó á asegurarse D. Fernando de que Francisco Valdés, alcaide del castillo construído sobre el puente del Duero, se había hecho tan sospechoso al rey de Portugal, ya apercibido de que algo se tramaba contra él, que el nuestro podía contar con paso franco. La noticia fué, con razón, muy grata á D. Fernando, é inmediatamente, á la media noche salió de Valladolid con 200 lanzas, acompañado por D. García de Toledo, duque de Alba; por D. Rodrigo Pimentel, conde de Benavente, que trabajaba por su libertad (1); por Gutierre de Cárdenas, á quien la Reina confiaba todos los acuerdos secretos, y por Pedro de Estúñiga, primogénito del Conde de Plasencia, que por aquellos días andaba procurando algún respiro en el sitio de la fortaleza de Burgos. El Cardenal permaneció en compañía de la Reina, y se escribieron cartas á las autoridades de Salamanca, Medina, Segovia y Avila, encargándoles la urgencia de enviar tropas á Zamora si su ánimo era coadyuvar á la empresa iniciada. Y

---

(1) Parece inexplicable que estando preso el Conde, acompañase al Rey; pero el texto latino así lo dice: «*Comitatus* (el rey D. Fernando) *Comite Beneventano Roderico Pimentel, propriam libertatem inquirente.*»

como se creía que de tantas conjuras de los de Zamora contra el rey de Portugal sólo la del alcaide citado, Francisco de Valdés, se acomodaría al intento del rey D. Fernando, se dió orden á los 600 caballos, tiempo antes reunidos en Villalpando para acudir rápidamente en favor de otros movimientos de los de Zamora, que torciesen el camino hacia Tordesillas para ponerse á las órdenes del rey D. Fernando á su paso por la población. Antes de alborear entró en Simancas; allí se reunió á sus tropas el almirante D. Alfonso Enríquez, y tras breve descanso en Tordesillas, atravesó el puente sobre el Duero al frente de 800 lanzas, y por el llano dió vista á Castronuño, todavía ignorante del nuevo movimiento de los zamoranos contra el rey de Portugal, que había salido de la ciudad el mismo día en que D. Fernando se dirigió á ella desde Valladolid.

Junto á los muros de Castronuño se trabó ligera escaramuza, á que puso término la intervención de D. Fernando. A poca distancia de la villa se dió algún descanso á las tropas, y luego caminaron todo el resto de la noche, hasta que, pasados los pueblos y aldeas de la travesía, se supo que el rey de Portugal había salido de Zamora. Allí se dirigió á toda prisa D. Fernando, que llegó al puente en las últimas horas de la noche.



CAPÍTULO IX

Terror y fuga del Rey de Portugal.—Recuperación de Zamora por D. Fernando.

Creo oportuno añadir algo sobre la defección de Zamora á lo que ya referí acerca del enojo de sus moradores cuando descubrieron el inicuo propósito del rey de Portugal de arrojar de la ciudad á los que le eran sospechosos, sustituyéndolos por otros tantos portugueses. Conocía él tiempo antes el anhelo de los angustiados vecinos por recobrar su antigua tranquilidad, y vivamente deseaba conseguir su doble fin de someter á los aterrorizados habitantes y librarlos luego de todo temor. Sus gentes se mostraban de dia en día más crueles, y afligían á los míseros ciudadanos con intolerables sospechas. A unos daban vil muerte en la horca; martirizaban á otros con variados tormentos, y, arrojando la máscara de su anterior benignidad, aparecieron cuales eran, afrentando, acusando y vejando con innumerables ultrajes á los de más humilde condición. Es seguro que se hubieran ensañado con todos, sin la protección dispensada á muchos del pueblo que les eran afectos por el alcaide de la fortaleza Alfonso de Valencia y por

Juan de Porres y sus amigos. Pero ni aquél ni éste, tío de Francisco de Valdés, habían sospechado nunca del último. Prescindiendo del fundamento que pudiera tener el rumor ó la sospecha, el rey de Portugal trató con el Arzobispo de Toledo y con los demás Grandes acerca de la conveniencia de llamar al príncipe D. Juan de Portugal.

Porque los andaluces de la frontera de este reino, los de Badajoz y las gentes de otros muchos pueblos inclinadas al partido de D. Fernando, iban diariamente asolando la región más feraz de Portugal: en Galicia, los partidarios de D. Alfonso estaban sufriendo tan grandes daños, que necesitaban pronto socorro, y era indispensable atender muy particularmente á aquellas apartadas provincias portuguesas, para que mientras él, en el centro del territorio atravesado por el Duero, trabajaba por ocupar Zamora y Toro, no quedasen destruídas las demás provincias, con vergüenza y oprobio considerable. Sobre todo el Algarbe, en Africa, á tanta costa y con tan perseverante esfuerzo ganado, inspiraba el mayor interés, porque no pudiera decirse de los portugueses lo del perro de la fábula de Esopo, que al atravesar un río soltó la carne que llevaba en la boca por coger la que veía reflejada en el agua. También debían tenerse muy presentes los trabajos de los confederados y evitar que en Castilla la Nueva y Maestrazgo de Calatrava el enemigo aniquilase á los dos primos don Rodrigo Girón y el Marqués de Villena, ya decaídos de su gran poderío. Este quebranto arrancó al Arzobispo durante el Consejo las mayores que-

jas, á vueltas del recuerdo de su propio señorío. Al Conde de Plasencia se le achacaba gran culpa en la funesta resolución primeramente acordada, por haber hecho que el mismo Rey con todo su poder y todas las tropas se empleasen en su amparo y en la campaña contra Burgos. Por todo lo dicho, y á fin de preparar la armada, tan indispensable para el buen éxito de la causa portuguesa, se convino en la necesidad de llamar al Príncipe. Para acompañarle se destacaron 300 caballeros escogidos, con lo que se dió ánimo á los ya inclinados al partido de D. Fernando, puesto que facilitaba la defección el menor número de caballería que quedaba con D. Alfonso. Así lo había calculado también Francisco de Valdés, hombre enérgico, en su corazón, partidario resuelto de D. Fernando, y desesperado al ver la nota de infiel á su Rey con que después de la defección de Zamora al Portugués le tildaban los desconocedores de los pactos secretos, sin que les hubiesen convencido las pruebas de su lealtad, ni el retener en su poder el puente sobre el Duero, tan á propósito para facilitar la deseada entrada del Rey Católico. El solo, valiéndose de emisarios secretos, insistió para que le acudiese con oportunos socorros, y hubiera realizado más importantes empresas si le hubiera ayudado la fortuna, pues se dice que intentaba apoderarse del rey D. Alfonso y de su prometida esposa, aprovechando su visita semanal á una ermita situada al otro lado del puente; mas al tiempo que disponía el golpe, interrumpieron la costumbre. Esto le hizo pensar en alguna sospecha nacida en el ánimo del Rey, y

procedió en adelante con más cautela cuando le visitaba. Por su parte éste y sus Grandes pusieron más cuidado en disponer con mayor libertad del paso del puente. Mientras D. Fernando permanecía escondido en Valladolid, Valdés en Zamora se fingía enfermo, para tener un pretexto de dilación cuando se llamase al Rey Católico. Ya los portugueses, aguijoneados por vehementes sospechas, resolvieron avistarse con Valdés, y para ello eligieron al Conde de Marialba y á Juan de Porres. Desde la puerta de la torre del puente pidieron una conferencia al alcaide, el cual, por intermedio de Pedro de Mazariegos, su lugarteniente, se la negó alegando su enfermedad. Tan á mal llevó el Conde la excusa, que exclamó: «¡Oh, Dios! ¿Qué persona honrada puede tolerar la pérfida condición de los castellanos sin arrancarlos la vida ó castigar los perversos procedimientos y los desleales intentos de esta gente?» Inmediatamente le contestó Mazariegos: «¡Apartaos de aquí, imbéciles y soberbios portugueses! ¡Atrás, digo, enemigos insolentes y por demás fanfarrones! ¡Nosotros obedecemos á D. Fernando!»

Apenas acabó de hablar, volaron por los aires las saetas contra los osados mensajeros, que pagaron cara su osadía, pues no encontraban reparo contra la nube de flechas que desde las almenas les arrojaban. En cuanto le hallaron, el rey D. Alfonso mandó á sus gentes tomar las armas y disponerse al ataque, encareciendo en ardiente arenga la singular importancia de la posesión de la ciudad para el triunfo de su causa. Dado algún descanso á las tropas, lanzáronse fu-

riosamente contra los que llamaban pérfidos y rebeldes. La defensa estaba perfectamente preparada, y apenas se aproximaron los primeros portugueses, cayó sobre ellos espesa nube de dardos y saetas, siendo tal el terror que se apoderó de sus ánimos al solo nombre de D. Fernando, cuya venida temblaban, que, heridos y poseídos de espanto, encomendaron su salvación á la fuga para escapar de las manos de los sospechosos zamoranos, antes de la llegada del enemigo, y poder siquiera acogerse á los muros de Toro. Adoptó D. Alfonso este recurso, y en compañía de su futura esposa y de los íntimos que le quedaban fieles, marchó al punto hacia Toro, que juzgaba seguro refugio, abandonando en su precipitación las riquezas acumuladas en el castillo. El mismo día que los portugueses salieron de Zamora, D. Fernando, aún dudoso de la futura empresa, se dirigió hacia esta ciudad, y el 2 de Diciembre, antes de amanecer, entró en el puente, como dije, encaminándose sin descansar un momento al interior de la población, que fácilmente hubiera podido el enemigo fortificar al marcharse con algunas defensas ó guarnición. No hallaron resistencia los de D. Fernando sino en las gentes del Alcaide que guardaban la catedral, próxima al castillo, y á combatirlas marcharon sin detenerse, empezando por la casa del malvado Cantor zamorano, tío del pérfido Alcaide é inicuo consejero, por cuanto desde las defensas de ella hacían gran estrago con los venablos y tiros de espingarda entre los soldados que se dirigían á la iglesia. Para evitarlo se echó inmediatamente abajo la casa, debiéndose esta ruina, así como el

saqueo de otras viviendas de personas inocentes, á la maldad de su convecino el citado Cantor. Los de la iglesia, como poseídos de estupor, se defendían flojamente, al paso que los que la atacaban arrimaron las escalas con admirable arrojo. El primero que subió por ellas, sembrando el espanto entre los sitiados, fué un caballero llamado Fernando *el Bueno,* de la gente de D. Pedro de Estúñiga, primogénito del Conde de Plasencia. A su ejemplo treparon á lo alto buen golpe de soldados de D. Fernando, que apresaron á unos, dieron muerte á otros y forzaron á algunos á encerrarse en la torre. Pronto tuvieron que abandonarla llenos de terror, porque uno de los enemigos llegó por el tejado de la iglesia á un agujero tapiado, y como ellos, no recelando nada por aquella parte, sólo atendían á impedir la entrada de las escaleras de piedra, de pronto sintieron que por aquel lado caían sobre sus cuerpos las que el soldado les arrojaba desde la tronera tapiada. Entonces escaparon atemorizados por el postigo y se encerraron en la fortaleza. No se apercibieron los nuestros de la fuga, atentos como estaban á librarse de las saetas; mas cuando observaron que ya no arrojaban ninguna, ocuparon las puertas y ventanas de lo alto, y sin el menor peligro se hicieron dueños de la torre abandonada. Mucho se elogió el arrojo de los 20 compañeros de armas de Pedro de Estúñiga. El cual, enemistado con razón con su suegra, marchó á Sevilla á suplicar á los Reyes que no permitiesen el despojo de un patrimonio legítimamente adquirido, á causa de la maldad de aquella mujer, instigadora de la pérfida conducta del Con-

de de Plasencia, y que si se dignaban confiar á su lealtad la fortaleza de Burgos, seguramente el Alcaide se la entregaría. Mas como era pública la visita que en su camino había hecho Pedro á su pariente, y que por su consejo había movido estos tratos para que cesase el ataque de la fortaleza, se contestaba á las palabras con palabras, y Pedro, con aquellos pocos compañeros, seguía las banderas del Rey. Tomada la torre y la iglesia, inmediatamente se establecieron puestos avanzados para combatir la fortaleza de Zamora, con gran alegría de los vecinos que, libres ya del temor de verse arrancados de sus casas y sustituídos en ellas por los portugueses, según su inicuo proyecto, ofrecieron espontáneamente todas sus riquezas, alhajas y utensilios á los de la fortaleza, amigos suyos y partidarios del Rey. Lo mismo hacían todos los pueblos circunvecinos, que se habían negado á suministrar trigo á los portugueses, al paso que ofrecían á los de D. Fernando todo el grano encerrado en los silos, y les vendían baratísimo lo que negaban á los primeros.





CAPITULO X

Regocijo universal de los pueblos por la ocupación de Zamora.—Pesar de los portugueses y de los Grandes castellanos temerosos del poderío del rey D. Fernando.—Nuevas conferencias de aquéllos y diversas agitaciones.

La inopinada ocupación de Zamora por el rey D. Fernando fué motivo de extremada alegría para los pueblos, al par que de profunda pena para los portugueses y para los Grandes castellanos, persuadidos del perpetuo dominio de los primeros en la ciudad, causa, por tanto, de constantes dificultades para los Reyes legítimos. Visto el fracaso de sus esperanzas, fraguaron nuevos planes y quisieron entablar otras negociaciones con los pueblos, que los rechazaron con burla. Traía apenados á los primeros los grandes triunfos de D. Fernando, y esto mismo hacía que los ciudadanos y los populares pusiesen empeño en manifestar sus secretas intenciones por medio de juegos y regocijos públicos.

Don Rodrigo Girón no tardó en dar oídos á los prudentes consejos del noble y avisado Gonzalo de Avila, que por mucho tiempo le había estado disuadiendo de seguir los locos y pérfidos procedimientos de su primo el Marqués, y encomendar

sus cuantiosas rentas al arbitrio del joven á quien habían de perder los perversos consejos del Arzobispo de Toledo. En vez de esta conducta, debía por sí mismo prevenir la funesta ruina de su señorío, congraciándose con la Reina, que pensaba muy diferentemente respecto á la sublimación de D. Alfonso de Aragón, según la voluntad de los que se oponían á semejantes encumbramientos, en especial, por que acaso enmendase sus yerros con alguna nueva excusa. Persuadido D. Rodrigo, llamó á Gonzalo de Avila, á quien había respetado el fragor de la guerra, y le eligió para entender en su reconciliación con los Reyes. Lo mismo se proponía hacer después de la recuperación de Zamora el conde de Ureña D. Juan Téllez Pacheco (1), hermano gemelo de D. Rodrigo, y tan parecido á él, que cuando habitaba en la misma casa, hasta sus criados los confundían. En días más felices, joven y soltero, hubiera podido escoger suegro á su gusto, porque su padre D. Pedro Girón, maestre de Calatrava, le había dejado inmensa fortuna. Mas por seguir al Marqués, sufrió con él graves quebrantos, como fué la pérdida de la importante villa de Gumiel de Izán, recuperada por el conde de Castro D. Diego de Rojas, cuyo abuelo la había perdido con otras muchas cuando siguió el partido del rey de Navarra y del maestre de Santiago D. Enrique contra D. Alvaro de Luna. Estaba el conde de Haro D. Pedro de Velasco, primo del de Castro, muy enemistado con

(1) Más tarde se llamó D. Juan Girón. (*N. del T.*)

él por haber preferido en la pasada guerra la amistad del conde de Treviño D. Pedro Manrique á la suya, y se mantenía entre ambos hondo resentimiento. Así, en cuanto el de Haro vió ocasión propicia para molestar al primo y ayudar al Conde de Ureña, ensanchando á la vez el núcleo de sus propios partidarios, empezó á proteger al joven, ya camino de su ruina, brindándole con la mano de su hija. La oferta fué muy del agrado del favorecido, y cuando los Reyes lo supieron, también experimentaron cierta satisfacción, porque con ello el Portugués ya no podría contar con las guarniciones de Ureña y Tiedra, tan útiles á la sazón para la empresa de Toro, como perjudiciales á los zamoranos; si bien por otra parte se dolieron de que el Conde de Haro salvase de la ruina al joven arrancándole de las garras de la versátil fortuna que le había vuelto la espalda. La aprobación á la censura de los Reyes no fué obstáculo para que el de Haro consintiese en el matrimonio de su hija (1) con el Conde de Ureña y le prestase todo su favor, arrostrando los riesgos de las rivalidades con la resistencia que opuso á la facción del Conde su primo. De ellas surgieron tumultos y revueltas, y D. Diego de Rojas, al suceder á su difunto padre en el condado de Castro, se atrevió, con el apoyo de sus aliados, á vejar con correrías y talas á los pueblos obedientes al Conde de

(1) Hay un blanco en el texto latino. Suponiendo que faltara el nombre de la desposada, puede suplirse, puesto que es sabido se llamaba D.ª Leonor de la Vega y de Velasco. *(N. del T.)*

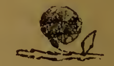
Haro. Se impuso, por tanto, la necesidad de que el rey D. Fernando procurase el apaciguamiento de estas rivalidades, con prometer al de Castro grandes recompensas si entregaba la villa de Gumiel de Izán á la Corona, y perdonar al Conde de Haro el parentesco contraído con el de Ureña, á condición de prestar pleito homenaje y obligarse á la debida fidelidad para lo sucesivo por medio del juramento militar, por más que en tiempos tan revueltos se tuvo por imprudente la aprobación de semejante parentesco. La única consideración que á la censura pudo oponerse fué la prolongada osadía de los que habían pretendido alcanzar sus medros hasta apoyándose en la corrupción de costumbres.

También el Marqués de Villena empezó á dar oídos á las insinuaciones del Cardenal, cuyo favor acaso pudiera alcanzarle el perdón de sus delitos, pues no ignoraba que su primo D. Rodrigo había buscado su protección. Verdad era que su yerro había sido más ligero, como que se reducía á un intento de retener la posesión del maestrazgo de Calatrava, al paso que su hermano el Conde de Ureña había prestado acatamiento al rey de Portugal y había asistido armado al inicuo casamiento de la pseudo reina D.ª Juana, con tal descaro, que el mismo Marqués y su hermano habían prestado funesto consentimiento. Diego Pacheco, por tanto, acusado de crímenes muy graves, y en su afan de retener á Baeza, Madrid y Trujillo, andaba vacilante entre varios partidos sin resolverse decididamente por ninguno. Al fin quiso averiguar en las juntas de sus amigos, qué propó-

sitos abrigaban para lo futuro. Ya dije que en compañía de D. Rodrigo Girón habían pasado por aquellos días desde Castilla la Nueva á Andalucía, y para aquel efecto procuró avistarse con el Marqués de Cádiz en Estepa, por creerse que un mismo interés le ligaba con el de D. Rodrigo Ponce de León, marido de D.ª Leonor (1), hermana del de Villena, y dueño de Jerez, Alcalá de Guadaira y Constantina, del territorio de Sevilla. El referido D. Rodrigo había tenido poco antes una entrevista en San Martín de la Sierra con los alcaides de las fortalezas de Andalucía, enemigos del rey D. Fernando, y, como consecuencia de ella, se mostró luego más activo en fortificarlas y proveerlas de guarnición, como si tratase, no sólo de acallar el temor con los preparativos bélicos, sino de aterrar á los adversarios. Se consideraba á este hombre enérgico más inclinado á tales procedimientos por haber conocido el fundamento preferente para sostenerse en sus resoluciones. El Marqués de Villena creyó que debía sondearse el ánimo de D. Alfonso de Aguilar, que ocupaba á Córdoba, y que mientras vivió el Maestre Pacheco, y con pretexto de alegación de divorcio autorizado por el Papa, estuvo vacilando en apartarse de su legítima esposa Francisca para casarse con Catalina, hermana del Marqués. De esto trataron los dos primos en la entrevista que á su regreso á Castilla la Nueva, y antes de atravesar la sierra de Córdoba, tuvieron en la Torre

(1) El ms. de Sevilla tiene al margen: *Beatricem.*

de Diego de Aguayo, caballero cordobés, igualmente adicto á D. Rodrigo Girón y á D. Alfonso de Aguilar. No me consta á ciencia cierta lo que en suma se trató en la conferencia; pero, además de otros indicios del ánimo tiránico del de Aguilar, muy apartado de la recta intención de seguir el partido de D. Fernando, fué manifiesta demostración de sus malos propósitos el que, después de la entrevista, comenzó á tratar de su matrimonio con Catalina, hermana del marqués D. Diego Téllez, precisamente en la ocasión en que ningún hombre prudente se hubiera atrevido á arrostrar el grave peligro de semejante enlace, sobre todo estando aún ligado por el legítimo vínculo de su primer matrimonio. En el hecho, de nada hizo caso; pero al escucharle, pregonaba que seguiría aquel partido á que le obligasen sus juramentos. Y á una con los magistrados de Córdoba y con la voz de los populares, había prometido seguir á D. Fernando y á D.ª Isabel.





LIBRO XXV

CAPÍTULO PRIMERO

Doña Leonor Pimentel, mujer del Conde de Plasencia, procura con gran empeño el perdón de los delitos cometidos.—Arrecia el ataque contra la fortaleza de Burgos.—Declaración de la guerra de Francia.

Al empezar el año 1476 envió D.ª Leonor Pimentel á la ilustre Reina emisarios secretos para pedirla encarecidamente el perdón de las pasadas ofensas. Viendo que no le alcanzaba, le impetró después por medio de su yerno D. Pedro de Estúñiga, residente en Zamora, donde intercedía con el Rey para que diese algún respiro al sitio y ataque de Burgos, por indicaciones del Conde de Benavente, que había dejado en poder del rey de Portugal á su hijo D. Alfonso Pimentel como prenda de la observancia de los pactos concertados, y además había entregado á alcaides portugueses las fortalezas de Portillo, Villalba y Mayorga, á cambio de recobrar su libertad. Para esto juzgaba condición indispensable el levantamiento del sitio citado, y con suma habilidad trataba de dar cima á un tiempo á dos negociaciones propicias, puesto que consideraba el ho-

nor de su parienta D.ª Leonor unido á su peculiar provecho, y como le arrastraba el cariño hacia la primera esposa, ambas partes se esforzaban con recíproco afán por conseguir su propósito. Para el rey D. Fernando era inconcuso que en la toma de la fortaleza de Burgos consistía la resolución de todo, y hubiera otorgado cualquier otro medio conducente á la libertad del Conde de Benavente menos cejar en el sitio en los momentos en que la toma no podía diferirse. Porque D. Alfonso de Aragón, con tan admirable solicitud y exquisita ciencia militar había rechazado á la guarnición del castillo, y derruído con la artillería el recinto murado, dejándole desnudo de toda defensa, que á los cercados, vanamente empeñados en resistir, no les quedaba medio alguno de defensa; al paso que los sitiadores circulaban con toda seguridad por los fosos al pie del muro, y permanecían libremente junto á los cimientos. También se habían apoderado de algunos cubos del primer recinto, y ya la guarnición tenía perdida toda esperanza de futuro socorro, por más que conociese la declaración de guerra de los franceses contra los vascos, guipuzcoanos y navarros, adictos á D. Fernando, por haber hecho el rey Luis que se publicase á voz de pregón por todas las ciudades y pueblos de Gascuña, á fin de que la noticia animase á los sitiados para arrostrar trabajos y riesgos, con la esperanza del inmediato socorro de los amigos. Con igual propósito se valió el francés de numerosos artificios, ya escribiendo al de Portugal y á sus aliados que Fuenterrabía, oprimida con estrecho cerco, casi

destruída por terrible asalto, é impotente, por tanto, para resistir el poder de los franceses, les dejaría paso franco para penetrar en el corazón del reino; ya que le tendrían por Navarra, en parte su aliada, y más fácil y rápido para atravesar el Ebro por aquella parte. Además, por medio de repetidas cartas y de numerosos agentes, hacía cundir por aquel reino la voz de que Pedro de Peralta, antes inclinado al favor del rey de Aragón, era ya sospechoso á D. Fernando; y de que todos los principales vascongados eran hostiles á su causa, prefiriendo á los franceses. La astucia de éstos hacía aparecer como desleales á Juan Alfonso de Mújica, á Juan López de Lezcano, á Juan de Salazar y á Pedro de Ayala, nobles vascongados favorables al bando Oyacino. Pero todo este cúmulo de cuidados y angustias no amilanaron al rey D. Fernando, antes continuó combatiendo los dos castillos de Burgos y Zamora, y puso al frente de los vascongados defensores de Fuenterrabía al excelente Esteban Gayo (1), portugués muy experto en el arte militar, estimadísimo del rey D. Juan de Aragón por sus largos servicios y lealtad acrisolada, y tan apreciado de don Fernando, que le escogió entre todos para dirigir la defensa de Fuenterrabía contra los franceses, por el heroico arrojo que en otras campañas había demostrado, rechazando en repetidos encuentros las acometidas de aquellos enemigos.

Toda esta fama de esforzado no fué, sin embargo, bastante para disipar entre los vascongados la

(1) En el ms. G-29... *Gado*.

extrañeza de que un portugués pudiese combatir al rey de Portugal. Al cabo el continuado trato les hizo desechar, en gran parte, sus sospechas. Con haber logrado toda la balumba de las máquinas de guerra francesas abrir algunas brechas en los muros, de nada servía contra la tenaz resistencia de los defensores, porque el esfuerzo que en sus corazones infundía el ejemplo de su capitán, llenaba de pavor á los franceses; con maravillosa solicitud se atendía á levantar nuevas defensas, y resultaba inútil la persecución del enemigo contra las naves, que no interrumpían sus viajes para traer vituallas á los vascongados. En cambio, los sitiadores solían pagar cara su temeridad, pues, cortada su comunicación con Gascuña por la marea, veíanse obligados, hasta que bajaba, á pelear desde lejos sin el auxilio de los que acampaban en otros reales y contemplaban á veces el apuro de sus compañeros, sin poderles ayudar, por prohibirles el paso la altura de las aguas.





CAPÍTULO II

Esfuerzos del rey de Portugal por infundir temor á D. Fernando con incursiones y falsos preparativos de campaña.—Muerte de Juan de Ulloa.—Sucesos en Andalucía y en las fronteras de Portugal.

Mientras D. Fernando seguía combatiendo el castillo de Zamora, el rey de Portugal pasaba por el amargo trance de ver decaído su prestigio entre las gentes, pues hasta entonces le habían considerado afortunadísimo en la guerra, como esforzado vencedor en Marruecos y eximio caudillo para el acierto en las expediciones, así terrestres como marítimas. También los portugueses habían perdido mucho de su fama de feroces y guerreros cuando, abandonando á Zamora á impulsos de súbito terror, cometieron dos graves yerros, al rehuir la batalla junto á Toro y refugiarse en esta ciudad poseídos de espanto de la escasa guarnición del puente.

Los Grandes portugueses, excitados por diarios contratiempos, impulsaban al Rey á incursiones bélicas, achacando á vergonzosa apatía el largo

asedio que venía sufriendo el alcaide de la fortaleza Alfonso de Valencia, sin que los soldados de Portugal acudiesen á socorrerle en su trabajosa y solitaria defensa, con gran desdoro de los portugueses confinantes con la tierra zamorana. Ellos, acostumbrados á pasar al Africa con escasas fuerzas contra innumerables moros, y á desafiar el empuje de cien mil jinetes, ahora, cambiado el esfuerzo en cobardía, parecían haberse vuelto tan pusilánimes, que ni podían mantenerse firmes en los rebatos, ni acudir en socorro de los amigos. Dijérase que la sola vista del enemigo les acobardaba, cuando se hallaban superiores en número, y no teniendo que temer peligro alguno por aquellas cercanías, érales fácil quebrantar con diarias acometidas á los castellanos y buscar ocasión para que los primeros triunfos de D. Fernando se convirtieran en irremediable desastre. Tales razones convencieron al rey D. Alfonso, y observando el empeño del enemigo en aprovechar la artillería y máquinas de guerra del duque de Alba D. García de Toledo para combatir la fortaleza de Zamora, se propuso interceptar los convoyes atacando á las tropas castellanas enviadas para conducirlos. Divisaron de repente al enemigo, ya poco distante, y, á pesar de reconocerse inferiores en caballería, no por eso se acobardaron nuestros peones, antes excitaron á los hombres de armas á no tener en mucho á la caballería portuguesa y á considerar la inquebrantable firmeza con que la infantería castellana sabía defender la vida, el honor y realizar las empresas que se le encomendaban, con lo que el portugués, tantas veces puesto

en fuga, habría de conocer que los soldados de D. Fernando vencerían en todos los sitios y conducirían al de la fortaleza de Zamora aquella artillería con moderada marcha y perseverante valor. Los hombres de armas elogiaron el arresto de los peones, y formadas las batallas en torno de las máquinas de guerra, aguardaron intrépidamente la resolución del enemigo.

Cuando D. Alfonso, que á la sola vista de su hueste creía ver huir aterrados á los castellanos, observó sus batallas ordenadas al pie de las banderas, permaneció algún tanto indeciso hasta que entre sus caballeros se tratara si había de romperse con el peonaje enemigo. Porque si el valor de los portugueses vencía, como los acaudillaba su Rey, poca gloria les granjearía la victoria; y si por caso de fortuna la fortaleza de los castellanos que, impertérritos, aguardaban el ataque, les hacía vencedores, el nombre portugués perecería juntamente con su Rey en campal batalla á manos de rústicos peones. Unánime fué el sentir del Rey y de sus caballeros, y después de amagar el combate, se alejaron con propósito de empeñarle en las cercanías de Zamora. Así, si por caso al alba acometían á los que, desprevenidos, sitiaban la fortaleza por la parte exterior, ó rodeaban los fosos para ocultar la entrada ó salida, podrían derrotarlos ó interrumpir las obras empezadas, con daño de los de D. Fernando y ganándose el favor de los cercados. Aprobado el plan, al acercarse al enemigo dispusieron las celadas y dividieron el resto de las tropas en dos haces, á fin de que el mayor núcleo caminase en orden de batalla y que la van-

guardia cayera sobre los descuidados enemigos. Pero los centinelas estaban prevenidos y fueron avisados por los corredores que patrullaban por la noche. Tocada al punto alarma, D. Fernando hizo adelantar 200 lanzas y numeroso peonaje para defender los puestos exteriores. Él, con el resto de las tropas, se situó en el centro de la plaza de la ciudad, y ordenó á su gente que no fuese al encuentro del enemigo sin tener antes descubiertas las celadas y conocido el número y disposición de la hueste portuguesa. Todavía no se habían repuesto los de D. Fernando de su sorpresa, cuando el rey de Portugal llamó á su gente, y ya entrada la mañana, empezó la retirada, seguida por alguna caballería castellana, que picaba la retaguardia. Entonces tocó á los portugueses aterrarse, y don Alfonso trató de volver á Toro, como muy acomodado para refugio y abundante en mantenimientos. A causa de estas ventajas, hacía gran estimación del infame Juan de Ulloa, detestado de todo hombre de sanas intenciones.

No era sólo la corrupción de sus costumbres, sino la horrible deformidad de su cuerpo, lo que indicaba á las claras ser éste albergue de un alma malvada. Pero al rey de Portugal, lejos de repugnarle la vista de tan inmundo y perverso tirano, no le eran intolerables otras muchas acciones aún más inmundas. Así, por ejemplo, algunas veces, en conversación con el Rey, satisfacía sin el menor empacho sus necesidades naturales, al modo de las bestias. No me sería fácil detallar todas las torpezas de aquel monstruo, por lo que, omitiendo la vergonzosa narración de su vida, sólo haré alguna

mención de su horrible fin. Poco después que don Alfonso, como dije, se dirigió á Toro sin conseguir estorbar que los de D. Fernando llevasen á Zamora la artillería y máquinas de guerra de Alba de Tormes y quedase estrechamente sitiada la guarnición de la fortaleza, fué hallado cadáver Juan de Ulloa. Unos dicen que, á causa de su obesidad, murió de repente en un camastro; algunos aseguraron que había muerto al amanecer del 13 de Enero al intentar satisfacer una necesidad natural. Aumentó al punto la horrenda deformidad de su rostro, y fué tan insoportable el hedor del cadáver, que su gente tuvo que abandonarle y no fué fácil darle sepultura. Díjose que la viuda, María Sarmiento, de sentimientos tan inhumanos como el marido, había sostenido ilícito trato con el rey de Portugal. No faltó quien dijese que Juan había muerto envenenado. Ni de lo uno ni de lo otro me consta; lo cierto es que ella empleó en favor de la causa portuguesa la crueldad que del difunto marido había heredado, y ejecutó cuanto al Rey plugo con mucho mayor entusiasmo que en vida había desplegado el inhumano Ulloa. En suma, su desastrada muerte se consideró como fausto augurio para el partido de D. Fernando.

Continuábase sin interrupción el sitio de los castillos de Burgos y Zamora. En Andalucía también el Duque de Medina Sidonia atendió desde el 8 de Enero con más solicitud á las cosas de la guerra, empezando por enviar 200 soldados á las fronteras de Portugal para molestar al enemigo, corriendo y talando sus tierras. Poco antes Diego

Marmolejo, alcaide de Nodar, que con ocho hombres de armas y cuatro infantes había ido á recoger cierta presa hecha á los portugueses, halló al paso setenta peones de esta nación, y para evitar que sus cuatro infantes cayesen prisioneros, no vaciló en acometer al enemigo, como lo hizo, desbaratándolos, poniéndolos en fuga y apoderándose de doce de ellos.

Por estos días un caballero de Trujillo llamado Luis de Chaves, largo tiempo sujeto á la tiranía del Marqués, logró volver á figurar entre los leales, en cuanto Alfonso de Monroy, llamado Maestre de Alcántara, pudo, con el recobro de su libertad, prestar ayuda á sus partidarios. Comenzó entonces á combatirse á los aliados del alcaide de la fortaleza de Trujillo Pedro de Baeza con tal ardor é insistencia que, no sólo quedaron escarmentados los del bando contrario, sino que, encerrándolos en el castillo, se les puso estrecho asedio. Numerosas eran las bajas que ambas partes experimentaban, y desde la fortaleza los trabucos lanzaban enormes piedras á las casas y llenaban las calles con las ruinas de los edificios. Los vecinos, divididos en diferentes bandos, sólo ansiaban el exterminio de los contrarios. Pero en medio de estos trastornos, perduraba... (1). El Conde de Plasencia no se atrevía tampoco á socorrer al sitiado Alcaide, así por temor al inaudito esfuerzo del Maestre ó Clavero de Alcántara Alfonso de Monroy, empeñado en tomar el castillo, como, más

(1) En el códice de Sevilla un borrón torpemente raspado impide leer el texto.

principalmente porque, mientras se atacaba con tanta furia el de Burgos y andaban tratos para su entrega ó para una honrosa transacción, parecía que debía abstenerse de nueva intervención en el reciente contratiempo.





CAPITULO III

Arrepentimiento del alcaide del castillo de Burgos.—Marcha la Reina á intervenir en la entrega.—Tentativa frustrada contra Madrid.—Conferencias de D. Rodrigo Girón con el Marqués de Cádiz.

Tarde reconoció Iñigo de Estúñiga, alcaide del castillo de Burgos, el error cometido al rechazar los primeros tratos que para la entrega se le ofrecían. El deseo de D. Fernando de ganar tiempo y evitar las muertes y estragos que en los sitios de castillos bien fortificados ocurren, le impulsó al principio á ofrecer al alcaide cuantiosas rentas y el pingüe señorío de la villa de Torquemada, desde muy antiguo perteneciente á la Corona. Y no vaciló en despojarse de esta prerrogativa, así por acudir á un tiempo á muchos apuros, como, principalmente, porque mientras la fortaleza tenía en jaque á sus gentes, los franceses apretaban vigorosamente á los vascongados y arreciaban en su empeño de penetrar en Aragón para poder con más facilidad ayudar á sus aliados. Y si esta ocasión se les estorbaba, para nadie era dudoso que se tendrían á raya los movimientos de aquella nación tan inconstante. Pero todo sucedió muy al revés de

como por los comienzos habían imaginado que sucedería franceses, portugueses y sus partidarios. Sobre todo, se desvaneció la confianza en lo inexpugnable del castillo de Burgos. Porque, no ya por la falta de mantenimientos, ni por traición de los sitiados, ni por la avaricia del Alcaide, sino por el perseverante y constante valor de los sitiadores y por el destrozo de las murallas, se vieron obligados á rendirse. Quiso aquél, sin embargo, para aparentar extremada fortaleza, prolongar su obstinación con señalar un plazo de sesenta días, contados desde el momento de la capitulación de entrega. Si cumplido el término sus amigos no le socorrían, podría rendir el castillo sin nota de traición ó cobardía. Bien entendido que, entretanto, cesaría el ataque y se permitiría el avituallamiento diario en proporción al número de los defensores; así como el Alcaide no admitiría nuevos refuerzos, con lo que abiertamente se daría favor á la hueste, que podría entonces empeñar campal batalla con los de D. Fernando. Tampoco los sitiados habían de poder reparar trozo alguno de los muros destruídos, ni levantar nuevas defensas. Cumplidos lealmente estos pactos por ambas partes, y si nadie acudía en auxilio del Alcaide y de los sitiados, sólo podrían obtener la vida salva, pero con pena de perpetuo destierro. Seguro de que en los pocos días restantes del plazo no era fácil socorrer á los sitiados, la reina D.ª Isabel fué llamada por D. Alfonso de Aragón, que quiso de este modo posponer todas sus aspiraciones al Maestrazgo de Calatrava al deseo de demostrar su afecto á su querido hermano.

El 12 de Enero de 1476 salió la Reina de Valladolid, y, arrostrando crudo temporal de nieves, entró en Burgos, donde los habitantes la recibieron con inmenso aplauso, entre danzas y cánticos de los niños á quienes el ferviente entusiasmo les hacía resistir perfectamente el rigor del frío. Dos días antes de cumplirse el término del plazo ajustado, ó sea, el 2 de Febrero, se rindió el castillo, sin que le valiese de nada su astucia al Alcaide, que hasta el último momento anduvo buscando nuevas condiciones para la entrega. La Reina procuró acortar con dádivas el plazo de los dos días, con gran satisfacción de los burgaleses que al momento pudieron examinar el recinto de la fortaleza enemiga y contemplar el increíble destrozo del interior. Entonces se evidenció con cuánta exactitud había prometido el maestre de Calatrava D. Alfonso obligar por la fuerza á los de la guarnición á rendirse en término de diez días, á no haber concedido la Reina el plazo de sesenta por la capitulación concertada. No hay que decir que esta entrega fué tan grata al partido de D. Fernando como dolorosa para el rey de Portugal, para sus aliados los franceses y para los demás Grandes de Castilla, animados de siniestros propósitos; que produjo mayor quebranto en el ánimo de los enemigos de D. Fernando que el causado en la fortaleza por los embates de la artillería, y que, al recibir la triste noticia, todos los secuaces de los reyes de Portugal y de Francia cayeron en profundo abatimiento.

Al Marqués de Villena, empeñado en hacerse dueño de Madrid, le traía inquieto este propósito,

porque poco antes de entregarse á D.ª Isabel el castillo de Burgos, algunos madrileños trataban ya de pasarse al partido de D. Fernando. Cuando el alcaide del Alcázar de Madrid, Rodrigo de Castañeda, hombre cruel y en gran manera hostil al partido de D. Fernando, tuvo noticia por algunos indicios de lo que trataban, se ensañó con los sospechosos, haciendo arrasar sus casas. Entre ellas lo fué la construída tiempo atrás con gran magnificencia por el acaudalado don Alfonso Alvarez de Toledo, sin más razón del castigo que el tenerse á su hijo, el Obispo de Astorga, por partidario de D. Fernando. En cuanto el Marqués de Villena pasó á Castilla la Nueva, su primo D. Rodrigo Girón volvió á avistarse con el Marqués de Cádiz, en Osuna, y allí recibieron con honda pena la noticia de la inminente rendición de Burgos, como que en adelante se hacía dificilísimo empeñarse en ir contra la corriente. Más que todos, el joven D. Rodrigo Girón, impresionado con los descalabros sufridos, temía la llegada de D. Alfonso de Aragón, legítimo Maestre de Calatrava, á Castilla y á Andalucía, porque, libre ya del cuidado del sitio del castillo de Burgos, podría consagrarse por entero á la defensa de su causa en unión con el maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique, el Conde de Cabra, D. Fernando Ramírez de Guzmán y García de Padilla, Comendador mayor el uno y Clavero el otro de Calatrava; de donde recelaba muy graves quebrantos para sus intereses. En consecuencia, siguiendo los primeros consejos de Gonzalo de Avila, trabajaba por emplear procedimientos me-

nos aventurados, y á cada momento procuraba sondear las intenciones de aquellos Grandes, como él atemorizados después de la rendición de Burgos. No hay, sin embargo, suficientes datos acerca de lo que al cabo se acordó en las entrevistas del Marqués con D. Rodrigo Girón. Lo que sí se vió claramente de seguida fué el extraordinario afán del primero por fortificar el castillo de Jerez, demoliendo las viviendas contiguas; aprovisionar Alcalá de Guadaira y Constantina; buscar nuevos caminos para pactar alianza con los montañeses granadinos; ganarse la amistad del rey Muley Albuhacén, y despachar secretos mensajeros al Duque de Medina Sidonia, antes su más encarnizado enemigo, para pedirle una entrevista reservada. El ansia de dilatar la tiranía les impulsaba á reconciliarse. Nada temían más que una época de paz, y sólo la esperaban de la tranquila posesión de la corona (?) (1) por el rey D. Fernando. Así, pues, el Marqués de Cádiz favorecía cuanto le era posible las expediciones marítimas de los portugueses, y los había reconciliado con los gaditanos para que participasen de las (2) ganancias de que durante mucho tiempo habían disfrutado aquéllos, como luego referiré.

---

(1) Entre las palabras *posesione...* y *Ferdinandi regis*, un borrón impide leer la que rige al genitivo, y que suplo por *corona*.

(2) Por igual causa falta aquí el adjetivo: *pingües?*



CAPITULO IV

Inveterada costumbre de los portugueses en su navegación por el mar de Guinea.— Intentos del rey D. Fernando contra los enemigos, sólo atentos á traer riquezas de aquella región.—Cautiverio del rey de Gambia.

Al referir los últimos sucesos del reinado de D. Juan II de Castilla, tenido por algunos por padre de Enrique IV y por todos de D. Alfonso y de D.ª Isabel, hablé ligeramente de cómo después de la muerte de D. Alvaro de Luna quiso el Rey volver por sí, y, cual si despertara de un sueño, entre otras resoluciones, decidió enviar embajadores á Portugal á notificar al rey D. Alfonso que no continuase perjudicando á la Corona de Castilla con arrogarse la antigua y exclusiva facultad de navegar en los mares de Guinea y hacer guerra á los moros y otras gentes de Africa, por ser esto privilegio de los Reyes de Castilla y León, pues sólo el abandono y desidia de los castellanos había alentado á los portugueses á guerrear en Marruecos y á navegar como señores por el mar de Guinea, prohibiendo con cruel saña á todos los demás pueblos cruzar aquellas costas. La muerte de D. Juan hizo fracasar la Embajada,

y su sucesor D. Enrique, como se ha visto en lo anteriormente narrado, dió más libertad á los portugueses para sus correrías, arrostrando la vergüenza de pedir permiso al rey de Portugal para que no se molestara á los súbditos de Castilla cuando aportasen á Guinea á traficar con los naturales, siempre que pagasen á D. Alfonso el quinto de las transacciones. Llegó á tanto la insolencia de los portugueses, que á los castellanos que apresaban más allá de las Canarias les hacían morir, á unos, entre crueles tormentos, y para infundir á los demás perpetuo terror, mutilaban á otros cortándoles pies y manos. Luego, en el colmo de la soberbia, trataron de apoderarse de las Canarias, propias de la Corona de Castilla por indiscutible derecho, y cuatro de ellas de particulares por merced real. De todas suertes, el antiguo señorío y el primitivo tenor de los documentos así lo prescriben y la posesión lo confirma. En lo espiritual dependen de la diócesis de Sevilla, de modo que su Obispo es sufragáneo de la sede hispalense. Hasta cuatro tentativas diferentes hicieron los portugueses para perturbar á los nuestros en la posesión de las islas, y aún perdura tan grave trastorno, puesto que tres de ellas, las más importantes por el número de indígenas y las más ricas por la feracidad de su suelo, no profesan la religión cristiana, viven entregadas á ritos supersticiosos y feroces y se resisten á obedecer los preceptos del catolicismo.

Para poner coto á estas insolencias y crueldades de los portugueses, el rey D. Fernando envió una fuerte armada de andaluces con orden de que-

brantar su audaz soberbia y abatir el orgullo que les habían infundido las riquezas de Guinea. Alegres obedecieron los andaluces, y mientras en el puerto de Sevilla se preparaba una armada de 30 naves, algunos pescadores de Palos, ya avezados á las expediciones guerreras y afortunados contra los portugueses, se reunieron con otros marineros del Puerto, y en dos carabelas arribaron á las costas más próximas á Guinea. Llámase aquel territorio de los Azanegas, con cuyo nombre se distingue á los de color cetrino de otros de color más negro y de costumbres también más negras. La condición de aquellos naturales, cuando se alimentan exclusivamente de pescado, es muy blanda, y como andan siempre desarmados por las lagunas, se dejan apresar sin dificultad por hombres aguerridos y bien pertrechados. Los marineros de las dos carabelas se apoderaron de 120 azanegas y los trajeron á Andalucía, despreciando las órdenes del rey D. Fernando, que prohibían terminantemente el tráfico fraudulento con los de Guinea, más aún el hacerlos cautivos, y les mandaban incorporarse á la Armada real y obedecer ciegamente al Almirante. Las turbulencias de los tiempos dieron alientos á los de Palos para perpetrar aquella hazaña, y animados además por las procaces palabras de Gonzalo de Estúñiga, alcaide de la fortaleza de Palos, armaron otras tres carabelas y arribaron á las costas de Guinea con intento de cargar esclavos.

El Rey de aquella región, por su frecuente trato con los portugueses, con los que cambiaba por baratijas sus prisioneros de guerra, creyó que las

naves eran portuguesas. Hechas señales de paz por ambas partes, el Rey, con algunos de los suyos, entró en la primera carabela, preguntó quién la mandaba, y la contestación en portugués le confirmó en su engaño. Convínose entonces en el cambio de esclavos por anillos de latón, adargas pequeñas, paños de diversos colores y otros objetos que la pobreza de los moradores les hace desear mucho. En celebración de los tratos, el Rey hizo traer para la comida de aquel día carneros y una ternera, y aceptó para el siguiente el convite del patrón de las carabelas. Presentóse en la playa rodeado de gran muchedumbre, y subió á la embarcación con sus hermanos, sus íntimos y con los más poderosos de su pueblo. Acabada la comida, el patrón le invitó á visitar el interior del barco, y entonces los pérfidos marineros cerraron las portas y á mano armada se apoderaron de 140 nobles de arrogante figura.

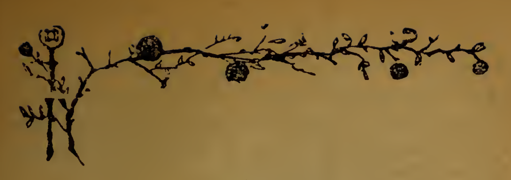
Ya en alta mar, el Rey, quejándose del cruel engaño, volvió á preguntar de quién eran las embarcaciones; respondiéronle que de españoles; quiso saber si obedecían á algún rey, y como se le dijese que á uno nobilísimo, manifestó su confianza en que le libraría de tan inicuo cautiverio.

Al arribar á Palos, los andaluces quisieron obligarle á caminar entre el rebaño de los demás esclavos; pero él se resistió, y dijo que, ó le llevasen arrastrando con una soga, ó á caballo, porque su desdicha había de ser ó terrible ó digna. Gonzalo de Estúñiga, conmovido ante esta resolución verdaderamente de ánimo real, ó acaso espoleado por el ansia del futuro rescate, mandó traer

un caballo. Montó en él con ligereza el Rey, y, adelantándose á los esclavos, empezó á caminar con majestuoso continente.

Cuando todo esto supo el rey D. Fernando, mandó que se le restituyese inmediatamente á su patria; mas como por las perturbaciones de aquellos días se retrasase el cumplimiento de la orden, nos mandó al doctor Antonio Rodríguez de Lillo y á mí á intimar á Gonzalo de Estúñiga que pusiese al Rey en libertad. Supo él dilatar el cumplimiento de la orden, y sólo al cabo de algunos meses de cautiverio logramos devolver á su patria al infeliz monarca, aunque no pudimos impedir que sus hermanos y los otros parientes fuesen vendidos en Andalucía como esclavos.

Aquel bárbaro conservó en su cautiverio cierta autoridad regia, y demostró dignidad en el rostro, seriedad en las palabras, prudencia en la conducta, fortaleza en la desgracia, y al llegar á su tierra empleó tal astucia para vengarse de sus pérfidos opresores, que, á pesar de la desconfianza con que andaban, logró apoderarse de algunos y conservarlos para rescate de otros tantos parientes.



CAPÍTULO V

Pesar de los portugueses por las contrariedades sufridas en la navegación de Guinea.—Expediciones marítimas que, en su consecuencia, prepararon.—El Príncipe de Portugal reúne ejército para auxiliar á su padre.—Nuevas intrigas de los Grandes castellanos.

Doloroso fué á los portugueses que los andaluces interrumpiesen las expediciones marítimas por tanto tiempo consideradas como privilegio suyo, y que el enemigo se aprovechase de las ganancias anualmente percibidas por ellos como por derecho y costumbre hereditarios. Así Fernán Gómez, que pagaba al rey D. Alfonso cada año 60.000 cruzados de oro, equivalentes á otros tantos ducados, á cambio de la exclusiva de enviar armada á Guinea y disfrutar las ganancias de tal comercio, se negó á pagar la pensión mientras no recobrase su privilegio, y ante la probabilidad de que las expediciones llegasen á ser cada vez más productivas para los poderosos andaluces. Entonces el príncipe don Juan resolvió que Fernán Gómez, eximido del tributo, se fuese á Guinea con veinte naves, ganando por la mano á los andaluces que prepara-

ban otra expedición de treinta velas. No lo hacían, sin embargo, con la diligencia necesaria, retenidos por la misma novedad de la empresa, y del rey D. Fernando no contaban con más auxilio que el consentimiento.

Por el contrario, los portugueses, con el acicate de las acostumbradas ganancias, tenían listas tripulaciones y mercancías, y zarparon á toda prisa en busca de las primicias del oro. Menos esperaban y más difícil les parecía la negociación del comercio de la pimienta y del tráfico de esclavos. En tanto los nuestros se preparaban más bien á salir al encuentro á los portugueses que al cambio de mercaderías. Conocida por el príncipe D. Juan la crítica situación de su padre, fué recogiendo tropas por el reino; pero como las riquezas producidas por las expediciones de D. Alfonso estaban agotadas, no había con qué pagar el estipendio á los soldados, porque la más productiva, la de Africa, no podía emprenderse, y de la de Marruecos, más inútil y hasta perjudicial, era imposible que pudieran volver con felicidad los portugueses, dada su pobreza. Tuvo, por tanto, que recurrir el Príncipe á nuevos impuestos, exigiendo á sus vasallos la cuarta parte de los bienes. Este grave recargo en los gastos y en los trabajos fué duro de sobrellevar á los portugueses; pero la costumbre de obedecer á sus Príncipes les dió resignación para sufrirlo. Después de repartidas entre los populares grandes sumas, se aumentó considerablemente la caballería, de modo que sobre las guarniciones apostadas en las fronteras, pudo el Príncipe reunir 2.500 caballos lige-

ros y 15.000 peones; pero el ánimo de estas tropas era muy otro del que al principio manifestaban. Al cabo llegaron con el Príncipe á Alfayates, donde hicieron alto, aguardando las órdenes del Rey.

No se hallaban sus parciales entretanto libres de trabajo y de nuevos cuidados, porque en cuanto tuvieron noticia de la expedición del Príncipe, volvieron á sus intrigas. Entre otros, D. Rodrigo Girón, tuvo varias entrevistas con sus amigos de Andalucía, y trató principalmente de sondear el ánimo del Marqués de Cádiz en Morón. El le prometió enviarle 150 lanzas de Ecija adonde quisiera. Algunos reanudaron antiguas amistades, y los más favorables á D. Fernando se esforzaron por inclinar á otros ciudadanos á la causa del Portugués. Eran bastantes los que seguían la opinión de D. Alfonso de Aguilar y de Luis Portocarrero; pero las familias antiguas de Ecija, aunque con menor número de individuos, se consideraban muy superiores en méritos y en energía. Los de Zayas, nobles y arrojados, miraban mucho por la libertad y el honor de los ciudadanos, y se esforzaban por sacudir el yugo de la tiranía que había hecho inveterada la dominación de D. Fadrique Manrique y de su yerno Luis Portocarrero. Ambos contaban con el favor de D. Alfonso de Aguilar, y prestábansele mutuamente los que ocupaban las ciudades en desprecio de la Majestad Real y daño de los naturales. No podían tolerarlo algunos de los principales, y haciéndoles imposible permanecer dentro de la ciudad el dominio de los citados Grandes, ocuparon la fortaleza de Moncloa para, desde ella, vengar los desmanes que co-

metieran contra sus amigos, acogerse á su amparo de vuelta de las incursiones y hacerla el terror de los partidarios de peor causa. D. Luis Portocarrero, para hacer fracasar estos intentos, se dió á perseguir á los amigos de los ocupadores de la fortaleza, sepultando á unos en los calabozos, y desterrando á otros; pero no logró intimidarlos, antes continuaron extendiendo el campo de sus desoladoras excursiones.

Por el mismo tiempo el Duque D. Enrique hacía sufrir grandes extorsiones á los sevillanos, á quienes se iba haciendo cada día más odioso por su avaricia é indolencia. Aún les traía más irritados la ninguna confianza en su lealtad, porque les constaba que por secretas condescendencias suyas recorrían los enemigos á su antojo los pueblos y se atrevían á guerrear en tierras muy distantes de la propia. Por ejemplo: los de los confines de Andalucía llegaban hasta la provincia de Ciudad Real, y es seguro que no lo hicieran sin contar con alguna autorización del Duque, del Conde de Feria ó de D. Alfonso de Cárdenas. Daba con justicia más pábulo á estos rumores el que, precisamente cuando el Príncipe D. Juan había reunido tropas por todo el reino para llevarlas á Toro, el Conde de Plasencia dispuso que las lanzas que habían enviado de guarnición á Zalamea fueran á ponerse á las órdenes de la hija del difunto D. Juan Pacheco, la Condesa de Medellín, siempre hostil al partido de don Fernando, y siempre favorecedora del Duque de Medina Sidonia y del de Plasencia, y no parecía propio de la lealtad debida fomentar las enemis-

tades de los amigos y amalgamar estas cosas tan incompatibles, sobre todo cuando se esperaba que el exterminio de un partido había de ser el triunfo del contrario, y no se dudaba de que la suma de todo el negocio consistía en el éxito de aquellas próximas expediciones. Contaba el rey D. Fernando en Zamora con 2.200 caballos y 5.000 peones, con los que iba estrechando más el cerco de la fortaleza, y como el de Portugal, al reunírsele su hijo, podía juntar en las cercanías de Toro, 3.500 caballos y 20.000 peones, la batalla no parecía dudosa. De su resultado era fácil conjeturar que dependería el ensalzamiento de uno de los partidos y la completa opresión del otro.





CAPITULO VI

Llegada de la reina D.ª Isabel á Valladolid.—Expedición de D. Alfonso, hermano de D. Fernando.—Crueldad de los portugueses en San Felices.—Disposiciones adoptadas por D. Fernando.

Sabida la llegada del príncipe D. Juan de Portugal, la reina D.ª Isabel tomó acertadas medidas para la tranquila posesión de Burgos. Nombró Alcaide de la fortaleza al excelente sujeto Diego de Ribera, ayo que fué del príncipe D. Alfonso, y después de su muerte, tan estimado de la Reina, su hermana, que le creyó merecedor de la alcaidía. A D. Alfonso de Aragón le encargó que, al frente de 400 lanzas, atajase los desmanes de los ladrones que diariamente saqueaban los pueblos y despojaban á los caminantes. Noblemente aceptó el encargo el valiente caudillo, posponiendo el cuidado de su Maestrazgo de Calatrava, porque del triunfo de su hermano, consideraba, además, dependiente la adquisición de aquél y el vencimiento de su adversario D. Rodrigo Girón. Resolvió, ante todo, sitiar la fortaleza de Portillejo, levantada por el malvado Gonzalo de Castañeda á fin de enriquecerse con las

rapiñas, aprovechando las universales divisiones. Sus satélites recorrían los caminos hasta los términos más remotos y no dejaban respirar á los caminantes, porque en todos los lugares de alrededor contaban con seguras guaridas para los casos adversos, y vagaban libremente, ya atemorizando á los moradores del contorno, ya repartiendo la presa con sus cómplices. D. Alfonso de Aragón asestó contra Portillejo la artillería y otras máquinas de guerra, con la misma pericia empleada contra el castillo de Burgos. El ladrón Castañeda, temiendo la desunión de sus compañeros, y con ella el exterminio, prometió, en una conferencia, poner término á sus desmanes y correrías, á condición de que se levantase el sitio. Como por aquellos días se esperaba la llegada del príncipe D. Juan á Toro, los de D. Fernando se dejaron convencer intencionadamente, á fin de simular por cualquier concierto, que habían hecho algo por el alivio de los pueblos, y atendido principalmente á las mayores dificultades, en obediencia á los deseos de D. Fernando. Este, entretanto, se ocupaba en Zamora en recoger tropas de todas partes, por temor á las correrías del enemigo por los lugares circunvecinos, mal presidiados y sin obras de defensa, como los que en Medina del Campo y en tierra de Salamanca y Zamora se encontraban expuestos á los trances de la guerra. Por esta razón, pareció lo más conveniente reforzar la guarnición de Medina, Tordesillas y Madrigal, para frustrar el ataque posible del poderoso ejército enemigo á la primera de estas poblaciones, y acaso sorprenderle si algún caudillo

portugués descuidaba precaverse por atender á evitar las emboscadas.

Con la presencia de la Reina, que por consejo de su marido se trasladó allí desde Valladolid, acompañada de varios cortesanos, del Conde de Benavente y de Pedro de Estúñiga, se reforzó la guarnición de Tordesillas. Por aquellos días, algunos Grandes fueron á Zamora y secundaron los propósitos de la Reina de combatir la fortaleza. Eran éstos el Cardenal, el Duque de Alba, el almirante D. Alfonso Enríquez, su tío D. Enrique Enríquez y Luis de Osorio, tío de Pedro de Osorio, marqués de Astorga, y del Conde de Trastamara. Como el de Astorga era un niño, mandaba las gentes el tío, guerrero experimentado. Ya se sabía que el príncipe D. Juan había llegado el 1.º de Febrero con sus tropas, desde Portugal á Ledesma. A fin de pasar más expeditamente el puente sobre el Tormes, tenía que apoderarse de la villa de San Felices, porque para los peones y para el bagaje los vados son peligrosos y poco capaces para la caballería. Su impetuosa corriente y los peñascos del lecho le hacen invadeable, y exponen, hasta en el estiaje, á los caballos y acémilas, á caídas seguras, mucho más en invierno, cuando las crecidas hacen más rápida y turbia la corriente y con ello más aventurado el vadearla. Preocupado el Príncipe con estos obstáculos, emprendió el ataque de la citada villa. Su alcaide Gracián aconsejó á los vecinos, bastante prácticos en la guerra, que resistiesen enérgicamente en los arrabales, rodeados de fosos y estacadas, mientras se ponían á recaudo los objetos de más valor

en el sitio más fortificado. Era muy difícil defenderlo todo é impedir que el enemigo se apoderase de los barrios extremos. El primer ataque costó mucha sangre á los portugueses. Murieron muchos y perdieron gran número de caballos. Al cabo, los de la villa tuvieron que replegarse sobre las murallas, abandonando los arrabales, y no pudiendo el enemigo exterminarlos, pegó fuego á las viviendas, arrasó los edificios é hizo pedazos las tinajas llenas de vino.

Mientras en esto se ocupaba el príncipe D. Juan, recibió D. Fernando á los enviados de Toro, que le propusieron apoderarse del rey de Portugal y de toda su comitiva dentro de la ciudad, si aquél se presentaba de repente á media noche con sus tropas á vista de las murallas. Como el rumor de la llegada del príncipe D. Juan hacía suponer que todas las expediciones se dirigirían contra él, don Fernando creyó más fácil engañar en tal coyuntura al enemigo, y hubiera acertado, á no tener consigo á Lope Vázquez, hijo del arzobispo de Toledo. Aunque conocidamente tosco y rudo, en aquella ocasión, fuese por astucia ó por sugestión de su padre, se fingió muy contrario á la deslealtad paterna y deseoso de mostrar su obediencia á los Reyes. Había dado numerosas pruebas de estas disposiciones combatiendo valerosamente contra el enemigo, y D. Fernando le había premiado haciéndole merced del castillo de San Martín, con tierras, bosques y rentas, luego que los vascongados, á su paso por aquel término, se la tomaron al alcaide de Burgos, que la poseía. Pero, en esto se vió cumplida la antigua censura contra la falta

de previsión de los que andan gritando ¡al lobo! Lope, atento á la seguridad de su padre, iba recogiendo de aquí y de allí indicios para conocer las secretas disposiciones que se tomaban. Cuando supo que se había echado á volar falsamente la noticia de la expedición de las tropas de D. Fernando acantonadas en Zamora, contra el príncipe D. Juan al entrar por tierras de Ledesma, envió mensajeros al Arzobispo avisándole de lo que contra el rey de Portugal y contra él se preparaba, para que estuvieran prevenidos.

Tenía perfecto conocimiento de la expedición del rey D. Fernando para ocupar á Toro y de la traición dispuesta por sus moradores para el exterminio de los portugueses; pero el Rey creía que lo ignoraba, y así, sacó las tropas al anochecer y tomó el camino de Ledesma para despistar á los corredores enemigos. Luego, al cerrar la noche, cambió de dirección, y por ásperos rodeos, destacó algunos jinetes conocedores de los caminos con orden de apoderarse de cuantos encontrasen, para evitar que el enemigo conociese lo que se tramaba antes de llegar el ejército. Tomadas estas precauciones, y conforme á lo acordado con los vecinos, se detuvo con las tropas á media noche ante las murallas é hizo señales de estar á la vista; pero, con gran extrañeza suya, no le contestaron. Seguramente hubieran ejecutado lo ofrecido si numerosos indicios no les hubieran hecho comprender que el Portugués estaba avisado. Desde el anochecer habían visto á los portugueses armados vigilando en silencio la ciudad y cambiando los centinelas. Los caballeros, con tropa escogida,

andaban rondando por las calles contiguas á los muros, y contra su costumbre, habían enviado corredores á todas las aldeas con orden de no permitir á nadie salir de las casas sin previa identificación de la persona y noticia del punto á que se dirigiera, pena de ser detenido. Al amanecer del 5 de Febrero, D. Fernando dispuso su ejército en orden de batalla, como provocando al portugués á combate. D. Alfonso mantuvo á los suyos sobre las armas, sin permitir á nadie salir ni mirar desde las almenas al ejército enemigo, obligando á todos á permanecer como sordos y mudos. Cuando D. Fernando, que había caminado durante casi toda la noche, vió que nada adelantaba y que hasta bien entrado el día á ninguno de los enemigos se había visto, ni aun en las murallas, volvió con el ejército á Zamora.

Los portugueses averiguaron con empeño la causa de aquella expedición, y apoderándose de varios vecinos sospechosos, ahorcaron algunos y dieron tormento á otros, incluso á varias mujeres, por muy ligeros indicios.





CAPÍTULO VII

Llega á Toro el príncipe D. Juan. — Combátese más eficazmente la fortaleza de Zamora. — Diversos empeños de uno y otro partido.—Prisión de Lope, conde de Penamacor.

Pasado ya el puente sobre el Tormes, el príncipe D. Juan con sus tropas tomó otro camino más seguro, y entró en Toro el 9 de Febrero con gran regocijo y aplauso de los portugueses. Con su llegada veían segura la ocupación de gran parte de los reinos de León y Castilla, y dentro de Zamora, el exterminio, al fin, del enemigo que sitiaba la fortaleza, si no se atrevía á salir contra los portugueses que extendían sus correrías á gran distancia; pero si, confiado en los refuerzos acumulados contra la fortaleza, intentaba empeñar batalla campal, en tal caso creían los portugueses ofrecérseles doble ventaja, pues con la recuperación de Zamora destruirían en un solo combate al ejército enemigo, en su concepto no inferior al suyo ni en valor ni en número. Después de un descanso de algunos días, tan necesario para las tropas fatigadas con marchas y vigilias, el Príncipe, los Grandes y el Arzobispo de Toledo resolvieron encaminarse hacia Madrigal y Medina, no bien guarnecidas á lo que se creía. Por lo menos, parte de los de esta villa,

por su amistad con el alcaide de Castronuño y por la escasa confianza en el amparo de sus murallas, pensaban los portugueses que no tardarían en pasarse á D. Fernando, y juntamente acabar con la guarnición. La opinión del rey D. Alfonso, del Príncipe su hijo y de los demás Grandes fué unánime en cuanto á lo resuelto. Mientras se detuvieron en Toro, jóvenes escogidos de la nobleza portuguesa se pusieron á las órdenes de Lope de Alburquerque, conde de Penamacor, muy querido del rey D. Alfonso, y al que había dado el título del Condado con nombre francés, para expresar que, como único cariño, había causado penas á su corazón. Con el favor real, y por consejo de los jóvenes, el Conde aspiró al honor de capitanear lucida expedición de ochenta lanzas, proponiéndose, si fuera de los muros de Zamora encontrase algunos caballeros de D. Fernando, hacerles ver lo que valía el esfuerzo de la nobleza lusitana. Hizo la casualidad que al mismo tiempo Alvaro de Mendoza saliera en busca de los portugueses al frente de sesenta hombres de armas escogidos, deseoso de demostrar con el arrojo de aquel puñado de combatientes, á las tropas traídas á Castilla por el príncipe D. Juan, la superioridad de los guerreros castellanos. Desde las pequeñas eminencias que dominaban el valle intermedio miráronse frente á frente y á corta distancia los dos pelotones enemigos. Uno y otro hicieron alto, y los respectivos Capitanes destacaron corredores para precaver toda emboscada y cerciorarse de que no venían nuevas tropas tras las primeras. Tranquilos sobre estos puntos, bajaron al valle los primeros

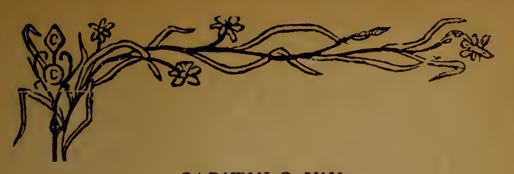
portugueses. Advirtió Alvaro lo arriesgado de empeñar combate con un enemigo en una cuarta parte superior en número á su gente, y vaciló entre mantenerse en la colina ó pelear en la llanura, donde las condiciones iguales del terreno habrían de realzar el esfuerzo de los menos. Su ánimo valeroso se impuso, al fin, y bajó al llano con su gente. Al punto se empeñó encarnizado combate, y el ansia de alcanzar fama inmortal en aquel día centuplicó el ardor de uno y otro campo. A pesar de la superioridad numérica, el primer encuentro fué á los portugueses funesto, porque al empuje de los nuestros, la mayor parte quedaron desmontados, y, pisoteados y oprimidos, no pudieron ni aprestarse rápidamente á pelear á pie, ni volver á montar á caballo. Entretanto los castellanos, ante el afán de alcanzar la victoria, despreciando las heridas y la sangre que cubría sus cuerpos, pugnaban tenazmente por no perder las primeras ventajas conseguidas. Ya nuestra caballería superaba en número á la enemiga, que no había logrado desmontar á ningún castellano; de modo que á la tercera ó cuarta acometida, los vencedores encontraron ya poca resistencia en los soldados portugueses, desmontados y abatidos. Quedaron prisioneros Lope de Alburquerque, Conde de Penamacor, caudillo principal; su hermano; Rodrigo Pereira; Alvaro Freire y otros quince nobles. Doce quedaron muertos; los demás pudieron escapar de manos de los vencedores, porque el noble y arrojado joven Fernando de Acuña, hijo del Conde de Buendía, iba quedando exánime por la pérdida de sangre de las seis heridas recibidas, y

parecía á sus compañeros aún más grave la de Alvaro de Mendoza. Además, algunos de los castellanos, cubiertos de heridas y muertos de cansancio, se vieron obligados á cesar en la persecución de los enemigos, y satisfechos con la prisión de los más importantes y con la gloria alcanzada, dedicáronse á curar á sus heridos, y regresaron á Zamora. Para ambos partidos este encuentro fué grave presagio de los futuros combates.

El rey de Portugal, su hijo el Príncipe y el Arzobispo de Toledo pretendieron ocultar el descalabro sufrido, mayor que por el número de prisioneros, con disponer solícitamente una expedición de numerosas tropas contra el enemigo. Dejaron en Toro al Conde de Marialba, yerno muy acepto de María Sarmiento, viuda de Juan de Ulloa, y el 13 de Febrero el rey D. Alfonso salió con su ejército, esforzándose por hacer ver al Príncipe cuán extensos territorios había cruzado, cual si con sola la marcha ya los portugueses tuvieran subyugado el reino entero. Viendo con gran gozo ocupada tiempo hacía á Cantalapiedra, se encaminaron hacia Madrigal para introducir el espanto en su guarnición, seguros de que á la sola vista del numeroso ejército portugués perderían toda esperanza de resistencia. Antes de salir el sol ya pudo verse la hueste enemiga formada en batalla. Pero los de la villa no se amilanaron; antes, preparándose á la defensa, salieron á caballo fuera de puertas retando á los portugueses á escaramuza. No tardaron los nuestros, más prácticos en estos encuentros, en apoderarse de algunos de los más arrojados enemigos. Luego,

queriendo éstos aparentar que hacían algo, intimaron á voz de pregón á los de la villa que dejaran de rechazar á su Rey legítimo y le prestaran la debida obediencia, so pena de ser arrojados de sus posiciones y castigados con todo género de tormentos como infames traidores. Al pregón contestaron los de Madrigal con una lluvia de saetas y tiros de espingardas que sembraban la muerte entre los enemigos. Estos se dispusieron á asestar la artillería contra los muros, á rodear con las tropas la villa y á echar escalas por todo el recinto á fin de que los moradores se vieran precisados á desamparar las defensas. Cuando vieron la inutilidad de estos alardes, se alejaron antes de medio día en dirección á Medina. Los nuestros, más confiados en las tropas que en las murallas, obedecían ciegamente á su general D. Alfonso de Aragón, maestro en las artes de la guerra, y por su orden construyeron defensas en determinados sitios contra las repentinas acometidas de los portugueses. Puso á la caballería sobre las armas, y cuando los corredores le avisaron la llegada del enemigo, hizo marchar en su dirección las 700 lanzas escogidas que tenía. Luego apostó fuera de las murallas la hueste para acudir á las futuras contingencias, y destacó ágiles jinetes, en ligerísimos caballos, á recorrer el llano, provocar á escaramuza á la caballería enemiga de vanguardia, que también corría el campo, y hacer ver al rey de Portugal que los de Medina estaban allí perfectamente dispuestos al combate.

Convencido el Portugués de tan manifiesta hostilidad, dió vuelta hacia Zamora.



CAPITULO VIII

El rey de Portugal intenta en vano socorrer al Alcaide del castillo de Zamora. — Expedición de D. Alfonso de Aragón.—Diversos planes de los dos partidos.—Victoria del rey D. Fernando.

ESFORZÁBASE el rey D. Alfonso por intentar algún simulacro de sitio contra Zamora á fin de que al menos la fama del suceso animase á sus partidarios más distantes y al mismo tiempo abatiese las esperanzas de los que en lejanas provincias seguían el partido de D. Fernando. También creía que levantarían el sitio de la fortaleza de Zamora si asentaba su campo en la otra orilla del Duero y junto al puente, punto segurísimo para sus tropas en aquellos días, porque, cerrada la salida de aquél á los de D Fernando, la inundación les impedía vadear el río. En cuanto asentó el real, asestó la artillería contra la torre, defensa de la extremidad del puente, é interceptada la salida del enemigo, empezó á batir el muro haciendo que las bombardas lanzasen sin cesar grandes piedras. D. Fernando, imposibilitado de venir á las manos con el enemigo, arreció en su ataque al castillo que, ya aportillado por muchos sitios, á duras pe-

nas podía defender la guarnición desde los baluartes, en parte derruídos. Tampoco la quedaba esperanza de salvación ni de socorro de fuera. Por la parte del templo, tiempo antes ocupado por los de D. Fernando, bombardas y trabucos lanzaban nubes de piedras que derruían el antemural del castillo y arrasaban las construcciones interiores; y de lo alto de la torre, las saetas y los tiros de espingarda daban muerte á muchos de los que circulaban por el recinto. Por la parte que mira al campo, defendida por un profundo valle y escarpadas rocas, los soldados de D. Fernando cerraban la huída á los encerrados en el castillo. Al amparo del doble foso y del círculo de trincheras, aquéllos estaban libres de toda acometida del enemigo y seguros podían rechazar á todos los portugueses nuevamente llegados que saliesen del castillo ó de otra cualquier parte. De todo esto formó queja el Alcaide luego que se conoció lo inútil de la expedición del rey D. Alfonso para llevar socorros á los soldados.

Entretanto D. Fernando había llamado á su hermano D. Alfonso de Aragón por cartas; al ejército que éste mandaba se había incorporado con 300 lanzas el Conde de Treviño, y de las ciudades y villas confinantes y hasta de Aragón y Castilla la Nueva se le había reunido fuerte contingente de caballeros. Mientras él recogía tropas, el enemigo permanecía acampado junto al puente de Zamora, y el nuevo ejército á las órdenes del esclarecido caudillo D. Alfonso infundía espanto á los portugueses, faltos ya de la mayor parte de la infantería, que por orden del Rey había marchado

á Portugal para librarla de las penalidades que sufría en los reales por la escasez de mantenimientos. Cuando el Portugués se vió amenazado por el nuevo ejército reunido á sus espaldas, se arrepintió de haberse desprendido del peonaje, y envió á D. Fernando secretos mensajeros á pedirle una entrevista é indicarle la conveniencia para ambos de buscar reservadamente algún medio para la futura tranquilidad del reino. Y para restablecer la alianza perturbada por cuestión del derecho hereditario, ningún recurso más seguro, decía, que una entrevista de la que estuviesen excluídos todos los Grandes de uno y otro partido. De admitirlos, como sólo apetecían la discordia y las constantes enemistades para pábulo de perpetua tiranía, las discusiones no tendrían término. Convínose en celebrar una conferencia secreta á media noche en mitad del río, aproximando las bordas de los barcos en que con dos remeros y un solo acompañante iría cada uno de los Reyes. La luz de una linterna sería la señal de llegada. A la hora prevenida se embarcaron los Reyes con los acompañantes señalados. Llegó primero D. Fernando y esperó en el sitio convenido á D. Alfonso que debía venir de la orilla opuesta. Pero la corriente, allí mas rápida, hacía cabecear á su barco que llegó á estar en peligro, porque los remeros no acertaban á dirigirle. Nuestro Rey no corrió este riesgo, ya por la mayor pericia de sus remeros, ya porque en aquella orilla las aguas, más mansas, permitieron navegación más tranquila. Mientras aguardaban, D. Fernando dijo á su tío D. Enrique Enríquez, único acompañante y solo confidente

de aquella entrevista, que le extrañaba cómo tardaba tanto D. Alfonso en tan corta travesía. Respondióle su tío que, en su opinión, la poca práctica de los remeros y lo rápido de la corriente harían difícil la navegación, y que, como el rey de Portugal todavía era más inhábil para dirigir el barco, fácilmente podría acabarse con él, terminándose acaso de este modo en aquel único trance la guerra empeñada entre ellos. La proposición llenó de cólera á D. Fernando contra su tío, y le impuso silencio después de decir que sólo el pensar semejante maldad era una infamia. En toda la noche no logró D. Alfonso aproximarse al sitio señalado, con lo que fracasó la entrevista, sin que más tarde volviera á presentarse ocasión favorable.

Mientras uno de los ejércitos pasaba en vano el tiempo en sus reales y el otro al extremo del puente, desde donde se divisaban, acechaba ocasión oportuna para lanzar la infantería contra el enemigo, D. Alfonso de Aragón había hecho practicar minas; había reunido en breve tiempo numerosas tropas de á pie y de á caballo y enviaba á su hermano frecuentes mensajeros sobre la marcha de la guerra. A seguir D. Fernando el consejo de su experimentado hermano, éste hubiera llevado por otro camino las tropas reunidas en Medina; las hubiera incorporado á las de Zamora, y en cuanto el río hubiese estado vadeable, el Portugués habría sido derrotado. Mas D. Fernando y los Grandes de su séquito creyeron más acertado llevar á Fuentesaúco el ejército reunido en Medina, y ocuparle en interceptar los víveres á

los portugueses, haciendo así más fácil su exterminio. Conocido este propósito por el rey de Portugal, resolvió levantar el campo antes de amanecer el 1.º de Marzo de 1476, á los trece días de haberle asentado en aquel sitio. Inmediatamente dispusieron la marcha; pero era obstáculo para acelerarla la balumba de la artillería, máquinas de guerra é impedimenta. En cuanto amaneció se apercibieron los de Zamora del apresuramiento del enemigo, y por orden de D. Fernando se armaron todos. Pero la caballería no podía pasar sin que antes se reparase la cortadura del puente, y ni aun las minas practicadas á su extremidad permitían fácil salida á los peones, obstruída por el apiñamiento de la multitud. Contrariado don Fernando por esta dificultad, no permitió salir por las minas sino á aquellos pocos soldados que cómodamente podían emplearse en la reparación del trozo del puente destruído. Luego se sacaron á toda prisa las barcas, á fin de atravesar á la opuesta orilla; pero el paso era muy estrecho é insuficiente para la rápida marcha de las tropas, y esta dificultad cedía en ventaja de los portugueses, favoreciendo su pronta retirada. Para protegerla apostó D. Alfonso, no lejos de los reales, unas 500 lanzas, dispuestas á rechazar á los zamoranos que por acaso pudieran hostigar al ejército. D. Fernando, por su parte, mandó al noble y valiente caudillo Alvaro de Mendoza que con los primeros cien caballos impidiese á los peones lanzarse contra el enemigo, para evitar que su imprevisión y corto número les entregase en manos de los portugueses, más prevenidos y numerosos,

antes de estar el paso franco para todas las tropas. En estos cuidados de procurársele y de evitar un descalabro transcurrieron cerca de cuatro horas, que el enemigo aprovechó para llegar á la mitad del camino en su marcha hacia Toro antes que D. Fernando permitiese á los suyos lanzarse en su persecución. Mandó luego á Alvaro de Mendoza y á algunos caballeros animosos que con 300 lanzas picasen la retaguardia enemiga, entorpeciesen la marcha de la hueste y empleasen la mayor diligencia en desordenarla más y más con repentinas acometidas y hábiles escaramuzas á fin de ganar el tiempo perdido en el paso del puente y darlo á las tropas para marchar á su alcance. Cumplió animosamente Alvaro las órdenes del Rey. Los portugueses enviaron delante la impedimenta, dispusieron las batallas con el peonaje y algunos caballos y formaron con la caballería otros dos escuadrones. El príncipe don Juan se puso al frente de 800 lanzas escogidas de todos los espingarderos de á pie que pudo recoger. El núcleo restante de la caballería marchó en derredor del guión real, conservando al caminar el orden de las batallas lo mejor que pudo. Como por la derecha la dilatada llanura daba libre campo para la marcha, pues por la izquierda corría la orilla del Duero, no hallaban grandes estorbos en el camino, y, fuera del retraso, los jinetes de don Fernando no causaban otro daño á los portugueses. Mas cuando los torrentes ó las fragosidades de los montes les hacían apiñarse, Alvaro caía con tal furia sobre la retaguardia, que á las dos de la tarde ya el rey D. Fernando estaba á la vista

con todo su ejército. La caballería venía repartida en cinco batallas, sin contar con la que hostigaba al enemigo, y que mandaban Alvaro de Mendoza; D. Alfonso de Fonseca, obispo de Avila y sucesor del difunto Arzobispo de Sevilla, y Pedro de Guzmán, hermano de Gonzalo de Guzmán, Señor de Toral. Cuando los portugueses llegaron al paso, llamado por los naturales... (1), tan estrecho, que por tener á la izquierda el río y á la derecha los montes que forman allí la orilla del Duero, dejaba muy reducido espacio para la marcha, sufrieron impacientes el retraso causado por los que les precedían é hicieron ligero alto, puesta la mira en ocupar la cumbre del monte de que se apoderaron los de D. Fernando aprovechándose del tropiezo.

El rey de Portugal tomó el partido de conducir su ejército al llano y hacer alto en aquella dilatada extensión, á unos tres cuartos de legua de Toro, para aguardar el resto de la impedimenta. Era opinión de los portugueses que los de D. Fernando, muy alejados de Zamora, corrían doble riesgo, porque la prisa para perseguirlos les había impedido alimentarse, y por su inferioridad numérica, si llegaba á empeñarse campal batalla. Por el contrario, á ellos se les ofrecía doble ventaja en semejante caso; la del refuerzo recibido con las tropas procedentes de la guarnición de Toro, y la proximidad del refugio y la oscuridad de la noche, ya cercana, para remediar un eventual descalabro. Por todo esto

(1) En blanco en el original.

el rey de Portugal juzgaba muy propicia para alcanzar glorioso triunfo aquella ocasión de librar combate. El Arzobispo de Toledo y el príncipe D. Juan tenían opinión contraria. Contentábanse con que, salvada la impedimenta, se hubiese atravesado aquella angostura que ya no ofrecía peligro, y sí para el enemigo. Pero como el Rey deseaba venir á batalla y sus Grandes apoyaban su proposición, se dispuso formar el ejército para combatir. Si luego el enemigo rehusara el encuentro, la gloria alcanzada por los portugueses se convertiría en doble vergüenza para los castellanos que, habiéndose manifestado dispuestos á la pelea, temblaban ante el ejército portugués formado en la llanura, después de tantos días de estrecho asedio. Ya había pasado el Rey con todo el ejército el desfiladero, y divisando no lejos de allí las tropas portuguesas el noble y valiente caballero Luis de Tovar, censuró la apatía de D. Fernando, diciéndole en altas voces: «Mucho temo, ínclito Monarca, que, por el parecer de los Grandes, sea más apariencia que verdadero deseo el que muestras por empeñar combate. Quiero que te persuadas de que si deseas ser reconocido por Rey de Castilla te conviene librarle, y manifestarte resuelto á no rehusarle jamás si diez veces se presentase la ocasión.» Irritaron estas palabras á D. Fernando; pero no quiso revelar á los circunstantes la causa de su enojo, por quejarse todos en voz alta de la deslealtad de los Grandes, obstáculo para el indudable triunfo de aquel día; que siempre habían preferido la ruina perpetua de los pueblos y el

desdoro de la Corona á la gloria y tranquilidad del reino. Echó el Rey el brazo al cuello de Luis de Tovar, y con mesuradas razones censuró su destemplanza, declarándole que se había decidido no empeñar batalla hasta ver en el enemigo indicios de querer librarla. Inmediatamente recibió aviso D. Fernando de que el enemigo parecía dispuesto al combate. Sin perder momento envió el Rey al arrojado y aguerrido Pedro Vaca, uno de sus predilectos, á saber la opinión del Duque de Alba, del Cardenal y de los demás Grandes, porque la caballería estaba formada en cinco escuadrones, además de los otros tres más reducidos, enviados, como dije, en persecución del enemigo. Mientras regresaba Pedro Vaca, D. Fernando se puso el casco y dispuso acertadamente todo lo necesario para la batalla. Lo mismo hicieron los Grandes, porque encolerizados con las voces de los acusadores, procuraron ocultar en el semblante y en las palabras todo deseo de rehusar la pelea. Al volver Pedro Vaca reconoció en la vanguardia portuguesa á algunos caballeros de Castilla y, poseído de indignación, exclamó: «¡Qué vergüenza, castellanos! ¿Cómo no advertís la mancha de deslealtad y de torpe infamia que echáis sobre vosotros al disponeros á pelear contra vuestro Rey legítimo bajo las banderas de nuestro eterno enemigo?» Uno de los aludidos, contestó: —«Por la antigua amistad que contigo me une, te aconsejo, Pedro Vaca, que antes que dar consejos mires por tu propia seguridad.»

Al punto los espingarderos encendieron las mechas, y para librarse de los tiros, Vaca torció el

caballo, resguardándose con su cuello y poniéndole luego al galope hasta reunirse con los suyos. El príncipe D. Juan dió una embestida á los jinetes más próximos, que durante todo el día habían venido picando la retaguardia. En el encuentro, cayó sin vida, atravesado el pecho por un tiro de espingarda, Alfonso de Castro, esforzado caballero de la vanguardia del escuadrón de Alvaro de Mendoza. Fué el primero que murió de los nueve valientes hermanos, leales partidarios de D. Fernando, y la primera víctima de los portugueses. A haberle sobrevivido, no hubiera llorado su padre Antonio García al hijo que moría por la libertad y por el honor de los suyos al frente de la multitud lanzada contra el enemigo.

Además del irresistible empuje de la falanje lusitana, espantó á los caballos el estrépito y el humo de los tiros de las espingardas, y no pudiendo contenerlos los jinetes, se introdujo tal confusión en las filas, que la fuga de 100 de los de Alvaro de Mendoza alentó al príncipe D. Juan para arrojarse repentinamente con 800 lanzas escogidas y 300 peones, repartidos en tres escuadras contra otros 300 hombres de armas castellanos, derrotarlos y ponerlos en huída. Cuando Alvaro de Mendoza y los demás capitanes castellanos, empujados hacia el desfiladero, pudieron recoger algunos de los más escogidos jinetes, porque muchos se habían dispersado en la huída, volvieron al sitio que parecía más seguro. Entretanto el Cardenal acometía con furia en su paso el flanco de la hueste del príncipe D. Juan, y el Duque de Alba, sin amilanarse por la fuga de los

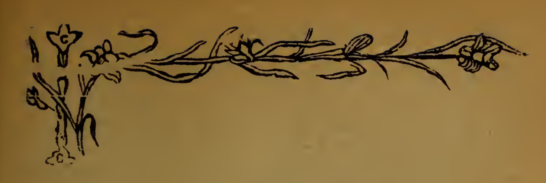
tres escuadrones, se iba apoderando de muchos portugueses. El primero, la ira reconcentrada contra los que le acusaban diciendo que se rehusaba la batalla por la maldad de tres de los Grandes, él, el Duque de Alba y el almirante D. Alfonso, le hizo alzar la voz en medio de la pelea diciendo:—«¡Aquí tenéis al Cardenal, mancilladores de mi honra!» El de Alba, con extraordinario empuje, hacía tales estragos entre los portugueses, al principio envalentonados con la fuga de la caballería castellana, que sólo, merced á la oscuridad de la noche, que se acercaba, lograron al cabo librarse de completo exterminio las 700 lanzas primeras que con el príncipe D. Juan se habían arrojado furiosamente en persecución de los fugitivos castellanos, como luego diré. Al ver D. Fernando el espanto de muchos de los suyos y la huída de las 400 lanzas, les gritó:—«¿Qué terror es ese, nobles soldados? ¡Cobrad ánimo, y todos los valientes salgamos sobre el enemigo en busca de gloriosa victoria!» Dicho esto, y al toque de todos los clarines, embistió con escogida caballería, aunque inferior en número á la enemiga, contra el centro de batalla de D. Alfonso. Breve fué la resistencia, porque la caballería castellana arrollaba fácilmente á los contrarios, y los numerosos portugueses, derribados de sus monturas, introdujeron tal desorden en las filas, que Pedro Vaca (1), caballero de corta estatura, pero de gran esfuerzo de

(1) El códice de Sevilla tiene al margen esta nota: «García de Resende le llama Sotomayor, y era Pero Vaca de Sotomayor, un caballero principal de Alcaraz.»

ánimo, llegó hasta el Alferez del pendón Real, y deseando borrar la antigua afrenta de los castellanos cuando perdieron el suyo en la desdichada batalla de Aljubarrota, derribó al Alferez, arrancó el guión del asta y, aunque cercado por multitud de portugueses, la llegada de los suyos fué ocasión de que se empeñase terrible refriega. No pudo al cabo escapar de manos de la muchedumbre enemiga; y cerca ya de la orilla, cayó al río revuelto con el soldado portugués que le había arrancado el guión hecho jirones. Luego recogió la desgarrada insignia cierto hombre de armas de los nuestros, al intentar librar de manos del enemigo á su compañero Pedro Vaca, sumergido en las aguas. Quedó en nuestro poder el otro guión más pequeño del rey de Portugal, que le seguía, según costumbre del rey de España. Ante el temor de caer prisionero de los castellanos, vencedores ya de sus contrarios, D. Alfonso huyó por la llanura con unos 20 caballeros, y torciendo á la derecha, costeando la falda de los montes y alejándose de la orilla del río, llegó después de muchos rodeos á Castronuño, donde se refugió amparado por las sombras de la noche. Al emprender la fuga, la noche ya próxima y una tormenta que amenazaba, dejó á los nuestros inciertos sobre emprender la persecución ó permanecer sobre el campo. Además, la fatiga y el hambre les atormentaban. La multitud portuguesa se encaminó al puente de Toro, refugio más próximo. Unos cuantos que vieron en la opuesta orilla á Zapico con 20 caballos, indicándoles por señas que no atravesaran el río, creyeron en su turba-

ción que los movimientos de las adargas les advertían hallarse vadeable, y perecieron miserablemente al atravesarle. Quedaron prisioneros la mayor parte de los portugueses lanzados de sus monturas; á otros muchos dieron muerte nuestros soldados, y de haber tomado parte en el combate los peones castellanos que al principio subieron al monte, el desastre de los portugueses hubiera sido mucho más terrible. La lluvia, la oscuridad de la noche y el no saber de cierto el camino que llevaban los fugitivos, hizo á los nuestros perder la formación y no les permitió adoptar un plan para alcanzar victoria completa. Al rey D. Fernando le acompañaban tan pocos que á veces tuvo que perseguir al enemigo con sólo tres caballeros, García Manrique, Iñigo López de Albornoz y Fernando Carrillo de Córdoba, que nunca se apartaron de su lado. Las demás tropas se entretenían en recoger el botín ó en perseguir rápidamente al enemigo por la llanura.





CAPITULO IX

Desgracia del conde de Alba de Liste D. Enrique Enriquez.—Vuelve á Toro el Rey de Portugal.—Alegría de la reina D.ª Isabel al saber la victoria.—Prodigios que la anunciaron.

La confusión hubiera podido trocar en desastre la victoria si el príncipe D. Juan, todavía á la cabeza de tropas en buen orden y próximo á la orilla del Duero, hubiese atacado á nuestra gente desparramada; pero lleno de excesivo terror, sólo pensaba en aprovechar las sombras de la noche para encaminarse lentamente hacia Toro. Su irresolución engañaba á los nuestros, no menos vacilantes, y cuando por caso algunos reconocían en la marcha al caudillo portugués, temían acometer con tropas desordenadas al escuadrón correctamente formado. Sólo Luis de Osorio, capitán de las lanzas del Marqués de Astorga, quiso atacar á los portugueses y al Príncipe; pero le retuvo la orden del rey D. Fernando, que iba reuniendo la gente ocupada en recoger botín. Sucedió entonces que el conde de Alba de Liste D. Enrique Enríquez, septuagenario, pero de grandes arrestos, después de perseguir á todo galope al enemigo fugitivo

hasta el puente de Toro, al recogerse á su campo se engañó con la oscuridad de la noche, y tomó por amigos á un pelotón de soldados portugueses próximos al río. Apenas pronunció el nombre del rey D. Fernando, echáronsele encima los contrarios, y quedó en su poder con dos compañeros de armas, únicos que de toda su gente le habían quedado. Nada supieron los que con el rey don Fernando se encaminaban á Zamora á las nueve de la noche, y al día siguiente aún no había noticia cierta de la desgracia del noble anciano. Decían unos que se había ahogado en el río; otros, que, derribado del caballo, había perecido á causa de tan grave fatiga en tan avanzada edad; de su desdichada prisión nadie hablaba. Cuando por fin se tuvo noticia cierta del cautiverio, el Rey sintió honda pesadumbre, y á toda la nobleza castellana causó profunda contrariedad la desgracia del ilustre anciano. Ella turbó entre los castellanos la alegría del triunfo, y entre los portugueses el vago rumor de haber perecido su Rey, aunque ignorándose cómo, les hizo tener en poco el descalabro sufrido. Durante toda la noche, los fugitivos amparados en Toro lamentaron la suerte de los hermanos, de los amigos, muertos en la batalla; pero ni su pérdida ni la de toda su fortuna y de tan numerosos caballos les causaba tan hondo pesar como la desdicha de su Rey, que lloraban con tristes alaridos.

En cuanto el enemigo empezó á volver las espaldas, y antes de recoger las tropas entregadas al pillaje y de disponer la vuelta á Zamora, D. Fernando envió á Iñigo López de Albornoz á Torde-

sillas para participar á D.ª Isabel la alegre nueva de la victoria.

Sorteando los muchos peligros que ofrecía el encuentro con las guarniciones enemigas de Toro, Castronuño y otras fortalezas, y caminando por apartados montes, tras largos rodeos, pudo al cabo presentarse á la Reina, presa de indecible sobresalto por ignorar todo lo ocurrido en Zamora, y participarla la noticia del triunfo. Del paradero del rey de Portugal ni de lo sucedido después de su partida nada pudo decirla. Describir el gozo de la Reina sería imposible; sólo diré que inmediatamente se encaminó á la iglesia con algunos religiosos. Poco después llegó un mensajero de D. Alfonso de Aragón con la noticia de haber huído los portugueses; que á media noche, victorioso D. Fernando, había vuelto á Zamora á dar descanso y alimento á las tropas, y que el rey de Portugal se había acogido á la fortaleza de Castronuño á buscar en el desalmado Alcaide consuelo á sus pesares y alivio para sus quebrantadas fuerzas. Más tarde se supo la vuelta de D. Alfonso á Toro y el lenitivo al dolor de los portugueses por la inesperada llegada de su Rey. El nombre del Arzobispo de Toledo, en otro tiempo tan ensalzado en todos los combates, para nada sonó, ni al hablarse de la batalla, ni después de derrotada y puesta en fuga la hueste de sus parciales. La figura del Prelado, tan grande en los demás encuentros en que había tomado parte, aparecía ahora rebajada en el campo portugués. El cambio de partido cambió también su fortuna. Imaginóse el desdichado que podría en aquella

noche rehabilitar algo su decaída fama con aconsejar al príncipe D. Juan, de regreso ya el vencedor D. Fernando, que antes de entrar en Toro sufriera la molestia de detenerse algún tanto junto al puente. De aquí tomaron pie los portugueses para escribir desvergonzadamente á Lisboa que el Príncipe había permanecido en su campo como vencedor. Pero cada día aumentaba el número de los que por la pérdida de amigos y parientes iban comprendiendo lo terrible del desastre. La fuga del Rey acabó de hacer patente lo vergonzoso de la derrota, y los de Lisboa vieron á las claras que sin las sombras de la noche y la proximidad del refugio, salvación de tantos, la caballería portuguesa hubiera quedado exterminada. Nadie que no estuviese obcecado por la pasión dejó de conocer que si no se continuó la segunda acometida contra el príncipe D. Juan fué porque, además de la incierta luz del crepúsculo, D. Fernando, atento á la persecución de los fugitivos, no consiguió arrancar á los vencedores de su rebusca de botín para volver á ordenar las batallas, y el largo camino de vuelta para restaurar las fuerzas de los hombres y cuidar de los caballos, muertos de cansancio y de hambre, aconsejaba no empeñarse ya en aquella noche en aniquilar al ejército portugués. Creyó también D. Fernando que bastaba que el enemigo, aun conociendo la imposibilidad para las tropas de Zamora de acometerle, á causa del río desbordado que las separaba y de la interrupción del puente, se hubiera alejado de pronto temiendo verse envuelto por la hueste de don Alfonso de Aragón, y que, contando al empezar el

combate con 3.500 lanzas, no sólo hubiese sido vencido por 3.000 castellanos, sino deshecho y puesto en fuga, viéndose obligado á abandonar á los suyos y acogerse, con solo 20 y por apartadas sendas, á la fortaleza de Castronuño. Las vagas noticias del desastre habían hecho además pasar á sus tropas un día entero de indecible angustia, y cuando luego volvió á Toro como resucitado, por consolar á los sobrevivientes, perdió la ocasión de pasar á cuchillo ó arrojar al río á cerca de 500 enemigos, peones y caballos, sin importarle tampoco el inmenso despojo sufrido y los caballos muertos en la pelea. De la gente de don Fernando, por el contrario, constaba no haber perecido más que cinco hombres; con el botín de los portugueses habían quedado ricos muchos hombres de armas, y el ejército había vuelto intacto y victorioso á Zamora con más comodidad para tomar la fortaleza. A estrechar el asedio se consagró inmediatamente D. Fernando, después de honrar como se merecían á los que en la batalla se habían distinguido por su valor.

Con extraordinario denuedo pelearon el Duque de Alba y el Cardenal, y corrieron serios peligros Alvaro de Mendoza y el Obispo de Avila; su primo Alfonso de Fonseca y Pedro de Guzmán. La caballería que mandaban, derrotada por el príncipe D. Juan, se rehizo luego, en su mayor parte, gracias al arrojo de sus caudillos. Mereció grandes elogios de D. Fernando la resistencia y vigoroso ardimiento de Pedro Vaca, y no menos Luis de Tovar, que tuvo que resistir el primer ímpetu del encuentro. Asimismo se elogió el mérito de

García Manrique, de Luis de Osorio y de D. Sancho de Castilla, hijo del difunto obispo de Plasencia D. Pedro de Castilla. De los otros caballeros de menor categoría fueron muchos los dignos de gran loa, al paso que de execración é infamia aquellos pocos que al principio huyeron tan desalados, que hicieron creer á los de Zamora en un gran desastre causado á los castellanos por los portugueses. Se dice que el que llevó la falsa noticia fué D. Pedro de Sandoval, conde de Castro, hijo del difunto D. Diego Gómez de Sandoval, uno de los más esforzados nobles castellanos. El hijo, ciertamente no emulador del valor del padre, huyó á Zamora á uña de caballo y creyó disimular su cobardía con la falsa nueva de la derrota. sin caer en la cuenta de que bien pronto otros descubrirían la verdad. Indicósela, con admiración de muchos, á la duquesa de Alba D.ª María Enríquez, un perro que tenía, y por lo singular del prodigio haré ligera mención del caso. Desde los días de la entrada del rey de Portugal en Castilla llevaron al duque de Alba D. García el citado perro, llamado Odorinseco (1), y muy querido de D. Alfonso. La Duquesa cuidaba tanto de que le diesen de comer, que el animal la demostraba singular cariño. A la misma hora en que el Rey salió huyendo de Zamora, en dirección á Toro, para evitar que D. Fernando le sorprendiera en aquella ciudad, empezó el perro á aullar de re-

(1) Este extraño nombre está escrito de dos maneras en los originales: *Odorin secus* y *Odorin sequo*.

pente, con gran extrañeza de la Duquesa y de sus familiares. Y no causó menos maravilla el previo aviso de la fuga del rey de Portugal, cuando se vió que el perro había presentido esta desgracia de su antiguo amo. Pero lo más admirable fué que, á la misma hora en que D. Alfonso fué derrotado y puesto en huída en los campos de Toro, lanzó el animal tan horribles aullidos, que cayó muerto repentinamente.

Poco antes de la batalla fué presagio de la victoria de D. Fernando y de la derrota de su adversario el siguiente prodigio acaecido en Sevilla. Un marinero de la ciudad desembarcó en Marruecos y habló con un moro, famoso entre todos por sus vaticinios y por ser eximio poeta. Preguntó al sevillano si conocía la feliz entrada del rey de Portugal en los reinos de Castilla y León, así como el poder del rey D. Fernando. El interpelado respondió que sólo tenía noticia de los universales trastornos del reino, del espanto de los naturales y de la perfidia de los nobles, únicamente atentos á restablecer su tiránico dominio. Entonces, el moro le dijo: «Quiero, amigo, que sepas que ha sido concedida la victoria á aquel Rey de España que ostenta el famoso yugo de Gordiano, antiguamente deshecho por Alejandro de Macedonia. Y para que mejor conozcas la verdad de este presagio, vuelve cuanto antes á Sevilla, dirígete á la lonja de la iglesia mayor, y en las gradas exteriores de los mercaderes, sobre el abrevadero de mulas y caballos, verás un mármol negro, y en medio un yugo blanco, naturalmente incrustado en la piedra Además, debajo del primer

escalón te maravillarás del descuido de la gente que durante tantos siglos viene subiendo y bajando aquellas gradas sin ver lo que tú verás el primero: una mata de esparto nacida bajo las piedras, y que los transeuntes arrancarán y destruirán inmediatamente.» Maravillado el marinero con lo que oía, en cuanto llegó á Sevilla lo refirió todo á sus amigos. Fueron á cerciorarse de la verdad del vaticinio y hallaron en la lonja, según las indicaciones del moro, una losa de mármol, y en ella incrustado, como se dijo, un yugo blanco, nunca hasta entonces visto por la multitud de gentes que por allí pasaban. Acudieron los ciudadanos, toda la nobleza é innumerable concurso de mujeres á contemplar el prodigio, y algunos imprudentes trataron de arrancar el yugo del mármol; pero, rotos los ángulos, perdió su forma. Yo también fuí testigo y vi cómo muchos cogían fibras sueltas del esparto y atribuían á milagro lo referido por el marinero. Estos y otros semejantes fueron los presagios de la batalla. De los posteriores sucesos haré un breve resumen en lo referente á lo ocurrido en Andalucía á los partidarios del rey de Portugal.





CAPITULO X

Hechos de los partidarios del rey de Portugal en Andalucía.—Encuentros de los franceses que sitiaban á Fuenterrabía.

Casi por los mismos días en que el rey don Fernando venció al Portugués, sus partidarios, que después de rendido el castillo de Burgos habían empezado á sentir cierto remordimiento por su conducta, volvieron á sus procederes y llevaron por todas partes las disensiones y la revuelta. Entre otros, D. Rodrigo Girón, entonces en Andalucía, con el auxilio y fuerzas de sus partidarios, intentó apoderarse por engaño de la villa de Sabiote, próxima á Baeza y Ubeda, y que había ocupado el maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique, después de la prisión de... (1), Comendador de Sabiote. Para conseguir su deseo, y siguiendo el vano consejo de sus íntimos, tramó una añagaza, encubriendo su verdadero propósito con otros muy diferentes, propios de la juventud, con objeto de que los auxilios que habían de acudirle de todas partes no pareciesen llamados para el fin que se

(1) Blanco.

proponía. Entre sus amigos, el más solícito en enviarle contingente de tropas fué el marqués de Cádiz D. Rodrigo Ponce de León, siempre dispuesto á suscitar tumultos. Penetró las intenciones de los dos Rodrigos su tocayo el Maestre de Santiago; frustró abiertamente el plan de los intrigantes, y notificó á sus sagaces instrumentos que sería posible que D. Rodrigo Girón, novicio en este género de maquinaciones, cayera en la trampa preparada por él para otros. En esto, como en lo demás, triunfó el veterano guerrero, porque el Alcaide del castillo se hubiera apoderado de todos los jinetes escogidos para el intento, á no haber percibido uno de ellos, muy avisado, cierta señal de falsa rendición, con lo que, después de ya entrados muchos de sus compañeros en la fortaleza, retrocedió y les descubrió en altas voces la traición del Alcaide. No pudo, sin embargo, dar tan pronto la voz de alarma que no quedasen prisioneros la mayor parte de sus amigos. Uno de éstos, Enrique de Figueredo, principal entre los malos consejeros de D. Rodrigo, quedó encerrado en estrecho calabozo, y gran parte de las lanzas enviadas por el Marqués de Cádiz cayeron también en manos de los leales. Sólo sintieron que se les escapase el que más deseaban coger, D. Rodrigo Girón.

Hacia el mismo tiempo los de Gibraleón, vasallos del Conde de Plasencia, obligados á librarse de las muchas y diarias vejaciones que los portugueses les hacían sufrir, ó á sucumbir bajo su yugo, escribieron á su Señor, partidario de D. Alfonso, rogándole se compadeciese de los sufri-

mientos que el Alcaide de Malpica les hacía padecer diariamente. El mismo Conde, al principio de las revueltas, y por indicación de cierto caballero portugués, Martín Alfonso de Melo, había puesto en el castillo guarnición portuguesa. Pero después que se perturbaron las relaciones entre el rey D. Alfonso y el Conde, por el apático apoyo de cada uno, el Alcaide empezó á molestar á los pueblos obedientes al último. Este, arrepentido de la entrega de la fortaleza, contestó á los de Gibraleón, manifestándoles cuánto deseaba arrancarla de manos de los malvados partidarios á quienes un día la confiara. No se lo hicieron repetir los aludidos, y casi á diario trababan escaramuzas con los portugueses. Una vez que cayeron sobre las tierras fronterizas, y al volver de noche, entraron en una aldea indefensa para descansar algún tanto, se vieron rodeados por los de la guarnición que, envolviéndolos en una cintura de fuego, les obligó á abrirse paso con las espadas para salvar la vida, siendo tal la furia con que peleó aquel puñado de héroes que, derrotados los numerosos portugueses, siete quedaron muertos, 22 prisioneros, y el resto apeló á la fuga.

Por el mismo tiempo entraron cuatro galeras de D. Fernando por la desembocadura del río Faro, y tal espanto infundieron al pirata portugués Alvar Méndez, que se encontraba desprevenido reparando sus barcos en el río, que capituló entregarse al capitán de las galeras, el catalán Andrés Sonier, obligándose á acudir con sus barcos dentro de un mes allí donde supiera que estaban surtos. Así lo verificó luego, cumpliendo la

palabra empeñada, pero con la lealtad propia de los piratas, como se dirá en su lugar.

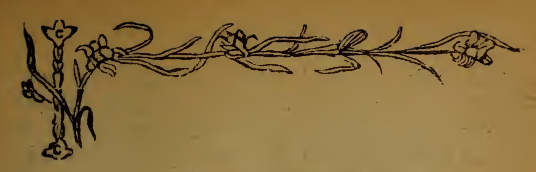
En aquel mes de Marzo algunas lanzas de don Rodrigo Girón, que por orden suya defendían á Almagro, intentaron caer en repentina acometida sobre los de Ciudad Real, aborrecidos de aquel Grande; pero encontraron en el Maestre de Santiago tan enérgica resistencia, que tras ligera escaramuza, la victoria se declaró por los de don Fernando, y el enemigo quedó duramente escarmentado. Tres Comendadores de Calatrava y 66 hombres de armas quedaron prisioneros; murieron unos pocos y otros cuantos se salvaron con la huída. Los vencedores ofrecieron á los de la ciudad alegre espectáculo al atravesar las calles conduciendo los caballos de los prisioneros.

Con no menor fortuna peleó contra el enemigo el conde de Salinas D. Diego Pérez Sarmiento, capitán por el rey D. Fernando de los vascongados que defendían á Fuenterrabía, y que á diario peleaban con los franceses sitiadores. Confiados éstos en la numerosa artillería que verdaderamente les hace terribles en los sitios, habían reducido á tan crítica situación á los de la villa y á la caballería de la guarnición, derruída la muralla á los tiros de las bombardas, arrasadas las defensas, y por completo destruídos fosos y trincheras, que ya la única salvación consistía en no esperarla. Pero en una salida de los nuestros contra la muchedumbre enemiga, dueña ya casi de la plaza, de tal modo la aterraron que, además de matarles muchos soldados, se apoderaron de cañones y máquinas de guerra, y repararon las

defensas para tener algún tanto á raya la furia de la muchedumbre francesa, porque retrasar mucho tiempo la rendición de la plaza se tenía por muy difícil. Sin embargo, la llegada de la caballería del condestable D. Pedro de Velasco, y de los Condes de Aguilar y de Monteagudo, y D. Rodrigo de Mendoza, hijo del prestamero Juan de Mendoza, obligó á los franceses á refugiarse en el otro campamento de la costa de Gascuña, allí donde la marea señala la división de las dos provincias, una de cuyas costas pertenece á los españoles y otra á los gascones. Entre éstos y los vascongados perdura antigua y sangrienta contienda, porque los últimos sostienen que su territorio se extiende 1.500 pasos más allá de donde llegan las aguas, y sus adversarios afirman que termina en la mitad de este espacio. Asentados ya en su nuevo campamento los franceses, acordaron los nobles castellanos encomendar el mando de la guarnición á D. Rodrigo Mendoza, esforzado guerrero que, al valor de los vascongados, añadía ciertas simpatías que entre ellos gozaba.

Los demás nobles regresaron á sus tierras. Inmediatamente se reanudaron las hostilidades de cada día, y en cuanto la profundidad de las aguas permitía vadearlas, se empeñaban ligeros combates, las más veces funestos á los franceses, y lo hubieran sido más si la mayor parte de los naturales de Urturi (?), acostumbrados á pelear con los vascongados, hubieran resistido con más acierto al tan conocido enemigo. Iguales en idioma, en armas y en pensamiento á los vascongados, refrescaban los antiguos enconos por la cuestión de lí-

mites, y la sangre teñía frecuentemente las aguas de sus territorios. Una vez, por fin, exasperados todos, se lanzaron por todas partes cuando las aguas estaban más bajas, y tras confusa revuelta, trabaron combate todas las tropas hasta que el reflujo vino á separarlas. Cerca de 4.000 franceses perdieron allí la vida. De los vascongados murieron 500, entre ellos Fortún de Zarauz, hombre de extremado valor, á quien lloraron amargamente sus paisanos. En aquel día cobraron los de la plaza más firme esperanza de conservarla, y los demás naturales mayor confianza de resistir al numeroso ejército francés. Asimismo se pudo emprender la reparación de las murallas y defensas. El mayor daño consistía en las correrías de los franceses por las aldeas de los vascongados, que dejaban asoladas. Y como por la costumbre del país están repartidas por los valles, y las casas construídas de troncos y tablas, el cruel enemigo las entregaba á las llamas. Dueños de una torre situada de la parte acá del río desbordado, y asegurada con obras de defensa, desde ella se lanzaban á frecuentes correrías, llevando la desolación á las más remotas aldeas.



LIBRO XXVI

CAPITULO PRIMERO

Maquinaciones diversas de los Grandes castellanos.—Recuperación de Madrid.—Muerte de Pedro Arias.—Ríndese el castillo de Zamora.

En el mes de Marzo, cuando Marte se mostraba tan contrario á los enemigos de don Fernando, los Grandes castellanos meditaban diversos planes, ó bien para contrariar el éxito de tan prósperos sucesos, ó bien para buscar medios de reconciliarse con el vencedor. Entre los que parecían favorecer la causa de D. Fernando, el duque de Medina Sidonia D. Enrique de Guzmán llevaba tan á mal los triunfos del Rey, que no quería oir hablar de habérsele entregado Zamora; recibió con disgusto la noticia de la rendición del castillo de Burgos y más aún la de la victoria, y fué tal su pesadumbre que, no pudiendo disimularla, cabizbajo y con torva mirada presenció los regocijos de los sevillanos, se negó á tomar parte en ellos y acabó por huir de la general alegría retrayéndose á oculto retiro, como quien á todo anteponía el afán de señorío tiránico. Los demás nobles andaluces, aunque po-

seídos de igual pesadumbre, ocultaban, sin embargo, sus sentimientos bajo el disfraz de alegre semblante. D. Rodrigo Girón, que después de la empresa del príncipe D. Juan y de su entrada en Castilla, no sólo dejó de rendir el debido acatamiento, aunque lo intentó, á D. Fernando, sino que una y otra vez tramó, sin éxito, contra su causa nuevas alteraciones de guerra, volvió á someterse otra vez á los consejos de Gonzalo de Avila. Asimismo el Marqués de Villena, perdida la mayor parte de sus Estados, trabajó juntamente con su primo D. Rodrigo por que el Cardenal les reconciliara con el Rey. Era su ánimo, sin embargo, conservar en su poder la villa de Madrid, de que su padre se había hecho dueño, porque si la perdía, ya no tenía esperanza de hallar vestigio alguno de su pristino poderío. Sabía que los madrileños anhelaban recobrar su antigua libertad, y ponía todo su empeño en aquel dominio. Resultaron, sin embargo, todos sus gastos y todo su empeño inútiles, porque Pedro Arias, hombre adinerado en Castilla la Nueva, con poderoso partido y llamado por muchos vecinos, y Pedro Núñez, el más acaudalado de ellos y desterrado á la sazón por orden del Marqués, se pusieron al frente de algunas lanzas, que aumentó el favor del Marqués de Santillana, con quien había trabado amistad y que deseaba atraerse á su devoción á los madrileños. Estos dos adinerados caballeros ocuparon el arrabal, y asestaron muchas bombardas contra la puerta de Guadalajara, con escasa resistencia del Alcaide puesto por el Marqués para defenderla. Dícese que obró así deliberadamente,

porque deseaba que la noble villa volviese á la Corona; pero para amenguar la nota de traición, derrocaron la parte de muralla contigua á la puerta. Tomada luego la villa, los sitiadores dirigieron el ataque contra aquélla por todas partes, y para resguardo de los tiros con que desde lo alto les molestaban, utilizaron los cimientos socavados, interpolando maderos como puntales. Entretanto, cada día iba destruyéndose más la fábrica de la puerta y estaba próxima á su ruina en cuanto se pusiese fuego á los puntales de madera. Aterrado con este peligro el que dirigía la resistencia, capituló la rendición, y quedaron en adelante los de D. Fernando en libre posesión de la villa. El Alcaide y D. Rodrigo de Castañeda, principal caudillo de la guarnición, pusieron fuego á los arrabales más próximos al Alcázar; pero los habitantes levantaron tapias, establecieron puestos y al amparo de fosos y trincheras, rechazaron las repentinas acometidas, desplegando extremada vigilancia y habilidad suma. Murió Pedro Arias porque el excesivo peso de la armadura fué mortal para su antigua herida, en constante supuración. Todos los vecinos lloraron la pérdida de su libertador, y nombraron en su lugar á su hijo Diego Arias; pusiéronse bajo la protección del Marqués y pidieron á la reina D.ª Isabel que les enviara algunas lanzas. Envióselas, y por capitán al esforzado Diego del Aguila, servidor muy leal de los Reyes.

No cesaba en tanto D. Fernando de batir el castillo de Zamora. El alcaide Alfonso de Valencia simuló la intención de poner al hijo del Conde de

Benavente, dado por éste en rehenes, en los puntos más expuestos á los tiros de bombardas y trabucos, á fin de que el Rey, movido á compasión del noble mancebo, aflojase la violencia del ataque. Cuando vió ya la fortaleza desnuda de defensas y la derrota de los portugueses abatió su ánimo, se valió de medianeros benévolos para pactar la rendición, con tal que se entregara el castillo á persona que respondiera de la vida y riquezas de los rendidos. Además, su tío, el Cantor de Zamora, corifeo de la primera rebelión, había de pedir perdón al rey D. Fernando, gravemente irritado con él, y permitírsele á Alfonso sacar todo lo que los portugueses habían escondido allí, con más los muebles de su propiedad, los víveres, utensilios, caballos, armas y los cañones que fueran transportables. El vivo deseo de atender á tantas necesidades urgentes obligó á D. Fernando á aceptar tales condiciones, porque conocidamente el sitio del castillo era causa de funesto retraso para otras empresas, retenía allí un numeroso ejército y los habitantes tenían que sufrir graves y diarios trabajos. Al cabo se renunció á la venganza ante la ventaja de más provechosa expedición. La alcaidía de Castrotoraf se dió á Alfonso de Valencia, á quien inmediatamente y por orden de D. Fernando la cedió D. Juan Enríquez, comendador de la Orden de Santiago, á fin de conseguir luego la entera y pacífica posesión de tan importante villa y con ello facilitar al Rey D. Fernando ulteriores empresas contra el enemigo. Rindióse el castillo de Zamora el 19 de Marzo de 1476, á los diez y ocho días de la derrota de los

portugueses. Influyó mucho en ello la presencia de D. Alfonso de Aragón, que en aquellos pocos días adoptó para la toma del castillo medidas más eficaces que las preparadas en tantos meses, si bien se consideró de gran importancia todo lo dispuesto antes por su hermano el ilustre rey don Fernando, y causó la admiración de cuantos tomaron parte en el sitio.





CAPÍTULO II

Sucesos ocurridos en la frontera de Portugal.— Llegada del rey D. Fernando á Medina.

Impulsado por su activo temperamento el clavero Alfonso de Monroy, que también se llamaba Maestre de Calatrava, empezó á molestar á los enemigos talando los campos y manteniendo una escogida caballería ligera con el botín que les arrebataba. Todos los hombres de ánimo belicoso que espontáneamente le habían seguido antes de su desgraciado cautiverio, acudían ahora á ponerse bajo su mando. Su autorizada experiencia, su simpática llaneza, su actividad para toda empresa guerrera, su singular vigilancia, su infatigable perseverancia para llevar á cabo lo que una vez se propusiera y su inquebrantable adhesión á la disciplina militar, todas estas singulares dotes eran universalmente ensalzadas. Este ilustre capitán mantenía 200 lanzas sin estipendio señalado y sin ser gravoso á las poblaciones amigas, de las que sacaba oportunamente su peonaje cuando el caso lo exigía. Pero no satisfaciendo mucho á su magnánimo corazón los recursos que le proporcionaban aquellas correrías, puso la mira en más altas

empresas y de más duraderos resultados para el sostenimiento de su gente. Entre los pueblos de la frontera portuguesa se distinguía Portalegre, tan fuerte por su posición y obras de defensa, que durante la guerra, allí habían escondido los demás pueblos sus más preciados bienes. Para asegurar el éxito de la empresa concebida apoderándose de la villa, discurrió el siguiente ingenioso plan. Envió 400 caballos á talar los pueblos del interior de Portugal, sabiendo de antemano la prisa con que los de Portalegre acudirían al socorro de las villas confinantes, sin preocuparse del propio riesgo, por su excesiva confianza en las defensas naturales del pueblo. Luego, á media noche, puso celadas en lugares próximos á él; empleó como corredores á los soldados más sagaces y apostó en determinados sitios atalayas para que hiciesen señales convenidas á los emboscados. Preparado así todo con gran sigilo, envió á talar los campos de los pueblos del término de Portalegre á unos cuantos jinetes de los 300 que se había reservado. En cuanto los de la villa percibieron la voz de alarma, corrieron desaforados en auxilio de los amigos; nuestros jinetes cedieron el paso, y fingiendo gran espanto, fueron abandonando la presa á los enemigos que les perseguían. Vacilaban éstos en seguir el alcance; pero se consideraban á cubierto de todo desastre por lo próximos que se creían á la villa y por no ver peligro alguno que les amenazara. Entonces los de las celadas, en cuanto conocieron por las señales de los corredores que, á excepción de las mujeres, niños y ancianos, todos los de la villa estaban desparrama-

dos por el campo, destacaron á los más resueltos para apoderarse rápidamente de la puerta de la población. Siguiéronles al punto los demás, que, á su vez, hicieron señales al caudillo D. Alfonso de estar ocupada la entrada. Entonces éste salió al paso del enemigo cuando se dirigía á sus casas, ya tomadas por los nuestros. Maravilla la facilidad con que por el ardid de un hombre se tomó villa tan inexpugnable. Luego arrebató á todos los moradores tantas riquezas escondidas allí por los portugueses como en lugar enteramente seguro, y arrimando de repente las escalas, se apoderó de la fortaleza. Después D. Alfonso con parte de su caballería se llevó todo el botín y los cautivos; escogió los hombres de armas y peones que habían de quedarse con él en la villa, y se reservó abundante provisión de mantenimientos, pues encontró las trojes atestadas de trigo y cebada, y grandes cantidades de vino, aceite y demás vituallas con que alimentar á sus soldados durante dos años.

Cuando el Obispo de Evora, egregio defensor de aquella provincia, pues se distinguía por sus riquezas, valor y nobleza, supo el grave desastre de los de Portalegre, mejor dicho, de todos los portugueses, reunió gran contingente de infantes y 400 caballos, y antes de que el enemigo recibiese más refuerzos, cayó sobre los nuestros, confiado en el espanto que había de causarles la repentina acometida. No contaba con la previsión de D. Alfonso de Monroy que, cuando el Obispo, al alborear el día, con propósito de alojar en las casas del arrabal, una vez dueño de la iglesia, numerosos y valientes soldados que resistie-

ran las acometidas del enemigo, empezó á combatir el templo bien defendido por su situación y reparos, y previamente ocupado por los castellanos, según orden del de Monroy, éste con ánimo sereno retuvo á su gente en el recinto amurallado, dispuso que restaurasen sus fuerzas, y con templadas razones contradijo á los más vehementes que aconsejaban acudir inmediatamente en socorro de los compañeros de armas, antes que la multitud enemiga se apoderase de la iglesia. Su situación le había convencido de que aquel empeño de los portugueses y su temeraria confianza vendría á serle al cabo ventajosa. Cuando ya recorrían descaradamente las calles del arrabal, y llegaban en su audacia á pegar fuego á sus puertas amontonando leña seca, salió de repente á la cabeza de un escogido escuadrón, acometió con furia á los desordenados enemigos, y puestos en fuga los primeros, cayó sobre los que combatían la iglesia, ya diezmados por los tiros y piedras que desde lo alto les arrojaban. Así aquel puñado de castellanos, con su destreza y presencia de ánimo, dió cuenta de muchos portugueses, los infundió espanto, y les hizo conocer muy á su costa cuán temerariamente habían confiado en aquella confusa muchedumbre para realizar su empresa. Muchos pasaron los nuestros á cuchillo; el resto, bien escarmentados, buscó refugio en los pueblos próximos, que fortificaron lo mejor que pudieron. No lograron, sin embargo, ponerse tan á cubierto de las correrías y asechanzas de sus experimentados enemigos que no se viesen precisados á retirar sus rebaños á dehesas más interiores y á

abstenerse de toda salida por las tierras circunvecinas. Ni aun en aquellos distantes pastos lograron salvar sus ganados, porque acudiendo al llamamiento del de Monroy el Conde de Feria con numerosas lanzas, aumentadas con algunos infantes y caballos del Comendador mayor de León D. Alfonso de Cárdenas, se llevaron de aquellos escondidos valles, sin la menor resistencia del enemigo, tres mil vacas, multitud de yeguas, cinco mil ovejas y gran cantidad de cabras y de cerdos.

Del castillo de Nodar, Diego Marmolejo, á quien los caballeros de Sevilla, sus parientes, habían puesto al frente de la guarnición, salía con frecuencia á recoger presas, y ensoberbecido con el éxito, ya negaba á sus bienhechores la debida correspondencia, trabajando por someter á la guarnición á su albedrío, y hacerse dueño de la fortaleza. Para poner á raya su insolencia, Juan de Peón y Cerasio Gallegos se unieron con Nuño de Esquivel, deseoso de castigar la ingratitud y los perversos intentos de su pariente. Valiéronse de un ardid para combatirle, y después de riñas y peleas en que corrió la sangre, se apoderaron del culpado y le sepultaron en un oscuro calabozo. Quedó de alcaide Juan de Peón, hombre audaz, pero tan poco escrupuloso en el empleo de malas artes, que en corto tiempo perpetró crímenes merecedores del último suplicio.

Salió por estos días con tropas el rey D. Fernando y entró en Medina, mientras su hermano D. Alfonso con otro ejército se dirigía á Madrigal, después que el príncipe D. Juan á principios de Abril llevó á Portugal á su suegra con escolta de

400 lanzas. A fines de este mes, la reina D.ª Isabel fué á reunirse con su marido para tratar juntos en Medina de los asuntos de la guerra y del exterminio del enemigo que sabían no podría sostenerse mucho tiempo dentro de Toro, después de la derrota sufrida, si la guarnición de Cantalapiedra los atacaba. Porque el rey de Portugal había enviado allí escogidos caballeros para que, no sólo facilitasen el aprovisionamiento de Toro, sino que talasen el territorio obediente á D. Fernando.





CAPÍTULO III

Fuga del Arzobispo de Toledo y fingimiento del Conde de Treviño.—Novedades ocurridas en Francia.—Mención del Gran Turco.

Ante todo se creyó necesario perseguir al Arzobispo de Toledo, que había persuadido al rey de Portugal de que el mejor reparo para tan gran peligro sería adelantársele él á visitar el territorio del Tajo y levantar el ánimo de los Grandes ó sondear sus intenciones. A más de este recurso, indicaba muchas contingencias verosímiles al entristecido Monarca, que acogía como consuelo á su pesar la esperanza de posibles remedios futuros. Como en aquella campaña el Arzobispo se había presentado al Rey sin su acostumbrada comitiva, quiso éste honrarle dándole para el viaje 400 lanzas además del corto escuadrón de 70 que con él estaban; pero poseído todavía del miedo, y para evitar todo peligro, dió mil rodeos en su marcha, y empleó toda clase de astucias. No pudo, sin embargo, engañar mucho tiempo á los de D. Fernando. Unos y otros tenían sus corredores, y los portales estaban llenos de hombres astutos. Pronto avisaron que fácilmente se apoderarían del Prelado al marchar, si inmedia-

tamente salía tras él un fuerte escuadrón. Este encargo se confió al conde de Treviño D. Pedro Manrique, que lo aceptó más bien acaso para librarle del riesgo que para prenderle, ó en memoria de antiguos beneficios y de frecuentes alianzas, ó por el recíproco olvido de las ofensas comunes entre los Grandes, que, conformes en sus aspiraciones, aunque á veces finjan odiarse, pocas llegan á destruirse. Sea de esto lo que quiera, muchos acriminaban al Conde diciendo que había hecho alarde de excesivos preparativos y vigilancia para la persecución del Arzobispo; pero en realidad había empleado rodeos, porque, conociendo el camino que llevaba, habría podido apoderarse de él antes de pasar el Duero desbordado, y no había querido hacerlo, sino que había tomado otra ruta, cual si se propusiera salirle al encuentro con su hueste al pie de los montes próximos á Buitrago. El Arzobispo, caminando de noche, entró en Portillo, y fué destruyendo los puentes sobre el río, para detener al enemigo si le perseguía, mientras él buscaba seguro refugio. Tres veces empleó este recurso antes de llegar á Portillo; pero los de D. Fernando, al comenzar la persecución, prendieron al paso del puente del Adaja á Pedro López, su capellán más estimado, y le llevaron á presencia de la Reina, por constarles el inicuo cambio de este clérigo, antes leal á sus Reyes, y después entregado á reprobadas costumbres. Ninguno, entre los familiares del Arzobispo, había demostrado en otro tiempo tanta habilidad y fidelidad en todas las secretas entrevistas ó en las negociaciones en que el digno Prelado había

tomado parte; y luego en Valladolid, el perverso sacerdote había consagrado la solemnidad del sacramento matrimonial, pero, como otro Alarcón, ante las promesas del rey D. Alfonso, había ingerido en el ánimo del Arzobispo el veneno de la discordia. No quiso la Reina conservar al prisionero, y dió orden de ponerle en libertad y devolvérsele al Arzobispo. La empresa del Conde de Treviño no tuvo éxito, bien porque deliberadamente lo hiciera, bien porque fuese resultado del acaso el dirigirse el Arzobispo desde Cantalapiedra á lugares adonde jamás imaginó el de Treviño que pudiera encaminarse. Desde allí, á los pocos días, pasó con su escolta portuguesa á tierras del Tajo.

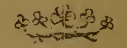
Repetidas veces habían intentado los capitanes franceses enviados por su Rey al sitio de Fuenterrabía apoderarse de esta plaza, ya más fuerte por el aumento de guarnición y nuevas obras de defensa, y, frecuentemente rechazados, habían retrocedido, yendo á estacionarse en algunos casos á más seguros campamentos, más allá del reflujo del mar, y en otros á villas más remotas, según las órdenes del rey Luis. Parecía vacilar éste ante la multitud de dificultades que surgían de las nuevas cuestiones, y al querer atender á todas, fijaba atención poco seguida á cada una en particular. Entre él y el duque de Borgoña Carlos existía antigua diferencia, aparentemente dirimida por mutuos pactos; pero no se borraban de sus corazones los rencores de la antigua rivalidad, por más que las nuevas ocurrencias les obligaban á reconciliarse. El de Borgoña, soberbio y guerrea-

dor constante, no podía hacer frente á las muchas atenciones de la guerra de Alemania emprendida primero contra los de Colonia y después contra los belicosos suizos, si pretendía al mismo tiempo mantener en respeto al rey de Francia. Con desprecio de la antigua alianza, miraba tan poco por la suerte del rey D. Juan de Aragón, combatido por los franceses, que se alegraba de verlos ocupados en aquella expedición y en el sitio de Fuenterrabía, con tal de poder él continuar sus antiguas luchas con los alemanes. Por otra parte, muchos españoles le creían más inclinado al triunfo de su pariente el rey de Portugal, con el que le unía verdadera amistad, nacida del estrecho vínculo. Pensaban, pues, que de buen grado aceptaría otras guerras en las más remotas provincias como excusa para diferir su ayuda en favor de los aragoneses y del rey de Castilla D. Fernando, á quien había dado la Orden del Toisón como prenda de haberle elegido por uno de sus constantes amigos. Mas las amistades de los Príncipes son deleznables, y pronto se apaga su entusiasmo, sin que surja el amor sino cuando se entrevé algún provecho. Asimismo los parentescos de los Grandes, hasta los más estrechos, por muy ligera causa se quebrantan cuando se levanta la voz de la ambición, avasalladora de sus corazones. En su deseo de destruirlos, el rey de Francia acometió por diversas partes, pero con igual furor, á los vascongados. Murió el Duque de Saboya, hermano de la mujer del rey Luis, dejando varios hijos de la suya, parienta del Duque de Borgoña; mas como el primogénito fuese incapaz, por su

corta edad, de gobernar tan vastos estados, el rey de Francia aprovechó la coyuntura para intentar que sustituyera á su difunto hermano en aquel gobierno Juan, muy querido de él y de su hermana la Reina. La Duquesa acudió inmediatamente al Duque de Borgoña, y le pidió su favor y sus tropas para defender los derechos hereditarios del hijo contra la violencia del poderoso rey de Francia. Contó además con el amparo del duque de Milán Galeazo María Sforza, por cuanto la violencia del rey Luis y la ambición de Juan era temible para los de Lombardía y sospechosa á los genoveses. Así, so color de antiguos tratados, el francés trabajaba por aumentar sus dominios con la insigne ciudad marítima de Savona, perteneciente al genovesado, y, según su costumbre, daba descaradamente al olvido el frecuente auxilio que contra el rey D. Juan de Aragón le había prestado el Duque de Milán, protector de los genoveses. Sólo hacía cuenta del favor del momento, olvidando los pasados, y trabajaba por extender por el orbe toda la peste de las guerras.

Esto fué causa en aquellos días de grave daño para el Cristianismo, porque el Gran Turco Mahomad siempre procuró ensanchar su poderío, aprovechando las discordias de los Príncipes cristianos, y con hábil astucia las hacía servir á menudo para dominar más en Europa. Doloroso es decirlo; pero no favorecía poco sus designios la molicie y la avaricia de los Pontífices romanos, en quienes eran notorios estos vicios, no ya sólo como hereditarios, sino como extraordinariamente aumentados por una emulación de extre-

marlos. No tropezaba el Imperio turco con más resistencia que la constancia de los venecianos, digna de toda alabanza, y la del Rey de Hungría, que había dado el señorío de la Valaquia al Vaivoda Esteban, esforzado guerrero, hijo del ilustre Vaivoda Juan, ya difunto, y que había ceñido algún tiempo la corona de Hungría á la muerte de Segismundo, hijo del emperador Alberto. Este, yerno y heredero de Segismundo, el viejo, rey de Bohemia y Hungría y emperador de romanos, se dice haber muerto envenenado, dejando un hijo de tierna edad bajo la tutela del duque de Austria Federico, sucesor en el Imperio romano. Aborrecieron tanto muchos alemanes y todos los húngaros la avaricia y desidia de este Monarca, que fué causa, á la muerte del Vaivoda Juan, de que el Vaivoda Matías ensanchase su real señorío, como más por extenso constará en las historias de Hungría. Para la nuestra sólo conviene declarar que no fué pequeña causa de la común ruina del Cristianismo la rivalidad de los príncipes y la maldad y avaricia de los eclesiásticos, cada día mayores, á medida que iban aumentándose los peligros y calamidades de los suyos.





CAPITULO IV

Marcha el rey D. Fernando á Madrigal.—Sitio de Cantalapiedra.—Conjuración de los de Fuenteovejuna, que dieron cruel muerte al comendador mayor de Calatrava Fernando Ramírez de Guzmán.—Muerte violenta del alcaide de San Felices, Gracián.

Terribles eran los males que, como se dijo, afligían á los cristianos por toda Europa, á causa de las discordias de los Príncipes; pero mucho mayores los sufría España, donde la tiranía en sus mil formas se había difundido hasta las entrañas de los más pusilánimes. Las prolongadas guerras, y la libertad para el mal habían corrompido á las muchedumbres, y así en el interior de las ciudades como en los campos, por todas partes los malvados se entregaban al pillaje y al asesinato. Entre las villas más fuertes de los portugueses se había distinguido Cantalapiedra por los frecuentes latrocinios y rapiñas que á su amparo se cometían, á causa de confinar con otros muchos pueblos, en su mayor

parte faltos de toda defensa de la naturaleza ó del arte, y á consecuencia de las continuas correrías y talas, allí habían acudido muchos caballeros portugueses y castellanos, dedicados á estas hazañas. Distinguióse entre todos Alfonso Pérez de Vivero, hermano de Juan de Vivero, y con frecuencia visitaba la fortaleza de Castronuevo, de que era dueña la portuguesa Isabel Cotiña, viuda de este último. Aquel refugio le permitía lanzarse á mayores empresas, y sus satélites recorrían la dilatada llanura llevando la devastación á tierras de Salamanca, Avila, Medina y Segovia, hasta arrebatar á las puertas mismas de Medina del Campo á infelices moradores, despojarles de sus bienes y atormentarles con variados suplicios, con gravísimo daño de toda la provincia y desdoro del rey D. Fernando. Para remediarlo marchó con sus tropas á Madrigal y llamó á su hermano D. Alfonso de Aragón, como á hombre tan práctico en la expugnación de fortalezas. Sospechando lo que se intentaba contra Cantalapiedra, el rey de Portugal envió allá escuadrón escogido de sus nobles, creyendo que su defensa sería más tenaz y que acometerían con tal energía á los de D. Fernando que les obligarían á desistir de la empresa. Llevó éste en su compañía á su hermano, al Duque de Alba de Tormes y al Conde de Treviño, con escogidas lanzas y numeroso peonaje; dispuso el asiento de los reales, y quiso repartir por sí mismo los cargos propios para el sitio, para que la autoridad de sus órdenes fuese garantía de la ejecución por parte de todos los Grandes. Hecho esto, se volvió á Madrigal al lado de la Reina. Era común opi-

nión que no convenía á la majestad Real ocuparse en aquel sitio hasta tener noticia cierta de si el Portugués pensaba acudir en socorro de los suyos ó abandonar la defensa á los refuerzos ya enviados. Cuando ya supo que D. Alfonso, ni aun dentro de Toro se sentía libre de temor, creyó que debía procurar que en aquel sitio se mostrase patente el valor de sus Grandes.

Vino á perturbar esta esperanza la triste nueva de la muerte del nobilísimo guerrero D. Fernando Ramírez de Guzmán, comendador mayor de Calatrava, estimadísimo con justo título del Rey por sus muchos servicios á la Corona, como esforzado adalid y tenaz perseguidor de los aliados del Portugués. Así, lo mismo D. Rodrigo Girón que D. Alfonso de Aguilar y cuantos veían con malos ojos la actividad del valiente caudillo, y temblaban ante sus planes, cuya ejecución facilitaban sus riquezas, andaban buscando medio de deshacerse del Comendador, constantemente hostil, desde la muerte del maestre Pacheco, á D. Rodrigo Girón, á quien jamás había concedido su aprecio. Y como el de Guzmán mereció todo el del Rey por sus servicios en favor de la república y de las leyes sancionadas, y como fué muerto por astucia viperina de sus enemigos, creo deber hacer mención de su cruel muerte. Queda más arriba explicado cómo el rey D. Enrique, cuando vió que no podía dar la posesión de Fregenal al maestre Girón, impetró del Papa con porfiados rodeos que se le diese la de la villa de Osuna, de la Orden de Calatrava, y adjudicada al Comendador mayor de la misma, á fin de que el Maestre pudiese legarla á un hijo

suyo habido en una manceba. En compensación de aquella villa, y contra la voluntad de los cordobeses, á cuyo señorío pertenecía la de Fuenteovejuna, el Rey la dió al comendador Fernando Ramírez, además de la aldea de Belmez, también del señorío de Córdoba, con tal que se le entregase con ella el castillo, muy fuerte por su situación, para evitar que los moradores, irritados con el cambio, combatiesen á su nuevo señor. Mas valiéndose de tiránica violencia, el Maestre, conseguida ya la posesión de Osuna, con facultad de legarla á su heredero, dió Fuenteovejuna al Comendador y se quedó con el castillo de Belmez, que es decir, la villa. Ni por ruegos ni en virtud de lo pactado logró jamás el Comendador la prometida posesión del castillo, ni en vida del Maestre ni después en la de Pacheco, hermano suyo, que ocupó el cargo en lugar del adolescente su primo hermano. Comprendiendo Pacheco cuán lejos estaba el Comendador de consentir en el tiránico atropello, y cuán amarga había sido para el noble caballero la intrusión en el Maestrazgo de Calatrava, había buscado á menudo ocasiones de rompimiento que le proporcionasen la de apoderarse también de Fuenteovejuna. A este intento se oponía la ilustre prosapia del Comendador, su fecundo ingenio y su notoria liberalidad mediadora entre sus partidarios; y por otra parte, las nuevas ocurrencias habían sido hasta entonces salvaguardia del Comendador. En cuanto murió Pacheco puso aquél cerco al castillo de Belmez que, como sólo expugnable por hambre, resistió largo tiempo. La muerte del rey D. Enrique le

hizo concebir esperanzas de que se rindiera, pues con la elevación al trono de D. Fernando y Doña Isabel, á quienes seguía aun en vida de D. Enrique, cobró nuevos alientos y, como dije, persiguió á D. Rodrigo Girón, en compañía del maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique, del conde D. Diego de Córdoba y del clavero de Calatrava García de Padilla. Volvió luego á Fuenteovejuna para dar calor al sitio del castillo de Belmez; pero la inicua conjuración de los de Fuenteovejuna inutilizó enteramente su esfuerzo. Mensajeros enviados por D. Rodrigo Girón y D. Alfonso de Aguilar para preparar sus dañados fines, les excitaron á dar muerte al Comendador, en secretas reuniones celebradas en los escondrijos de los montes. En ellos, lejos de Fuenteovejuna, tienen la mayor parte sus chozas adecuadas para el cuidado de las colmenas, y como en verano el pueblo carece de aguas, la recolección de los frutos y el pasto de los ganados les hacen preferir para morada lugares más húmedos entre bosques y valles, donde el ejercicio de la caza les infunde hábitos feroces. En aquellos escondrijos tenían sus conciliábulos y allí maquinaba la multitud la desgracia del infeliz Comendador. Tenía éste su casa en el centro de la villa sin la menor defensa, y por toda precaución había dispuesto á la salida de los arrabales cuatro puertas, por donde únicamente era permitida la entrada. Había mandado tapiar los antiguos portillos de los muros, como libre de todo temor por parte de los de la villa, de quien se creía bien quisto por sus grandes bondades para con ellos, porque visitaba á los enfermos,

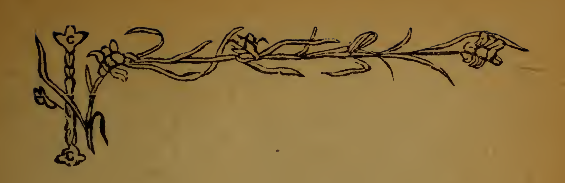
y de entre los vecinos había escogido sus hombres de armas y les daba salario. La única queja del vecindario parecía ser el aumento de pechos por causa de las rentas anuales. Y este fué el pretexto para la conjuración, tramada en gran parte por los más perversos de entre ellos. El 22 de Abril, los de la villa levantaron repentino tumulto; acudieron á calmarlo los criados del Comendador, y acometiéndoles la muchedumbre, los dispersó, logrando muy pocos acogerse al portal de la casa de su amo, porque á la mayor parte se lo impidieron los vecinos sublevados. Aquéllos resistieron durante toda la noche los ataques de los rústicos, sedientos de la sangre del Comendador; pero al amanecer penetraron con irresistible empuje por todas las habitaciones bajas de la casa. En el corredor defendía valientemente el paso el Guzmán, armado de todas armas, y mientras la furiosa multitud trataba de ganar la subida, y, á pesar de la resistencia de los criados, penetraba violentamente en la hospedería, él apeló á las súplicas. Cuando vió que se ensañaban con los suyos y daban cruel muerte á dos de ellos, volvió á salir armado y les preguntó la causa de aquella saña, ó si deseaban la restitución de las rentas que había cobrado, pues estaba pronto á devolver la parte que estimaran justa á quien de derecho la reclamara. Contestáronle que aplacarían la cólera si le veían sin el casco en la cabeza. Hízolo, y al punto se adelantó uno que, superando á todos en crueldad, torció el hierro de la lanza en el cráneo del Comendador, cuando intercedía por la vida de sus criados. «¡Santa María! ¡Misericordia!»

fueron las últimas palabras que con voz ahogada pudo pronunciar. En seguida los feroces rústicos hundieron sus puñales en el pecho y en el rostro del herido, que cayó al suelo sin vida. Luego arrojaron por la ventana el cuerpo medio destrozado á la calle, donde las turbas acabaron de despedazarle á golpes y pedradas. Una vieja que intentó recoger los informes restos en una espuerta, fué azotada. A un religioso del monasterio de San Francisco, fundación del Comendador, no se le permitió tampoco que diera sepultura al cadáver, y á duras penas escapó con vida. Después se apoderaron del oro, plata y otras riquezas, y se ensañaron con los criados del Comendador, antes sus amigos. Para disculpar de algún modo sus crímenes, acusaron al difunto de torpezas y corrompidas costumbres; pidieron volver al señorío de Córdoba y avisaron al Rey que los habían cometido por no ser más tiempo víctimas de maldades que ningún hombre libre podía tolerar. Los innumerables apuros de aquellos días impidieron al Rey castigar á los inicuos rústicos y vengar la desastrada muerte del Comendador, tan leal á su partido.

También los vecinos de San Felices de los Gallegos dieron cruel muerte á Gracián, su Señor y Alcaide del castillo; pero alegaron causa más razonable, que fué la nota de traición del Alcaide, amigo ya de los portugueses. La enemiga de los vecinos con éstos y su deseo de cumplir las órdenes del rey D. Fernando les hacía confiar en su indulgencia, por cuanto no tenían otro medio legítimo para librarse de su inicuo Señor. No pare-

ció justa, sin embargo, la conducta del rey D. Fernando que, á pesar de la merced concedida á vecinos tan adictos á su causa de no ser enajenados nunca de la Corona, dió la jurisdicción de la villa al Duque de Alba.





CAPITULO V

Expediciones marítimas y combate de los portugueses en las costas de Marruecos.

El orden de los sucesos exige que se dé cuenta de las expediciones marítimas dispuestas por castellanos y portugueses. Estaba acostumbrado el rey de Portugal á sacar muy pingües riquezas, aunque nada honrosas, de las expediciones marítimas enviadas á las costas orientales y occidentales, además de la que anualmente despachaba á Guinea, y cuyos productos ingresaban en el Real Tesoro. Y como á las demás ofensas inferidas por los portugueses á los Reyes castellanos se añadía una soberbia y orgullo tan excesivos que rayaban en locura, fundados en la abundancia de oro traído de sus navegaciones por el mediodía, quiso el rey D. Fernando vengar las pasadas injurias y hacer frente á las expediciones que se preparaban. Sabía que la numerosa armada reunida en aguas de Lisboa y destinada, según costumbre, á Guinea, al mando del portugués Fernán Gómez, tenía por fin cargar oro. Como faltaba disposición para aprestar por nuestra parte otra, con tripulación andaluza, se nos mandó al Dr. Antonio Rodríguez de Lillo y á mí

que con toda diligencia buscásemos los fondos necesarios para el efecto, y que enviásemos á Guinea las embarcaciones suficientes para combatir con el enemigo. Iban ya delante veinte naves portuguesas, conocidas de aquellos naturales, porque la frecuente arribada á sus costas había establecido relaciones de amistad con los tripulantes; y así fué preciso reforzar nuestra armada. Impedíalo la escasez de recursos, y difícilmente podíamos conseguir de los sevillanos los préstamos necesarios. Al fin, dando fiadores á satisfacción y con ingeniosa perseverancia, logramos aprestar para Guinea treinta embarcaciones ligeras, pues las grandes son impropias para la navegación de aquellos mares, que las carabelas cruzan rápidamente desde el gaditano. El regreso se efectúa con demasiada lentitud y la residencia es tan insalubre, que muchos enferman y pierden la vida por buscar el oro. Los que sobreviven traen los rostros ennegrecidos, padecen gran abatimiento de fuerzas, pero no desisten de emprender uno y otro viaje al sepulcro del oro, mientras llega el término de la enfermedad contraída. ¡Tan grande es el poder de la avaricia en el corazón de los míseros mortales!

Ya teníamos reunidas unas diez carabelas en la desembocadura del Guadalquivir, cuando supimos que dos galeras portuguesas, con rumbo de Oriente y atestadas de riquezas, habían cruzado el estrecho de Cádiz, y que, vencidos los angostos pasos del mediterráneo, y arribando á puerto resguardado por los montes de Gibraltar que miran al océano, aguardaban al pirata Alvar Méndez

que, al frente de otras naves, venía á protegerlas. Había prometido á los maestres de nuestras galeras, como se dijo, que en cuanto saliese de la boca del faro seguiría á las galeras, obedeciendo las órdenes de los capitanes; pero con pirática deslealtad, al llegar á las costas andaluzas, se apoderó de algunos barcos y envió una lancha para que en voz alta les notificasen que Alvar Méndez había cumplido ya su promesa, llegando de paz; pero que en adelante volvería á hacer guerra á los castellanos. Irritados los nuestros con la burla, forzando velas y remos, volaron en persecución del pirata, que les llevaba delantera, y para combatir con las naves portuguesas reunieron cuatro galeras; tres grandes embarcaciones vascongadas, la mayor, llamada *Zumaya*, gobernada por el valiente joven Juan de Mendara, que asumió el cargo principal para el combate. Desde el puerto de Barrameda partieron otras dos galeras y cinco carabelas para pelear con Alvar Méndez y con las dos grandes naves portuguesas. Era capitán de las carabelas Carlos de Valera, hijo ilustre del caballero Diego de Valera; mandaba las galeras Andrés Sonier, en lugar de Alvaro Nava, que después de permanecer mucho tiempo al lado del Rey, al regresar con Joanoto Bosca á Andalucía, cayó en una emboscada de los portugueses, y á su compañero le apresaron los guardas del puente del Arzobispo sobre el Tajo. Por esta causa no asistieron al combate naval estos dos valientes. Sonier mandando sus galeras y los demás capitanes de las embarcaciones y carabelas, salieron muy unidos de la desembocadura del Guadalquivir á alta

mar, en busca de los enemigos. Estos, en cuanto llegó Alvar Méndez, dejaron el puerto con rumbo á las costas amigas de Marruecos, para que si las mercaderías sufrían algún siniestro, al menos los marineros mercaderes pudiesen escapar de manos de sus contrarios, porque temían del gran número de andaluces y de la crueldad de los catalanes que, si los vencían, les echarían al remo. Poseídos de este temor los genoveses que iban en la gran nave, aunque la resolución de los marineros la hacía inexpugnable, saltaron todos al esquife y abandonaron las mercaderías, figurándose que la armada andaluza á la vista se dirigía contra ellos para exigirles reparación del honor bético, por haber cargado en el puerto de Cádiz gran cantidad de trigo, con desprecio de las órdenes del rey D. Fernando. Admiráronse los nuestros al distinguir una nave casi inmóvil en alta mar, y acercándose más, sólo vieron á bordo á un alemán que disparaba una bombarda, ó para hacer señales á los amigos, ó como dando á entender que estaba preparado á la defensa. Puestos ya al costado de la nave, subieron y encontraron con el alemán á un chico; las mercancías abandonadas por los mercaderes, ningún piloto en el timón, y para tantas armas un solo soldado. De común acuerdo, quedó al cuidado de la nave y de su riquísmo cargamento Carlos de Valera, con treinta vascongados. Los demás partieron rápidamente en persecución de las naves portuguesas, y las alcanzaron cerca ya de las costas de Marruecos. Las cinco galeras enemigas se colocaron de este modo: en el centro la *Borralla*, la mayor de todas, y como

baluarte y sostén de las otras cuatro, á ella subió toda la tropa portuguesa allí presente, ó sean 500 soldados escogidos, de ellos, 200 con resplandecientes armaduras, que desde Pisa habían traído para la guerra de España: al cuerno izquierdo dos naves de segunda magnitud, una de las cuales había navegado con la *Borralla* desde Portugal á Pisa, y con ella regresaba; en el derecho, la galera de Alvar Méndez, cuyas carabelas pequeñas rodeaban á las dos, y en ellas sólo quedaron patrones y marineros, por haber embarcado los otros en la *Borralla*.

Frente á las cuatro galeras portuguesas los andaluces y vizcaínos pusieron la *Zumaya*, no inferior á la *Borralla*, y tripulada por 300 hombres, con el maestre Juan de Mendaro. La *Gaviota* y la *Salazar*, embarcaciones vizcaínas más pequeñas, pero de gran andar, andaban disparando sus bombardas en derredor de las enemigas. Otras tres carabelas apoyaban á la *Zumaya* que, trabado ya combate con la *Borralla*, lanzaba contra ella todo género de armas arrojadizas. Ante el enérgico ardor del valiente Juan de Mendaro que excitaba la emulación de los vascongados, los portugueses temblaban ya por su suerte; pero cuando en primera fila mostraba su ardimiento contra el enemigo, un tiro de bombarda le hirió mortalmente en el pecho, cayendo sin vida el infeliz joven, único hijo de otro del mismo nombre, más desgraciado todavía. Con su muerte empezó á cambiar la fortuna, pues todos los combatientes vascongados de la nave, y en particular los principales, unidos al joven por lazos de parentesco, se

quedaron tan paralizados, que de no haber salido repentinamente de las galeras y carabelas tropas de refresco, los portugueses hubieran quedado vencedores. Recobraron los vascongados su valor y se lanzaron con más furor á la venganza, confiados en alcanzar la gloria del combate empeñado. Por conservar la vida, los enemigos abandonaron naves y mercaderías, y ya á la defensiva, fueron aproximándose más y más á la costa para ganarla aunque fuese á nado. Muchos, despojándose de las corazas, lo consiguieron; los que no pudieron quitárselas, se ahogaron. En la confusión, Alvar Méndez, con su nave mayor á toda vela, escapó de los vencedores, dejándoles dos más pequeñas abandonadas por los marineros portugueses. En las dos más grandes todo lo consumió el fuego que los nuestros lanzaron, porque, como atracadas á la costa, no hubiesen podido apoderarse de las mercaderías sin daño de las quillas. Era de ver en la playa á los mercaderes portugueses dando lastimeros ayes, lamentando su gran desastre, arrancándose los cabellos y dando todas las señales del más vivo dolor. Se calculó que el valor de los géneros incendiados llegó á 200.000 ducados. Destruyó el fuego, entre otras muchas cosas, 600 corazas milanesas. De los portugueses murieron unos 100; de los nuestros, sólo cuatro, pérdida bien pequeña, si entre ellos no se contara á Juan de Mendaro, y si no hubiese amargado el gozo de la victoria la maldad del avaro Andrés Sonier, capitán de las galeras, que volviendo á Gibraltar, prometió la libertad á sus remeros si le ayudaban á apoderarse de la galera genovesa; y se hubieran

dirigido inmediatamente á Cataluña, si la falta de esquifes no le hubiese obligado á repasar el Guadalquivir.

Surgió luego gran contienda entre los que primero apresaron las naves y los que llegaron más tarde, porque mutuamente se echaban en cara el robo de las mercancías. Al cabo fué preciso expulsar de la nave á Sonier, lo cual no pudiera hacerse sin pelea, ausente el principal capitán de las galeras, Alvaro de Nava; pero llegando oportunamente, sacó de la nave á los remeros, que se resistían enérgicamente á perder su libertad, y les obligó á embarcar en la galera abandonada.

Con la disputa se descuidó la guarda de la embarcación, que remontando el Guadalquivir, tocó en un banco de arena; su casco sufrió grave daño y fueron robados los géneros que conducía, porque así lo hacían los encargados de custodiarlos.





CAPITULO VI

Expedición de las carabelas á Guinea.—Rapacidad de los Grandes andaluces.

CONTINUÁBASE preparando la expedición de Carlos de Valera; pero con dificultad pudieron reunirse 25 carabelas, además de tres embarcaciones vascongadas. Estas tenían que ayudar en el cabo de Leona á las pequeñas, porque, pasado aquél, la navegación se hace difícil para las de gran calado, por el poco fondo de las costas de Guinea. También es penoso para las carabelas la vuelta al mar gaditano á causa del fuerte oleaje y la escasa resistencia de las quillas. Las embarcaciones que desde Cádiz navegan hacia Guinea, se deslizan suavemente como de bajada; pero para la vuelta necesitan fuerza de vela y vientos muy favorables, porque si sopla contrario, el retraso es tan considerable que, bastando las más veces para las 7.000 millas de la ida unos veinte días, en la vuelta suelen tardarse cuatro meses. La estación más propicia es nuestro invierno, cuando el mar de Guinea está más sereno, y los aires son más saludables. Poco prácticos los andaluces y vascongados en sortear estas dificultades, retrasaban la salida, temerosos de arros-

trarlas, porque sólo los de Palos conocían de antiguo el mar de Guinea, como acostumbrados desde el principio de la guerra á combatir con los portugueses y á quitarles los esclavos adquiridos á cambio de viles mercancías. Carlos de Valera aumentó con estos marineros la armada, creyendo que encontraría en el camino á los portugueses de vuelta de Guinea, y así, los andaluces, no quisieron llevar más cargamento que las armas para arrebatarles á viva fuerza el oro, pimienta y esclavos que Hernán Gómez, capitán de la armada portuguesa, hubiese cambiado por baratijas. Seguramente nuestro Capitán, con sus andaluces y vascongados, hubiera logrado su intento, si la armada hubiese zarpado en invierno, cuando los portugueses salieron del puerto de Lisboa; pero la dificultad primero de reunir embarcaciones, y después la escasez de medios adecuados, hizo que se pasase en preparativos la mayor parte del mes de Mayo de aquel año de 1476. Causa de mayor retraso fué también la mala voluntad de los sevillanos, contraria á la del Rey. El duque de Medina Sidonia D. Enrique de Guzmán había apelado á mil recursos para que la armada no se reuniera, y no logrando impedir que se obedecieran las órdenes de D. Fernando, envió mensajeros á los Reyes á suplicarles que se le diese el señorío de la isla de Antonio, si por caso llegaban á ocuparla los nuestros. Muy ajeno el Rey de que aquella merced de futuro pudiera ser funesta para la presente expedición, no tuvo reparo en concedérsela. Por otra parte, el Marqués de Cádiz, que por entonces seguía secreta-

mente el partido del Portugués, no sólo entorpeció cuanto pudo la pronta salida de la armada, sino que envió delante dos carabelas gaditanas para advertir al capitán portugués Hernán Gómez de cuanto se preparaba en Andalucía, y decirle que, ó las emplease en el combate naval, ó si por caso no se encontraba con nuestra armada, las hiciese participar de sus ganancias.

Pedro de Estúñiga, aunque en sus palabras se mostraba favorable á la expedición, de hecho la entorpecía, apoyando la tiranía y las astucias de Gonzalo de Estúñiga, usurpador del señorío de Palos, en agradecimiento de haberle dado participación en su violenta rapacidad. El Gonzalo se había resistido por mucho tiempo á que los de Palos se reunieran con las demás carabelas ya despachadas, lo cual fué causa de algún retraso.

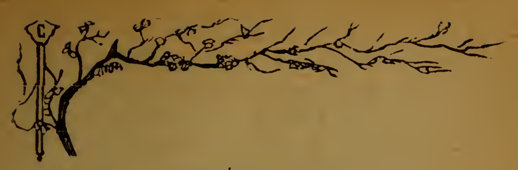
Cuando por fin zarparon los nuestros del puerto, hicieron rumbo hacia la isla de Antonio Nolli, separada de los primeros promontorios de Guinea por un pequeño brazo del océano occidental. Los rayos del sol no son allí tan ardientes y, por tanto, sus habitantes no tienen la piel negra ni demasiado tostada. No tengo certeza de si era esta isla la que los antiguos geógrafos llamaban Merua ó Autolola, pero podemos inferir de dónde tomó el nombre de Antonio con que hoy se la conoce. En el reinado de este D. Alfonso de Portugal, llegó á Sevilla con otros comerciantes genoveses Antonio de Nolli, de allí á Lisboa, y por largo trato con D. Alfonso y con su tío D. Enrique, tomó parte en las expediciones de los portugueses á Guinea, y en sus transacciones con los naturales del país.

En uno de los viajes arribaron á una isla feraz y no falta de agua, aunque despoblada, y persuadidos por el genovés, de gran autoridad entre ellos, resolvieron habitarla. Dióse tan buena maña, que en poco tiempo la población alcanzó gran prosperidad; se hizo una buena casa en la isla y llegó á ser rico, así con los productos de la agricultura, en que los navegantes que se dirigían á Guinea hallaban muy conveniente refresco, como con las mercaderías de otros comerciantes, á cambio de víveres. De aquí que todos dieran á la isla el nombre de Antonio. Cuando los nuestros arribaron á ella, se apoderaron de él y de los demás habitantes, robaron cuanto tenían, y al saber que Fernán Gómez con la armada venía de vuelta á Portugal, los andaluces, para indemnizarse de los gastos de su expedición, se dirigieron á las costas africanas y apresaron las dos carabelas del Marqués de Cádiz con todo el cargamento y los esclavos azanegas. Este nombre dan los otros bárbaros á unos hombres que se alimentan exclusivamente de pescado; gente de elevada estatura y de color cetrino; de poco ánimo y flojos para el trabajo hasta que cambian la alimentación por el pan, con lo que se robustecen y adquieren energías. Con el botín cogido en la isla de Antonio y los 500 esclavos azanegas, los marineros, especialmente los de Palos, se negaron á seguir á Carlos de Valera, y continuaron solos el viaje. Los patrones de las demás carabelas, no tan obligados como aquéllos, obedecieron; pero todas las ganancias adquiridas se perdieron. El Duque de Medina Sidonia, con pretexto del se-

ñorío de la isla de Antonio, recientemente alcanzado del rey D. Fernando, exigió con empeño á Valera la entrega de Antonio y del botín cogido en la isla, y luego empezó á molestar con repetidas correrías á los del Puerto de Santa María, del señorío del Conde de Medinaceli, cuyo Corregidor era Diego de Valera, padre de Carlos, mal quisto de los Grandes andaluces á causa de sus relevantes cualidades y excelentes costumbres. Como el Marqués de Cádiz y D. Enrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, persistían tenazmente en vejar á los vecinos del Puerto, se vieron obligados, para conseguir algún respiro, á entregar al último al Antonio y á devolver á los dos la mayor parte de los esclavos. De este modo, la rapacidad de los Grandes hizo perder al Rey y á los maestres de las carabelas todos los gastos de la expedición.

Por orden de D. Fernando, el Duque dió libertad á Antonio, que marchó á darle gracias á Medina del Campo, porque quiso oir de su boca, antes de que pudiese regresar á Andalucía, lo ocurrido en la expedición á Guinea.

Ahora conviene reanudar la serie interrumpida de los sucesos.



CAPÍTULO VII

Tratos para levantar el sitio de Cantalapiedra.—Los franceses reanudan tenazmente el de Fuenterrabía.—Exito desgraciado de la empresa del Arzobispo de Toledo y del Marqués de Villena en Uclés.—Prodigio acaecido en Sevilla.

Continuaba sin tregua y con vigor el sitio de Cantalapiedra, al paso que aflojaba la defensa, porque los tiros de las lombardas iban cuarteando y demoliendo las murallas de tierra, dejando muy expuestos á los sitiados. Su principal esperanza consistía ya en el doble foso que las rodeaba por completo, y en la fuerte estacada construída en derredor. La valiente caballería portuguesa intentaba con frecuentes salidas procurarles algún alivio; los ladrones castellanos se esforzaban también por escapar al castigo de sus fechorías; pero los sitiados, sin embargo, no lograban el menor respiro, y veían acudir á vengar sus injurias á todos los pueblos confinantes, víctimas de innumerables atropellos y correrías. No cesaban, por tanto, de pedir el auxilio del rey de Portugal, así los que él había enviado, como cuantos se sabía que habían invocado su nombre. Para castellanos y portugueses, en la toma de Cantalapiedra iba el honor del ejército ó

su deshonra. Al mismo tiempo que la combatía, el rey D. Fernando preparaba numerosas fuerzas para que, si por caso el enemigo desde Toro se atrevía á socorrer á los suyos, perdiese en una sola batalla los restos todos del ejército que había traído á Castilla. Don Alfonso creía inútil la lucha encarnizada; conocía que empeñar un combate desordenado le sería funesto; pero también consideraba cuán deshonroso sería abandonar tan numeroso escuadrón de nobles portugueses sin intentar llevarle algún socorro. En tal aprieto, imaginó un recurso para hacer frente á la urgencia del caso, y fué: proponer la restitución de las fortalezas del Conde de Benavente á cambio de que se levantara el sitio. Las condiciones pactadas fueron las siguientes: que restituídos los castillos de Villalón, Mayorga y Portillo al Conde de Benavente (puesto que ya por su libertad personal habían conseguido la suya el Conde de Penamacor, Lope de Alburquerque y otros muchos nobles portugueses), D. Fernando había de levantar el sitio del castillo, sin que durante seis meses pudiese la guarnición de Cantalapiedra intentar nada para ocupar la villa, y sin hacer daño alguno á los pueblos ni á los caminantes, que todos habían de conservar el paso franco y segura la estancia. Confirmados los pactos y restituídos los castillos, tranquilizáronse los pueblos; el rey don Fernando quedó más libre para atender á otras empresas, y pudo darse vado á muchos asuntos detenidos por aquel obstáculo.

Uno de los principales era acudir á hacer frente á los franceses, que nuevamente estrechaban el

sitio de Fuenterrabía, y no se veía otro general que pudiera evitar la toma de la plaza largo tiempo combatida por el tenaz enemigo, sino el rey D. Fernando, temido de los franceses y á quien seguirían á la guerra vascongados y navarros. Aceptáronse los pactos; pero uno y otro rey era elogiado ó censurado, según los varios juicios de las gentes. Elogiaban algunos el gran afecto del Portugués hacia sus nobles, al restituir al Conde de Benavente tres fortalezas bien guarnecidas por temor de que pereciesen los caballeros á quienes él había enviado á defender la villa de Cantalapiedra. Otros muchos le acusaban de falta de resolución para socorrer á los suyos; de haber restituído tan cobardemente los tres fuertes castillos, tan bien situados para proteger largas correrías, y de haber aflojado tanto en empresa con tanta soberbia acometida. Con la misma diversidad de juicios se calificaba de imprudente ó de previsora la conducta del rey D. Fernando. Para muchos era un mérito haber dejado de combatir una villa desprovista de toda natural defensa, y que podía tomar cuantas veces quisiera atacarla, á cambio de dejar dos provincias libres de funestas incursiones; haber obtenido la libertad del Conde de Benavente, apresado por poderosas fuerzas enemigas cuando servía con toda lealtad á sus reyes, y logrado además la restitución de sus castillos. En cambio no faltaban algunos que le acusaban de apatía, porque habiendo emprendido el sitio, según se decía, con el propósito de no levantarle hasta arrasar la villa y dar á los ladrones el merecido castigo, luego, con pretexto de gene-

rosidad y humanidad, los había dejado tranquilos en aquella guarida, despojada en derredor de toda defensa por el valor de los sitiadores, cuando en breve, y sin daño alguno de éstos, hubiese podido apoderarse de aquellos sicarios ó condenarlos al suplicio; además, decían, por la libertad de los nobles portugueses hubiera conseguido seguramente la restitución de los tres castillos. Este juicio, sin embargo, mereció la reprobación de todas las personas sensatas, pues entre otras muchas ventajas que se ofrecían á la vista, se prefirió como más útil la recuperación de los tres fuertes castillos, que aseguraban á muchos pueblos de las terribles incursiones del enemigo, ya internado en el corazón del reino.

El Arzobispo de Toledo y el Marqués de Villena intentaron por este tiempo llevar socorro al Alcaide del castillo de Uclés, reciamente combatido por D. Rodrigo Manrique, maestre de Santiago, porque, no sólo el prolongado asedio hacía sufrir mucho á la guarnición puesta por el Marqués, sino que la poderosa artillería dejaba poca esperanza de que pudiera sostenerse por más tiempo. Esta desgracia, añadida á las otras que en aquellos días habían caído sobre el Marqués, iban arrastrándole á su perdición. El Arzobispo creyó que hasta donde alcanzasen sus fuerzas debía reunir numerosa hueste para auxiliar al joven combatiendo al antiguo amigo, convertido por el trastorno de las cosas en declarado adversario; porque, de crecer el poderío del excelente caudillo, era indudable que todo el territorio del Tajo quedaría sujeto á la voluntad de don

Rodrigo Manrique. Sabedor el Maestre del propósito del Arzobispo, trató principalmente de reforzar los puestos de soldados escogidos que había apostado en derredor del castillo, en una empinada colina dominada por éste, y dejó perfectamente ordenada la defensa, para evitar que el enemigo, con repentina acometida, ó á favor de la noche, atacara por frente y retaguardia á la gente de los reales. Los corredores le tenían al tanto de todos los movimientos del enemigo: llamó á su yerno Pedro Fajardo, adelantado de Murcia; no quiso asegurar más la villa de Uclés, en parte fiel y en parte sospechosa á unos y otros, para no aumentar con otra la necesidad de vigilancia, y cuando conoció que se acercaban los contrarios, aguardó su llegada observando todos sus movimientos para adoptar el partido que su ataque le aconsejara.

Sucedió lo que el ilustre caudillo había previsto. Creyendo el Arzobispo y el Marqués al Maestre ocupado con todas sus tropas en el sitio del castillo, se lanzaron repentinamente al amanecer sobre el campamento, al tiempo que desde aquél salía la guarnición para coger á los sitiadores, que, resguardados en derredor por la estacada de los reales, resistían vigorosamente el ataque. El Maestre, que con su marcha á media noche había engañado hasta á los de la villa, llevó sus tropas, ordenadas para este fin, hacia la parte de la colina más segura para acudir oportunamente al socorro, y rompió con tal furia contra la multitud enemiga, ocupada en el ataque de los reales, que, poseídos de espanto,

en medio de las tinieblas, vinieron á reunirse el Arzobispo y el Marqués, encontrando á su gente presa del temor que habían presumido infundir al enemigo. Entre las desordenadas batallas procuraba el Marqués, no acostumbrado á semejantes terrores, defender su vida. El Arzobispo cuidaba especialmente de mantener algún orden en las filas para que al amanecer pudiese pelear, por lo menos, en campal batalla; pero todos sus esfuerzos se estrellaban ante el arrojado valor del Maestre, que al fin le obligó á huir precipitadamente al llano, y al Marqués á mirar por su propia salvación. Muchos de los que vinieron con el Prelado, perdidos los caballos, escaparon en precipitada fuga; algunos de los más escogidos perdieron allí la vida. Derrotada la hueste, costó no poco trabajo al Arzobispo y al Marqués reunir en puntos más seguros á los caballeros que pudieron recoger en la huída. El Alcaide del castillo, cuando vió el desastre de las fuerzas que venían á socorrerle, se sometió bajo más duras condiciones á la entrega tanto tiempo dilatada. Por esta victoria quedó en posesión del Maestre de Santiago la villa de Uclés, cabeza militar de la Orden en Castilla. El adelantado Pedro Fajardo se congratuló del triunfo; pero consideró una desgracia no haber podido tomar parte en el combate por hallarse muy lejos.

En Sevilla aterró á las gentes el horrendo prodigio de haber dado á luz una mujer dos gemelos, uno con cabeza de león y otro con cabeza de cerdo.



CAPITULO VIII

Marcha D. Fernando á las provincias vascongadas.—Quéjase el Conde de Plasencia de la ingratitud del rey D. Alfonso.

Restituídos ya al Conde de Benavente los tres castillos ocupados por los portugueses, el rey D. Fernando metió guarniciones en Toro y Castronuño, antes muy molestadas por las correrías de los de Cantalapiedra. Ahora que durante seis meses ya no se temían por aquella parte los antiguos daños, se dispuso que la reina D.ª Isabel quedara en Tordesillas con 300 lanzas mandadas por D. Alfonso de Aragón, maestre de Calatrava. El Cardenal, que también debía acompañar á la Reina, había propuesto á los reyes que ganasen á su partido á D. Rodrigo Girón, confirmándole en el Maestrazgo de Calatrava, y que diesen alguna compensación al hermano del rey, D. Alfonso, aquél, la Reina y el mismo D. Rodrigo. De aquí surgió multitud de disgustos. Quejábase D. Alfonso de la ingratitud de su hermano y de la Reina y de la ofensa que le inferían, y como las respuestas eran muy contrarias á sus deseos, sentíase impulsado á abandonar su compañía y regresar á Ara-

gón ó reconciliarse con el enemigo. Pudo, sin embargo, aplacar su enojo la Reina con promesas de grandes honras, y el Rey, por su parte, con otras y con enviarle mensajeros á hacerle ver la extrema necesidad á que le tenía reducido la perversidad de los Grandes, empeñados en procurar la ruina del desgraciado reino. Pero lo que más contribuyó á apaciguar á D. Alfonso, aparte de su carácter indulgente, fué la pasión que le había inspirado Leonor de Soto, una de las doncellas de la Reina, pues era muy sensible á las seducciones del amor. Así quedó resuelta en cierto modo esta cuestión, en que intervino Pedro del Algaba, en otro tiempo muy bien quisto de D. Alfonso, y en esta ocasión intérprete para con él de las intenciones de su hermano, inclinado á demostrarle su gratitud con grandes mercedes.

Marchó en seguida D. Fernando á Burgos el 13 de Mayo del año 1476, con ánimo de llevar luego socorro á los vascongados y celebrar una entrevista con el Rey su padre, porque sus íntimos, con dañado intento, le habían inspirado siniestras sospechas de que el hijo intentaba recluirle con pretexto de librarle así de más torpe servidumbre á que en su avanzada edad le tenían reducido las vanas seducciones que, inducida por sus familiares, empleaba la barcelonesa Roxa, excitando con sus caricias los ardores del anciano, para apagar con ello los últimos resortes de su existencia. Borró del corazón del Rey esta negra sospecha Pedro del Algaba y le persuadió á que se avistara con el hijo en Vitoria. A los dos les pareció excelente el acuerdo, porque esta ciudad,

confinante con Vizcaya y Navarra, facilitaba mucho el poder acudir á los asuntos de ambas provincias, y entre aquellas poblaciones estériles era la más abundante en mantenimientos, á causa del gran concurso de cortesanos. La Reina, á fin de recoger la caballería necesaria para guarnecer villas y castillos, envió sus cartas á las ciudades de Andalucía para que sin demora mandasen sus contingentes á Castilla. Sevilla debía enviar 300 caballos ligeros; Córdoba, 200; Jerez, 80; Ecija, otros tantos y Carmona, 50. A excepción de Sevilla y Jerez, todas las demás obedecieron. Ocupaba la última el Marqués de Cádiz, y para no aparecer rebelde, exigió á los vecinos más inclinados á la obediencia de la Reina el dinero necesario para costear otros tantos caballos como ella había pedido, y expuso públicamente la mayor conveniencia de costear los 80 jinetes, que acudir en persona. Para disfrazar sus intenciones, aceptó, en nombre de los ciudadanos, el reparto de las provisiones de pan y vino necesarias para el apresto de la armada. Los sevillanos, obedientes en todo al duque D. Enrique, expusieron la gran dificultad de enviar caballería, que diariamente necesitaban tener dispuesta para guarnecer sus términos, porque en ellos están obligados á repeler los ataques más formidables de los portugueses. Las demás ciudades, como dije, enviaron sus contingentes, y primera de todas, Ecija, donde mandaba el nobilísimo D. Fadrique Manrique, suegro de D. Luis Portocarrero, su sustituto en el corregimiento, y partícipe en las tiránicas exacciones. Quiso, sin embargo, colorar las calumnias de

tiempos miserables con lo rápido de la expedición que solicitaba vivamente por cartas su hermano el maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique. Como, por otra parte, era prudente y esforzado, le dolía el retraso causado por estorbos de la avaricia.

El conde de Plasencia D. Alvaro de Estúñiga envió al rey de Portugal sus cartas con amargas quejas porque, siendo el primero de los Grandes que abrazó su partido, se había visto abandonado en la defensa del castillo de Burgos; jamás le había prestado ayuda, y siéndole notoria su constante adhesión, siempre le había sido sospechoso, al paso que había preferido en su estimación á otros inútiles para su servicio, inconstantes en su seguimiento y dignos, por tanto, del mayor desprecio, llegando, cuando todavía las circunstancias eran sumamente críticas, hasta á premiar á los merecedores de castigo por sus deservicios y á castigar á los beneméritos. Tan injusto proceder le había impulsado, decía, á hacer constar en las cartas, antes de separarse del Rey, cuanto había notado después que éste había demostrado en sus acciones el odio hacia aquéllos. Luego cada uno debía quedar en libertad de acudir al despacho de sus propios negocios. Sobre estos puntos se extendió el Conde en sus cartas en largas consideraciones.

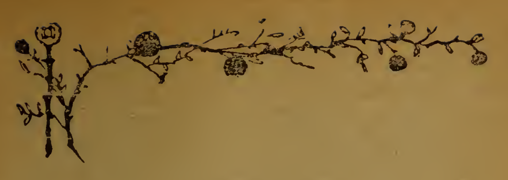
No le fué en zaga el Portugués en su respuesta. Hízole observar que sus acusaciones estaban muy lejos de su pensamiento; antes había callado justas quejas que debieron darle, por creer que de día en día el Conde iría dando mejor cumpli-

miento á sus antiguas promesas de palabra y por escrito.

En cuanto á las desatenciones de que se dolía, ninguna queja podía tener quien le había visto tantas veces despojarse de su autoridad Real en obsequio del amigo entrañable.

Por último, en lo del castillo de Burgos, su intención había sido socorrerle tan eficazmente como exigía el estado de la guerra; pero á ningún hombre le era factible vencer á un tiempo á la fortuna y las fuerzas de la razón. Así que cuantos conociesen á uno y á otro, antes verían la acusación lanzada contra él en el pensamiento del que la formulaba que en la injusticia del que respondía. Por su parte se creía perfectamente justificado; desistía de acusar á quien merecía la censura; de todo lo demás debía dejarse por juez al tiempo.

Ya antes Pedro de Estúñiga, primogénito del de Plasencia, por instigación de éste y de la madrastra D.ª Leonor Pimentel, había preparado diligentemente el terreno para la reconciliación con los reyes, primero con D. Fernando y después con D.ª Isabel. Anhelando por muchas razones esta reconciliación, complacíale ver cómo por casos de fortuna, el padre, siempre obediente á la mujer, y ésta con todo su imperio, se veían obligados á volver al buen camino, borrando su deshonra con el arrepentimiento de la conducta pasada.



CAPÍTULO IX

Expediciones de los andaluces y de D. Alfonso de Cárdenas contra los portugueses.—Numerosa falange de moros ataca furiosamente la plaza de Ceuta.

PESÓ, sin embargo, al rey de Portugal la resolución del Conde de Plasencia, y cuando, cumpliendo lo que había insinuado en sus cartas, levantó pendones á la usanza española por D. Fernando, le fué difícil á D. Alfonso ocultar en el semblante su profundo pesar, y lanzó contra el Conde muchas acusaciones. Los hombres honrados le notaban de poco franco, y sobre todo parecíales indigno que no hiciese en las cartas mención alguna de su arrepentimiento, puesto que éste debía ser el principal móvil de su conducta, ya que forzosamente había hecho traición al uno ó al otro partido. Como quiera que sea, para la causa de D. Fernando fué bastante favorable la pública mudanza del de Plasencia y las tentativas de sus aliados para volver á la gracia de los Reyes. Los andaluces y los Señores confinantes con tierras de Sevilla empezaron con más entusiasmo que de costumbre á reunir tropas para escarmentar á los portugueses. D. Alfonso

de Cárdenas, comendador mayor de Santiago en la provincia de León, juntamente con Fernán Gómez de Solís, trajeron á la frontera portuguesa 1.100 caballos ligeros y unos 8.000 peones, con ánimo de provocar á batalla al príncipe D. Juan de Portugal, que, después de su vuelta al reino, permanecía en Evora con 600 lanzas. Al dar vista á la ciudad los castellanos, ya salido el sol, formaron el ejército en una elevada planicie para que los enemigos, recelosos de caer en celadas, no rehuyesen el combate. Pero el Príncipe mandó que parte de su caballería permaneciese junto á las murallas á vista del enemigo, como apercibida á la defensa. Hasta el mediodía aguardó la hueste de Alfonso de Cárdenas, formada en batallas, por lo menos que se empeñase alguna ligera escaramuza, y para ello envió algunos jinetes sueltos; mas viendo la pasividad de los portugueses, los jefes les mandaron torcer hacia los campos donde pastaban numerosos rebaños, y sin hallar la menor resistencia, se apoderaron de considerable presa.

El duque de Medina Sidonia D. Enrique y el Adelantado de Andalucía D. Pedro Enríquez, creyendo fácil la empresa, reunieron tropas para apoderarse de una villa portuguesa confinante con Andalucía; pero fracasada la iniciada estratagema, imaginaron otra expedición á las costas de Tánger, siguiendo las instigaciones de algunos castellanos que trataban de entregar por traición esta ciudad. Antes de embarcarse nuestros soldados, los traidores recibieron el castigo de su maldad. Se dijo que el Marqués de Cádiz, presin-

tiendo las intenciones de los nuestros, descubrió la compra á la guarnición portuguesa de Tánger.

En este mismo mes de Mayo de 1476 intentaron los moros hacer sufrir otro descalabro á los portugueses, obedeciendo las órdenes de un árabe tenido en gran veneración entre ellos, y que les había asegurado que se apoderarían fácilmente de Ceuta, si se esforzaban por sacudir la vergüenza del nombre cristiano. Para ello no debían consentir que las escasas tropas portuguesas ocupasen por más tiempo á Ceuta, emporio famoso de Marruecos, cuando, incapaces de sostenerse en Europa, antes vencidas en batallas y reducidas á la última ruina, difícilmente podrían defenderse tras los muros de Lisboa. Asimismo debían poner coto á la osadía de los miserables marineros andaluces, que al declararse contraria la fortuna al rey de Portugal, se atrevían á pasar á las costas de Tánger para arrancar esta ciudad de manos de los portugueses que la ocupaban. Las excitaciones del santón hicieron mella en el ánimo de los moros, que le escuchaban ansiosos, y hasta de las más distantes regiones del Africa acudió tal número de infantes y caballos, que, reunida una hueste de 20.000 mahometanos y tunecinos, cayeron con terrible ímpetu sobre la guarnición portuguesa. Difícilmente se aprestó á defender la parte más fortificada de la ciudad, y fuéla imposible proteger el resto contra la multitud de invasores, porque la lucha en las estrechas calles se iba haciendo imposible. Seguramente los moros hubieran logrado su intento de haber contado con armada ó persistido en la furia de la pri-

mera embestida. Mas la compasión de los andaluces abatió su furor, porque al primer aviso del apurado trance de la guarnición cristiana, aquella gente católica sintió conmoverse su corazón, y dando al olvido la enemiga con los portugueses, embarcó en gran número en las naves, arribó á la costa africana y prometió á los sitiados abundantes provisiones y cuantos refuerzos necesitaran para la defensa. El Gobernador portugués aceptó gozoso las primeras, pero rehusó las tropas ofrecidas, y entonces aquellos enjambres de bárbaros, creyendo que Europa entera se lanzaba á su exterminio, abandonaron la parte desmantelada de la ciudad que habían ocupado y corrieron á situarse en una eminencia próxima, donde durante toda la semana se ocuparon en dar sepultura á los muertos. El santón había prometido á los moros que los que muriesen en batalla ó en el asalto de la ciudad, irían á gozar de un paraíso eterno, y con esta ilusión los bárbaros, sin buscar amparo alguno en las armas, se lanzaban desnudos hasta los umbrales de las puertas, guardadas por soldados armados y defendidas por toda suerte de máquinas de guerra, con lo que, cayendo unos sobre otros, como locos, iban formando inmenso montón de cadáveres. Calcúlanse en 5.000 los que allí perecieron. Ni las balas, ni el fuego de la artillería les arredraba; de los montones de muertos hacía puente la muchedumbre que les seguía; al cabo, aquella furia fué poco á poco calmándose, hasta convertirse en pusilánime cobardía y hacerles desistir de su temerario arrojo. De haberse podido contar con el apoyo de una es-

cuadra, ó de haberse dispuesto de más tiempo, el exterminio de los moros hubiera sido completo, porque la costa está abierta para un desembarco, y una poderosa escuadra paraliza todos los esfuerzos de los bárbaros, como ocurrió en aquella ocasión á los andaluces que acudieron. A castellanos y á portugueses inspiró este suceso diversos pensamientos para lo futuro, porque los andaluces, cuyo generoso impulso había merecido el desprecio de los portugueses, concibieron desde aquel momento el propósito de aprovechar contra ellos la primera oportunidad que se les presentase. Los portugueses, por su parte, lamentaron más y más la desgracia de su Rey, causa de nueva osadía en los moros y de nuevas angustias para ellos, hasta el extremo de necesitar de la misericordia de los enemigos para rechazar á los bárbaros.





CAPÍTULO X

El rey D. Fernando se traslada á Vizcaya.—Retirada del rey de Portugal y pretexto que para ello alegó.—Empeño de los del partido de don Fernando para que la Hermandad popular se estableciese en todas partes.

GRAN pesadumbre causó á D. Alfonso la noticia del temerario ataque de los moros. Don Fernando, ante los intentos del Francés, se vió obligado, al marchar á Vizcaya, á acudir al remedio de las futuras necesidades con el establecimiento de la Hermandad popular, á que antes, por consejo de los Grandes, se había opuesto. Pero claramente conoció luego que sólo la Hermandad podría acabar con los latrocinios y crímenes y extirpar de cuajo las maldades profundamente arraigadas por una larga tiranía. Un Rey tan falto de recursos como él no tenía otro para satisfacer la soldada de las tropas, y sin él, ó había que alimentarlas con las presas ó licenciarlas. Concedió, pues, el Rey todo su apoyo al propósito de los leales vasallos que durante tanto tiempo le habían estado aconsejando este remedio como el único para el revuelto estado de las cosas. Luego marchó á la provincia de Vizcaya, recla-

mada como propiedad suya por los franceses, por la inicua y vana liberalidad del Portugués, que para ocupar también lo ajeno había querido enajenar lo que no le pertenecía, cediendo el señorío de aquella provincia al ambicioso rey de Francia. Pretendía con ello hacérsele aliado y enemigo perpetuo de Castilla y aumentar los enconos de los partidarios de D. Fernando contra los franceses, tanto tiempo contrarios al anciano Rey y á su ilustre hijo por causa de la pérfida ocupación de la hermosa provincia catalana del Rosellón, como dejo explicado.

Había dispuesto también D. Fernando todo lo conveniente para la entrevista con su padre, empezando por enviar á su confidente Pedro del Algaba, que supo hábilmente disipar los falsos recelos de que hablé, é hizo recaer toda su virulencia sobre los calumniadores. Además, convenció al anciano de las respetuosas y filiales disposiciones de D. Fernando, que dejaba á su elección el señalamiento de lugar para la entrevista. Escogida por aquél la ciudad de Vitoria, inmediatamente salió de Zaragoza para Navarra para acudir á la cita en cuanto supiese la llegada del hijo.

Entretanto el rey de Portugal maquinaba diversas empresas; pero, por lo que después se vió, todas las pospuso á la inmediata entrevista con el rey de Francia. Quería, sin embargo, ocultar su propósito á los de Toro, temeroso de que llevaran á mal sus partidarios el viaje á tan lejanas provincias, adonde sólo podía ir por mar. Ni aun á sus más íntimos reveló su resolución, y sólo les dijo que necesitaba visitar las ciudades de su reino

para exigirlas recursos más duraderos para la paga del ejército; levantar el ánimo decaído de los pueblos y refrenar la reciente osadía de los moros, que se habían atrevido á atacar á Ceuta y otras plazas de Marruecos, y seguramente se arrojarían cada vez más á mayores desmanes si no veían robustecerse de nuevo el valor de los portugueses. Para conseguir esto era preciso equipar una armada que supliendo con ventaja á las guarniciones de Africa, mantuviese á raya los insultos de los andaluces, y hacer que las expediciones de los portugueses á las costas de Guinea fuesen lo que habían sido, castigando duramente á los que se habían propuesto arrojarlos para siempre de aquellos lugares é islas adyacentes, y apoderarse á su antojo y sin ningún trabajo del oro buscado y hallado por la industria, valor y sagacidad de la nobleza portuguesa. Así en otro tiempo no se atrevían los andaluces á navegar libremente por los mares de Canarias, sin contar antes con la aquiescencia de los portugueses, pues siempre que á los nobles se les antojaba visitarlas, los andaluces, por temor á su ánimo esforzado, apenas se atrevían á defender la antigua posesión de las islas y á representar, en forma suplicante, ante el rey de Portugal su derecho, y tenían á gran dicha recibir alguna respuesta moderada ó que los marineros de aquella nación les permitieran pescar en las costas africanas.

Con estas y otras razones análogas convenció D. Alfonso á sus íntimos de la conveniencia de retirarse á sus tierras, cosa que les fué muy grata. A los de Toro y á los de Castronuño les prometió

volver dentro de dos meses con invencible poderío, y en caso que la reunión de tan fuerte ejército se retrasase más de lo que pensaba, regresaría á Toro, en cuya defensa dejaba al Conde de Marialba con su nueva esposa y su amadísima suegra D.ª María Sarmiento. Valiéndose de grandes promesas logró también conciliarse la voluntad del ladrón Capicio, que en aquella guerra había demostrado singular pertinacia y astucia. Tales ofertas pugnaban con aquellas primeras jactancias á su entrada en Castilla, cuando prometía mostrarse liberal con todos los buenos y severísimo con los culpados, hasta restituir á los pueblos, vejados con tan cruel y prolongada tiranía, al goce de la antigua justicia.

Pero ya al querer ensayar mil recursos vacilaba, y no pudiendo sostener por más tiempo el peso de los asuntos del reino, cifraba en el viaje á Francia el alivio de los quebrantos sufridos y el completo remedio de todos los males. Salió de Toro el 13 de Junio, y siguiendo el curso del Duero, llegó á Oporto, la ciudad más importante del reino después de Lisboa. Allí se detuvo más tiempo del que había dicho á los de Toro, por esperar al gascón Colón, almirante de la armada del rey Luis de Francia y encargado de conducir á D. Alfonso por las costas de Narboná, porque las del océano de Gascuña no ofrecían tanta seguridad, así por las frecuentes correrías de los vascongados, como por las noticias que tenía Colón del apresto de una fuerte armada de 30 navíos, preparada en Bilbao por orden de D. Fernando. Mientras aguardaba en Oporto el arribo de la ar-

mada francesa, se ocupó con gran cuidado en la exacción del dinero. Pidió á los judíos el tercio de sus bienes y á sus vasallos la cuarta parte, y apeló á otros muchos recursos para conseguir lo que necesitaba. Al cabo descubrió á sus más leales la necesidad de su viaje para conferenciar con el rey de Francia, con cuyo auxilio había de vencer á sus enemigos, y la de sufrir las molestias de la navegación para resolver muchas cosas que era peligroso tratar por cartas ó por intermediarios.

Varios de los Grandes, poco conformes con estas razones, aseguraron, no sin fundamento, que la pesadumbre del Duque de Braganza había sido presagio de todos estos riesgos, y que este asunto, nacido en los mismos comienzos de la guerra, sería funesto para D. Alfonso por exigir, ó más bien implorar en tiempos tan desdichados, los oficios de amistad de un Rey enemigo por largas rivalidades y, sobre todo, de un Rey sin afectos ni odios, sólo inclinado hacia donde la fortuna se inclinaba, y dispuesto á tolerar la acusación de perfidia en cuanto se atravesara la posibilidad de ganancia.

Por esta inútil y frágil correspondencia con los franceses, la nación portuguesa, siempre obediente á su Soberano, se vería obligada á ponerse en frente de sus antiguos y constantes aliados los ingleses y borgoñones, cuya alianza había valido al rey de Portugal acrecentamiento de poderío, y en cuya compañía todo había sucedido prósperamente; pero con los que el Francés tenía empeñadas encarnizadas guerras, y sagaz y astutamente había trabajado por privar á sus enemigos del

apoyo de la verdadera amistad, como lo había conseguido. En todo caso, hasta tal punto estaba arraigado por la naturaleza en los pechos portugueses el acatamiento á la voluntad de sus reyes, que una vez expuesto el resultado de sus deliberaciones, dejarían á su arbitrio la resolución de todo, y si necesario fuese partir las fortunas ó abandonar familias y hogares, no sólo seguirían á su Rey hasta los últimos confines orientales, sino que obedecerían ciegamente sus órdenes, como podría ver por experiencia. El resultado de los debates de los Grandes fué afirmar unánimes su acatamiento al Monarca y disponer cada uno, en primer lugar, cuanto pareciese más conveniente para las expediciones que se habían ordenado.





LIBRO XXVII

CAPITULO PRIMERO

Envían los Reyes Católicos un mensajero con cartas al Duque de Medina Sidonia y al Marqués de Cádiz, con instrucciones y facultad para aconsejarles lo que debían hacer.—Sucesos ocurridos en Sevilla sobre el establecimiento de la Hermandad.

Mientras el rey de Portugal preparaba lo necesario para su navegación, D. Fernando y D.ª Isabel, ya más desembarazados con la ausencia de su adversario, se consagraron á proveer las futuras contingencias. Entre otras cosas, parecióles preciso hacer de modo que el duque de Medina Sidonia D. Enrique de Guzmán, en quien habían observado algunos indicios de desafecto ó menosprecio, no abusase de las amplias facultades que al principio le habían concedido. Al efecto enviaron con sus cartas á Diego García de Henestrosa, varón intachable, y le dieron instrucciones reducidas á declarar lo siguiente: Qué tanto el Rey como la

Reina se maravillaban de que desde los confines del territorio sevillano hubiesen marchado los soldados portugueses á las lejanas provincias de Castilla la Nueva, dejando tranquilamente mujeres é hijos en villas, pueblos y aldeas, faltos de toda defensa, sin que el Duque, investido con amplias facultades por autoridad real, hubiese molestado al enemigo con la más ligera correría, antes concedídole treguas en grave perjuicio de la causa del Rey Católico, si la divina Omnipotencia no hubiese quebrantado las fuerzas del adversario. Porque con aquella seguridad, el Príncipe había llevado á Toro á todos los portugueses de los confines de Sevilla, desde los mancebos hasta los ancianos, reuniendo así tan considerable refuerzo el ejército de su padre, que entre otras intentonas, el Portugués había querido sitiar á Zamora por la parte del puente, y para no tolerar tan vergonzosa osadía, había sido preciso venir á campal batalla. Mas como quiera que en ella se había obtenido victoria, parecía ya superfluo recordar el pasado abandono, siempre que el Duque, rompiendo inmediatamente las treguas, penetrase con sus tropas en Portugal y obligase á D. Alfonso á abandonar los demás propósitos para acudir á la defensa de sus fronteras. En caso contrario, por las instrucciones dadas al enviado podría el Duque conocer cómo entendían los Reyes proveer al remedio.

Leídas las breves cartas, y habiendo contestado el Duque que él no rompería las treguas por no incurrir en la vergüenza de violar los pactos y causar graves daños en el territorio de Sevilla, el

mensajero añadió: que venía provisto de cartas del Rey, por las que, después de conocido el propósito del Duque, se concedía al Marqués de Cádiz amplia facultad para reunir fuerzas andaluzas y conducirlas contra el enemigo; pero que, sin embargo, teniendo consideración á los pasados servicios del Duque, los Reyes venían en que cumpliese solo con su cargo, ó aceptase para ello la compañía del Marqués, como tiempo antes lo había pedido él mismo en sus cartas al Rey y á la Reina. Entonces él, con gran altanería, alardeó, por medio de Martín de Córdoba, hijo del Conde de Cabra, del comendador de San Juan Diego Bernal y de Diego de Fuentes, caballero sevillano, intérpretes de su pensamiento, de los muchos servicios prestados por él, aun en vida del rey D. Enrique, á la causa de ambos cónyuges, y que ellos, olvidándolos, pretendían equiparar al servidor leal y decidido con el Marqués de Cádiz, constantemente hostil á los Príncipes, y á quien, ni aun contando con iguales méritos, era razonable igualar con el Duque en dignidad ni en poderío. Sin embargo de esto, deseaba que el enviado de los Reyes volviese con esta respuesta y les explicara las causas de las treguas pactadas con los portugueses, cuyo quebrantamiento se juzgaría ilícito. Contestó el de Henestrosa que no traspasaría un punto las instrucciones recibidas, y que ya sus Señores tenían resuelto lo que había de hacerse si el Duque se negaba á romper las inicuas treguas y hacer cruda guerra al Portugués, porque en tal caso no podía regresar á la corte sin comunicar al Marqués las segundas instrucciones. En-

tonces los tres confidentes del Duque profirieron tales amenazas, que, atemorizado Diego, y por consejo de D. Pedro Enríquez, Adelantado de Andalucía, ocultó su partida y, siguiendo caminos más seguros, se dirigió á Jerez y dió cuenta al Marqués de su encargo por cartas breves, confirmadas y explicadas por órdenes más explícitas.

El marqués D. Rodrigo Ponce se mostró muy agradecido á los Reyes, y con humildes palabras se ofreció por entero á su servicio. Después envió al Duque, con Rodrigo Pedro de Avellaneda, las cartas que Diego había traído, y le dió seguridades de que no había querido aceptar el compromiso hasta saber si le era grato compartirle con él. A esto contestó el Duque cortés, aunque figuradamente, pero lo bastante claro para que el Marqués lo entendiese, que D. Enrique se parecía al perro del hortelano, que ni come las coles ni las deja comer. Por su parte aceptó el cargo de mandar la hueste andaluza contra los portugueses, y comunicó á los pueblos el propósito de la futura expedición. Luego dió todo su favor á Diego para que obtuviese el corregimiento de Carmona, haciendo que el bando de los vecinos á devoción suya le diese su apoyo, á fin de obligar á prestarle el suyo al bando contrario, obediente al duque D. Enrique, con lo que se avivaron los odios y volvió á encenderse la lucha de la envidia y las rivalidades. Retiró éste el permiso antes otorgado en Marchenilla al Marqués para la libre pesca de atunes en las costas gaditanas, alegando los imprescriptibles derechos de su primogénito,

que hacían ilegales tales concesiones, como lesivas á sus intereses, y en nombre de su hijo don Juan interpuso apelación ante los Reyes. Este cambio de conducta exasperó tanto al Marqués, que les envió un mensajero á pedirles en secreto licencia para retar á singular combate al Duque por quebrantador de la fe jurada. El Rey, más deseoso de extirpar estos arraigados enconos de los Grandes andaluces que de darles pávulo, contestó con evasivas y disimulo; pero juzgó lo más práctico recurrir á la Hermandad popular, por creer fundadamente que la voluntad de los pueblos, á causa de las prolongadas vejaciones y daños de los tiranos recibidos, se mostraría más propicia á cualquier expediente eficaz para su defensa. Con tal objeto nos dió sus cartas al Dr. Antonio Rodríguez de Lillo y á mí, encargándonos de sondear el ánimo de los sevillanos y de procurar robustecer su opinión con la autoridad real en cuanto los viéramos inclinados á aceptar el establecimiento de la Hermandad. El Doctor no aceptó el encargo con mucho entusiasmo, por constarle la ojeriza del Duque contra él por su empeño en recabar para la Corona las rentas que tiránicamente y durante largos años había estado usurpando aquel magnate. Yo empecé á desempeñar con más resolución mi cometido, aunque hubiera deseado más secreto en los principios; pero como el negocio exigía el asentimiento de muchos, el Duque tuvo repentina noticia de nuestras gestiones. Su indignación llegó hasta un furor poco común en él y manifestó bien á las claras que nada temía más que la aceptación de la Hermandad po-

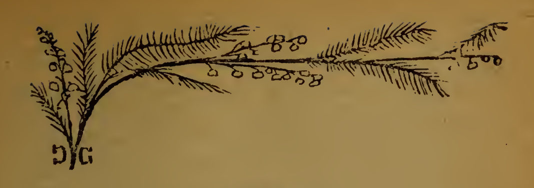
pular, conocido como le era el ardiente deseo de los sevillanos de encontrar un remedio radical contra su desenfrenada tiranía. Llamó á su presencia á algunos corifeos de la plebe y quiso saber de ellos si el Dr. Lillo ó yo habíamos hablado en favor de la Hermandad. Los sevillanos le respondieron que sospechaban que el procurarse cartas para ese objeto había sido la causa del viaje á la corte tiempo hacía emprendido por fray Enrique de Mendoza, religioso cuyos sermones eran muy del agrado del pueblo. Con esto aumentaron los recelos del Duque, pues había sabido que en el camino le había acompañado Diego de Morales, uno de los cuatro sujetos que principalmente aconsejaban al pueblo esta y otras medidas semejantes. También supo que yo, así ante la multitud como aparte con los amigos, había elogiado calurosamente los principios de la Hermandad popular, aceptados por los reinos de Castilla y León. Inmediatamente ordenó al Doctor que saliese sin demora de la ciudad, y sin admitir sus excusas ni hacer caso alguno de la autoridad real, en cuya virtud gestionaba aquél los negocios, le obligó á marchar, y llevó muy á mal que se detuviese ocho días en el monasterio de San Jerónimo, extramuros de la ciudad. Conmigo no se mostró tan airado; pero envió á decirme que verdaderamente se maravillaba de que yo, persona tan de su afecto, trabajase en favor de la Hermandad, cuyo establecimiento por el acuerdo unánime de los ciudadanos y de la plebe sería lo más perjudicial que pudiera ocurrirle. En realidad de verdad, en mi respuesta dije muchas co-

sas poco gratas al Duque. Reunidas luego las autoridades, explicó ante ellas los peligros á que se exponían de aceptarse en Sevilla. A los conversos les hizo ver que equivaldría á su exterminio, y que debían resistirla con tanto tesón, como que de ello dependía la pérdida de sus vidas, la honra de sus hijos y la ruina de sus fortunas. La pusilánime muchedumbre de los conversos se sintió poseída de invencible espanto, y á una con las autoridades de la ciudad excitaron al Duque á no cejar en su enojo contra el Doctor y los fautores de la Hermandad, antes multar, castigar y desterrar á cuantos hablasen en favor de esta peligrosa innovación. Más excitada con esto la cólera del Duque, avisó al Doctor que saliese inmediatamente del monasterio. No le quedó más recurso que marchar á Carmona, donde fuí á reunirme con él, y así por el relato de cuanto nos había pasado, como por no implicar á Diego García de Henestrosa en las rivalidades de los de Carmona que, como de tan opuestas opiniones, miraban de muy diferente manera al encargado de castigar á los magistrados delincuentes, no quise detenerme allí y me marché á Córdoba. Allí encontré, poseído de igual indignación que el Duque, á D. Alfonso de Aguilar, el cual había arrebatado con engaños las cartas que llevaba el enviado del Rey para trabajar por el establecimiento de la Hermandad, y despreciado sus órdenes, parte por maldad suya, parte por cobardía del mensajero, de quien con razón se burlaba. Me he detenido algún tanto en referir estos sucesos para que se comprendan mejor luego los ocurridos

en Andalucía por los encontrados esfuerzos en pro ó en contra del establecimiento de la Hermandad.

Ahora continuaré la serie de otros hechos relacionados entre sí.





CAPITULO II

Sucesos de Toledo.—Sitio del Alcázar de Madrid.—Frustrado ataque del ejército de D. Fernando contra Toro.

Creían los Reyes que los toledanos admitirían con entusiasmo la Hermandad, así por ser ciudad muy obediente á la Corona, como porque á diario sufría innumerables daños con las correrías de los ladrones que devastaban gran parte de la provincia desde los bosques de Segovia y de Avila hasta los montes que dominan la ciudad. Los vecinos y los caminantes que caían en sus manos eran sometidos á duros tratamientos; luego los malhechores se refugiaban en la fortaleza de Canales, y salían á reunirse en mayor número con los que acudían de las Navas ó del Pardo. Además, se habían proporcionado cada siete millas guaridas seguras en diversos lugares, desde donde podían prestarse mutuo apoyo, con lo que los míseros habitantes no podían permanecer en sus casas sin sufrir toda clase de daños, porque creciendo de día en día el número de los ladrones, habían llegado á formar un verdadero ejército. El Marqués de Santillana, que sitiaba el Alcázar de Madrid, á duras penas con-

seguía defender los alrededores de la villa contra los ladrones que hasta en las aldeas más próximas se ensañaban con los míseros moradores. Ni los arrabales hubiesen escapado á la devastación si el Marqués no hubiese acudido con todo su poder á impedirlo, después que el valiente caballero avilés, Diego del Aguila, enviado por la Reina contra los ladrones, cayó sin vida de un tiro de espingarda. Iban éstos extendiendo su poderío sin encontrar obstáculo á sus desmanes, y para ponerse á cubierto de sus correrías, no se presentaba otro medio que el amparo de aquel prócer grandemente reverenciado de todos los madrileños, y contra el que mientras se ocupaba en el sitio de la fortaleza de Madrid, no se atrevían á cometer ningún atentado los secuaces del Arzobispo de Toledo.

Los habitantes de esta ciudad se opusieron con todas sus fuerzas al establecimiento de la Hermandad. Opusiéronse también con singular astucia los Grandes que allí residían, como el conde de Cifuentes D. Juan de Silva, en otras cosas persona estimadísima, y su tío D. Juan de Ribera, hostil en todo, pero principalmente en aceptar la Hermandad toledana. Todos éstos indujeron á los vecinos á corromper las Ordenanzas, y con astutos procedimientos, propios de la tiranía, pervirtieron la libre provisión de los cargos, nombrando, contra el tenor de aquéllas, para los de capitanes y caballeros, á hombres muy ajenos de la profesión de las armas, con lo que los ciudadanos se negaban á pagar sus cuotas para el estipendio de la milicia, y sólo tenían el vano nombre de Hermandad, sin la verdadera provisión de las plazas.

Como el rey D. Fernando andaba ocupado en arreglar las diferencias de los bandos de Vizcaya y acudir á conjurar los peligros que amenazaban, y la Reina en Tordesillas cuidaba de recoger por los lugares circunvecinos lo necesario para el ejército de Toro, faltaba oportunidad para reprimir los desmanes de los que dominaban en las tierras del Tajo, y cuanta más actividad desplegaban para lograrlo los que permanecían con D.ª Isabel, más rápidamente fracasaban en su intento. Confiados en las promesas de algunos, creyeron fácil apoderarse de Toro si en sus repentinos ataques lograban aplicar las escalas á la parte de las murallas desprovistas de defensa de la naturaleza ó del arte. Además, se contaba con el odio profundo que se decía abrigaban todos los ciudadanos contra los portugueses y contra doña María Sarmiento. Aseguraban que si á la vista de las fuerzas de D. Fernando no se resolvían á más, por lo menos no ayudarían á sus opresores, y entonces, lo reducido de la facción lusitana no podría defender las murallas, en parte en ruinas y poco amparadas por el cinturón de estacadas ó fosos, tan extensos para la defensa, que á un enemigo numeroso difícilmente podrían estorbar el paso los ciudadanos todos unidos á los portugueses. Aprobó la Reina el consejo, y señaló día para la expedición. En seguida llegó el Almirante y se hicieron venir peones y lanzas del Conde de Benavente. Un día de los primeros del mes de Julio, antes de amanecer, se presentaron de improviso los nuestros ante las murallas de Toro y empezaron inmediatamente á combatirlas. Al pronto

quedaron sobrecogidos de espanto el joven Conde de Marialba y su suegra D.ª María Sarmiento; pero esta astuta mujer, al oir que los sitiadores apellidaban repetidas veces *¡Benavente! ¡Benavente!* recorrió furiosa las calles de la ciudad enseñando á los defensores unas cartas cualesquiera y gritándoles: «¡Miserables ciudadanos! ¡Estáis vendidos al de Benavente! ¡Aquí tenéis un aviso certísimo de nuestra desdicha! Yo, viuda infeliz, sucumbiré; pero vosotros quedaréis sujetos á perpetua servidumbre! ¡Ahí tenéis al enemigo de nuestra ciudad, el Conde de Benavente, pronto á escalar las murallas, después de haber empleado innumerables falacias para destruirlas!» Con estas y otras semejantes lamentaciones logró la artera mujer excitar á los ciudadanos, que en gran número acudieron con tan furioso ímpetu á la defensa, que derribaron á muchos enemigos desde lo alto de las escalas é hirieron á no pocos desde las troneras bajas. Cayó entre los primeros el nobilísimo y esforzado joven... (1) Portocarrero, con otros cincuenta valientes compañeros de armas, cuando, saltando de los caballos, trepaban por las escalas. Muchos fueron los heridos, y cambiado en terror el temerario arrojo de los que intentaron el asalto, fueron al cabo rechazados. El de Benavente no abandonaba á los suyos, y con magnánimo esfuerzo salvó á algunos, imposibilitados de huir por tener rotas las piernas. El Almirante, como menos deseoso de gloria, corrió menores peligros. Los

(1) En blanco el nombre.

demás, bastante escarmentados, volvieron cambiada en tristeza la alegría con que habían salido. La Reina sintió doblada angustia, porque, sobre el descalabro de sus soldados, lamentaba que por aquel error se hubiera inspirado á los de Toro falsas sospechas de enajenación, sin que se alcanzase el medio de recuperar su adhesión, porque antes su perseverante fidelidad les había valido vejaciones sin cuento, y ahora surgía otro motivo de nuevos vejámenes que no dejaría de hacerles sufrir el furioso encono de los portugueses y de D.ª María Sarmiento. Para calmar el cuidado de la Reina, diéronse los que la acompañaban á discurrir alguna empresa oportuna, y no tardó en presentarse la coyuntura. En este mismo mes de Julio, los terribles aguaceros de una repentina tormenta hicieron desbordarse el Duero, cuya rápida corriente arrastraba gran cantidad de corpulentos troncos y ramaje. Esto sugirió á los de D. Fernando una idea conforme con los deseos de la Reina, y que mereció la aprobación hasta del hermano del rey de Aragón, que se hallaba presente. Unos cuantos soldados escogidos se metieron en dos faluchos con varios diestros ballesteros y espingarderos, encargados de tirar sobre los enemigos, ocupados en la defensa de los molinos. Creían los nuestros que, ó los habrían abandonado sus guardas, ó que si quedaban algunos aislados por las aguas, no podrían hacer frente á los embarcados, favorecidos por la orilla izquierda por fuerte escuadrón que molestaba á los portugueses con continuas descargas. Tampoco la guarnición de Toro podía socorrerlos, porque

sólo por el puente había paso para aquella parte de la orilla de que los de D. Fernando estaban apoderados. Fracasó la estratagema porque, bajando el nivel de las aguas desbordadas por el sitio del ataque, los de Toro no encontraron tan difícil el paso. Trabóse, sin embargo, ligera escaramuza entre la caballería de ambas partes; don Alfonso de Aragón cogió algunos prisioneros, y supo mantener la disciplina entre los suyos para evitar que cayesen en manos del enemigo. Los molinos, bien por el descenso de las aguas, bien por la previsión de los portugueses, no sufrieron el menor daño.





CAPITULO III

Graves tumultos de Sgovia excitados por la osadía de Alfonso Maldonado.—Auxilio que prestó la Reina y que censuraron muchos de los de D. Fernando.

Apenas enterada la Reina del resultado de esta empresa, recibió la noticia, que á toda prisa y muy turbado la trajo un mensajero, de que Maldonado se había introducido furtivamente en el Alcázar de Segovia y que el suceso había levantado en la ciudad violentos tumultos. Los que con la Reina se hallaban, comprendiendo inmediatamente la gravedad del hecho, porque la única hija de los Reyes había quedado en el Alcázar confiada á la guarda del Alcaide, observaron el rostro de D.ª Isabel, y no notando la menor señal de turbación, dedujeron que estaba previamente advertida. Por lo menos debían estarlo Beatriz de Bobadilla y su marido Andrés de Cabrera, que cifraban todas sus esperanzas en la Alcaidía del Alcázar y en la guarda de la doncella, juzgándose riquísimos y honradísimos con tal prenda, cual si contasen con la sucesión hereditaria de los reinos de León y

Castilla. Aterrados marido y mujer con la noticia, no encontraron otro medio que acudir al amparo del cardenal D. Pedro González de Mendoza y del Conde de Benavente, que allí se hallaban y que por igual favorecían á la Bobadilla. Como quiera que este favor se interpretara, no parecía inspirar el menor cuidado á Andrés que, despreciando las murmuraciones de los cortesanos, recibía alegre y cortésmente á uno y otro huésped, sin dar señal alguna de celos. Prometiéronles ambos próceres su resuelto apoyo, y Andrés se adelantó al frente de 30 lanzas, mientras la Reina, el 1.º de Agosto, mandó salir á toda prisa de Tordesillas un escuadrón para Segovia, á pesar de haberla tranquilizado algún tanto un segundo aviso de que la ocupación del Alcázar no era completa. Afirmaba, sin embargo, que después Alfonso Maldonado, poseído, según se decía, de cólera por haberle despojado de la Alcaidía, había querido vengarse de los agravios que le había inferido Andrés Cabrera y que había disimulado largo tiempo. Era el Maldonado muy conocido del portero del Alcázar y de todos los soldados que le guardaban, y á diario se le recibía familiarmente y se le convidaba á comer, sin que al Alcaide ni á sus compañeros de armas inspirase la menor sospecha. Mas cuando con repetidos engaños se hubo granjeado la amistad de todos, y cuando el parentesco de su mujer le hubo adquirido la adhesión de algunos ciudadanos, un día, el 30 de Julio, á la hora en que sabía que faltaban del Alcázar muchos soldados, llamó á la puerta. Abrió el portero, que cayó á sus pies atravesado el pecho de una

puñalada. Luego franqueó la entrada á cinco cómplices que le seguían y se apoderó de Pedro de Bobadilla, padre de D.ª Beatriz, que gobernaba el Alcázar y que no pudo precaver lo sucedido. Corrió en seguida á ocupar la torre del homenaje, donde acaso se hallaría la princesa D.ª Isabel; pero las doncellas, las criadas y el ama que la acompañaban, en cuanto sintieron los primeros ruidos del tumulto, cerraron las puertas de la torre, y mirando por la vida del Alcaide, confiado al arbitrio del feroz Maldonado, dieron desde las ventanas tantas voces y alaridos, que todos los vecinos y soldados que ya regresaban al Alcázar, se lanzaron en su socorro. Entonces Maldonado tuvo que refugiarse en la torre avanzada con sus cinco compañeros. El resto de la fortaleza quedó custodiada por los leales y libre la Princesa, que antes tenía el Alcaide en estrecha custodia. La noticia causó tal alegría á la Reina, que no pudo disimularla en el semblante, aunque acudió á consolar á la Bobadilla y á sus favorecedores prometiéndoles castigar la osadía de Maldonado.

Había yo llegado dos días antes á darla cuenta de las novedades ocurridas en Sevilla, y me habían atacado graves calenturas en cuanto llegué, por lo cual la Reina, antes de mediodía, me ordenó que no fuese á Vitoria, adonde pensaba dirigirme para ver al Rey, sino que me quedase curándome en Valladolid y la esperase, porque había resuelto volver dentro de ocho días á Tordesillas. Sin embargo, en el mismo día marchó á Olmedo, y después de cenar y descansar un rato, salió á media noche, y antes de las doce del día

entró por un postigo en el Alcázar de Segovia. Ya tenía noticia de la fuga de los que ocupaban la primera torre y de que eran dueños de la Catedral, separada del Alcázar por un estrecho foso, los criados del obispo D. Juan Arias, enojado de que tuviera en ella gente Andrés de Cabrera, así como la puerta de Santiago que atacaban furiosamente los ciudadanos, con las de San Juan y de San Martín. Cuando la Bobadilla, cuyo marido había entrado el primero en el Alcázar, confundido con los criados de la Princesa, vió perdido su antiguo poder, rogó á sus favorecedores el Cardenal y el Conde de Benavente que se diesen prisa á venir en su ayuda. Insistieron ellos con la Reina para que desoyese los clamores de las gentes y no privase á Cabrera y á su mujer del favor tan merecidamente alcanzado, recordándola sus servicios con entusiasta ponderación. La Reina, solicitada por las opuestas súplicas de los dos Grandes y de los vecinos, parecía inclinarse ya á unos ya á otros, pero á todos procuraba dar buenas palabras. Empezó, sin embargo, por mandar á los de la ciudad que cesasen en el ataque de las dos puertas. Esta lenidad de la Reina les hizo prorrumpir en grandes quejas contra el Alcaide Cabrera, y cual si los segovianos hubiesen sacudido por fin el yugo que él y la Bobadilla les habían impuesto durante tanto tiempo, decían con gran libertad que era inicuo que ciudad tan importante estuviese subyugada por un advenedizo, juguete de la voluntad de su mujer, y á su capricho abusase del favor de los Reyes, reteniendo á su hija en su poder como prenda del interés propio.

Doña Beatriz acusaba en altas voces delante de la Reina á los ciudadanos de grave desacato por haber despojado de sus oficios á los amigos de su marido. Al oirlo Luis de Mesa, caballero muy reputado entre los segovianos, y con razón bien quisto de la Reina, protestó con más audacia que todos de aquellas palabras, y públicamente censuró la excesiva lenidad de D.ª Isabel al disimular el criminal alarde de la Bobadilla cuando decía que ella y su marido proveían á su antojo los oficios de la ciudad en favor de sus criados, sin recatarse de exponer esta y otras semejantes arrogancias en presencia de tan alta Majestad. Refiero aquí tan detalladamente estos hechos, porque cada uno de ellos originó luego muchos desaciertos. Fué el primero el haber accedido la Reina á las súplicas de los dos Grandes protectores de D.ª Beatriz, y el segundo haber temido el enojo de ambos, cuando fingidamente amenazaron con abandonar el partido de los Reyes si no se restituía á sus favorecidos el Alcázar y la provisión de los oficios de Segovia. Deaquí surgieron otros muchos peligros que sucesivamente iré refiriendo, aunque creo oportuno exponer ahora las quejas de Luis de Mesa. Persuadido de que la Reina, no sólo pensaba restituir á Cabrera el Alcázar y la provisión de los oficios de la ciudad, sino que consideraba reos de traición y vergonzoso crimen á Luis Maldonado y á los demás libertadores de la princesa D.ª Isabel, se atrevió á hablar en estos términos: «En esto, ínclita Reina, has querido superar el poder de la fortuna, pues nos quitastes lo que ella jamás arranca á los mortales, mientras alien-

tan, la esperanza. Además, te plugo trastornar los derechos de la gratitud, con acusar de traición á los libertadores de tu única hija, dignos por ello del mayor premio, y tener por muy leales á los reconocidos por opresores de la libertad, y otra vez señores, mejor dicho, tiranos de esta desdichada población.»

Tal fué la queja de Luis de Mesa, no tan amarga para la Reina como grata á los oídos de los vecinos. El Obispo, ya manifiestamente hostil á Cabrera, le echó en cara su gran ingratitud y censuró á la Reina por haber hecho patente ante los Grandes su sumisión en este asunto, al mismo tiempo que castigaba á los leales. Sobre todo se dolió de que hubiese estado disimulando durante dos meses sus intenciones.





CAPITULO IV

Hechos de D. Fernando en este tiempo en tierras de Vizcaya.— Tentativa fracasada del pirata Colón.

Entretanto había reunido D. Fernando en Vitoria 500 lanzas del condestable Conde de Haro y de otros nobles. El Conde de Treviño, tan poderoso en aquellas provincias, pretextó los cuidados que le daban las competencias de D. Alonso de Arellano, conde de Aguilar, para excusarse de enviar caballería é ir á saludar al Rey. Eran, sin embargo, bien conocidas sus intenciones hostiles al partido de D. Fernando, á causa del favor que empezaba á dar al Condestable, émulo del Conde, y sus constantes quejas de la injusticia del Rey, que prefería á los Grandes, un tiempo enemigos, á los que siempre le habían sido leales. Con pretexto de estas quejas, el conde D. Pedro Manrique favorecía á vascongados y navarros, y odiaba á los que antes había conocido combatir á los franceses. No parecía, por otra parte, á propósito llamar gente de á caballo de los demás Grandes ó de pueblos distantes, á causa de la esterilidad de aquella provincia, poco adecuada para el sostenimiento de

la caballería, pues todos los vascongados y guipuzcoanos viven en tierras pobres en frutos, y las más veces tienen que traer el trigo por mar de Francia, á la sazón su enemiga, porque del territorio alavés sólo pueden exportar cebada. Alojó, por tanto, D. Fernando aquellos 500 caballos en Vitoria y pueblos comarcanos, y él con los nobles ahorrados marchó á Bilbao, la ciudad más importante de Vizcaya. Allí trabajó, ante todo, con empeño porque se admitiese la Hermandad popular, que parecía incompatible con aquella gente facciosa y acostumbrada á vivir del latrocinio. Uno de los principales, Juan de Salazar, muy estimado del conde D. Pedro Manrique, estaba dispuesto á la rebelión y defendía con su gente el castillo de San Martín de Somorrostro, contra todos los demás vascongados partidarios de D. Fernando. Mientras éste atendía con extraordinaria solicitud al ataque del castillo, los franceses, que antes de su llegada trataban de estrechar el sitio de Fuenterrabía, acamparon á distancia, al otro lado del río que por allí corre, y rodearon los reales con doble foso y empalizada, temerosos de que D. Fernando les acometiera. Los vascongados y los que con ellos estaban en Fuenterrabía, cobraron tanta audacia como desaliento sus contrarios, y con diarias acometidas de la caballería les molestaban y trataban de excitar la temeridad de los franceses. Pero sus capitanes, considerando la reciente fortuna de aquéllos y el aprieto que á los suyos aguardaba, cuidaron de conservar la disciplina, reprimiendo su ligereza, hasta no permitirles la más pequeña escaramuza.

Cuando llegó á noticia del rey Luis, mandó inmediatamente al pirata Colón que aprestase una expedición marítima. Sabedor D. Fernando de que en ellas principalmente ponía el enemigo su confianza, quiso preparar una armada de treinta navíos. Para el pago de soldadas eran escasos los recursos, que sólo podían sacarse del repartimiento de pedidos en los pueblos; pero la gente vascongada, por su costumbre de procurárselos con el robo fuera de su territorio, no podía resignarse á echar estos grandes gastos sobre la carga con que contribuía para su propia expedición. Venció, sin embargo, tan graves dificultades su innata inclinación al real servicio, y repartiéndose los gastos de soldadas y provisiones, lograron equipar los 30 navíos. Nombró el Rey por Almirante á Ladrón de Guevara, sujeto nobilísimo, oriundo de aquellas provincias y adornado de muy estimables prendas. Faltábale, sin embargo, la práctica de las cosas de mar y no le favorecía tampoco su edad avanzada. Diósele por adjunto á Gracián de Agramonte, caballero navarro, de gran pericia en las materias de guerra, vencedor en muchos encuentros y distinguido por su agudo ingenio. También se puso á sus órdenes á Tolón, joven aragonés, hombre de letras, de gran expedición para las consultas y muy al tanto de los planes adoptados. El francés, sin embargo, pudo despachar antes su armada, porque el pirata Colón que la mandaba tenía constantemente preparados 13 navíos, abundantes riquezas para pago de los soldados, enriquecidos, además, con los despojos de muchas

gentes, y salía con furioso empuje á sus rapiñas del segurísimo puerto de Harfleur, su guarida. Al dirigirse á Bermeo, una recia tormenta arrojó al mayor de sus navíos contra la costa enemiga, y viendo á los otros empujados sobre las rocas á punto de estrellarse, dió rápidamente orden de salir á alta mar. Al dar vista á las costas de Asturias y Galicia, trató de compensar con alguna presa la pérdida de su navío; mas al querer atacar á Ribadeo, los gallegos, ya prevenidos á la defensa con tropas auxiliares, le mataron mucha gente, y de tal modo le escarmentaron, que amedrentado con el doble descalabro huyó á Portugal en busca de tranquilo refugio. Aquí le aguardaba el Rey para pasar á Francia, junta su reducida armada con la gruesa de Colón, y de camino reforzar y aprovisionar las plazas de Ceuta, Tánger, Alcazarquivir y Arzila, por tener noticia, no sólo de que los moros no cejaban en su intento de atacar á la primera de las citadas, sino que, ante todo, eran de temer las embestidas de los andaluces, que adelantarían la toma de la plaza.



CAPÍTULO V

Frústranse los falaces intentos del Duque de Medina Sidonia.—Terrible combate de Colón con los genoveses en aguas de Cádiz.

DESEANDO vivamente D. Enrique de Guzmán, duque de Medina Sidonia, realizar alguna expedición marítima después del fracaso de la empresa contra Tánger y de su poca fortuna con los portugueses, resolvió el ataque de Ceuta, considerado por algunos como fácil de acometer y facilísimo de llevar á término. Más que todos lo aseguraba Pedro de Córdoba, corregidor de Gibraltar, muy empeñado en esta empresa y que, pintándola todos los días como muy realizable, había logrado entusiasmar al apático Duque, tan inclinado por carácter á repentinos arranques como desidioso para perseverar en lo comenzado. Pero mientras iba accediendo á lo que el Corregidor le proponía con repetidos mensajeros, creyó muy ventajoso á sus intereses buscar oportunidad de recobrar á Gibraltar, aparentando la empresa contra Ceuta. Consejeros muy de su intimidad le aseguraban que aquella plaza podía considerarse vendida á D. Fernando, mien-

tras consintiese en ella á los conversos de Córdoba, tan reconocidamente inclinados á su obediencia que, so color de fidelidad debida á la corona, seguramente intentarían alguna novedad en daño del Duque. Además, sus íntimos le habían imputado frecuentemente á gran crimen el que, movido de codicia, hubiese encomendado ciudad de tan inexpugnables defensas naturales á aquellos prófugos, aborrecidos de la religión católica que, una vez dueños de la libre navegación, se entregarían absoluta y disolutamente á las ceremonias judaicas, y algunos tratarían de trasladarse á Jerusalén para practicar con más libertad los ritos hebraicos. Al oir estas acusaciones, el Duque se alegró de haber hallado ocasión de ocultar sus propósitos, y envió tropas al sitio de Ceuta, mientras él, más moroso, necesitaba mayores fuerzas. Iniciaron el ataque 5.000 resueltos andaluces, y ya, con sólo la pérdida de 30 hombres, habían ocupado todas las posiciones, á excepción de una más fortificada, dispuesta por los portugueses para un caso extremo, cuando llegó el Duque á Gibraltar, como de paso, con escogida caballería. El Alcaide de la fortaleza le abrió sus puertas y obedeció rendidamente sus órdenes, y el Duque no tuvo escrúpulo en deponerle ignominiosamente de su cargo y aun intentar prenderle como á traidor; todo á fin de disfrazar su perfidia, pues había prometido muchas cosas que luego no cumplió, y doblemente movido de avaricia, echó fea mancha sobre el principio y el fin de la empresa. Empezó por demostrar gran humanidad permitiendo que se acogiese en Gibraltar la mul-

titud de conversos fugitivos; pero como la guarda de la ciudad exigía estipendio de soldados y gasto de copiosas provisiones, vendió el refugio á los afligidos conversos para no tener que tocar á sus propias rentas; y al fin, cuando ya vió agotados sus recursos, porque sobre los demás infortunios habían tenido que soportar los gastos de la edificación de nuevas moradas, expediciones marítimas y transporte de caros víveres, acabó por exterminarlos, ya que habían empezado á resarcirse de los daños de sus mudanzas. Ante el provecho que esperaba, les hizo perder inhumanamente el fruto de sus pasados trabajos. No me sería fácil referir á qué extremo de necesidad se vieron reducidos los conversos cordobeses al verse otra vez precisados á volver á sus antiguas moradas, arrostrando los mismos peligros que habían corrido. El Duque, arrojando la máscara del viaje á Marruecos, manifestó públicamente haberse propuesto con aquella estratagema la recuperación de la fortaleza de Gibraltar.

Entretanto los soldados que por su orden combatían la fortaleza de Ceuta, hubieran sido completamente exterminados por los portugueses enviados con el pirata Colón por D. Alfonso, sin el grave descalabro que á franceses y portugueses hicieron sufrir los andaluces. Exasperado Colón, como dije, con el naufragio de su nave junto á Bermeo, y con el daño recibido en el ataque de Ribadeo, anunció al rey de Portugal en cuanto entró en el puerto de Lisboa, que había resuelto barrer de las costas andaluzas, hasta el estrecho de Gibraltar, cuantas embarcaciones encontrase.

Llegó de seguida la noticia del ataque del castillo de Ceuta, y entonces D. Alfonso reunió gran número de sus nobles, y á toda prisa despachó dos galeras que habían escapado á los pasados desastres, la *Real* y la *Lope Yáñez;* las tripuló con buen número de portugueses, que también embarcaron en las once de Colón, y las envió á la defensa de aquella plaza. Al mismo tiempo zarparon del puerto de Cádiz, con rumbo á Inglaterra, tres gruesas naves genovesas, una galera grande y otro navío flamenco llamado de *Pasquerio*, sin temor á otro peligro que el de las tormentas, por la magnitud de las embarcaciones y la numerosa tripulación, aumentada entonces por la previsión de experimentados genoveses para asegurarse contra los ataques de Colón. La fortuna lo dispuso de otro modo. Al divisar estas cinco embarcaciones las 13 unidas del rey de Portugal y de Colón, destacó éste una carabela á enterarse de quién eran y qué se proponían. Contestaron los genoveses que bien conocía Colón la firme alianza que con los franceses tenían, en cuya virtud disfrutaban de libre navegación por todos los mares. Pero él, con igual astucia que la empleada con los obedientes vascongados, dijo que el Almirante, los Maestres de las naves y los principales mercaderes podían pasar á la suya para enseñarle sus papeles. Como los genoveses no habían olvidado la pérfida conducta del pirata, se negaron á lo propuesto, y empuñaron las armas. Adelantóse entonces Colón con la *Real* contra una de las tres galeras genovesas; la de *Lope Yáñez* se arrimó al costado de otra, y una tercera clavó su arpón en la

elevada borda de la flamenca de *Pasquerio*, en alemán *urca*. Las otras dos galeras genovesas, seguras de los ataques de las naves más pequeñas del pirata, auxiliaban á los suyos. Ante la tenaz resistencia de la galera genovesa, Colón dió orden á otra de las suyas, también atestada de combatientes escogidos, de arrimarse al otro costado, á fin de apoderarse antes de ella entre las dos. No veía otro recurso más eficaz para combatir que el empleo de los artificios de fuego, con los que, haciendo volar por los aires llamas de azufre y chispas encendidas, aterraba y vencía á sus enemigos. En aquella ocasión, sin embargo, unos y otros sufrieron el daño, porque cuatro naves del pirata: la *Real*, la pegada al costado de la genovesa, la que combatía con la galera grande y la que trataba de incendiar la flamenca, fueron, como las enemigas, presa de las llamas. Siete quedaron casi destruídas, y también lo hubieran sido las otras dos genovesas, á no haber logrado extinguir rápidamente el fuego que empezaba á prender en ellas. Al defenderse de los ataques de otras embarcaciones, perdieron gran parte de la gente. También perecieron todos los genoveses y alemanes de las otras galeras, menos 150 que se salvaron á nado y recogieron las carabelas portuguesas, cuyos tripulantes miraban desde la playa de Lagos qué término tendría aquel encarnizado combate que duraba diez horas. Quinientos nobles portugueses perdieron allí la vida, hundidos en las aguas á causa del peso de las armaduras. Además, 2.000 franceses y portugueses perecieron entre las llamas ó al filo de las espa-

das. Colón, con unos pocos, logró á duras penas subir á otras naves. Tal fué el terrible desastre de este pirata, tan funesto también para los ladrones franceses y para la nobleza lusitana. El malvado Colón, arrancándose los cabellos, mesándose la hirsuta barba, entre aullidos, llantos y lamentaciones mujeriles, maldecía la desdichada alianza portuguesa, causa de la terrible derrota. Perdiéronse siete grandes naves, á saber: cuatro de Colón y portuguesas, una de las tres mayores genovesas y la urca ó corbeta de Flandes. Lograron arribar á Cádiz dos de las genovesas, cuya tripulación lamentaba tristemente la pérdida de la mayor parte de sus compañeros en el combate. Ocurrió éste el 7 de Agosto de 1476, no lejos del cabo de Santa María, en la costa andaluza, á unas 90 millas de Sanlúcar de Barrameda. Achacaban algunos el desastre de las dos armadas á la fortuna del rey D. Fernando, por ser genoveses y portugueses enemigos de la Corona aragonesa y del poder de Castilla. D. Fernando, sin embargo, lamentó mucho el descalabro de los primeros, porque trataba de reconciliarlos con los catalanes y hacerlos amigos de los castellanos, siguiendo los consejos de su tío D. Fernando de Nápoles, que á la sazón negociaba alianza con los genoveses y quería tener á su lado por auxiliar en esta negociación á su sobrino.



CAPITULO VI

Marcha á Francia el rey de Portugal.—Temor de los andaluces que sitiaban la fortaleza de Ceuta.—Entrevista del rey de Aragón con su hijo D. Fernando.

El combate de Colón y los portugueses con los genoveses, funesto para todos, causó hondo pesar á D. Alfonso, envuelto á la sazón en muchas dificultades. Veía además cómo la fortuna abandonaba á los suyos que, sobre los trabajos de la defensa de Ceuta, habrían de encontrarse desesperados de todo socorro, al paso que los sitiadores andaluces cobrarían nueva osadía cuando supiesen el desastre de portugueses y franceses. La única esperanza de auxilio consistía en que el Rey marchara á Francia y volviese acompañado de Colón con las naves restantes, para luego, reunidas todas las fuerzas marítimas de Portugal, libertar á Ceuta, y con su escogida nobleza, atravesar el mediterráneo y arribar á las costas de Narbona. En cuanto el duque de Medina Sidonia D. Enrique supo esta resolución de D. Alfonso, se la comunicó á los andaluces que con tan poco resultado sitiaban la fortaleza de Ceuta, y que, atemorizados ante el peligro alejado

por la batalla naval, no querían creer que con la espera se exponían á otro. Así, antes que D. Alfonso pudiese acudir al socorro, se volvieron á Andalucía sin gloria y con grave desdoro del Duque, acostumbrado á acometer con arrogancia grandes empresas, á continuarlas flojamente y á renunciar ignominiosamente á darlas cima.

Arribó el rey de Portugal á las costas de Marruecos con numerosas embarcaciones bien tripuladas, pues aunque las grandes naves no eran muchas, precedía tal multitud de esquifes, lanchas y navetas, que cubrían gran extensión del mar. Reforzó y aprovisionó abundantemente las guarniciones, con lo que se consideró muy oportuna su llegada, y aminoró mucho el sentimiento de la partida de Monarca tan previsor, porque los que le acompañaban habían hecho partícipes á los soldados repartidos por las guarniciones de la vana esperanza concebida, y que tan bien se aliaba con la estupidez portuguesa. Del viaje de D. Alfonso á Francia resultaría, según ellos, la inmediata reunión del ejército francés con el de Portugal, y de la entrevista de los dos Reyes, estrecha y firme alianza que permitiría, sin duda alguna, la posesión de los reinos de Castilla y su reparto entre las dos Coronas. Al francés tocarían las provincias de Cataluña, Navarra, Guipúzcoa y Vizcaya, las tres últimas con idiomas muy semejantes, y la primera con lengua poco diferente de la de *oc*. Los reinos de Aragón y Valencia y el resto de las provincias de España, limitadas por el océano y mediterráneo, se darían á la posesión ó á la conquista del rey de Portugal.

La primera cesión no parecía excesiva, si se consideraba que, gracias al concurso del poder francés, había de lograr Portugal la extensión de dominio que suponía el segundo reparto. Esta perspectiva y otras semejantes traían perturbado el cerebro de los portugueses y les hacían llevaderas las molestias del viaje, sin ocurrírseles para nada la conocida inconstancia del rey Luis y su conducta de siempre, esclava de los vientos de la fortuna; nunca inclinado á consideraciones de virtud; que ni sabía amar ni aborrecer, si en el fingido amor no veía ilegítima ganancia, ó si el odio no le suministraba ocasión de injusta guerra, y con ella ensanche de sus dominios. El rey de Portugal y sus compañeros, voluntariamente ilusionados, pasaron por las costas de Valencia y Baleares con rumbo al puerto de Colibre, separándose de Colón y de la multitud de carabelas y barcas. Los demás portugueses, á excepción de los nobles que con el Rey iban y de los refuerzos para las guarniciones, se volvieron á Portugal desde Ceuta y desde las costas de Tánger.

El menoscabo de las fuerzas marítimas del pirata le obligó á renunciar á sus correrías por los mares de oriente, y volviendo á las costas del norte y occidentales, intentó otra vez atacar á los gallegos y apoderarse de un puerto para rehacer en lo posible su armada. Cuando vió la poderosa escuadra equipada exclusivamente por los vascongados para perseguirle, se acogió á su guarida de Harfleur. Entretanto D. Alfonso, con escogida comitiva de nobles portugueses, arribó á Colibre y marchó por tierra á Tours, donde le

recibió el Arzobispo por orden de su Rey y fué acogido por el pueblo con vivas aclamaciones. Allí estuvo algunos días aguardando al rey de Francia el cual, contra lo que los portugueses habían imaginado, demostró con la lentitud de su marcha y el retraso de la entrevista que la visita no le había sido grata. Luego, con objeto de ocultar su propósito, apeló á la dilación señalando día determinado para celebrar una detenida conferencia en París. Al mismo tiempo quería dar á entender con esta desanimación á los enviados de D. Fernando, que había dado de mala gana hospitalidad al Monarca extranjero, cuando la razón exigía haberle recibido con la mayor afabilidad. Pero la agitación de sus pensamientos y sus secretas interpretaciones habían llegado á traslucirse hasta en su fruncido ceño y en cierto rubor del rostro. Antes de llegar D. Alfonso, y en presencia de sus enviados y de los de D. Fernando, había manifestado contrarias opiniones, dando aparte á cada uno el título de Rey de León y Castilla. En las entrevistas con él no habían podido obtener los prudentes enviados ninguna formal respuesta, porque aparentaba que las antiguas disputas sobre el Rosellón le obligaban á maquinar muchos planes contra su voluntad y á complacer á nuevos aliados, sin descuidar tampoco el sitio de Fuenterrabía. Tales eran las razones que este falaz y astuto Monarca solía manifestar de palabra ó por medio de sus confidentes á los enviados de D. Fernando, mientras decía á los portugueses otras muy opuestas. Con la permanencia de un día en Tours y con un

breve é insignificante coloquio pretendió cumplir con la hospitalidad debida al Rey extranjero, é inmediatamente marchó á proveer asuntos urgentísimos de guerra, porque ninguna de las juntas celebradas para pactar alianzas ó treguas bastaban para arreglar las diferencias, al parecer eternas, entre él y el duque Carlos de Borgoña, á la sazón envuelto en guerra con los de Colonia y pronto á romper con los suizos, con quien la astucia de este Rey había procurado enemistarle. Natural era en él que atendiese á estas maquinaciones con preferencia á dar satisfacción más decisiva al rey de Portugal, de tan lejanas tierras venido.

Don Fernando, por su parte, no sólo preparó la armada de 30 naves que desde las costas de Vizcaya hasta Cádiz había de dejar libres los mares de las piraterías de Colón, defender á los leales gallegos y combatir á Perálvarez de Sotomayor, parcial de D. Alfonso y que ocupaba la ciudad de Túy, sino que ordenó á los vascongados combatir la fortaleza de San Martín y trabajó por la libertad de los habitantes de Orduña, víctimas de la tiranía de Garci López de Ayala, del bando del conde de Treviño D. Pedro Manrique, en cuyas arterías la apoyaba. Además mandó, y fué obedecida su orden, que quedase establecida la Hermandad popular para castigo de los criminales. Por encargo del conde de Haro D. Pedro de Velasco y de los otros nobles encargados de la defensa de Fuenterrabía, se aplazó el combate con los enemigos, fuertemente acampados en la orilla opuesta, no lejos de la plaza, por ser más conve-

niente, según decían, á la dignidad del Rey, en caso que resolviera combatir, contar con más caballería, para alejar la vergonzosa contingencia de ser vencidos los castellanos por las numerosas fuerzas francesas. Además, como, ausente el rey Luis, dirigían la campaña sus Generales, si don Fernando, en campal batalla, los vencía ó los exterminaba, seguramente la ventaja sería grande, pero muy pequeña la gloria para el nombre castellano. Por el contrario, los que defendían la plaza, gente aguerrida y muy acostumbrada á pelear con los franceses, aseguraban que se les infundiría gran espanto y se les aniquilaría si D. Fernando, fingiendo venir contra ellos desde los puestos próximos con infantería vascongada, enviaba una vanguardia de 500 jinetes que oportunamente, por los más apartados desfiladeros, les acometiera, al mismo tiempo que en el repliegue del río los soldados escogidos de la guarnición empeñaban el acostumbrado combate con el enemigo. Al fin prevaleció la opinión del conde de Haro, y D. Fernando marchó á Vitoria en cuanto supo que su padre le esperaba allí para celebrar la deseada entrevista. El 13 de Agosto llegó el anciano Rey, y á poco su hijo. Abrazáronse con demostraciones de mutuo cariño, libres de las malévolas insinuaciones de los que tanto habían trabajado por introducir la sospecha en el ánimo del padre. Con él venía numeroso séquito de catalanes, valencianos y aragoneses, y entre ellos D. Juan de Cardona, antes conde de Pradés, y el obispo de Gerona Juan Margarit. El primero, largo tiempo retenido en la corte del rey de Francia,

cuando llegó allí enviado con Bernardo Hugo de Rocaberti, fué por entonces notado de alguna deslealtad; el otro, cuyo hermano Bernardo también había incurrido en esta nota por la traición de Gerona, logró hacerse perdonar sus delitos, gracias á la extrema bondad del anciano Monarca.





CAPITULO VII

Auge de la Hermandad popular.—Sumaria relación de otros sucesos.— Toma del castillo de Arroyomolinos.— Sitio de la fortaleza de las Navas.—Sucesos de Galicia.—Descalabro que el rey de Granada hizo sufrir á los andaluces.

EMPEZÓ entonces á tomar auge la Hermandad popular y se escogió la villa de Dueñas para que los capitanes redactaran sus ordenanzas. Acudió numeroso concurso, y en la primera Junta celebrada en Agosto, se resolvió que cada 150 ciudadanos subvendrían al sostenimiento de un hombre de armas, y cada ciento, al de un jinete; se señalaron las armas para los cuadrilleros, se estableció la cualidad de los caballos y se fijaron otra multitud de acertadas condiciones. Todos los habitantes, sin excepción alguna de nobles, religiosos ó eclesiásticos, quedaron obligados á contribuir equitativa y proporcionalmente á sus recursos al sostenimiento de los gastos, á fin de que los hombres honrados, los padres de familia, librando á la patria de las extorsiones y crímenes que por tanto tiempo la habían hecho sufrir ladrones y sicarios, devolviesen la paz á los reinos, haciéndose acreedores, juntamente con los esclarecidos Monarcas, á la grati-

tud de las gentes. D. Fernando aprobó todos los acuerdos tomados en la Junta, y concedió singulares privilegios á los Hermanos.

Inmediatamente se organizó una expedición que siempre y con gran acierto había estado solicitando Juan Ortega, hombre de bien, á la sazón Arcipreste de Palenzuela y sacristán del Rey, secundado por otros prudentes y severos varones, distinguidos por la santidad de su vida. Al principio los clérigos, los religiosos y los nobles llevaron muy á mal la carga que se les imponía; mas al cabo la bondad del propósito y lo urgente de la necesidad dirimieron las controversias y alcanzaron general asentimiento. Así pudo reunirse un escuadrón de caballos para combatir la fortaleza de las Navas, que, como asentada en las vertientes de la sierra de Avila, ofrecía seguro refugio á los numerosos ladrones que corrían y devastaban extensos territorios de Castilla la Nueva. Mandábalos el alcaide Fernando de Pareja, antes Adelantado de Galicia y ahora partidario del rey de Portugal. Con el despojo de los caminantes sostenía buen número de soldados, auxiliares de los otros ladrones refugiados en las fortalezas próximas; pero ésta de las Navas, por su especial situación, era la que causaba mayores daños. Facilitaba la empresa el sitio que Gonzalo Chacón, favorito de los Reyes y Señor de Casarrubios, había puesto, forzado por la necesidad, á la fortaleza de Arroyomolinos, levantada, merced á la corruptora licencia de la época, por Juan de Oviedo, antiguo secretario del rey D. Enrique, y á la sazón secuaz del Marqués de Villena, que, como

enemigo de Chacón, sostenía allí hombres malvados contra el partido de D. Fernando. Como sin la posesión de la fortaleza era imposible la del pueblo de Casarrubios, Chacón se vió obligado á combatirla, y reuniendo el mayor número de tropas que pudo, estableció el cerco. La proximidad de los lugares por la facilidad de prestarse mutuo apoyo, hacía esperar de aquí gran ventaja para la empresa acometida por la Hermandad; pero Chacón empezó á combatir la fortaleza antes del tiempo conveniente, cuando defendía la de las Navas gran número de ladrones que, no sólo entorpecían sus trabajos, sino que causaban grandes daños á los de la Hermandad, incapaces de resistir á la avalancha de bandidos que caía sobre ellos desde las fortalezas y que frecuentemente sorprendían y daban muerte á los que llevaban provisiones.

También los gallegos sufrían á menudo graves extorsiones de los portugueses, favorecidos por algunos magnates más amigos de la tiranía que de la paz. Entre ellos se contaba á Perálvarez de Sotomayor, tirano de Túy, ciudad separada del territorio portugués por el Miño. Por la parte de Asturias, frontera de Galicia, el sanguinario bandido Pedro Pardo, tirano de Mondoñedo, y ocupador de la villa de Vivero, asolaba los pueblos fronterizos de Galicia, favoreciendo á los portugueses contra los partidarios de D. Fernando. El arzobispo D. Alfonso de Fonseca, varón integérrimo, defendía con gran dificultad el célebre templo de Santiago en favor de aquéllos. Aborrecido por los magnates gallegos, temerosos de los fallos

de la justicia, este Prelado, modelo de probidad, había caído tiempo atrás en una emboscada, y sufrido multitud de penalidades, escapando al fin de su prisión, merced á la oportuna muerte de Bernardo Yáñez Moscoso. Este tirano de Compostela se proponía, después de abatir al Arzobispo con dos años de duro encarcelamiento, apoderarse por fuerza de armas de la célebre basílica de Santiago. Pero la ocupaban valientes soldados que, en tanto no veían libre al Prelado, su señor, la defendían con tal tesón y esfuerzo, que muchos, antes que el tirano Moscoso, perdieron allí su vida, y los restantes no cejaron un momento de resistir, quitándosela á 93 de los satélites del Moscoso. Cuando éste se disponía á destruir el templo con las bombardas, un tiro de ballesta, entrándole por la boca y atravesándole la garganta, acabó con su vida. El Arzobispo, víctima tres ó cuatro veces de los desmanes de los tiranos gallegos, había logrado otras tantas vencerlos, como dejo atrás indicado, y ocupar con varia fortuna la sede compostelana. Muerto el citado Enrique, y despojado el Arzobispo de la posesión de los pueblos pertenecientes á la silla, quedó defendiendo la ciudad y el templo contra el tirano Lope Sánchez de Ulloa y sus secuaces. Vino á favorecer su resistencia la expedición de los vascongados, que con 30 naves arribaron á las costas de Galicia, y que aún hubieran sido de más auxilio á los de D. Fernando, á no estorbarlo la apatía del almirante Ladrón de Guzmán. Contra su opinión, el esforzado navarro Gracián de Agramonte y algunos valientes vascongados tomaron la villa de Vivero, de donde ex-

pulsaron á la mujer de Pero Pardo; se apoderaron del puerto de Bayona y de la villa, fuerte por su situación y defensas y ocupada por el tirano Perálvarez de Sotomayor, y se hubiesen hecho dueños de Túy si el capitán Ladrón de Guzmán hubiera tomado con más calor el sitio de la plaza; pero asegurando que los vascongados se engañaban, prefirió libertar á Pontevedra, sujeta á la diócesis compostelana, á otra cualquier empresa necesaria á los gallegos, por haber ocupado de antemano un buen puesto y héchose dueña de la villa la galera portuguesa y numerosa hueste lusitana. Los marinos más experimentados combatían resueltamente la opinión del Capitán porque el fondeadero próximo á los muros ofrecía mucha seguridad para la galera y para las embarcaciones pequeñas de los portugueses, pero no para las vascongadas, á causa del flujo y reflujo del mar. Cuando ya se había consumido en estas disputas la mayor parte del dinero de las soldadas y el Arzobispo había reunido inútilmente tropas, el Capitán llenó de satisfacción á muchos vascongados dando orden de regresar á la patria. De las naves, unas, excepto cuatro que quedaron en las costas de Galicia por resolución del valeroso navarro Gracián y de Pedro de Monzaraz, hicieron rumbo á las conocidas costas, y otras arribaron á la desembocadura del Guadalquivir para llevar trigo de Andalucía á sus estériles provincias. Así se disolvió repentinamente la armada vascongada, no por naufragio ni por combate, sino por la decisión del jefe, que ni supo ni quiso emplear oportunamente los recursos de se-

senta días en alguna empresa gloriosa, cuando manifiestamente las fuerzas enemigas se hallaban quebrantadas por varios desastres, y los vascongados, entonces poderosos, no tenían que temer ningún ataque de armadas francesas ó portuguesas. Muy á mal lo llevaron el celtíbero Colón y el navarro Gracián; el primero fué á contarle al Rey lo que se había hecho en Galicia ó lo que hubiera podido hacerse; y el otro permaneció con Pedro de Monzaraz para que si los magnates gallegos contrarios al partido de D. Fernando intentasen alguna novedad en favor de sus amigos, no pudiera navegar muy lejos la galera que en el puerto de Pontevedra se encontraba anclada en un fondeadero peligroso.

Aprovechando una ocasión oportuna para hacer entrada por los pueblos andaluces, el rey de Granada cayó repentinamente sobre las aldeas de Santiago é Higuera, de la diócesis de Jaén y Maestrazgo de Calatrava, y se llevó cautivos á cuantos habitantes encontró desprevenidos.





CAPÍTULO VIII

Resoluciones adoptadas en Vitoria por el rey don Juan y por su hijo D. Fernando. — Tregua de seis meses.— Viajes de ambos Reyes.

En tanto que esto sucedía en Galicia y en Andalucía, el anciano Monarca aragonés y su hijo permanecían muy complacidos en Vitoria, tratando de la guerra con los franceses y de los bandos vascongados en que aquéllos confiaban mucho. En lo que había de decidirse respecto de Barcelona los pareceres eran varios, porque el asunto ofrecía muchas dificultades, y en las conferencias había que pesar el pro y el contra. Aseguraban algunos que sería poco honroso para el rey D. Fernando abandonar las Vascongadas sin dejar exterminado al enemigo frente á Fuenterrabía, cosa vergonzosa para tan esclarecido Rey que, con sola su marcha á Bilbao, había aterrado á los franceses; luego se había aproximado más y no había prestado á los suyos desde los lugares próximos auxilio más eficaz que el que les había dado desde los remotos. Sin embargo, para toda persona sensata la excusa de esto era evidente, como arriba queda dicho. Añadíase también la grave disidencia del conde de Treviño que, ofendido por la ingratitud del

Rey, había cambiado sus favores, inclinándose, al parecer, más al conde D. Pedro de Velasco que á D. Fernando, y miraba con torvo ceño á quien, á causa de los servicios prestados, estaba obligado á dar la preferencia en su afecto. Siguiendo el consejo de su padre, D. Fernando llamó al ofendido Conde, y con benévolas razones le aplacó algún tanto; mas el rencoroso D. Pedro Manrique, á escondidas de D. Fernando, se empeñó en hacer saber al padre en junta de los Grandes todos los agravios que en pago de sus servicios decía haber recibido. Celebróse en un campo cerca de Vitoria, donde se presentó el Conde con unos 200 caballos, como si no se encontrase seguro mientras el condestable D. Pedro de Velasco siguiese en las gracias del rey don Fernando. Expuso el Conde en la junta con mucho calor y elocuencia sus servicios, y el anciano Monarca le escuchó con gran benignidad. Luego, con amables razones, le manifestó las disposiciones de su hijo para con él; le prometió darle en adelante mayores pruebas de su benevolencia y recordó ante los presentes con tanta amplitud los servicios que debía á los padres del Conde, que éste prometió ejecutar las órdenes que se le diesen con más entusiasmo que hasta entonces.

Disuelta la junta, hicieron venir de Navarra al conde de Lerín D. Luis de Beaumont, yerno del Rey, que le había dado en matrimonio á su hija Leonor, habida en una concubina, creyendo que el parentesco con este magnate, jefe de uno de los dos bandos navarros, le ganaría los áni-

mos de los beamonteses ó lusitanos que, ya á causa del antiguo partido del príncipe D. Carlos, ya, principalmente, porque el mismo rey de Aragón había favorecido á Pedro de Peralta, cabeza del partido de los agramonteses, se mostraban siempre contrarios á la Corona. Con deliberado propósito, así como el padre favorecía á una facción, el hijo favorecía á la otra. Por esta razón el de Lerín acudió inmediatamente al llamamiento, y consintió en renunciar á sus antiguas opiniones con tal que el agramontés Pedro de Peralta cumpliese lo acordado. Además, el mismo D. Fernando quiso avistarse con su hermana Leonor, viuda del conde de Foix é hija legítima del rey de Aragón.

Entretanto se trató entre los magnates catalanes si convendría más que D. Fernando fuese á Barcelona para poner término á muchas diferencias, ó si el padre, en tan avanzada edad, podría dirimirlas é imponer el derecho. El anciano Monarca reprendió á aquellos magnates que pedían la intervención del Príncipe y no se avergonzaban de declararle á él incapaz por sus años para el gobierno, cuando, sin grave daño de los asuntos de Castilla, no podía su hijo marchar á provincias lejanas. Y este viaje se le habían aconsejado sus íntimos, vehementemente estimulados, no por la razón, sino por la avaricia, porque los catalanes prometían darle 300.000 libras de oro barcelonesas si quería ir á Cataluña. Llegué yo en aquel momento y, con mucha insistencia, y fundando mi opinión en gran copia de razones, traté de disuadir al Príncipe del viaje, y aconsejé al

padre y al hijo, como lo más conveniente, que después de proveer con cautela á la guerra con los franceses y á los bandos de los navarros, cada uno por su parte resolviese todos los asuntos pendientes y regresaran el uno á Cataluña y el otro á las provincias de León y Castilla. Túvose por lo más acertado que la Reina marchase desde Segovia á ver á su suegro á Burgos, donde ambos Reyes habían de ir para que el anciano visitase el maravilloso convento entre el regocijo de todos. Aprobó la Reina el plan; pero no le favoreció la fortuna, pues surgieron muchas dificultades que obligaron á D. Fernando á prestar toda su atención á los asuntos de Segovia y de Toro, y á su padre á remediar los tumultos de los navarros y las disensiones de los de Zaragoza.

Mientras se creía posible la alegre entrevista y el anciano Rey permanecía en Vitoria, su hijo decidió ir á visitar á su hermana, viuda, llamada princesa de Navarra, y luego, cruzando el monte de San Adrián, divisoria de Álava y Guipúzcoa, reunir en Segura, villa situada en las faldas de aquel altísimo monte, una junta de guipuzcoanos en que le prestasen juramento de fidelidad, como acostumbran los vascongados para el reconocimiento de sus Soberanos so el árbol de Guernica. Este acto de acatamiento de ambos pueblos difería en el nombre, pues los vascongados llaman Condes y reconocen por Señores á los que lo son de los reinos de León y Castilla, y los guipuzcoanos quisieron llamar primero á D. Fernando *su Rey*, para que la provincia de Guipúzcoa, antes del señorío de Navarra, pero ya de antiguo del de los reyes

de Castilla, se citase en la enumeración de los reinos y provincias de España.

Marchó D. Fernando á Salvatierra, dejando todavía á su padre en Vitoria, y allí se avistó de nuevo con el Conde de Treviño D. Pedro Manrique, ya bien dispuesto para preparar lo conveniente á la defensa de Orduña y entrega de la fortaleza de San Martín. De allí fué á ver á su hermana, la Princesa viuda, á la aldea de Eulate, en Navarra, lindante con Salvatierra, consiguiendo su asentimiento para cuanto creyó necesario en el arreglo de las diferencias de los nobles de Navarra. Luego hicieron que se les entregaran los castillos, cuyas guarniciones habían reforzado los cabezas de ambos bandos, y que alternativamente se combatían, y terminada la conferencia, D. Fernando regresó á Salvatierra. Al día siguiente atravesó el monte; fué á Segura, donde se habían reunido las autoridades guipuzcoanas; recibió de los principales el juramento de fidelidad; volvió á Vitoria y continuó el viaje en compañía de su padre, que deliberadamente había salido en dirección á Logroño, donde entraron juntos. De allí marcharon á Tudela y discutieron detenidamente con el condestable Pedro de Peralta acerca de la entrega del castillo que poseía por merced de los reyes de Aragón y Navarra. Arreglados estos negocios, hubo que acelerar la marcha del anciano Monarca á Zaragoza, perturbada con los tumultos de los ciudadanos.

Por aquellos días el rey de Francia, envuelto en mil dificultades, pidió treguas de seis meses. Don Fernando las aceptó, para poder con más libertad

atender á otros asuntos urgentes, y marchó á Burgos á ver á la amada esposa, que se había detenido mucho tiempo en Segovia. Allí estuvo algunos días aguardando al conde de Haro D. Pedro de Velasco, que se había detenido en la provincia de Alava todo el tiempo que pudo, porque el retraso favorecía grandemente sus intereses. Era él el único de los Grandes que acompañaba al Rey; el Cardenal, con quien le unía recíproca amistad, seguía á la Reina, y podía decirse que era el árbitro de los negocios; uno y otro parecían poderosísimos en todas partes, mientras el Rey, separado de la Reina, se gobernase exclusivamente por el consejo del Conde; pero una vez juntos en el Gobierno, era de temer que admiticsen á otros Grandes del reino á sus consejos.





CAPITULO IX

Toma admirable de Toro.

DURANTE la permanencia de D. Fernando en Logroño con su padre, recibió la gratísima noticia de la noble hazaña realizada contra la opinión general y que fué tan favorable á los castellanos como funesta á los portugueses. El pastor Bartolomé consiguió con su perspicacia realizar la expugnación de Toro, tantas veces intentada en vano por numeroso ejército. Apacentando su rebaño durante mucho tiempo en los alrededores de la ciudad, ocurríale á veces, al volver, encontrar cerradas las puertas, y para poder hallar entrada, tenía que ir examinando el terreno hasta dar con una, aunque no de fácil acceso. Pasa el Duero por Toro en su curso hacia el océano, y allí donde la ciudad se levanta sobre escarpada eminencia dominando el río, queda en parte defendida por la misma naturaleza del sitio. Desde la salida del puente que da acceso á la altura, va ésta elevándose gradualmente, y el lienzo de muralla que corre hacia oriente llega hasta el castillo y luego rodea también la ciudad, situada en llano por el norte; pero luego se dirige hacia occidente y queda resguar-

dada por naturales defensas. Además, imposibilitan el acceso un rápido torrente é inaccesibles hondonadas que las aguas pluviales, al precipitarse hacia el Duero, hacen más profundas. El espacio entre la desembocadura del arroyo y el puente está tan defendido por lo escarpado de la eminencia, que sólo en contados puntos admite alguno que otro puesto de centinelas. Así, pues, tanto la naturaleza del sitio como el ir el río tan pegado á la abrupta colina que sólo queda un estrecho sendero á los moradores que desde la entrada del puente siguen la orilla, les había dado siempre entera confianza en su seguridad. Defiéndenle por la parte de la ciudad dos puertas; por la más alta entran los que suben á la ciudad; la otra, lateral, y cara á oriente, se abrió para poder abrevar los caballos y para el paso de los caminantes.

El que bajo la primera bóveda que no toca á las aguas se dirige al sendero de que hablé, puede hacerlo á pie enjuto, pues por la otra parte que mira á la extensa llanura defiende el puente una torre de piedra con guarnición en tiempo de guerra. El pastor, hombre astuto, impulsado principalmente por el ansia de libertad, se condolía de los sufrimientos de sus conciudadanos, y veía con pena desterrar á los leales, á otros, asesinados por los satélites de los tiranos, y demolidas en daño de la ciudad las moradas de los nobles. Cuando vió frustrados los intentos de los de D. Fernando para tomar la ciudad, se avistó en secreto con uno de los capitanes y se ofreció á guiar á los soldados elegidos hasta el interior de la plaza, siempre que

fuesen hombres ágiles y con arrestos para seguirle.

Entre los nobles toresanos del partido de don Fernando había algunos principales caudillos como el obispo de Avila D. Alfonso de Fonseca y su sobrino del mismo nombre, ambos acaudalados, de gran esfuerzo, en otro tiempo muy enemigos de Juan de Ulloa, y á la muerte del cruel tirano, más aún, y con justicia, de los invasores de su patria, cuya libertad deseaban ardientemente. Informáronse éstos con cautela del pastor, y, convencidos de su lealtad y de su conocimiento del terreno, fueron á tomar consejo de D. Fadrique Manrique, el más noble de todos los capitanes que en derredor de Toro dirigían las operaciones del sitio; de gran experiencia militar, valiente y universalmente apreciado. Alabó éste el ánimo del pastor, y la traza por él ideada; pero juzgó necesario elegir á un caballero noble, y á ser posible oriundo de Toro, adalid de juventud escogida, que en los tumultos nocturnos se diese á conocer de los ciudadanos leales, para que, desechado el temor de la confusión del saqueo, se uniesen á los libertadores de la patria que dentro de la ciudad pelearan contra los opresores. Sobre todo indicó que era absolutamente preciso proporcionar entrada en la ciudad por la puerta inferior del puente á los caballeros de su escuadrón, para librar de un desastre probable á los pocos peones que guiados por el pastor se dirigiesen al interior de la ciudad. El pastor se comprometió á ejecutarlo así todo.

La principal dificultad parecía consistir ya en la designación del caudillo, pues el Obispo de Avila

citado y su tío, tenían cargo de la caballería; pero Antonio de Fonseca, hermano del acaudalado Alfonso, aceptó de buen grado el encargo, y se puso á la cabeza de unos 70 hombres vigorosos, elegidos entre los jóvenes más esforzados. Dejaron los caballos en la falda de la escarpada colina, y con el arrojado joven Antonio siguieron al pastor, llevando por indicación suya algunos azadoncillos y armas arrojadizas.

El 19 de Septiembre de 1476, á las doce de una oscurísima noche, llegaron á la áspera colina separada de la orilla del Duero por tan estrecha senda que apenas deja espacio para tres personas que caminen de frente. El pastor les animó aconsejándoles que no les amilanasen las primeras dificultades, sino que, á imitación suya, marchasen resueltamente al interior de la ciudad cuando, pasada aquella especie de muro que cortaba el paso, se viesen de repente las demás partes del terreno. Luego él, con su azadón, fué haciendo escalones en la tierra arcillosa del collado, y cogiendo por la mano, de uno en uno, á los que le seguían, les facilitó la bajada hasta la estrecha senda. Después de subir y bajar tres veces los fosos y trincheras naturales de aquel abrupto terreno, llegaron por fin á los puestos avanzados que, como considerados inútiles, guardaban con poca vigilancia rústicos centinelas. Avanzó Bartolomé protegido por la oscuridad de la noche, y al sentir al que hacía la guardia, le gritó con voz estentórea: «¡Centinela, alerta!» Se cree que el rústico, por saber de lo que se trataba, había respondido:

«¡Adelante, y buena suerte!» sin añadir una palabra más.

A la misma hora, D. Fadrique Manrique y los demás capitanes de la caballería estaban aguardando atentamente el resultado; pero en vano hubieran intentado penetrar por la puerta oriental del puente, si Bartolomé y sus compañeros no la hubiesen abierto repentinamente desde dentro.

Engañando á los guardias, los 70 que con Antonio de Fonseca y con Bartolomé habían entrado en la ciudad rompieron fácilmente con hachas las puertas del puente, aseguradas con cerrojos y pestillos, y de seguida dieron entrada á los caballos. A fin de tener engañada á la guarnición de Toro, Bartolomé envió á un compañero, muy conocido de los sicarios que por orden de Doña María Sarmiento y del Conde de Marialba guardaban una ermita próxima al puente, y le encargó que les diese noticias falsas. Ya sobresaltados, les dijo que los de D. Fernando eran dueños de la parte opuesta de la ciudad, y viéndolos coléricos, dispuestos á resistir á los jinetes que iban subiendo la colina, se arrojó sobre dos de ellos, los hirió, y mientras entretenía á la turba, fué socorrido por los suyos que, llegados á la cima, penetraron hasta la plaza, llena de soldados portugueses.

Allí se trabó feroz pelea, empeñados unos en dar cima á la empresa acometida y los otros en rechazarlos. En la primera embestida vencieron los de D. Fernando, que por la plaza y por las aldeas más próximas al castillo dieron muerte á los portugueses y á sus secuaces, y en la con-

fianza de que los ciudadanos adictos los perseguirían también, empezaron á recorrer las calles entregándose al botín y á la venganza. Hasta tal punto perduraban en los caballeros del Obispo de Avila y de su tío D. Alfonso de Fonseca los odios antiguos contra los de Toro, antes favorecedores de Juan de Ulloa, y á la sazón de la viuda, que en la plaza apenas quedaban 80 soldados con D. Fadrique Manrique. Al saberlo los portugueses, reanudaron la pelea, y con tal ímpetu cayó la multitud sobre aquel puñado de hombres, que los obligaron á refugiarse en la casa de Avellaneda, situada en la entrada de la plaza, cerca de la iglesia de Santa María. No tardaron, sin embargo, en salir por el postigo á reanudar el combate 30 valientes hombres de armas que D. Alfonso de Aragón, hermano del Rey, había puesto á las órdenes de D. Fadrique, y que se atrevieron á resistir el empuje de la multitud portuguesa. Su valeroso ejemplo animó á sus compañeros, y pronto lograron rechazar á los 600 enemigos hasta su primer refugio del templo y de los arrabales que desde aquella pequeña plaza se dirigen al castillo y tocan á la iglesia, para lo cual les daba seguridad la que los portugueses tenían de no temer ningún ataque por la espalda. Los demás soldados de D. Fernando recorrían en tanto la ciudad auxiliando á sus compañeros, que ya habían perdido siete, y tenían la mayor parte heridos. Aterraba á los portugueses, aunque todavía indemnes, el confuso clamor y el toque de las trompetas, y creció su espanto cuando creyeron ver á los ciudadanos mezclados con la multi-

tud de caballeros de D. Fernando, para ruina de la nación portuguesa.

Zapico, que con unos cincuenta compañeros guardaba la puerta de la ciudad más próxima del castillo, no se atrevió á esperar allí el ataque de los enemigos, y á favor de la oscuridad de la noche, se escapó con ellos, llegando casualmente al sitio en que la gente que seguía á D. Antonio de Fonseca y al pastor Bartolomé habían dejado 60 caballos. El y sus compañeros montaron inmediatamente en ellos, y con el Conde de Marialba escaparon á todo galope. Los demás se acogieron al castillo ó á la iglesia de Santa María, ocupada por buenas defensas, y trataron de ocupar los dos barrios de su primer refugio.

Al alborear el día, los ciudadanos partidarios de D. Fernando desecharon todo temor; los capitanes recogieron á los peones y jinetes entregados al saqueo; cesó la oscuridad de la noche, amparo de la imprudencia; todos se alabaron de alguna hazaña, y con excepción de algunos pocos cuyos bienes habían sido robados, los demás ciudadanos se alegraron de lo ocurrido y desearon que al cabo se tomara el castillo.

De repente, corren los soldados al ataque de la iglesia y forman la testudo; prenden fuego á las puertas que miraban á la plazuela, sin hacer caso de la nube de saetas y de piedras que desde lo alto arrojaban á la plaza y de que fácilmente se libraban, y cuando ya el fuego consumió las puertas y los quicios y el humo hizo imposible el ataque, los de la torre tuvieron que rendirse.

Los valientes puestos por D. Alfonso de Aragón á las órdenes de D. Fadrique Manrique recibieron el encargo de recuperar los arrabales ganados por los portugueses. Antes de anochecer ya los habían obligado á refugiarse en el castillo, único que faltaba tomar. Inmediatamente reforzaron los puestos frente al enemigo; hicieron minas en dirección á los fosos que rodeaban la fortaleza; dispusieron en ellas ramales y contraminas para asegurarse de las acometidas de los contrarios y reunieron numerosas máquinas de guerra.

En cuanto la Reina oyó la noticia, marchó á toda prisa desde Segovia á Toro, y D. Alfonso de Aragón dispuso la artillería y máquinas de guerra para el ataque. D.ª Isabel esperaba con tanto afán el resultado, que muchas veces entraba en las minas hasta el foso del castillo y presenciaba los combates desde los ángulos. D. Alfonso, con los cañones más ligeros y con los trabucos, molestaba á los enemigos que le defendían. Luego aprestó tres gruesas bombardas y las asestó contra el punto que conoció podría servir de refugio á D.ª María Sarmiento y á sus hijos en caso que lograsen escapar de las pelotas de los trabucos que caían sobre cuantos acometían cubiertos con las escalas, cuando algún tiro de bombarda abriese brecha en la muralla exterior. Una de las culebrinas llevó la cabeza al Alcaide del castillo, que tenía dispuestos muchos planes contra sus enemigos. Su muerte aumentó el temor de D.ª María y de los que la acompañaban, pues él era el principal nervio de la resistencia, y acabó de aterrarlos el conocer la inminente ruina que les

amenazaba, porque D. Alfonso de Aragón había descubierto su refugio bajo la tortuga y podía aportillar el muro cuando la mujer con sus hijos intentaran escapar de los tiros de los trabucos. Para huir ella y librarlos de tales peligros, pactó la entrega bajo ciertas condiciones, entre las que se incluía la entrega de las otras tres fortalezas, La Mota, Monzón y Villalonso, entonces á su obediencia, y en otro tiempo ocupadas por Juan de Ulloa, siempre que la última, fortísima por su situación y obras de defensa, y levantada por Ulloa en daño de los pueblos, quedase, con pleito homenaje, en poder de D.ª María para seguridad suya y de sus hijos. Además, debía permitírsela detenerse algunos días en el castillo de Toro, bajo la guarda del alcaide Pedro de Velasco, hijo del difunto Fernando de Velasco, que había peleado esforzadamente en la recuperación de la ciudad. La viuda, antes de entrar en posesión del castillo de Villalonso, había de pagar cierta suma para compensar hasta cierto punto los daños causados á los pueblos, pues parecía imposible resarcirlos en absoluto. La cruel furia de Juan de Ulloa, de su mujer y de los portugueses había hecho demoler cerca de 700 casas, y las ruinas de muchas de ellas, pertenecientes á familias principales de Toro, daban á la ciudad tristísimo aspecto.

La fortaleza se rindió el 20 de Octubre, estando aún el Rey en Burgos preparándose á visitar á la Reina.



CAPÍTULO X

Lo que hizo el Rey en su camino.—Sitio de los castillos de Cubillas, Castronuño y Sieteiglesias.—Reunión de los Reyes con su hija.

Partió el Rey de Burgos el 18 de Octubre, y al salir, vino á su encuentro el obispo D. Luis de Acuña que, entre los de ánimo enconado contra los de D. Fernando, había levantado el castillo de San Rabeto para saltear á los caminantes y á los burgaleses. A este Prelado, tanto por su perversa conducta como porque por cartas y por emisarios había tratado con el rey de Francia de procurar nuevos peligros á los españoles, se le consideraba digno de castigo; pero, sin embargo, creyó el Rey que debía oirle y responderle benignamente, excusando sus maldades y sus costumbres, que habían de llevarle á su ruina, para evitar que, desesperando del perdón, se arrojase á mayores excesos. No se le permitió, sin embargo, entrar en la ciudad, por más que lo pidió encarecidamente, siendo ésta la única súplica á que el Rey opuso severa negativa. Al día siguiente marchó el Obispo á Palenzuela.

Como el deseo de todos los cortesanos era la ida á Valladolid, adonde creían que el Rey se encaminaba directamente, él, con pretexto de la caza, engañó á la multitud, y con rápida marcha, acom-

pañado de unos pocos, trató también de engañar al alcaide de la fortaleza de Gumiel de Izan... (1) cuya guarda se había confiado á su lealtad en atención al celo con que tiempo antes había procurado concertar las rivalidades del condestable D. Pedro de Velasco y de su pariente Diego de Rojas, conde de Castro. Mas como transcurriese el tiempo señalado para el arbitraje y, según el tenor de los conciertos, el Alcaide estuviese obligado á entregar la fortaleza á D. Diego de Rojas, se le redujo, por ardid, á hacerlo cuando más desprevenido se hallaba. Muy ajeno de sospechar la presencia del Rey, oyó de pronto que unos hombres, previamente iniciados en la estratagema, exigían en alta voz á los guardias, ante las puertas del castillo, ser oídos por el Alcaide. Preguntóles desde el recinto qué querían, y le notificaron que el Rey les enviaba para que entregase el castillo á otros que oportunamente enviaría. Excusóse el Alcaide, y entonces el Rey, que se había tapado el rostro, se descubrió de pronto, y en alta voz le dijo quién era y le mandó que, cumpliendo con su deber de vasallo, entregase la fortaleza á quien él ordenase. El Alcaide se negaba alegando los pactos, y entonces D. Fernando contestó: «A cuantos estáis al lado del Alcaide y habéis oído mi real mandato os ordeno que inmediatamente me abráis las puertas, aunque tengáis que romper pestillos y cerrojos, si es que preferís á las excusas la lealtad que se me debe.» Al punto todos, sin cuidarse del Alcaide, rompieron con las hachas cerrojos y pasado-

(1) En blanco el nombre.

res y abrieron la fortaleza á su Rey, ante las inútiles protestas del Alcaide contra la violencia que se le hacía obligándole á romper los pactos ajustados.

El Rey dió la tenencia de la fortaleza á Juan de Salazar, caballero de Aranda, y se encaminó por otra vía hacia Valladolid. Aquí permaneció pocos días, y á ruegos de su tío D. Alfonso Enríquez, fué á comer á Simancas. Después de comer, le amonesté en largo discurso que no prescindiese, como sospechaba, de los consejos de su anciano padre. Me contestó benignamente que en nada se apartaría de lo que se había tratado en Vitoria acerca del común remedio de las cosas públicas.

Al día siguiente, 30 de Octubre, llegó á Toro, y en el mismo día se estableció el cerco de las fortalezas de Cubillas y Sieteiglesias y se sentaron los reales al rededor de Castronuño para que, ya que la situación y defensas de la fortaleza hiciese difícil el ataque, al menos se tomase la población. Reforzáronse al efecto varios puntos con doble campamento y se rodeó todo con fosos y trincheras. Los caballeros de la Hermandad fortificaron sus reales con mayor actividad; pero se descuidaron otros puntos más próximos al peligro, y observado por los sagacísimos ladrones de la guarnición, salían diariamente por el postigo de la fortaleza y molestaban á los sitiadores con frecuentes embestidas. En una ocasión faltó poco para que los hiciesen sufrir terrible descalabro. Cuando el Rey lo supo, marchó al campamento y encargó mayor cuidado y diligencia en la defensa; acusó de desidia á D. Alfonso de Fonseca

por haber establecido desacertadamente los puestos, y elogió á los caudillos de la Hermandad por el cuidado con que habían provisto á todo.

Sucedió casualmente que, cazando el Rey por los campos, su halcón cayó, con la presa entre las garras, dentro del castillo de Cubillas, flojamente cercado. Envió el rey á un criado á recogerle, y como el Alcaide se negara á entregársele, el criado le dijo: «Obras como necio al retener el halcón del Rey, pues, además de la grosería, no adivinas cómo el haber caído desde lo alto en el interior de la fortaleza es un presagio de lo que será el poderío del Soberano.» Por entonces el Alcaide no hizo caso de las palabras del criado, que profetizaban lo venidero.

Llamó el Rey mayores fuerzas de los pueblos para el ataque de la villa, ocupada por gran número de ladrones, á fin de combatir luego de tomada, el castillo, fortísimo por la naturaleza y por las obras de defensa. Su situación había ocasionado frecuentes combates, porque los alcaides, devastando en gran extensión los territorios circunvecinos, habían inferido gravísimos daños á caminantes y moradores. Principalmente Pedro de Avendaño, desalmado capitán de ladrones, había recorrido durante largos años aquella tierra, oprimiendo á los pueblos con el yugo de la más cruel servidumbre, y así obedecieron contentos las órdenes del Rey. Pronto acudieron de Salamanca caballeros é infantes salamanquinos con manteletes construídos para el sitio, y tras ellos vinieron los de Zamora, Avila, Segovia, Valladolid y Medina.

El día señalado llegó el Rey con la gente de Toro á los campamentos, que ya eran tres, pues entre los dos primeros, los populares habían fortificado el tercero, sin suspender por ello el batir de las bombardas ni los disparos de otras piezas más pequeñas llamadas en francés ribadoquines, y que desde una colina que descubre las calles de la villa, derribaban sin vida á los defensores. Las brechas abiertas en las murallas por los tiros de las bombardas grandes tenían ya atemorizados á los habitantes, culpables al igual de los ladrones por sus relaciones con ellos, y como por orden del Rey se hubiese dispuesto el asalto general para el día siguiente, intervino D. Fadrique Manrique, en otro tiempo secuaz del alcaide Pedro de Avendaño, y consiguió del Rey que aceptase la entrega pacífica de la villa, con lo que evitaría la pérdida de muchos soldados y se proporcionaría mayor seguridad en el ataque de la fortaleza. Todo á condición de que se levantase el sitio de la de Cubillas, y con promesa de que en adelante las guarniciones ni hiciesen botín ni ejerciesen violencias, sin poder tampoco admitir refuerzos ni nuevas provisiones. Algunos de los que con el Rey estaban desaprobaban estas negociaciones de D. Fadrique, porque venía á salvar de inminente peligro al Alcaide que, luego más seguro en la fortaleza, causaría á los de D. Fernando mayores daños y con más comodidad que la que le ofrecía la defensa de las murallas derruídas de la villa falta de reparos. Además, salvaba con aquellos pactos la fortaleza de Cubillas, ya forzada á rendirse.

El Rey, sin hacer caso de los varios juicios de los contradictores, tomó posesión de la villa; licenció á los fuertes contingentes de los pueblos; mandó á los caballeros de la Hermandad que se mantuviesen en otro campamento, porque otros de los primeros avanzaron más á fin de reprimir las salidas de los ladrones por el postigo de la fortaleza, y dió el mando de la guarnición de la villa á D. Alfonso de Fonseca.

Luego volvió á Toro, donde, la llegada de la ilustre princesa D.ª Isabel, causó gran alegría los Reyes.





LIBRO XXVIII

CAPÍTULO PRIMERO

Diferentes salidas efectuadas por los ladrones. —Muerte del maestre de Santiago D. Rodrigo Manrique.

GRAN alegría causó á los Reyes la presencia de la niña, porque, como prenda confiada en el Alcázar de Segovia al arbitrio ajeno, tenían deseos de verla, y milagrosamente Dios había favorecido la verdadera libertad de la Princesa, que ya podían conservar á su lado ó enviar adonde quisiesen en compañía de fieles servidores y de nobles doncellas, mientras los negocios exigiesen la constante marcha de un lugar á otro, como ocurrió bien pronto con la noticia de la muerte del preclaro Maestre de Santiago don Rodrigo Manrique, que obligó á la Reina á marchar apresuradamente á Castilla la Nueva.

Este indomable caudillo, que en su vejez sobrepujaba en los ejercicios militares á los más robustos jóvenes, con un vigor físico incansable para todo, sucumbió á consecuencia de una pústula cancerosa, que en pocos días le consumió el rostro. Al conocer que se aproximaba su fin, envió á los Re-

yes cartas con excelentes consejos, que en resumen advertían cómo la divina clemencia jamás abandonaba al pecador, siempre que, arrepentido, se confiase á la omnipotencia del cielo, y así á él, conociendo que se aproximaba el fin de su vida, y deseando merecer gozar de la verdadera y perpetua luz, se le presentaban á la mente, por tanto tiempo ofuscada con vanas ilusiones, muchas cosas, cuya verdad hacía patente una breve reflexión. Por estas consideraciones se había decidido á comunicar por escrito á los Reyes todo aquello que, si para él era amargo, podía ser utilísimo para ellos. Ciertamente, á sus años, la muerte no venía de sobresalto, y así podían estar seguros de que no le apenaba el término natural de su carrera, sino por el ardiente deseo de dejar pacíficos y tranquilos los reinos de Castilla y León bajo el cetro de los reyes D. Fernando y D.ª Isabel, á cuyas reconocidas virtudes había rendido constante homenaje. Mas no siéndole dado ver esto y alegrarse juntamente con los que se alegraban, puesto que la hora de la muerte se aproximaba, les pedía encarecidamente y les suplicaba que nunca se desviasen del camino recto en la gobernación del reino, sino que en los tiempos calamitosos buscasen el auxilio del Omnipotente, obedeciesen los divinos preceptos, diesen constante cumplimiento á las leyes establecidas, repartiesen los premios y castigos con arreglo á los merecimientos, y si alguna vez la divina Majestad, por cuya voluntad reinan los reyes, se dignaba favorecer sus empresas, reverenciasen humildemente á su bienhechor y no les ensoberbeciese la prospe-

ridad. Asimismo debían trabajar por volver á su norma al Maestrazgo de Santiago, perturbado por largas revueltas, y obligar á las demás Ordenes militares á regirse por sus antiguas constituciones, para que no quedasen encomendadas por más tiempo las cosas de Dios y consagradas á la virtud á la avaricia de los inicuos y á las impurezas de los vicios. Muy especialmente les rogaba que se compadeciesen de su mujer, de sus hijos y de sus fieles criados, á quienes le apenaba dejar sin amparo ni bienes de fortuna, porque los extremados trabajos é intolerables dispendios les habían reducido á la última indigencia, de que sólo podría sacarles la liberalidad de los Reyes, á quienes servirían con la misma lealtad y sumisión que les sirvió siempre, mientras tuvo vida, el que ahora, á las puertas de la muerte, les daba los últimos consejos.

Envió estas cartas el Maestre desde Ocaña el 13 de Noviembre de 1476, mes en que falleció. Leyéronlas los Reyes con lágrimas en los ojos, y amargó su corazón el recuerdo de las hazañas de tan ínclito varón, merecedor de las mayores alabanzas entre todos los magnates españoles, y cuya pérdida era tan sensible en momentos en que más se necesitaba su concurso. Resolvieron luego repartirse la resolución de los negocios, encargándose la Reina de los de Castilla la Nueva; de ir á Ocaña y recibir de mano de D. Pedro Manrique, primogénito del difunto Maestre, y de la de otros Alcaides la villa de Uclés y las demás fortalezas del Maestrazgo. Por último, se encargó de poner término á las turbulencias de Andalucía,

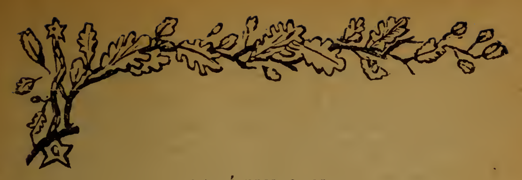
especialmente á las rivalidades de los de Baeza, porque á causa del largo cerco del castillo, como los moradores facciosos se dividían en varios bandos y el Conde de Cabra favorecía á los más fieles, se necesitaba el poderío real para, con su autoridad, dar fin á todo pretexto de delito.

Don Fernando marchó desde Toro á Medina del Campo para poner á seguro á su tierna hija, porque allí había una gran torre con amplísimos alojamientos, cuya guarda estaba encomendada á Gutierre de Cárdenas, persona de la entera confianza de los regios cónyuges, motivo para que se eligiese aquella mansión como más á propósito para la seguridad y decoro de la ilustre adolescente. Antes de el Rey continuar el camino emprendido pareció necesario poner término á las correrías con que los ladrones de Castronuño molestaban á los caminantes, porque después de los desmanes cometidos por aquel pérfido Alcaide contra lo pactado, según su costumbre, parecían inútiles los esfuerzos de la gente de D. Fernando contra la fortaleza, si éste no apelaba á nuevos y más eficaces recursos.

Bien pronto había arrastrado á las acostumbradas tropelías á los ladrones que, según lo pactado, estaban obligados á permanecer quietos en la fortaleza de Cubillas, y como la otra desde enfrente dominaba la orilla opuesta del Duero, se hacía preciso poner estrecho cerco á ambas. De otro modo era imposible evitar el mutuo auxilio que se prestaban, porque al amparo de ellas tenían una barca para el paso del río, y saliendo de noche, burlaban á los de D. Fernando, que difícilmente

podían con toda su vigilancia reprimir las salidas de aquellos bandidos. Así pues, á principios de 1477, el Rey se ocupó con más atención en Medina de proveer á todas estas urgencias, después que la Reina, con arreglo á lo resuelto, marchó en los primeros días de Diciembre anterior á tierras del Tajo, tomó posesión de Ocaña y de Uclés y puso á raya las tentativas del comendador mayor de León D. Alfonso de Cárdenas que, como dije, se había arrogado descaradamente el título de Maestre de Santiago en vida de D. Rodrigo Manrique, su rival en la posesión del Maestrazgo. Alentado por los votos de muchos Comendadores de la Orden, y al frente de 300 lanzas, había venido á Castilla desde la frontera portuguesa; pero la presencia de la Reina refrenó sus ambiciones, pues, temeroso de caer en manos de la caballería, ya de antemano prevenida por D.ª Isabel, retrocedió rápidamente hacia tierras de León.

Entretanto se enviaron al papa Sixto IV cartas en que se pedía para el Rey la administración del Maestrazgo de Santiago, en atención á las rivalidades de los Grandes por obtenerla, con igual ambición y descaro que á la muerte del Maestre Pacheco. Para ahogar estas ambiciones no se veía otro remedio que encomendar al Rey la administración, y que con las rentas de cuatro ó de cinco años proveyera á los gastos, imposibles de sufragar por otro medio, consumido ya por don Enrique todo el real tesoro en inicuos dispendios, como arriba queda dicho.



CAPÍTULO II

Entrevistas del Rey con el Duque de Alba y Conde de Treviño.—Expedición contra franceses.—Recuperación de Huete.—Toma de las Navas.—Tumultos en Toledo.

ANTES de adoptar el Rey estos acuerdos en Medina había provisto por el camino á otras muchas urgencias. Conocía la poca constancia de los navarros, siempre divididos en bandos y rivalidades, y veía al Conde de Treviño inclinado á nuevas perturbaciones, y así trató de calmar á un tiempo los trastornos de aquel reino y declarar con blandas razones sus propósitos al Conde, á la sazón en compañía del Duque de Alba. Hízolo así particularmente por creer más oportuno tratar del asunto cuando se celebrase en Tordesillas la entrevista con el Duque de Alba, puesto que conocía los propósitos de los Grandes que, como de iguales tendencias, y por ser el más poderoso y el más aficionado á novedades, le preferían á todos en las entrevistas, y procuraban excitar su amor propio por constarles cuán á mal llevaba el especial favor que los Reyes concedían al conde de Haro don Pedro de Velasco y al Cardenal.

Todavía daba más pábulo á su resentimiento el Conde de Treviño, que le acompañaba, exacerbando con quejas y reflexiones al ofendido prócer. Aceptada la entrevista por el Duque, su tío el Almirante, que con él estaba, y que á ninguna de las facciones de los Grandes inspiraba bastante confianza, halló medio de mezclarse en el asunto. Lo mismo el Duque que el de Treviño expusieron al Rey numerosas quejas y agravios, cuyo fondo penetró él, y á las que satisfizo prometiéndoles mercedes y confesando haberles tenido y tenerles siempre en la mayor estima.

Después envió á Navarra al conde de Monteagudo D. Pedro de Mendoza, al frente de 500 lanzas de las Hermandades populares de Burgos, Palencia y Soria. Acaudillaba á los primeros Gonzalo de Cartagena; á los segundos, Luis de Acuña, hijo del Conde de Buendía, y á los terceros... (1). Todos ellos á las órdenes del conde D. Pedro de Mendoza, debían, según el mandato regio, proveer cautamente en Pamplona á los asuntos de Navarra y oponerse á los conatos de los franceses, pues, en cierto modo, se les habían abierto todos los pasos de las montañas, al norte por los gascones, y al mediodía por los navarros. Así, pues, de no oponérseles fuerzas militares en Pamplona, tenían franco el paso para el interior de la península, pues ocupada aquella ciudad, la principal de Navarra, facilísimamente podían llegar hasta la ribera del Ebro, y después, sólo merced á un combate encarnizado podría evitarse que

(1) En blanco en todos los originales.

fuesen dueños de la llanura, al igual de nosotros. El traidor que facilitó el escarpado paso de Roncesvalles, viendo á Pamplona fuertemente presidiada por la caballería castellana, no permitió á las tropas francesas ocupar la fortaleza del monasterio, y su aparente vacilación le hizo sospechoso á unos y á otros. Del mismo modo los demás magnates navarros, á vueltas de amenazas, pretendían opinión de leales, y ninguno de los Reyes los acusaba públicamente de traidores; pero la ficción y el disimulo por ambas partes se descubría, mientras los ánimos sentían muy diferentemente de lo que los semblantes demostraban.

Por este tiempo trataron los capitanes de don Fernando de recobrar á Huete, largo tiempo tiranizada por Lope Vázquez de Acuña, hermano del Arzobispo de Toledo. Los pueblos limítrofes se quejaban amargamente de los intolerables daños que aquel tirano, por naturaleza enemigo de la humanidad, les había hecho sufrir, y de la guerra y de las rapiñas con que á la sazón, siguiendo el partido portugués, les castigaba. En cuanto los Reyes pudieron verse algo libres del enemigo más poderoso y extender su poder á sitiar fortalezas enemigas ó á combatir á los Grandes ó á los pueblos que se les rebelaban, decidieron acabar con aquel *lobo* (1) para que no devorase á las ovejas. El favor de su hermano dió alientos á Lope para despreciar aquellas primeras expediciones contra él enviadas; mas cuando el arrojado capitán Alfonso Fajardo, hijo de Alfonso Fajardo, se pre-

(1) Por su nombre *Lope* (de *Lupus*).

sentó á combatirle con gente más guerrera, ya se le fué teniendo de día en día más á raya y los pueblos fueron cobrando más osadía, al paso que el Arzobispo no se atrevió en adelante á confiar en sus estratagemas, limitándose á mirar por la salvación del hermano, y dejando de favorecer su tiranía. Cumpliendo órdenes de la Reina, los capitanes de la caballería de D. Fernando Juan de Robles y Rodrigo del Aguila, lograron en Noviembre de 1476 exterminar al tirano y entrar en pacífica posesión de la ciudad de Huete, devolviéndola la tranquilidad, así como á los pueblos del contorno.

Con igual suerte se apoderaron los caballeros de la Hermandad popular de la fortaleza de las Navas, aunque, con arreglo á lo pactado, tuvieron que contentarse con el destierro de los ladrones que la defendían. Arrasada hasta los cimientos, los pueblos á quienes tantos y tan prolongados daños había causado su cercanía, diseminaron las piedras de aquella mole para que no quedase de ella memoria. Trabajoso fué demolerla, pero al cabo redundó en gran provecho de los del territorio del Tajo, pues se quitó la ocasión de restaurarla, como algunos Grandes intentaron cuando ya estaba medio derruída, con pretexto de no inutilizar el trigo que en ella se encerraba. A los capitanes de la Hermandad allí presentes se debió aquella resolución adoptada con acertada cautela. Con ello se acreditó más y más por los reinos de Castilla y León la eficacia del remedio, y no sólo se corroboraron las primeras ordenanzas de la Santa Hermandad, sino que se

promulgaron nuevos privilegios en su favor, de modo que en adelante desde las montañas de Asturias hasta las sierras de Andalucía, los naturales todos pudiesen recorrer los caminos con completa seguridad.

Por aquellos mismos días, las antiguas rivalidades entre los Grandes toledanos, uno de cuyos bandos había lanzado al contrario al destierro, dieron ocasión á tumultos, sería amenaza para la existencia de los ciudadanos. Tiempo antes, el primogénito de Fernando de Ribadeneira, poderoso entre los caballeros toledanos, había sido expulsado de la ciudad, y reunido con otros nobles y ricos que habían sufrido igual afrenta, molestaba á los vecinos con diarias incursiones. Esto y la extrema penuria de aprovisionamientos obligaron al conde de Cifuentes D. Juan de Silva á llamar en su auxilio fuerzas de caballería para rechazar á los desterrados y reprimir su soberbias acometidas escarmentándoles seriamente. Excitados ya á la pelea ambos bandos, los desterrados reunieron todas sus fuerzas, superiores á las de la ciudad en caballería, aunque inferiores en el número de peones, y en cuanto llegó la noticia de la algarada de los desterrados cerca de la ciudad contra las gentes del partido de los toledanos, el Conde con sus amigos salieron precipitadamente en dirección al río Guadarrama bien preparados para luchar. Pasaban de 350 las lanzas de los desterrados, mientras el Conde apenas disponía de 170. De los peones pocos podían resistir la rapidez de la marcha, y la fatiga les inutilizaba para entrar en acción. Pero mientras por ambas

partes se preparaban para el combate, algunos de los peones delanteros tomaron algún respiro, é inmediatamente los jinetes, según costumbre de la caballería irregular, empeñaron escaramuza. Pronto cayeron tres caballeros de los desterrados al empuje del denodado joven Alfonso de Silva, hermano del Conde, y seguramente no hubiera tardado en trabarse campal batalla si milagrosamente no hubiese separado á los combatientes una recia tormenta de agua y granizo, y si la noche, que se venía encima, no les hubiese aconsejado retirarse los unos á Toledo y los otros á otro punto. Más tarde acabó de templar sus ansias de pelea la orden de la Reina para que se presentaran todos en Ocaña y allí se sometiesen las rivalidades á términos del derecho, acallando todo estímulo de disputa. Así la extremada diligencia de la Reina arregló cuanto había perturbado la ambición de os Grandes ó la corrupción de las costumbres.





CAPITULO III

Maquinaciones del Rey de Granada.—Perversos intentos de algunos Grandes y caballeros de Andalucía.

Aprovechó por este tiempo el rey de Granada Muley Albuhacén la ocasión para ocupar á Alcalá la Real, fortísima por naturaleza, pero más respetable por su proximidad á Granada, de la que sólo dista 24.000 pasos. En extensión y número de habitantes supérala Granada; pero Alcalá se considera inexpugnable para el que por fuerza de armas y de artillería intente someter á una guarnición parapetada tras sus muros.

Esto era evidente para todos; pero conocedor el Rey de la imprevisión del Alcaide que, confiado sólo en el peso de las cadenas, había permitido á los muchos granadinos cautivos andar libremente por la ciudad, les envió secretos mensajeros para que en día señalado facilitaran la entrada á los soldados que enviase. Convenido el plan bien concertado, el Rey organizó rápidamente la expedición aparentando una de tantas correrías con que acostumbraba castigar algunas poblaciones del señorío de D. Alfonso de Aguilar, con quien

tenía gran enemiga, aunque parecía estimar al Conde de Cabra, cabeza del bando contrario cordobés y con él había pactado alianza. Ante el deseo de ocupar ciudad tan importante, debía ceder la benevolencia, además de que no existe lazo bastante fuerte de amistad entre cristianos y moros, cuya supersticiosa falacia es declaradamente hostil al catolicismo y trabaja por su exterminio, y de que las alianzas entre ambos pueblos no excluyen semejantes ardides, con tal que no aparezca á las claras intento de guerra. Tuvo aviso de esta expedición del Rey moro cierto granadino casado con una mujer hermosa, á la que amaba entrañablemente y que, aunque en otro tiempo cautiva, gozaba luego de libertad entre los granadinos por haber renegado del cristianismo. Como por el amor que la profesaba la daba parte de cuanto sabía, ella logró persuadirle á que diese inmediatamente aviso al gobernador cristiano para librar de miserable cautiverio á los cristianos de Alcalá, á quienes en su corazón conservaba afecto. En cuanto aquél conoció el plan, sepultó en las mazmorras á los cautivos granadinos que con tan poca previsión había dejado andar por la ciudad con solas las cadenas, y adoptó otras medidas con que hizo fracasar la intentona del rey de Granada obligándole á volverse con ánimo abatido desde Moclín á su corte.

Entretanto, D. Alfonso de Aguilar y sus partidarios habían tratado de proporcionarle contrariedad aún más grave, llamando á dos hijos del otro Abencerraje, enemigos mortales del rey Albuhacén, de cuyas manos tuvieron la suerte de

escapar, muerto ya su padre, y que en su destierro de la Mauritania sitifense habían persuadido á cierto moro de estirpe real á pasar á las costas malagueñas á reunirse con los muchos enemigos de Abulhacén apoyados por la mayor parte de los andaluces. Lo mismo, y con gran interés, procuraban las guarniciones portuguesas de Tánger, Ceuta, Albuhacén y Arzila por acuerdo del príncipe D. Juan de Portugal, porque así los portugueses como D. Alfonso de Aguilar y Fernán Arias de Saavedra, que ocupaba á Tarifa, hubieran deseado introducir en las fronteras de Andalucía este germen de futuras guerras, pues mientras los moros peleasen entre sí en el reino de Granada, uno de sus bandos sería reciamente hostil á los pueblos amigos de la otra provincia andaluza y no habría facilidad para las turbulencias, como deseaban vivamente Alfonso de Aguilar y sus partidarios, desmoralizados por larga tiranía.

Llamaron, pues, los portugueses al citado moro, y con él á los dos hijos del Abencerraje, encargándoles que primero fuesen á Alcazarén, y desde allí, siguiendo lo dispuesto por Fernán Arias de Saavedra, á Tarifa, donde debían esperar á su joven señor. Pero al Caucino abencerraje, hombre pequeño de cuerpo, aunque de ánimo indomable, se le hacía insufrible pasar el tiempo en vano, y así, como primer huésped de Fernán Arias, quiso ser el primero en excitar á la guerra á los alcaides de los castillos y lugares próximos á los bosques y serranía de Ronda, cuyos moradores, casi en su mayoría, eran inclinados al par-

tido de los antiguos Abencerrajes, y de los quircotes, á quienes el Rey después de derrotarles, había mandado quitar la vida. Dejando, pues, al hermano al lado del Señor, el abencerraje Carino, con un guía conocedor de las veredas y con otros siete acompañantes, se dirigió de noche por extraviadas sendas y espesísimos bosques en busca de algún poblado de la serranía donde pudiese estar en seguro. Dícese que su intención era ir á Gaucín ó á Casares, porque los alcaides de estos castillos pasaban por muy amigos suyos; pero la fortuna se le mostró casi en los comienzos adversa, porque cuando ya estaban cerca se le ocurrió que no convenía entrar de día en el pueblo ni pedir habla al alcaide de la fortaleza de Casares, sino permanecer hasta la noche ocultos en algún sitio próximo é invisible. Así lo hicieron los nueve hombres con sus monturas, que esperando la postura del sol, se entregaron al descanso. Hizo la casualidad que, como en aquellos días las treguas permitían á los caballeros cristianos recorrer seguros el campo, el alcalde de la fortaleza de Gibraltar Pedro de Vargas, pasara por aquellos sitios cazando al dirigirse á visitar á Pedro de Estúñiga, caballero sevillano. Saltó un jabalí, y persiguiéndole, llegó con sus gentes al monte en que estaban ocultos los moros, aún no repuestos del temor de caer en manos de la caballería de D. Enrique, duque de Medina Sidonia, porque habían comprendido que venían contra ellos desde que conocieron la causa de haber atravesado los mares.

Principalmente Pedro de Vargas, por orden del Duque, había ya antes dispuesto celadas contra

los abencerrajes, conocido el objeto de su salida de Africa, atraídos por la proyectada guerra que algunos magnates andaluces trabajaban por encender; mas, á pesar de su arrojo y de su conocimiento de los caminos, nunca hasta aquel día logró su objeto, porque la prolongada detención de los moros en Tarifa frustró todos sus planes. Mas lo que no pudo conseguir su pericia lo alcanzó la casualidad, porque el jabalí penetró en el escondite y les obligó á tomar las armas y á montar á caballo.

Acudió al punto más tropa, y fácilmente se apoderaron de los moros, imposibilitada la huída por lo espeso del ramaje. Unicamente logró escapar el abencerraje Carino, abandonando el caballo y ocultándose más allá, con lo que pudo burlar por un momento á los que le buscaban, y hubiese conseguido ponerse en salvo, á no perseguirle igual desgracia que antes, porque saltando un ciervo desde el nuevo escondrijo, les descubrió el refugio del desdichado.

Preso y conducido á Sevilla á presencia del Duque, éste se encargó del cautivo, y le dió tan cómodo hospedaje en su casa y le regaló tan bien, que, á excepción de la libertad, no conoció las molestias de la pobreza ni del mal trato. A los pocos días el rey de Granada escribió al Duque pidiéndole con instancia el canje del cautivo moro por otros muchos cristianos. Dícese que ofrecía, además de gran suma de oro, entregar 300 cautivos cristianos á cambio de aquel solo abencerraje, siempre que se le permitiese castigar como cumplía á quien alardeaba de imitar á su padre. El Duque vacilaba entre los encontrados pareceres de

sus amigos, algunos de los cuales consideraban más bien humano que cruel un canje por el que se entregaba al suplicio á un solo enemigo á cambio de la redención de 300 cristianos. Y se inclinaban á esta opinión, principalmente, por ser indudable que D. Alfonso de Aguilar había tramado todo aquello, no sólo en daño del rey Albuhacén, sino con el fin de implicar en nuevas guerras al mismo duque D. Enrique y á otros Grandes andaluces del partido del rey D. Fernando, y por conocer que lo mismo deseaban las guarniciones portuguesas de las plazas africanas, cuando unánimes habían acogido cortésmente á los abencerrajes, antes sus enemigos, y les habían permitido atravesar el Estrecho. Se ignora, sin embargo, qué aparente sentimiento de humanidad movió al Duque á tener por cruel la entrega del cautivo á las amenazas del castigo del rey Albuhacén, y á preferir conservarle en su poder con humano trato durante quince meses, á redimir caritativamente 300 prójimos, complacer á sus amigos y partidarios y obedecer cual cumplía al rey D. Fernando. Al cabo el de Aguilar, luego que el abencerraje Mahomad trabajó por conseguir la libertad de este Carino, se trasladó con el regio joven desde Tarifa á Córdoba, sacándole furtivamente de noche del palacio del Duque y llevándole á Córdoba. Por otra parte, contrariando la voluntad del rey Don Fernando, se atrevió á conservar en Córdoba 70 jinetes moros que amenazaban al rey de Granada con nuevos trastornos y á los Grandes andaluces con grandes daños.



CAPITULO IV

Muerte del Duque de Milán.

No parecerá ajeno de este relato mencionar aquí brevemente la muerte del duque de Milán Galeazzo María Sforza. A la par que el rey D. Fernando de Nápoles favorecía al partido de D. Juan de Aragón en la guerra de Cataluña contra los franceses, Drago Galeazo, desde la provincia de la Emilia, enviaba escogidísima caballería en auxilio del rey Luis de Francia contra el anciano Monarca aragonés, porque casi todos los príncipes de Europa se habían declarado favorables á uno ó á otro partido. Hasta los que rodeaban al romano Pontífice tomaban en tal contienda caluroso é inmoderado interés, no exento de maldad, porque eran excesivas é inveteradas en la Sede apostólica la intervención en los negocios mundanos, la turbulencia, la envidia, la enemiga, la codicia y las demás pasiones que tenían corrompidos los corazones de la curia eclesiástica. Principalmente reservaba sus audacias para los asuntos de España, porque los reinos de León y Castilla, ó por desidia ó por insensatez de los Reyes, venían padeciendo de antiguo grave merma en sus intereses á causa de las inícuas exacciones

de los Papas y la costumbre iba de día en día aumentando ciertos germenes de dominación. Así que, por guerra ó por paz, en nuestros asuntos se mezclaban de buen grado los príncipes extranjeros.

Uno de ellos, el Duque de Milán, trabajaba por extender las facciones por las tierras occidentales, y considerado como poseído de espíritu tiránico en su reino, juzgaba serle lícito cuanto le viniese en mientes. Y esto con tanta más osadía cuanto que él en su edad floreciente había entrado á regir unos estados adquiridos por el valor de su padre y afirmados por los derechos hereditarios de su madre. Con ello se ensoberbeció el ánimo de un joven ya de costumbres corrompidas, en quien se descubría por principal objeto en cuantas ocasiones de guerra buscaba el afán de procurarse mayores riquezas, imposibles de reunir con las rentas ordinarias sin las tiránicas violencias que lleva consigo la necesidad de sustentar los ejércitos. Fué también tan inclinado á la liviandad, que no se libraron de sus apetitos ni las mujeres é hijas de sus más íntimos. Entre las indignidades de este género fué una la pasión que sintió por la mujer de Andrea Sampugnana, gobernador de Génova por el duque Felipe María, que había premiado así recientes méritos del sobrino de otro súbdito también benemérito. Como hombre inteligente y de gobierno, era tenido por uno de los primeros en el cariño del Duque, aunque no tanto como su hermosísima mujer, de quien el joven estaba perdidamente enamorado. Para satisfacer más libremente su pasión, procuró

alejar al marido, encargándole con frecuencia los asuntos del gobierno de Génova, con lo cual se dice que logró á sus anchas ver cumplidos sus deseos. No tardó mucho el ausente esposo en tener noticia del adulterio, y meditando la venganza, disimuló por mucho tiempo su profunda pena, hasta que el largo aguante llevó su cólera al último límite. Un día salió de Génova y se presentó de repente ante el duque Galeazzo cuando, en la fiesta de San Esteban, salía de aquella iglesia rodeado de numeroso séquito. Aparentó el Duque acoger con júbilo el saludo del gobernador; pero éste, deslizándose poco á poco entre la multitud, se arrojó de pronto sobre el joven y hundió tres y cuatro veces el puñal en su pecho con tal precipitación, que los circunstantes, estupefactos y como fuera de sí, no se movían de su sitio. Algunos que mientras Juan huía á través de la compacta multitud intentaron sostener al Duque que se desplomaba, cayeron cosidos á puñaladas por los criados que los tomaban por el asesino. Cuatro hombres perecieron de este modo antes que pudiera deshacerse el error. Un negro de la comitiva de Galeazzo persiguió al fugitivo, y, según se dice, no le hubiera dado alcance tan pronto, á no caer aquél enredado en los encajes del manto de una mujer. Allí quedó muerto acribillado de heridas aquel infeliz, más aún en cuanto expiró.

Sucedió esto el 1.º de Enero del año 1476, contando su principio en la Natividad, pues, como dije, comúnmente las gentes contaron el nuevo año de 1477 desde el 1.º de Enero. Las primeras

noticias descubrieron el motivo de la conjuración de Juan Andrea y de otros dos cómplices para matar al duque Galeazzo; pero luego se alegó otra causa, diciendo que uno de sus hechos tiránicos había sido desposeer á Juan de cierta abadía, con lo que fácilmente indujo al crimen á los dos jóvenes, que sufrieron varonilmente el último suplicio como vengadores de la república. Con increíble celeridad acudió la afligidísima viuda á acallar el tumulto, pues en cuanto recibió la amarga noticia, mirando por la seguridad del primogénito, se encerró con sus hijos en el castillo, y á voz de pregón mandó, en nombre de aquél, á los milaneses deponer las armas y reconocer fielmente, en lugar del padre difunto, al nuevo Duque, de carácter bondadoso, libre de toda mancha de tiranía, y que desde aquel instante abolía todas las exacciones é impuestos extraordinarios exigidos por el padre, dejando sólo en pie los tributos que los antiguos Duques percibían. Además, prometía restituirles en dinero cuanto el difunto les hubiese ilegalmente cobrado.

En el pregón la viuda reconoció lo tiránico de muchos de los actos de su marido, indudablemente ejemplos muy provechosos para la enmienda en el hijo, y dijo que durante la menor edad de éste ella gobernaría siguiendo los consejos de los ciudadanos más distinguidos por su nobleza y pericia. Para elegirlos consultó al pueblo; dió á conocer sus planes á los genoveses por cartas y mensajeros y los exhortó á permanecer constantes en la fidelidad que espontáneamente guardaron primero al ilustrísimo duque Francis-

co Sforzza y luego á su hijo Galeazzo. Por tan maravilloso modo se conservó la tranquilidad en aquel grave suceso, que el Duque pareció tan afortunado en medio de tamaño trastorno como desgraciado su padre al perecer en medio de la paz más completa.





CAPITULO V

Muerte del duque Carlos de Borgoña.

Paréceme oportuno referir aquí la cruel muerte del duque Carlos de Borgoña, víctima ya antes de las artificiosas maquinaciones del rey Luis de Francia, á quien le habían hecho temible su espíritu guerrero, incansable para toda fatiga en las campañas, pronto á arrostrar sus peligros, y cuyo ánimo indomable jamás cejaba en su encarnizada hostilidad al poder de Francia, humillado antes algunas veces por el fuerte brazo del guerrero Duque.

Era recíproca en ambos la desconfianza respecto al seguro de las treguas y pactos concertados á sabiendas, el uno por su costumbre de ir en pos de la fortuna, y el otro, ó sea el Duque, por las guerras que la ingratitud del Rey había originado. Nuevo motivo de enemiga era en éste la constante inclinación del Duque hacia los pueblos invadidos por el francés, y el odio á sus auxiliares. Principalmente le inquietaba su alianza con nuestro rey D. Fernando, en ocasión en que se peleaba por el derecho á la Corona de Castilla con el rey de Portugal, muy amigo de los duques de Borgoña

y hermano del mismo duque Carlos, si bien ante las necesidades del momento el Portugués había prescindido del parentesco y preferido la alianza francesa, hasta el extremo de ir á Francia á pedir auxilio contra D. Fernando. Es fama, sin embargo, que al rey Luis le era sospechoso el Portugués, porque la afinidad le impulsaba á granjearse las gracias del Duque por medio de secretas conferencias de sus familiares. Por todo esto, además de los obstáculos de la guerra de Colonia, en que durante tanto tiempo había estado empeñado el duque Carlos, el rey Luis le suscitó otra nueva contra los suizos. En ella aparecían con desventaja, atendido el número de las tropas, pero reconocidamente temibles para el contrario, si se consideraba el valor de aquellas gentes, soldados de superior temple entre los germanos y dispuestos á quebrantar la indomable cerviz del Duque. Este, por su parte, con pertinaz esfuerzo, trabajaba por abatir la resistencia de los suizos, y arrastrado por sus afectos, arregló como pudo sus diferencias con los alemanes, para entrar más desembarazadamente por Suiza, en la confianza de poder atacar con más seguridad al enemigo dentro de sus ásperas fronteras. En realidad, en aquellas abruptas montañas es donde el invasor corre grave peligro. Feroces y crueles, jamás rehusan el combate, ni vuelven las espaldas. El que flojea en la lucha adquiere perpetua é infamante nota, y la fuga se castiga con pena de muerte. Dejan sin cubrir las espaldas para que no se funde esperanza alguna en la huída, y los compañeros más próximos puedan clavar su puñal en el fugitivo.

Con esta gente se había aliado el rey Luis para dar confianza con su apoyo á la innata ferocidad de tales guerreros, y todo ello había servido de estímulo al duque Carlos para invadir su territorio. Tres veces derrotado en poco tiempo, corrió gravísimos peligros, y al fin el estrago producido en ambos ejércitos por la muerte y las penalidades les obligó á concertar más humanos pactos. Los descalabros sufridos ablandaron la dureza del Duque, y los suizos, viendo muy mermadas sus fuerzas, trataron de evitar ulteriores campañas. Permaneció, sin embargo, reconcentrado en los corazones el odio, exacerbado por la persistencia de los conflictos.

Al cabo no pudo el Duque contener sus ímpetus guerreros y emprendió otra campaña contra el duque de Lorena que, con el apoyo del rey Luis, vejaba á las poblaciones obedientes al de Borgoña. Como en las pasadas guerras había perdido la mayor parte de sus nobles, llamó á su sueldo á Carlos de Campobasso, capitán italiano, distinguido en la pasada guerra de Cataluña y que mandaba 1.000 hombres de armas aguerridos. Con este refuerzo el duque Carlos logró poner en aprieto á su enemigo, y después de varios felices encuentros y de la toma de muchas villas, vino á sitiar la ciudad de Metz, principal del Señorío del de Lorena. El rey de Francia, envuelto á la sazón en múltiples cuidados, no pudo socorrerle abiertamente, sobre todo por el temor de quebrantar las treguas pactadas con el duque Carlos, con lo que al mismo tiempo se hubiera acarreado la enemistad del rey Eduardo de

Inglaterra, rompiendo la alianza establecida, funesto expediente, porque una estrecha necesidad y correspondencia había unido á los afines. Cuando el Rey francés vió á su amigo el duque de Lorena reducido al último extremo, echó mano de astutas y pérfidas artes, sobornando al Capitán italiano y excitando por medio de secretos intermediarios á los suizos, á la venganza de la sangre en otro tiempo derramada. Para el completo logro de estas maldades, le pareció necesario que el duque de Lorena, sitiado, señalase día para una batalla campal que, seguramente, y conocido su carácter, aceptaría el de Borgoña, contento de poder coronar así con un solo combate los largos trabajos de la guerra, libre de toda sospecha acerca de la traición del Conde italiano, y confiado en triunfar fácilmente del enemigo. Prepapáronse al encuentro, el Duque Carlos, reforzando su ejército, y el rey de Francia, iniciando á los traidores en sus maquinaciones. La víspera de la batalla el Duque arengó á sus tropas, y después de ensalzar su valor, aseguró que le sobraba gente si tuviera que entrar en lid con el poder de Francia, cuanto más contra el Duque de Lorena, para cuyo ejército, compuesto de pocos y bisoños soldados, recogidos de todas partes, eran más que suficientes los veteranos que él mandaba. Con esto les infundió ánimo y les aconsejó que se esforzasen por terminar con una victoria las interminables operaciones de los sitios, pues vencido el ejército enemigo, al punto se abrirían todas las fortalezas de aquella provincia. La arenga fué acogida con grandes aplausos; todos declararon estar perfec-

tamente dispuestos para el combate del siguiente día, y sólo se trató de dar descanso á los cuerpos, porque el Duque no tenía la menor sospecha de traición por parte de los suyos, ni esperaba que los contrarios recibiesen extraño auxilio.

Pero entretanto iban llegando por desviados caminos y espesos bosques grandes refuerzos de franceses y suizos, y ya la noche que precedió á la batalla fué extendiéndose el rumor de que las fuerzas enemigas habían aumentado considerablemente. Al alba, el impertérrito Duque formó sus batallas, y no viendo ante sí más obstáculo que la engrosada multitud enemiga, que trataba de vencer con sus animosas palabras y con su valeroso ejemplo, se imaginó, á pesar de ser un día de invierno, el 6 de Enero de 1477, que con su arenga había hecho entrar en calor á sus soldados. El enemigo, con la confianza que le daba su número y el conocer la traición preparada por el Conde de Campobasso, atacó de repente, y de seguida el italiano abandonó su puesto y rompió la formación de sus escuadrones, aterrando al Duque de Borgoña, que á través de las filas enemigas, corrió á la orilla del próximo río para intentar ganar la opuesta y buscar allí algún medio de salvación para sí y para los suyos. La confusión del combate impidió tener exacta noticia de la muerte desdichada del Duque de Borgoña, y ni los mismos vencedores la supieron por las primeras cartas, que sólo anunciaban la victoria. Así que el rey Luis supo que el ejército borgoñón había quedado deshecho, pero que el duque Carlos había logrado escapar á todo galope. A los tres días se encontró en la orilla del río el cadá-

ver del Duque, atravesado con trece heridas. Luego se averiguó que un soldado bisoño francés conservaba el casco del Duque, adornado con oro y piedras preciosas. Otros soldados inferiores robaron también las insignias con que iba revestido. Se dice que el rey Luis hubiera preferido ver al Duque prisionero que muerto tan desastradamente. Al punto invadió la Borgoña, recuperó muchos pueblos, largo tiempo poseídos por el duque Carlos, próximos á la ciudad de Arras, y ofreció á la única hija que aquél tenía de su primera mujer el matrimonio con su primogénito, á cambio de sus dominios; pero la doncella, que había recibido igual proposición del emperador Federico, envió embajadores á los Príncipes de Europa con quienes su padre había entablado alianzas, á lamentarse de su muerte y á demandarles auxilio.

La noticia de la desgracia de los dos esclarecidos Duques impresionó hondamente á las gentes, que con razón se admiraban de que en el espacio de once días hubiesen perecido ambos en diversas partes con distinto género de muerte.





CAPITULO VI

Actividad de los sevillanos para el establecimiento de la Hermandad popular.— Tumultos ocurridos en la frontera portuguesa.

El rey D. Fernando preparaba por aquellos días en Medina del Campo lo necesario para el sitio de las tres fortalezas reforzadas por el alcaide de Castronuño con guarnición de ladrones y sicarios, mientras procuraba ocultar sus pérfidos propósitos, con la promesa de entregar la fortaleza de la villa si Juan de Valenzuela le relevaba del juramento militar de fidelidad que aseguraba haberle prestado tiempo hacía. Aguardó á Valenzuela, antiguo Prior de San Juan, D. Fernando, quien,aprobando la designación del Maestre de Rodas, y en obediencia de las letras apostólicas, había aceptado como Prior de dicha Orden á Alvaro de Estúñiga; pero llevó á mal su apatía, puesto que llamándole para trabajar en la recuperación del castillo de Castronuño, pretendió dar cumplimiento á su obligación á costa de trabajos y peligros ajenos.

Ante la inutilidad de estos preparativos, el Rey resolvió marchar á Castilla la Nueva para

reunirse con su mujer, á la sazón en Ocaña, y proveer á muchos asuntos de aquella región y de Andalucía. Para ello le pareció conveniente dejar establecida la Hermandad popular en este reino, tan vejado por la tiranía de los Grandes, contra la que no se veía remedio más eficaz que la unión de los pueblos. Hallándome yo en Medina del Campo, recibí de su orden el encargo de anunciar á los andaluces aquella oportuna resolución, y á Pedro del Algaba y á Juan Rayón, caballeros sevillanos, se les encomendó, por disposición de D. Fernando y por unánime asentimiento de la Hermandad, que me siguiesen y llevasen á los andaluces cartas con las Ordenanzas aprobadas en las juntas celebradas en aquellos días. Asimismo dió el Rey instrucciones á Francisco de Peña, caballero sevillano, enviado del duque de Medina Sidonia D. Enrique de Guzmán, para hacerle saber sus propósitos sobre este particular, y lo mismo á mí, ya dispuesto á marchar á Andalucía.

Finalmente, recomendó muchas precauciones para dar principio al establecimiento de la Hermandad en aquel territorio, por serle conocida la abierta oposición de los Grandes á este medio de procurar la tranquilidad, y principalmente el constante empeño del de Medina Sidonia por hacerle fracasar. Atendida, además, la condición de los tiempos, había que valerse con cautela de ciertas insinuaciones y prevenir á los sevillanos del encargo que traían Pedro del Algaba y Juan Rayón. A Francisco y á mí, que por disposición del Rey debíamos tratar de contemporizar en lo posible, nos dijo el Duque que había llevado á

mal el establecimiento de la Hermandad, porque en Sevilla todo intento de conciliación era un semillero de nuevos escándalos, siempre con daño de los principales; pero que por nuestro relato había visto ser aquella disposición muy conforme á sus pensamientos, y si antes la hubiera conocido, en nada la hubiera contrariado; por lo cual podía yo escribir al Rey que estaba pronto á aceptarla.

Marchó luego el Rey desde Medina á Castilla la Nueva y mandó á los de Ocaña que prestasen favor á la Hermandad. Los principales la resistían, pero los buenos oficios de los citados caballeros sevillanos encargados de tales asuntos también en esta provincia lograron que fuese admitida. Alentados con este reciente éxito, marcharon á Andalucía y solicitaron el asentimiento de Sevilla, como cabeza de toda la provincia. En ausencia del Duque de Medina Sidonia, el clero aceptó la Hermandad; pero las autoridades seglares quisieron contar antes con el consentimiento del Duque. No tardó él en presentarse y en manifestarse de nuevo contrario al establecimiento de aquella milicia, por considerarla perjudicial para los habitantes de la provincia y para todos los naturales. Atemorizó á los conversos insinuando que cualquier reunión de la masa popular sería en daño suyo, y aseguró á las autoridades que, por causas diferentes, también sería para ellos funesta. Agotados los razonamientos por los dos Comisarios de la Hermandad, al cabo notificaron á los principales de la ciudad cuatro leyes promulgadas en las juntas celebradas en Cigales, Santa María

de Nieva, Dueñas y Burgos, y sancionadas con autoridad real. Montó el Duque en cólera é intentó castigar á los Comisarios, amenazando con la horca á Juan Rayón, y á Pedro del Algaba con degollarle. Luego arrebató violentamente las cartas y Ordenanzas de manos del escribano. Los dos Comisarios se refugiaron en casa de Pedro de Estúñiga, que antes les había ofrecido su apoyo; pero luego, fuese por cobardía, miedo ó natural vacilación, pareció inclinarse á la opinión del Duque, con lo que los amenazados huyeron al amparo del monasterio de San Pablo. Quedé yo solo para llevar el peso de la negociación, y arrostré el riesgo de aconsejar al airado Duque más templanza para resolverla. Al fin logré que en pública junta de autoridades me diese más templada respuesta, y quiso Dios disipar así la tormenta que amagaba, porque mis partidarios se habían armado en lugares secretos y el Duque había metido aquel día en el Alcázar cerca de 400 conversos. Poco á poco fué calmándose la ira, y á los cincuenta días vino á poner término á muchos tumultos que amenazaban, la aceptación general de la Hermandad, acordada en presencia del Duque, que elogió una institución tan justamente loable. Resistíase á confirmar el compromiso de la observación de las Ordenanzas promulgadas, á que todos estaban obligados por juramento; pero no pudo oponerse á la multitud, y aunque, á pesar suyo, tuvo que ceder á la utilidad general, como se vió luego en las ciudades y pueblos de Andalucía, merced á la actividad de los dos caballeros citados. Establecida la Hermandad, muchos ladrones y sicarios

sufrieron el condigno castigo de los crímenes perpetrados, y toda la provincia quedó en completa tranquilidad.

Por el contrario, en las fronteras de Portugal diariamente se recrudecía el azote de las guerras, no sólo por los mismos portugueses, sino por las discordias intestinas de los Grandes castellanos, causa de graves perjuicios. El Conde de Plasencia y sus partidarios trabajaban en daño del valeroso clavero de Alcántara D. Alfonso de Monroy, tiempo antes arrancado de su prisión y ya al frente de numerosa caballería, con que amenazaba con probable derrota á sus contrarios. Al solo nombre del esforzado guerrero temblaban de miedo. Más que todos, el Conde de Plasencia, en su afán por dar el Maestrazgo de Alcántara á su hijo Juan, habido en D.ª Leonor Pimentel, trataba de dar muerte al rival D. Alfonso.

Con las tropas que pudo recoger de todas partes, se dió prisa á sitiar al Clavero en la iglesia de Villanueva de la Serena, fortificada con foso y trinchera, pero poco segura por lo endeble de su fábrica y su situación naturalmente débil para resistir al cerco puesto por las 800 lanzas enemigas, contentas de terminar con aquel solo sitio la guerra, según habían pensado. Pero el cauto Alfonso, antes de encontrarse completamente cercado, derrotó con un puñado de jinetes aquella multitud de enemigos; se apoderó en el combate con maravillosa sagacidad de cuatro de los principales capitanes y libró á su gente del sitio. Luego sembró la turbación entre sus contrarios, y aprovechando la diversidad de pareceres de los caudi-

llos, frecuentemente lograba que uno de los suyos les dejara duramente escarmentados. No quedó más recurso á D.ª Leonor Pimentel y á su marido el Conde de Plasencia, que favorecer al bando trujillano enemigo del otro, de que era cabeza Luis de Chaves constante aliado del Clavero. Como, además, el Conde contaba con el auxilio de Pedro de Baeza, alcaide del castillo, creyó fácil vencer al Chaves. Con tal confianza marchó á Trujillo al frente de numeroso escuadrón de caballería, y trató de reducirle al último aprieto. El metió fuertes retenes en la iglesia de Santa María y barrios cercanos, en una casa y en la torre llamada Alcázar real, y ni de día ni de noche interrumpió el combate. Dos hijos suyos cayeron á la misma hora peleando valerosamente; pero esta desgracia no acobardó al anciano, que siguió luchando enérgicamente y llamó cobardes á sus amigos, que se imaginaban calmar con lágrimas el dolor, cuando sabían que ó se le debía buscar compensación infiriendo otro desastre al enemigo, ó anularle con la pérdida de la vida. Perecieron luego muchos criados de Luis de Chaves; corrió la sangre por las calles de Trujillo, y su casa quedó en parte hundida con la lluvia de piedras lanzadas desde lo alto del castillo por los trabucos. Morían de sed los caballos por la imposibilidad de salir á la aguada; unicamente podían los sitiados calmarla con vino, y seguramente no hubieran resistido más tiempo, sin el ardid del Clavero, que hizo cambiar el aprieto de sus amigos en desastre de los contrarios. Dolíale en el alma no poder socorrer al pariente y amigo entrañable, y al cabo

discurrió un medio con el que engañó á todos y al mismo Chaves en las respuestas á sus frecuentes demandas de socorro, porque así, ignorado de todos el que disponía, los espías del enemigo no podrían avisarle lo que tramaba.

Escribió, en efecto, á su hermano Fernando de Monroy, capitán de la caballería del Conde de Plasencia, diciéndole en sustancia: Que entre otras desgracias, habíale tocado una no pequeña, cual era tener á su hermano entre los partidarios del bando enemigo, y verle como principal perseguidor de sus parientes y familiares. Quedaba todavía cierta esperanza de remediar tan triste estado de cosas, con tal que no hubiese olvidado que ambos eran hijos de un mismo padre y de una misma madre. Con ésta había dejado á sus tiernos hijos en Alcázar real, mientras él recorría las fronteras portuguesas, y enterado del funesto fin que aguardaba á Luis de Chaves y á todos sus amigos, á quienes no había podido socorrer en su extremo aprieto, le rogaba que, compadecido de sus tiernos sobrinos y de su propia madre, los salvase de la crueldad del enemigo, sacándolos de su encierro y llevándolos á sitio más seguro. Otras cartas con análogas razones envió á Luis de Chaves, en que se reflejaba su ánimo contristado por la imposibilidad de socorrerle. Como la muerte de aquellos niños no había de disminuir el desastre, le rogaba que les hiciese salir de Alcázar real, para que, en medio de aquel exterminio, su tío Fernando de Monroy procurase salvarlos juntamente con su madre. Entregó las cartas á un fiel y sagaz criado, encargándole que las llevara directamente á Fer-

nando y le diese á leer las escritas á Luis de Chaves para infundirle alguna sospecha que hiciese que el hermano, cual si tratara de conseguir la libertad de los niños, alargase las cartas á Luis delante de todos, y al dárselas, le estrechara significativamente la mano para que no desesperase de recibir futuro socorro, ni dijese palabra si no muy meditada. Mandó también al criado volver inmediatamente por la respuesta de Fernando y hacer de modo que no se trasluciese la menor sospecha, pues por todas partes pululaban los espías.

Previamente el Clavero había enviado secretos mensajeros á sus principales amigos habitantes en los contornos, advirtiéndoles que no señalasen á sus compañeros de armas hora fija para la empresa, sino que aprovecharan el momento más oportuno para el éxito, y que tuvieran dispuestas armas y caballos, por la conveniencia de aplicar inmediatos remedios á urgentísimas necesidades. Con estos avisos pudo ya contar aquel excelente sujeto con amigos preparados para cualquier repentina expedición. En cuanto el criado recibió las cartas, se consagró activamente, pero con disimulo, á disponer todo lo demás necesario. El portador de ellas desplegó también gran astucia, y cuando Fernando le permitió presentarlas á Luis de Chaves, le halló ya bien prevenido, pues con el apretón de manos al criado hizo conocer que había comprendido la intención de quien le enviaba, y en público acusó de crueldad é ingratitud al Clavero Alfonso, tenido por muchos necios como hombre probo, siendo en realidad perverso y causa

de todos aquellos peligros y muertes de hijos y amigos del infeliz anciano. Así, pues, no quería retener más tiempo en su poder prenda tan falsa de afecto como eran sus hijos, que devolvía incólumes á quien había procurado la muerte de los ajenos en agradecimiento de los favores que se le habían hecho. Congratulábanse con Fernando de Monroy los capitanes enemigos de la desesperación de Alfonso y del abandono de Luis de Chaves, cuya perdición creían segura al siguiente día; pero se engañaron miserablemente. Contra lo que todos imaginaban, el Clavero llamó repentinamente de diversos lugares 400 lanzas é infantes ligeros que siempre había conservado á su lado algunos días. Una horrible tempestad, con copioso aguacero, favoreció su propósito, engañando á los enemigos, que muy descuidados de todo peligro en sus seguros alojamientos de Trujillo, dormían á la madrugada profundamente al aproximarse los vigilantísimos enemigos. De pronto levantaron gran vocerío, y unidos con los soldados de Luis de Chaves, cargaron sobre los desprevenidos, á quienes sus jefes, sobrecogidos de igual espanto, se vieron incapacitados de obligar á la resistencia. Pereció la mayor parte; varios lograron escapar á favor de las tinieblas; cerca de 300 caballos quedaron prisioneros. Algunos hombres de armas del Conde de Plasencia y de la Condesa de Medellín se refugiaron en el castillo, cercado al día siguiente por los vencedores. Seguramente hubiera perecido toda la caballería enemiga, si el cansancio no hubiese obligado á los contrarios á desistir de la persecución.

La noticia de la victoria fué tan grata al rey D. Fernando, que inmediatamente envió al Clavero 200 caballos con Juan de Robles. El de Medina Sidonia llamó á los otros 200 que antes había enviado.





CAPITULO VII

Medidas adoptadas por D. Fernando y D.ª Isabel en Castilla la Nueva.

Como los frecuentes disturbios de Toledo no podían atajarse sino con la presencia de los Reyes, trasladáronse D. Fernando y D.ª Isabel á esta ciudad, donde la prolongada tiranía había hecho á todos los ciudadanos cómplices de maldades y crímenes y pervertido el corazón del pueblo. El intencionado apoyo prestado á todos ellos por los principales toledanos, con el fin de que no clamasen por la justicia ni anhelasen la paz, les infundía extraordinaria audacia en la ejecución de sus delitos. Hombres corrompidos se encargaban de extender aún más el círculo de sus maldades, y había secuaces del Arzobispo dispuestos á suscitar nuevas turbulencias, aguijoneados por el genio inquieto y el ansia de dominio del anciano, y persuadidos de que las peripecias de sus múltiples hazañas les proporcionarían oportunidad para apoderarse de aquellos que en otro tiempo se habían aprovechado más de su disoluta conducta. Llegó el Rey, y encontrando á casi todo el pueblo entregado al mal, se propuso poner enérgico correctivo á los crímenes. Entre los innumerables que se le delataron,

sobresalían los de Juan de Córdoba, alcaide durante mucho tiempo del Puente de Alcántara, y que mientras el Conde de Fuensalida, ó más bien su mujer D.ª María de Silva, había ocupado la ciudad, había cometido las mayores atrocidades con sin igual impudencia. Reo de millares de delitos, pagó con el solo castigo de la pérdida de su torpísima vida. No faltaron personas que intentaron salvarle con ofertas de dinero; pero el Rey mandó repartirlo á los pobres y entregar los demás bienes del muerto á los que por su causa habían sufrido perjuicios. Algunos de sus cómplices perecieron también en el suplicio, y de los pasados delitos parte se castigaron gracias al presente régimen de justicia, parte se perdonaron merced á la universal corrupción, pues por lo menos los desmanes cometidos contra los conversos acusaban claramente á los cristianos viejos. Muchos de los culpables fueron desterrados, imponiendo así pena bien leve á los mayores crímenes de la multitud.

Dió D. Fernando el corregimiento de la ciudad, así como la guarda del alcázar, de las puertas y puentes de la ciudad, al noble y prudentísimo caballero Gómez Manrique, y mandó á los principales del cabildo eclesiástico que le entregasen la torre de la catedral cuantas veces considerase necesario ocuparla para mejor defensa de la ciudad. Desde allí marchó á Madrid, donde no había cundido menos el contagio de los crímenes. Proponíase reprimirlos, y al mismo tiempo, como la proximidad de los lugares lo indicaba, procurar la reconciliación con el Arzobispo de Toledo, re-

sidente en Alcalá de Henares, y desbaratar los astutos planes de algunos Grandes y del Cardenal, encaminados á nuevos disturbios. Mientras la Reina recorría los pueblos del territorio del Tajo, aquél, con pretexto de la visita pastoral á la iglesia de Sigüenza, se ocupaba en otros asuntos temporales, como, por ejemplo, proponer al Marqués de Villena, en cuanto enviudó de su primera mujer, el matrimonio con la hija del Marqués de Santillana, ya Duque del Infantado, hermano del Cardenal. Trataba también de honrar más el parentesco con nuevas alianzas del Arzobispo de Toledo, ciertamente su enemigo; pero á quien, por consideración al Marqués, tan de su afecto, se creía poder inducir á términos de concordia, mejor dicho, de conspiración, para que el Rey, forzado por la necesidad, desistiese de la justísima persecución del Marqués y se dignase restituir los castillos y pueblos del marquesado, ya secuestrados en su mayor parte.

Con pretexto de saludar á los Reyes durante su estancia en Madrid, el Condestable conde de Haro D. Pedro de Velasco se halló, como por casualidad, en la entrevista del Cardenal y del Duque del Infantado. Convenido ya todo con el Arzobispo, salió al encuentro del Condestable el Cardenal, y así éste como el Duque y el Prelado toledano trataron de atraerse á su bando á personaje de tanta importancia; pero observando que no entraba muy gustoso en la trama, le persuadieron á que, al menos, marchase á Cobeña, de los estados de los Mendozas, para estar más cerca del Arzobispo. Este, esquivando la reconciliación que el

Rey pretendía, había huído de Alcalá y se encontraba en Uceda, villa limítrofe de Cobeñá y fortísima por su situación y obras de defensa. De común acuerdo todos los Grandes citados enviaron embajadores al Rey á exponerle sus intenciones, en apariencia leales, pero realmente perversas. En resumen manifestaron: que todos los Grandes de Castilla y León prestaban acatamiento al trono, y si las novedades de días de tantos trastornos habían arrastrado á algunos al servicio del rey de Portugal, arrepentidos ya de su falta, trabajarían por hacerse perdonar las pasadas culpas con la lealtad de su conducta futura. Cuadraba pues á la magnanimidad de la Corona perdonar, especialmente á los arrastrados por la impetuosa corriente de tiempos agitadísimos; y más eficaz para la quietud de los reinos que la clemencia del Rey en favor de los Grandes, que, impetrando perdón, se obligaban á constante fidelidad.

Para hacerla más duradera convenía reintegrarlos en sus pristinos privilegios, lo cual no podía conseguirse sin abolir la Santa Hermandad, grandemente hostil á la nobleza y onerosísima á los pueblos, á unos por lo injusto de las exacciones, á otros por lo intolerable de los gastos, sólo por la esperanza de universal remedio, cosa que se conseguiría más fácil y convenientemente por la concordia de todas las voluntades que por el rigor nuevamente desplegado. Asimismo debían los Reyes devolver su honroso puesto á los personajes regentes accidentales de la Corona, como se había hecho en el reinado del rey D. Enrique, en que cuatro Grandes tomaban parte sucesivamente,

durante cuatro meses, con el Rey, en la gobernación del Estado. Esta costumbre parecía ya abolida desde que el Rey y la Reina pretendían sostener solos sobre sus hombros todo el peso del gobierno, desconfiando de la habilidad de los experimentados Grandes citados, que pensaban permanecer en sus casas, alejados de la Corte, mientras se les considerase inútiles.

La respuesta de los Reyes fué: que la lealtad de los Grandes se manifestaba siempre por sus obras, y que era oficio del Monarca justo honrar á los buenos según sus méritos y castigar á los culpables: que en cuanto á la abolición de la Santa Hermandad, dignísima y utilísima institución, ni aun oir hablar de ello se sufría, antes habría que tener por enemigos del común remedio á cuantos por cualquier modo intentasen conseguirlo, porque si fuese preciso perder la amistad de todos los Grandes, ó para captársela deshacer la Hermandad, ésta sería preferida á ellos. Respecto á los cuatro Grandes que, según la antigua costumbre de D. Enrique, se pretendía asistieran al Rey en la gobernación del reino, parecía superflua cortapisa, puesto que todos eran libres de seguir la Corte ó desde ella retirarse á sus casas, con tal de no desacatar á la Majestad real. Si algunas veces á Reyes reconocidamente imbéciles, cobardes ó malvados, se les señalaron gobernadores adjuntos, á los justos y valientes debían rendir acatamiento los ministros, por ser indecorosa pretensión en éstos mandar al igual del Soberano, que llegaría así á tenerlos de perversa intención, dado que muchos de los que pedían tamaña enormidad se ha-

bían sometido á otros señores; de modo que los Reyes vendrían á ser siervos de los siervos, cosa por demás nefanda y perniciosa.

Esta y otras respuestas análogas de D. Fernando recibieron tan amargamente los Grandes reunidos en Cobeña, que de seguida se dieron á maquinar nuevas tramas. Sólo el Conde de Haro declaró que había sido engañado por las falacias de algunos de los presentes, pues si él, por incidencia, había aprobado aquella reunión, había sido por figurarse cosa muy diferente, al resolver presentarse en la Corte, y así que se sirviesen tenerle por libre de todo compromiso. La resolución del Conde causó gran contrariedad á los demás, en particular porque de repente marchó á Madrid y se puso á la entera obediencia de los Reyes. Luego se notificó á los Mendozas orden de D. Fernando de no permitirse á ninguno de los reunidos en Cobeña entrar en la corte de Madrid si dentro de los días que él fijase no prestaban homenaje á la Corona. Cuando ya iba á terminar el plazo, todos se presentaron, y por este acto quedó frustrada la maldad del Arzobispo.





CAPITULO VIII

Frustradas tentativas para la reconciliación con el Arzobispo de Toledo.— Acatamiento de don Enrique. — Diversos viajes de los Reyes después de recibir en Madrid á los embajadores del rey de Inglaterra.

Inútil fué cuanto para la reconciliación con el Arzobispo de Toledo hizo don Fernando, á quien, por deberes de gratitud, su anciano padre exhortaba constantemente á acordarse más de los antiguos servicios del Prelado que de su reciente defección. Tal era también el ánimo de don Fernando; pero aquél, por su carácter testarudo, manifestaba exagerado enojo porque, habiendo arrostrado durante largo tiempo graves peligros y hecho considerables gastos para librar á los Reyes de la ruina, se le habían declarado luego enemigos. A esto se añadía la mísera esclavitud á que había sometido el Arzobispo su voluntad, entregándose en manos de Alarcón, que cien veces al día le hacía cambiar de parecer, excitaba su ira y le aplacaba de repente. A impulsos de variados afectos, alababa unas cosas y reprobaba otras. Al fin se convino entre los intermediarios que, para alejar todo recelo, el Rey, con

reducida escolta, procurase una entrevista con el Arzobispo. Mas cuando con esta intención llegó al palacio del bosque del Pardo, le avisaron que no pasase adelante, porque el Prelado abrigaba otras muy peligrosas para la seguridad del Rey, á quien se proponía recibir tanto más tumultuosamente cuanto más de paz y con tan corto acompañamiento se dignaba él venir á visitarle. Esta novedad hizo fracasar la proyectada entrevista y D. Fernando tuvo que regresar á Madrid al lado de la Reina, para resolver otros muchos asuntos urgentes.

Tres principalmente exigían pronto remedio. Uno era la toma de los castillos que el alcaide de Castronuño defendía, juntamente con la guarnición de Cantalapiedra, y que causaban considerables daños á muchos pueblos de los alrededores. También había que acudir rápidamente á atajar las turbulencias de Trujillo, donde á diario corría la sangre por las calles, caían por tierra los edificios y el territorio circunvecino padecía innumerables vejaciones, porque nadie estaba seguro en su hogar, nadie se atrevía á recorrer la extensa frontera portuguesa sin exponerse á caer en manos de los ladrones y sicarios. Desiertas estaban las dehesas donde pastaban antes innumerables rebaños; pero no bastaba la rapiña para los hambrientos lobos; hombres de aspecto siniestro y patibulario, únicamente ocupados en robar y asesinar, desconocedores de toda fe, insensibles á toda consideración de parentesco y cerrados los corazones á todo sentimiento de piedad, juzgaban perfectamente lícito que el hermano exterminase

al hermano. Era asimismo necesario poner freno á las turbulencias de Andalucía, y, por tanto, los Reyes convinieron en atender cada uno á diversos asuntos, encargándose D. Fernando del sitio de las fortalezas de Castronuño y otras cercanas, y D.ª Isabel de ir á las fronteras de Portugal, de allí á Andalucía, y permanecer en Sevilla, hasta que el Rey, terminado lo de Castilla, pudiera reunirse con la Reina.

Acordaron también la inmediata traslación del cuerpo del rey D. Enrique, depositado en la iglesia de Santa María del Paso, al monasterio de Guadalupe, y que D.ª Isabel, con los criados que sirvieron al difunto, acompañara el fúnebre cortejo. Todo se ejecutó con arreglo á lo prevenido.

Antes de salir los Reyes de Madrid recibieron á los embajadores del rey Eduardo de Inglaterra. Cuando uno de ellos llegaba á la mitad de su elocuente discurso, en que manifestaba las excelentes disposiciones de su Soberano para los de León y Castilla, se hundió el tablado inmediato al en que los Reyes escuchaban al orador. A excepción de los tronos, todo el resto vino al suelo, y á duras penas salió el embajador de entre los escombros en que quedó sepultado hasta la mitad del pecho. Varios fueron los juicios de este hombre; pero sin inmutarse lo más mínimo por el percance, continuó impertérrito hasta el fin su interrumpido discurso, meditado y elocuente, al que contestaron los Reyes con amabilidad suma.

Desde allí marchó D. Fernando á Casarrubios, y á los dos días cruzó los montes de Segovia. La Reina sintió mucho separarse de su esposo para

ir á la frontera portuguesa, y bien demostraron ambos en la despedida cuán dura se les hacía. Acompañaba al Rey el Condestable; casi todos los demás nobles siguieron á la Reina, así para auxiliarla en la resolución de los asuntos arduos, como para celebrar con más ostentación las exequias de D. Enrique, en lo que pusieron especial empeño el Cardenal y Arzobispo de Sevilla; los obispos de Zamora, Córdoba y Astorga, y otros muchos de los principales magnates. Doña Isabel, más bien por sentimientos de caridad y de humanidad que por deberes de gratitud, cumplió con todos los que el vínculo de fraternidad le imponía, y celebró solemnemente las exequias en Guadalupe, sin que se omitiese ninguna ceremonia. El cadáver de D. Enrique fué depositado en la mansión del perpetuo olvido, junto al sarcófago de su madre y no lejos del del Maestre Pacheco.

Desde allí se encaminó la Reina á Trujillo, que algunos dicen debe llamarse Torre de Julio. Pero antes de referir los cuidados que ocuparon el ánimo de D.ª Isabel en aquella provincia, manchada con innumerables crímenes, tendré que interrumpir la serie de estos sucesos para contar las maquinaciones de los reyes de Francia y de Portugal, y los lances de la guerra.





CAPITULO IX

Embajadas enviadas al Papa por los reyes de Francia y Portugal y planes que fraguaban.— Contrarias tentativas del rey de Nápoles don Fernando. — Expediciones varias de los andaluces.

Trabajaban el rey Luis de Francia y don Alfonso de Portugal por atraerse á su partido al Papa y al Colegio cardenalicio, en daño de los reyes de Castilla. A principios de la causa de 1477 le enviaron embajadores á fin de alcanzar dispensa para el matrimonio de D.ª Juana, hija de la difunta Reina de igual nombre, con su tío el rey de Portugal, y la provisión de dignidades eclesiásticas en los reinos de León y Castilla y la del Maestrazgo de Santiago, en conformidad con los deseos de aquel Monarca. Contábase para esto con los votos de algunos Cardenales franceses é italianos; pero se tropezaba con la oposición de considerable grupo de estos últimos, porque en Roma no había ninguno español, á excepción de D. Pedro González de Mendoza, que acompañaba á la Reina y que había obtenido el capelo después de la repentina muerte de los tres Cardenales castellanos ya cita-

dos, de igual nombre, aunque de diversas intenciones, D. Juan de Torquemada, D. Juan de Carvajal y D. Juan de Mella. También el italiano Antonio Jacobo de Veneris, que con el favor de España había obtenido el obispado de León, luego el de Cuenca, y, finalmente, el capelo, defendía los fueros de los reyes de Castilla en la curia romana, donde también el valenciano Rodrigo Borja, cardenal vicecanciller, y cuantos acataban á los reyes de Sicilia, Nápoles ó Aragón, se oponían á los intentos de portugueses y franceses.

De este modo la Corte pontificia estaba dividida en dos bandos contrarios.

Prevaleció, sin embargo, la enérgica intervención del rey D. Fernando de Nápoles, pues, no solamente hizo preponderante con su favor la causa jurisdiccional de su primo D. Fernando, sino que indujo á los próceres romanos amigos suyos á apoyar á la Sede apostólica, si por caso alguien, envalentonado con la arrogancia de los Cardenales franceses, intentaba hollar los fueros de los partidarios de D. Fernando, aunque fuese en los actos honoríficos, por ejemplo, si pretendían dar al rey de Portugal, como á rey de Castilla, el asiento que junto al Papa correspondió siempre á los antiguos monarcas castellanos. Cuestión era esta que había de surgir muy pronto, cuando el Papa saliera á celebrar la festividad de la Purificación, y sobre ello tenía diferente opinión la multitud, según propendía á uno ó á otro partido. Era, sin embargo, reconocidamente más poderoso el de don Fernando, al que se habían adherido muchos ciudadanos romanos, los

cabezas de los Ursinos, Colonas y Cayetanos, sus aliados y las familias más nobles, y no era tenida en nada la voluntad del conde Jerónimo y del Cardenal de San Pedro *ad Víncula*, fautores de la fracción francesa y portuguesa, á quienes el Papa había hecho dueños de su libre, ó más bien servil albedrío, como en otro tiempo se había sometido á las liviandades de fray Pedro, cardenal de San Sixto. Esta morbosa disposición de ánimo querían curar con el hierro y el fuego los próceres romanos, muchos de los ciudadanos y toda la falange de castellanos, aragoneses y catalanes, á que en vano hubiese podido resistir el favor del bando contrario.

Además, el rey de Nápoles D. Fernando envió cartas al Papa y al cardenal de San Pedro *ad Víncula*, principal fautor de los planes franceses, en que les acusaba de propósitos facciosos en asunto que debía pesarse con exactísima balanza.

Vacilaba el Papa entre encontradas consideraciones, y al cabo discurrió un medio para salir del grave compromiso. Con pretexto de dolencia, suprimió las solemnidades de la festividad, y así consiguió prescindir de la intervención de los legados colaterales en el ceremonial. Dejó la provisión de las catedrales é iglesias metropolitanas supeditada al favor de que dispusiese el que las poseyese, en tanto que permaneciera dudoso el pleito entre los Reyes. Y en cuanto á la dispensa del matrimonio, creyó debía someterse al más maduro examen de todo el Colegio cardenalicio. Con esta dilación en resolver las peticiones, no sólo en la curia romana andaban los ánimos indecisos, sino

que también en los reinos de Castilla cundía la agitación (1). Aseguraban unos que el Papa había concedido la dispensa juntamente con la declaración del derecho á la corona de estos reinos; otros propalaban, ya estas, ya aquellas noticias; de modo que de día en día iban aumentando las competencias, y antes de que la reina doña Isabel llegase á la frontera de Portugal, empezaron á confabularse los Grandes de Andalucía para no desprenderse de nada de cuanto tiránicamente se habían apoderado. El que con más astucia agitaba este asunto era, según se dice, D. Fadrique Manrique, por otra parte valeroso adalid; pero enemigo de justicia, y en este terreno acatado como maestro por D. Alfonso de Aguilar y por el Marqués de Cádiz. La muerte atajó sus pasos en Córdoba y tuvo que dejar á su yerno Luis Portocarrero la guarnición de Ecija y el castillo de Azagra, de la Orden de Santiago, con las rentas debidas al Comendador ordinario.

El Duque de Medina Sidonia parecía muy temeroso de ver llegar á la Reina á la frontera portuguesa, y con pretexto de antiguas competencias, excitaba á su hermano D. Alvaro de Guzmán contra D. Alfonso de Cárdenas. Como ya antes de morir D. Rodrigo Manrique algu-

---

(1) El manuscrito de Sevilla tiene esta nota marginal: «*Fuit generalis dispensatio concessa ut Regi Ferdinando non præjudic... de qua re vide litteras Pontifici.,. et dispensationem ipsam.*»

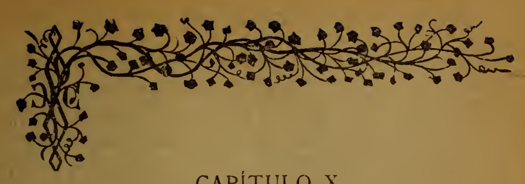
nos Comendadores de Santiago le llamaban Maestre, cuando aquél murió, no pudo resignarse á que el rey D. Fernando hubiese concedido la administración de la Orden, y así no inspiraba gran confianza en los graves asuntos de la Corona, pues, mientras por una parte suplicaba, por otra entendía en planes hostiles á los Reyes. Esto brindaba coyuntura muy favorable al Duque de Medina Sidonia para excitar á la guerra á su joven hermano Alvaro, que, además del esperado apoyo del Duque, se proponía, con temeridad propia de sus años, ocupar la importante villa de Fregenal, confinante con los dominios de don Alfonso de Cárdenas. El parentesco con el conde de Feria Gómez de Figueroa, al casarse con su hermana, había dado nuevas alas á su osadía, y confiado en estas ventajas, comenzó á mostrar su hostilidad al veterano prócer, que no tardó en cercar al joven en la fortaleza de Cumbres Mayores. La noticia del cerco desconcertó á los sevillanos, principalmente porque sabían que el Marqués de Cádiz y D. Alfonso de Cárdenas, como favorables al partido portugués, estaban conjurados contra el Duque de Medina Sidonia, y que otros de los Grandes tampoco observaban más lealtad á los Reyes.

El duque D. Enrique no se apresuró á socorrer á su hermano Alvaro, y éste se vió obligado á abandonar á sus compañeros de armas para atender á su propia seguridad, y á suscribir á los tratos de restitución de cuanto había ocupado injustamente. No logró, sin embargo, librarse de nuevas violencias de las gentes de Cár-

denas, contra las que nada podían las Ordenanzas de la Santa Hermandad, pues entraban robando el territorio de Sevilla, y si alguna vez los vecinos de Cumbres Mayores ó los de Fregenal escarmentaban á los portugueses, al punto aquéllos hostilizaban á los vencedores de tal modo, que declaradamente parecían aliados de los últimos. Sobresalía entre todos por sus violencias Diego Mejía, apellidado *el Largo*; pero los de Sevilla resistieron enérgicamente á los ladrones que le acompañaban, dieron muerte á cuatro, y á él le hicieron huir con tres heridas, obligándole á refugiarse en la bien enrocada fortaleza, de antiguo derruída, y reforzada luego por él con ligeras obras de defensa. Hasta su primitivo nombre de castillo de Las Torres hizo cambiar por el de Mudapelo (1) ó Roepelo, y como limítrofe de Portugal y perteneciente á la jurisdicción de Sevilla, desde allí pactaba á su capricho alianzas ó rompía hostilidades, y contra todos ejercía sus violencias acostumbradas. Al principio se había valido del favor de Alfonso de Guzmán, regidor de Sevilla; mas cuando ya se creyó seguro con la ocupación del fuerte castillo, causó graves daños á los sevillanos, como uno de los partidarios de Cárdenas, aunque á poco unos y otros tuvieron que considerarle enemigo.

---

(1) *Mudapelo* es también el nombre de un arroyo que nace en Sierra Morena, más arriba de Burguillos, y entra en Guadalquivir.—(N. DEL T.)



CAPÍTULO X

Recuperan los portugueses á Alegrete (1).—*Los moros granadinos saquean la villa de Cieza.—Otro abencerraje acompaña al rey á Córdoba.*

Las maldades de tantos Grandes y soldados castellanos dieron osadía al príncipe D. Juan de Portugal para cercar á Alegrete con numerosas fuerzas de caballería é infantería, aprovechando la coyuntura de hallarse el clavero de Alcántara D. Alfonso rodeado de muchas dificultades y atento principalmente á los asuntos de Trujillo, porque en la llegada de su Reina tenía puestas todas sus esperanzas para la defensa del territorio. Por eso los portugueses trabajaron por adelantarse á la diligencia de la Reina, único medio de recobrar á Alegrete, porque todos los castellanos fronterizos de Portugal, ante la presencia de D.ª Isabel, habían de mostrarse, al menos en apariencia, prontos á acatar sus órdenes; pero mientras su llegada fuera dudosa, los adictos se mantendrían hosti-

(1) *Alegrete* y no *Portalegre* debe leerse en las págs. 186 y 187, donde se ha repetido la errata cuatro veces.

les á los leales, y los apáticos ó apocados no ayudarían á tiempo, como lo consiguió el Príncipe de Portugal, empleando todas las fuerzas de su reino en este solo sitio, sin que le faltara el menor pertrecho de guerra. El Clavero, confiado en el valor de su gente, cuidó, sobre todo en los primeros días, de consultar á los Reyes, á la sazón en Madrid, y de que enviaran sus cartas á los Grandes andaluces, á los pueblos y á los hombres de armas y peones próximos á la frontera portuguesa para que acudiesen en socorro de la guarnición de Alegrete. Los primeros, no sólo no ayudaron, sino que más bien entorpecieron la obediencia de los pueblos. Tampoco D. Alfonso de Cárdenas prestó el menor auxilio, y el conde de Feria Gómez Suárez de Figueroa, único que le hubiera dado espontáneamente, se encontraba envuelto en otros cuidados y carecía de todo recurso.

Los demás Grandes del territorio confinante con Portugal, ó por enemistad con el clavero Monroy, ó por envidia de su preclaro nombre, no le socorrieron; de modo que la guarnición de Alegrete, privada así de todo auxilio, tuvo que consagrarse tan sólo á mirar por su propia salvación.

Recobró, pues, la villa el Príncipe poco antes de entrar en la frontera portuguesa la Reina, amargamente apenada por la pérdida de la importante población, y no menos por los estragos que el rey de Granada Albuhacén había hecho en aquellos días en los pueblos leales de tierra de Murcia. Daban gran pábulo á estas hostilidades, así la locura de los trastornos sevillanos, como el

funesto desasosiego de D. Alfonso de Aguilar y la incesante rivalidad del adelantado de Murcia, Pedro Fajardo. De éstos el primero pasaba por el desastre de su gente con tal de suscitar novedades, y el segundo oponía á destiempo su natural fortaleza al poder de los granadinos, muy acrecentado desde el entronizamiento de Albuhacén, hombre esforzado y de sagacidad extremada para aprovecharse de las discordias de los castellanos, como quien ya desde joven había presenciado las calamidades de nuestra nación, cuando seguía con unos 200 jinetes moros al rey D. Enrique, según queda dicho en capítulos anteriores. Devastó el moro y saqueó la villa indefensa de Cieza, y con el desastre aumentó la aflicción de las afligidas poblaciones leales, porque en tiempo de D. Juan II, el ejército granadino había llevado cautivos á todos los moradores de la villa, y cuando, ya rescatados, se creían seguros en sus casas, sorprendidos por Albuhacén á principios de Abril de 1477, llevó cautivos á 700 y entró con ellos triunfalmente por las puertas de Granada, entre estruendosos aplausos de los ciudadanos y en medio de la tristeza que en los andaluces leales causó el infortunio.

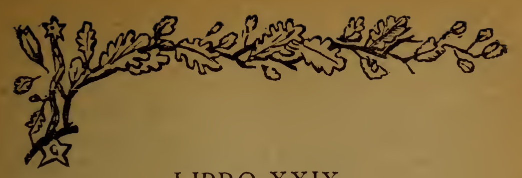
Además, el feroz Rey declaró guerra sin cuartel á las poblaciones obedientes á D. Alfonso de Aguilar, por haber éste llamado á otro Abencerraje, Mohamed, pretendiendo sublimarlo como á rey intruso, y haber acogido con mucha honra en Córdoba á algunos prófugos granadinos. Verdaderamente esta osadía del de Aguilar fué causa de muchos infortunios para los pueblos de Anda-

lucía, pues dió ocasión á los poderosos muslimes de ensañarse contra los míseros habitantes de Priego, Aguilar, Montilla y Antequera, y el éxito de tales incursiones y talas ensoberbeció tanto á los granadinos, que se atrevieron á llegar en sus entradas hasta la villa de Cañete, cuyos vecinos á duras penas escaparon del duro cautiverio. Por maravilloso caso vino á librarlos el guía que los moros llevaban, muy conocedor de los caminos: pero que, desatinado en la oscuridad de la noche, en lugar de conducirlos á la indefensa villa antes del alba, los hizo dar tan largo rodeo, que ya al darla vista, había amanecido. Esto permitió á algunos resistir tan enérgicamente al enemigo, que á no haber retrocedido hasta cerca del río Guadajoz, donde el Rey aguardaba con el núcleo del ejército, acaso hubiera corrido serio peligro.

Fernán Arias de Saavedra, alcaide del castillo de Utrera, se imaginó alcanzar medros personales infundiendo astutamente en los vecinos de la villa nuevos temores, aunque al cabo todas sus estratagemas fueron verdaderas necedades. Valiéndose de cierta mujer que tenía convenientemente industriado á su hijo, niño de pocos años, logró alarmar á los moradores con la amenaza de terribles incursiones preparadas por los granadinos, á fin de justificar las obras de defensa que disponía en el castillo. Y, en efecto: por temor á que la llegada de la Reina á Andalucía le fuese funesta, le rodeó con doble foso y recia trinchera. Esto además de otras malas acciones de su padre Gonzalo de Saavedra, del llamamiento que él hizo de los abencerrajes y de lo que ya dije

trabajó por asentar un rey intruso en el trono de Granada. De ninguna de estas novedades protestaron los que gobernaban en Sevilla; pero inclinaron el ánimo de muchos á la tiranía, y en las demás ciudades andaluzas la soberanía de los reyes iba haciéndose aborrecible á las más poderosas autoridades.





LIBRO XXIX

CAPÍTULO PRIMERO

Afortunada empresa de D. Diego Fernández, primogénito del Conde de Cabra, en Baeza.— Victoria de los marineros de Palos contra portugueses.

VIVAMENTE anhelaban los principales de Baeza recobrar su antiguo poderío tiránico (1). El Conde de Cabra fué á Baeza á visitar á su mujer, y durante su ausencia encargó á su primogénito, el arrojado joven Diego de Córdoba, la guarda de aquella sospechosa ciudad. Tan divididos en bandos estaban los moradores, que, por consejo del padre, D. Diego, gobernador de la ciudad, se vió precisado á desterrar á los caballeros del bando capitaneado por Juan de Benavides y favorecedor del maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón y del marqués de Villena D. Diego Téllez Pacheco. Todos

(1) En todos los textos latinos consultados faltan aquí palabras para el recto sentido de la frase. He procurado suplirlas lo mejor que he podido. —(N. del T.)

ellos, antes de la demolición del castillo, habían preparado multitud de crímenes en la ciudad, y aún en su destierro seguían maquinando contra la vida de los que habían permanecido en sus casas. El Benavides, principal entre los desterrados, además del auxilio de D. Alfonso de Aguilar, enemigo jurado del Conde de Cabra y de su primogénito, buscó otro entre los más cercanos por medio del matrimonio de su hija con Jorge Manrique, hijo del difunto Maestre de Santiago y guerrero esforzado, perito en la ciencia militar y muy afortunado en los combates. Apoyado en este parentesco, Juan de Benavides, de común acuerdo con el de Aguilar, preparó una expedición, y en secretas entrevistas, concertó con todos los de su partido el día en que habían de caer repentinamente sobre el Mariscal de Baena don Diego, que con poca precaución defendía á Baeza.

Conocían perfectamente los desterrados de esta ciudad el camino para entrar en ella, protegidos por la oscuridad de la noche, y no ignoraban cuán insuficiente era su guarnición para defenderse contra fuerzas invasoras más numerosas y escogidas. En prosecución de ese propósito, Juan y sus aliados, de común acuerdo, excitaron contra Diego, caudillo de aquellos defensores, el odio de Alfonso de Aguilar, ya animado de igual deseo y poseído de más reconcentrada enemiga. Señalóse el día y se convino en la manera de invadir la ciudad, persuadidos todos de lo fácil de la empresa y seguros de que aquel puñado de miserables forasteros, ante el repentino ataque de tan numerosas fuerzas, no tardarían en sucumbir

ó quedar en su poder. El de Aguilar se reservó el empeño de acudir oportunamente con fuerte escuadrón contra los que por caso intentaran socorrer al Mariscal, pretextando la contingencia de alguna incursión desde los confines de Granada, puesto que los moros asolaban las tierras del de Aguilar en diarias algaradas. Para poder hacer frente en el momento á las fuerzas de la expedición del Conde de Cabra, apostó 600 caballos en Castro del Río, cerca de Baena, y sus aliados, con Juan de Benavides, buscaron nuevos pretextos para reunir fuerzas de caballería bastantes y numerosos peones para el plan proyectado.

El 28 de Abril de 1477, á media noche, Juan y su hermano Sancho de Benavides, Gonzalo de Villalta, antes alcaide del castillo de Baeza, á quienes los principales de la ciudad llamaban *Serones*, juntamente con Jorge Manrique y Pedro Tobilla, adalid de la caballería de D. Rodrigo Manrique, comendador de Sabiote, hermano de Jorge, penetraron por un ángulo del muro derruído é indefenso junto á la puerta de Barbudo, y la cerraron para el paso de los caballos.

Realizado esto cual lo habían imaginado, creyeron que lo demás les saldría aún mejor, dado que, en su sentir, la mayor parte de los moradores habría de inclinarse á los victoriosos, ó, por lo menos, permanecer quietos en sus casas en caso que sintieran de noche á los desterrados intentar algún tumulto. Con tal confianza, marcharon inmediatamente á cercar la casa de Diego, donde entraron algunos, suponiendo al enemigo sumido en profundo sueño; mas, casualmente,

andaba con algunos criados rondando las calles de la ciudad contiguas á las murallas, y en cuanto supo que la multitud enemiga se dirigía á su casa, dió aviso á Rodrigo Díaz de Mendoza, que moraba en el arrabal, y le aseguró que si no le socorría inmediatamente, pronto sería dueña de la ciudad. Mientras nuevas fuerzas de los desterrados con sus auxiliares ponían sitio á la casa, el mariscal D. Diego, con 15 criados, se dirigió al templo de Santa María del Alcázar. El Comendador de Sabiote, creyendo al Mariscal encerrado en aquél, lo combatía tan furiosamente, que á duras penas resistían los escasos defensores; pero favoreciéoles la suerte, porque una gran piedra, arrojada desde lo alto de la casa, arrebató la vida al infeliz Comendador, y faltos de caudillo, sus compañeros de armas cejaron, y los sitiados cobraron nuevos ánimos.

También el Mariscal iba aumentando sus fuerzas con algunos amigos que sobresaltados por el tumulto habían acudido; mas, como respecto á la multitud enemiga eran tan pocos, le aconsejaron que mirase por su vida, considerando que hasta aquel momento sólo podía oponer 50 hombres á 150 caballos y cerca de 1.000 peones. Era para él el honor muy preferible á la vida; pero, además, tuvo la fortuna de que en aquel instante Rodrigo Díaz de Mendoza, al frente de 200 hombres de armas, encontrase en las calles de la ciudad á Jorge Manrique con la mayor parte de los desterrados, y trabando combate, los venciese, apoderándose del capitán y desbaratando y poniendo en fuga á su gente. Acometidos de seguida con gran vigor por

el Mariscal, los principales desterrados, excepto unos 10 que lograron escapar, quedaron prisioneros, aun cuando de los ciudadanos ninguno le prestó ayuda, fuera de los acaudillados por Rodrigo Díaz de Mendoza. La victoria pareció más maravillosa, por cuanto todos los vencidos eran veteranos de gran reputación, mientras los vencedores, con un puñado de bisoños, salieron del apurado trance combatiendo uno contra cinco.

Muerto el Comendador, quedaron prisioneros, entre los principales, Jorge Manrique, Juan y Sancho de Benavides, es decir, todos los *Serones*, y Gonzalo de Villalta. Trofeo de los vencedores fueron las muchas presas de los enemigos y los caballos útiles para ulteriores expediciones. Finalmente, completó el gozo de la victoria el no haber sucumbido de los vencedores sino un citarista, criado del Mariscal, siendo tan crecido el número de enemigos muertos en la refriega.

Jorge Manrique se acarreó nota de perfidia, como tan unido por estrecha amistad hasta aquel día con el Conde de Cabra, de quien era correspondido con igual afecto, aumentado entre padres é hijos en la guerra por la condición de compañeros de armas, para venir al cabo á atentar contra el honor y la vida de los antiguos amigos, movido por el nuevo parentesco con Juan de Benavides, uno de los desterrados de Baeza y tenaz rebelde siempre contra D. Fernando, en cuyo partido habían militado tiempo antes, en compañía del Conde de Cabra, el Maestre de Santiago y su mismo hijo Jorge. Alegó éste algunas excusas inad-

misibles; pero, en consideración á los méritos de su padre, túvosele mayor que á los demás prisioneros.

Esta victoria, notable por el número de los combatientes y por sus importantes consecuencias, fué coronada por la feliz empresa marítima de los de Palos, realizada en aquellos días. Con 26 carabelas arribaron á las costas de Portugal, y se atrevieron á retar á combate á grandes naves francesas; las vencieron; incendiaron las dos mayores; apresaron dos carabelas de los portugueses é hicieron huir á algunas otras, auxiliares de las francesas en el combate. Luego saquearon el arrabal de Tavira, próximo á aquellas aguas, y le pegaron fuego, causando gravísimo daño á los portugueses, infatuados hasta entonces por considerarse invencibles, al menos en las batallas marítimas.





CAPITULO II

Disposiciones tomadas por la Reina en los asuntos de Trujillo.

Alegre fué para la Reina la noticia de los dos felices combates, y lo hubiera sido más, sin la recuperación de Alegrete por los portugueses, ocurrida en aquellos días. Pero ni la alegría ni la pena la hicieron descuidar las prevenciones necesarias para las futuras contingencias. Antes de entrar en Trujillo mandó sus cartas á los Grandes y á las poblaciones de Andalucía con orden de enviar á toda prisa sus contingentes á la frontera de Portugal, para poder combatir, en caso necesario, la fortaleza de Trujillo, y principalmente para poder salir al encuentro del príncipe D. Juan, si, como muchos anunciaban, acudía á defenderla. Otra tercera causa secreta y, de ser cierta, seguramente aventurada y poco adecuada para las facultades femeninas, se dijo haber existido para esta empresa. Lograron persuadir á la Reina de cuán honroso sería para ella, mientras el Rey entendía en el cerco de las fortalezas de Castronuño y Cubillas, ponerse al frente de numerosa hueste y, simulando una empresa cualquiera, torcer el camino hacia el territorio de Portugal próximo al monasterio de Santa

María de Batalha. Diéronle este nombre los hinchados portugueses por haber peleado con desgracia los castellanos en aquellos campos, y en la iglesia conservaron el pendón real apresado en la batalla, para perpetua ignominia de nuestro pueblo. A borrar esta ignominia indujeron á la Reina sus familiares, y, al efecto, según dijeron, pretextando diferente urgencia, hizo llamar tropas de todas partes; pidió á los sevillanos un contingente de 300 lanzas; de 100 á los de Jerez; 50 á Carmona; 80 á Ecija; 200 á Córdoba; al duque D. Enrique, 300; al Marqués de Cádiz, 200; otras tantas al adelantado de Andalucía D. Pedro Enríquez y 300 al maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón, recientemente reconciliado con los Reyes.

A otros Señores, residentes en los confines de Portugal, como el comendador D. Alfonso de Cárdenas, sustituto del Maestre; á Gómez Suárez de Figueroa, encargado de la defensa de Badajoz, y al clavero de Alcántara, ó bien Maestre de esta Orden, D. Alfonso de Monroy, á cuyo lado habían acudido muchos hombres de armas atraídos por su reconocido esfuerzo, dió orden la Reina de estar preparados para acudir al segundo llamamiento con todas las fuerzas disponibles. Estas tropas, juntas con las traídas por D.ª Isabel desde Castilla la Nueva, no dudaba pasarían de 4.000 soldados, y con ellos la parecía fácil penetrar en Portugal, recobrar el pendón y compensar así la pérdida con la hazaña de rescatar una Reina de Castilla, por fuerza de armas, la insignia depositada en el templo por el difunto rey de Portugal como trofeo de su victoria.

La manifiesta necesidad de atender á más urgentes cuidados vino á desvanecer todas las ilusiones concebidas por tan vano propósito. Sobre los innumerables daños de aquella provincia, ya tan castigada, había descubierto la Reina en el alcaide de la fortaleza de Trujillo, Pedro de Baeza, intenciones muy diferentes de las que le suponía, por estar, en opinión de muchos, inclinado á su obediencia. A los mensajeros de la Reina hizo comprender su resolución inquebrantable de no entregar el castillo sino al Marques de Villena, cumpliendo el juramento de fidelidad prestado á la muerte del Maestre Pacheco. Se extrañó mucho de la imprevisión de la Reina por no traer en su compañía al Marqués, ya á la obediencia de los Reyes, y no haber tomado á su tiempo las medidas oportunas, por cuyas razones, ó debía perdonar su leal resistencia á la entrega del castillo, ó poner conveniente remedio á los primeros disgustos. La respuesta del alcaide parecía en cierto modo propia de un romano, y fué menester adoptar á un tiempo dos partidos, llamando al Marqués de Villena y al padre del alcaide, á fin de reducirle á la debida obediencia.

No se decidía el primero á acudir al llamamiento, porque veía al Dr. Antonio Rodríguez de Lillo pasar el tiempo en vanos y simulados tratos acerca de la restitución de Villena con el noble valenciano Gaspar Fabra, dueño de la villa y de su castillo, y poco inclinado á devolverla. Tampoco el Doctor lo solicitaba en realidad, mas era corriente el tratar de engañarse unos á otros en inútiles conferencias. Con constantes enga-

ños había adquirido el difunto Maestre Pacheco los dominios perdidos realmente por el Marqués su hijo, y falazmente se trataba también con él, de palabra y por escrito, de la restitución de las fortalezas, pasado el término de dos años.

Como el faltar todavía veinte meses ofrecía buena excusa, los íntimos del Marqués le aconsejaron diferir la entrega de la fortaleza de Trujillo, á fin de conservar alguna prenda en caso de apartarse los Reyes en algo de lo pactado. Por eso, y por no verse obligado á la entrega, regresó á Escalona y se negó á acudir á la entrevista. En cuanto la Reina se percató de ello y comprendió lo inútil de la intervención del padre del Alcaide, así como las promesas y amenazas, escribió un enérgico albalá, refrendado por el secretario Fernán Alvarez Zapata y dirigido al Marqués, mandándole presentarse inmediatamente en Trujillo y entregar la fortaleza, si quería se cumpliesen los pactos hechos con su Señor, pues, si por cualquier medio se excusase, quedarían nulos y de ningún valor.

Entretanto, no cesaba la Reina de reunir tropas, si bien, considerando la escasez de mantenimientos, accedió á lo pedido por las ciudades de Andalucía de entregar, á cambio de soldados, dinero para pagarlos. Envió, sin embargo, Sevilla 100 lanzas como contingente de Hermandad popular, aún por aquellos días no aceptada de buen grado. El duque D. Enrique simuló disponerse á marchar á la cabeza de 1.600 hombres de armas, negándose á llevar menos para no temer nada de su antiguo émulo el Comendador de

León. Pero la Reina, aparentando resoluciones preferibles á las de estos Grandes, y con pretexto de marcha, logró dejar en suspenso la expedición preparada por el de Medina Sidonia. De los caballeros sevillanos, sólo el Adelantado de Andalucía D. Pedro Enríquez se presentó con 200 caballos. Otros tantos cordobeses y 50 de Carmona acudieron por los mismos días, y así iba poco á poco engrosando el ejército.

El maestre de Calatrava D. Rodrigo Girón había traído, uno de los primeros, 130 caballos muy singulares, á fin de compensar, con la superior calidad, lo corto del número; además se esperaba otro mayor de los próceres más cercanos; y la Reina se proponía encargar el ataque del castillo á D. Alfonso de Monroy, á su partidario Luis de Chaves y á otros trujillanos enemigos del alcaide. Mas, á vueltas de las amenazas, su padre y muchos de sus amigos trabajaban por disuadirle de llegar al último trance y por hacerle sobreponer la lealtad debida al débil compromiso que al Marqués le ligaba. Con su llegada todos los obstáculos se allanaron, pues, después de interminables subterfugios por una y otra parte, hubo de ceder el alcaide á los ruegos del Marqués y entregar la fortaleza ante el riesgo de perder seguramente el resto de sus dominios y proporcionar á la Reina ocasión para no devolverle muchos castillos y villas del Marquesado, rompiendo los pactos hechos. La entrega se verificó el día de San Juan, y la guarda se confió á Gonzalo de Avila, hijo del jurisconsulto Pedro, principal entre los abulenses del partido contrario al del alcaide. Lloró éste, según se dice,

y la Reina hubo de consolar al joven, antes su enemigo, comprometiéndose además el Cardenal, allí presente, á prestarle su favor en lo sucesivo.

El almirante D. Alfonso Enríquez, recién llegado á la Corte, sólo atendía á extender sus dominios, é impulsado por el ansia de acumular riquezas, se preparaba á marchar á Andalucia, esperando encontrar en los crímenes de los Saavedras ocasión propicia para alcanzar el señorío de Tarifa ú Oretania, cuyo gobierno había perdido tiempo atrás su padre. Otros Condes se encontraban allí á la sazón. Entre ellos el de Medinaceli D. Luis de la Cerda, procedente de Castilla y muy apenado por la reciente pérdida de su amadísima mujer Ana, hija de D. Carlos, príncipe de Viana, y sobrina del rey de Aragón. Asimismo el de Belalcázar, afortunado en su edad juvenil, pues, por disposición de su madre, heredó los estados de su hermano, el primogénito, cuando entró en religión. Seguía también á la Corte el Conde de Cifuentes, y servía á la Reina con el fin principal de conseguir la restitución de la villa de Palos, inicuamente ocupada de antiguo por Gonzalo de Estúñiga. La muerte de D.ª... (1). Manuel detuvo á su hijo el Conde de Feria D. Gómez Suárez de Figueroa cuando se disponía á presentarse á la Reina, por lo cual envió para defender la ciudad de Badajoz al adalid de la caballería sevillana Melchor Maldonado, después de distribuir por la provincia la reunida, señalándola diferentes atenciones.

(1) En blanco en los originales; pero consta que se llamaba D.ª María.—(N. del T.)



CAPÍTULO III

Demolición de varias fortalezas cerca de Trujillo. La Condesa de Medellín.

Constituían el mayor azote de las poblaciones del término de Trujillo las repetidas depredaciones de los sicarios y salteadores llevadas hasta los últimos confines. En el furor de la guerra, los dos bandos enemigos habían construído defensas en posiciones inexpugnables, además de lás aseguradas desde remotísimos tiempos por poderosas guarniciones, como Magacela y Benquerencia. En ellas, ante la imposibilidad de ser tomadas de otra manera, habían permanecido en virtud de pactos los moros, bien seguros en sus defensas naturales.

Era alcaide de la última Diego de Cáceres, valeroso soldado y muy obediente á las órdenes del rey D. Fernando, como antes á las de su padre en la guerra de Navarra. Desde el principio de la de Portugal hasta las campañas en tierra de Toledo, se portó como un cumplido guerrero y no interrumpió sus ejercicios militares cuando vió á la Reina ocupada en aquietar las turbulencias de Trujillo. Esto á pesar de su parentesco con los caballeros de la ciudad, favorecedores del Alcaide

de la fortaleza y enemigos de Luis de Chaves. Mas como constante partidario del prestigio de la Corona, á todo anteponía los deberes de leal vasallo y se lamentaba de la obstinación de sus parientes, entregados á procedimientos tan reprensibles.

Uno de ellos era Juan de Vargas, alcaide de la fortaleza de Madrigalejo, sucesor de su difunto hermano en el cargo y en la comisión de delitos. Uno y otro, capitaneando bandas de ladrones y desalmados, habían cometido las mayores atrocidades, y la Reina había mandado arrasar aquella fortaleza, la de Figueruela, baluarte del partido contrario, la de Castronuevo y otras dos levantadas por los caballeros rebeldes. Estableció, además, la Hermandad popular para asegurar los caminos, pues hasta entonces no se podía recorrerlos sin caer más ó menos pronto en poder de crueles y sanguinarios salteadores, muy humanos cuando se contentaban con despojar á los caminantes, pues las más veces saciaban en ellos su innata sed de sangre. Entregada la fortaleza de Figueruela por Luis de Chaves para ser arrasada, según acuerdo de la Reina, mandó cercar la de Madrigalejo, cuyo alcaide Canilles trabajaba por romper las capitulaciones iniciadas con los sitiadores. Diego de Cáceres tampoco se conformaba con la demolición de la fortaleza, y sólo aceptaba la devolución; pero como la Reina se negase en absoluto, despechado por la negativa, se volvió con sus caballos á la fortaleza de Benquerencia. A poco los ladrones abandonaron la de Madrigalejo, é inmediatamente fué arrasada hasta los cimientos. Más largo fué el cerco de Castronuevo,

por su fuerte posición, por sus defensas y por estar mejor guarnecida por los ladrones. Al cabo triunfó la valerosa constancia de los sitiadores, y quedó igualmente arrasada, así como las de Palacios y Orellana, único recurso para devolver su antigua tranquilidad á la provincia, y á los pastores su seguridad.

Todavía quiso la Reina afirmarla más empleando su actividad en apaciguar los tumultos de los de Cáceres, la antigua Castro César, según algunos, víctima á la sazón de grandes desastres, á causa de las facciones y rivalidades de los nobles. El conseguir aquel único medio de poner término á los pasados disturbios, fué ardua empresa, porque las muertes y las crueldades de uno y otro bando iban de día en día enconando más los odios entre los ciudadanos; eran generales los rencores, y sedientos todos de venganza, tenían á dicha cuando lograban hacer víctimas de algún horrendo crimen á los contrarios. Ante este desenfreno de furores resultaban impotentes los esfuerzos de los Corregidores enviados por los Reyes, si alguna vez intentaban castigar á los culpados, pues, ó morían á manos del bando castigado, ó cuando por precisión se unían al opuesto, contagiados con aquel ambiente de odios, lejos de justificar la corrección á los demás, se hacían merecedores de ella. Además, con 300 caballeros de Cáceres posesionados de la ciudad y corrompidos por el general contagio, sólo podían adoptarse enérgicos remedios, y esto no podía hacerse sino por mano de los Reyes, como realizó la Reina con su presencia, aunque juzgaba casi

imposible reprimir luego desde lejos los futuros disturbios.

También deseaba arrancar al conde de Medellín D. Juan Portocarrero del poder de su cruel y corrompida madre la condesa D.ª Beatriz, la cual, por el temor de renunciar á sus liviandades con la pérdida de sus estados, mantenía al joven largo tiempo en estrecho calabozo. A impulsos de sus malas pasiones, había hecho perecer entre diversos tormentos á muchos de sus antiguos amigos por negarse á secundar tales maldades. Esta cruelísima virago, hija del difunto Maestre Pacheco y de una manceba, había suscitado rivalidades sin cuento entre los principales de la provincia, favoreciendo, ya á uno, ya á otro bando, y para sostener su tiranía, había ocupado á Mérida y levantado muchas fortalezas. A fin de dar alguna respuesta á las amonestaciones de algunos religiosos cuando la reprendían su inhumano proceder con el hijo, le declaraba loco, y fingía maravillarse de la estolidez de cuantos imaginaban poder existir alguien superior á una madre en la conmiseración para su hijo; pues si ella—decía—hubiese conocido preferible para él la falsa libertad al saludable encierro, se hubiera ahorrado muchos pesares y evitado las acusaciones y calumnias del vulgo ignorante contra una madre, no sólo inocente, sino piadosísima. De las demás maldades nadie se atrevía á hablar palabra á la perversa mujer.

Por todo esto y por ser la Condesa favorecedora de los portugueses, deseaba la Reina encontrar medio para castigar á la malvada madre y libertar

al desdichado joven. Mas como para ello fuese necesario apelar á guerra abierta, prefirió aplazar el saludable escarmiento á suscitar nuevas contiendas en la provincia, ya casi apaciguada, especialmente por creerse dependiente de la provisión de los asuntos de Andalucía, y á éstos, primero la Reina en Sevilla, y después el Rey á su llegada, esperaban dar conveniente remate. Pero no se siguió este propósito de visitar á Sevilla.





CAPITULO IV

Disposiciones del rey D. Fernando mientras la Reina ejecutaba lo dicho en la frontera portuguesa.

Empeñado D. Fernando en la pacificación de los territorios de Castilla la Nueva y Navarra, resolvió hacerse dueño de las fortalezas ocupadas por el desalmado ladrón Pedro de Avendaño, alcaide de Castronuño, pues aunque el ilustre duque D. Alfonso de Aragón las combatía con habilidad, previsión y pericia militar, se desconfiaba del éxito sin el estímulo de la presencia del Soberano. Como el principal cuidado de la Hermandad popular corría á cargo del Duque, veíase precisado á recorrer extensos territorios, y le molestaban mucho las protestas de los nobles contra la exacción del repartimiento para sustentar á los cuadrilleros, cuando alegaban haber nacido para militar á sueldo ajeno y no para guerrear y pagar además estipendio á otros, cosa ofensiva y enteramente intolerable.

No conseguía D. Alfonso mitigar con sus razonamientos ni reprimir con su autoridad estas quejas de los caballeros, incentivo para diarias escisiones, sobre todo en año como aquél, estéril,

cuando la carestía de las subsistencias hacía conocidamente muy difícil sustentar á las tropas con soldada y su exacción era durísima para los pueblos hambrientos é insufrible ignominia para los nobles. A todo esto se añadía un nuevo cuidado en los confines de Salamanca, donde los portugueses, engañando con ardid al alcaide, se habían hecho dueños del castillo de Vilvestre, del señorío del arzobispado de Santiago, á orillas del Duero, límite de ambos términos por el norte, pues los castellanos ocupaban una orilla y los portugueses, al mediodía, poseían á Freixo d'Espada a cinta. Este triunfo les permitió volver contra los nuestros aquel castillo, fortísimo por su posición y antes su baluarte. Intentaron recuperarle; pero, acudiendo refuerzos enemigos, fuéles imposible resistir y hubieron de retirarse con doble desgracia.

Otra grave preocupación era para el rey D. Fernando la maldad del conde de Benavente D. Rodrigo Pimentel, quien, tal vez por consejo de los Grandes, sus amigos, abandonando las tierras del Tajo, había marchado á sus estados y pasado á Galicia al frente de 400 lanzas, para poner sitio á la Coruña, por serle conocidas las aficiones del Comendador de Vamba, hermano de Arias de Río, y nombrado tiempo hacía por el rey D. Fernando para el corregimiento y administración de Galicia, á fin de dar apoyo á los pueblos leales contra las perfidias de los Grandes. Era el Comendador muy afecto á la causa del de Benavente, por quien sentía gran entusiasmo, y como su principal cuidado era favorecerla, el Conde creyó facilísimo apoderarse de la Coruña con el apoyo

de hombre tan adicto, puesto como suprema autoridad sobre los pueblos por la del Rey, y á quien, con pretexto de fidelidad, le había de ser muy hacedera la ocupación del castillo, y en ocasión oportuna, entregársele á él con la caballería, como los sucesos vinieron á comprobarlo.

Finalmente, traían angustiado el ánimo del Rey el ver cómo el duque de Alba D. García y el conde de Treviño D. Pedro Manrique maquinaban peligrosas alteraciones, suscitaban con igual ardor nuevos tumultos, uno en tierras de Salamanca y Zamora y el otro en los confines de Navarra, Aragón y Alava, y fomentaban las conjuraciones de los caballeros contrarios á la Hermandad popular, para infundir nueva osadía á los desalmados ocupadores de los castillos de Castronuño y Cubillas y villa de Cantalapiedra. Pero nada de esto fué bastante para detener la resolución del animoso joven, antes se consagró á poner á raya á los ladrones, para, si esta primera empresa tenía éxito, proceder inmediatamente al reparo de las demás urgencias. Proveer á todas á un tiempo le hubiera sido imposible, y la gran utilidad para las poblaciones de tomar aquellos castillos era bastante evidente para infundir en todos igual actividad, sin ser obstáculo para proseguir lo empezado ninguna de las conjuraciones tramadas.

Los malhechores de Cantalapiedra resistieron valientemente algunos días, por haber conocido cuánto estimaba el clementísimo Rey la incolumidad de sus soldados y la paz de los pueblos, pues evitaría llegar á los últimos trances de un asalto, en caso de optar los sitiados por morir pe-

leando, al destierro, con prohibición de entrar en Portugal.

No se engañaron en sus cálculos, pues para ganar tiempo y atender á la integridad de sus tropas, D. Fernando permitió á los ladrones pasar á aquel reino, á condición de someterse al condigno castigo de sus crímenes, si pasado cierto plazo se encontraba á alguno en tierras de León y Castilla, como ocurrió con varios de los expulsados. Desde Cantalapiedra, ya á fines de Mayo de 1477, resolvió el Rey ir á poner cerco al castillo de Sieteiglesias antes de combatir seriamente los de Castronuño y Cubillas, á fin de emplear luego todo el esfuerzo en estas más difíciles empresas. En pocos días consiguió se le entregase la fortaleza bajo pactos iguales á los de Cantalapiedra. Desde allí se encaminó á la de Cubillas. muy enrocada y bien defendida; mas los ladrones prefirieron entregarla á experimentar los rigores del sitio, con tal de obtener condiciones iguales á las de los otros. Otorgadas por el Rey el mismo día de la rendición de la de Trujillo, quedó libre de sus ocupadores la fortaleza de Cubillas.

Sin perder tiempo marchó D. Fernando á sitiar la de Castronuño. Su perverso alcaide Pedro de Avendaño cimentaba su tenacidad en muchas esperanzas, pronto desvanecidas por la absoluta falta de socorro de los portugueses, más segura desde la llegada de D. Fernando, cuya perseverancia en combatir los castillos le era bien notoria. Larga fué la resistencia opuesta por el bandido á la constancia del Rey, y no se omitió medio alguno en el ataque ni en la defensa; mas re-

ducidos casi á las dos terceras partes los sitiados por efecto de la artillería y pérdidas de los combates, y sintiendo decaer sus ánimos, se empezó á tratar de refugiarse en Portugal con el oro, la plata y los caballos, sin exponerse al último desastre. Estipuláronse, pues, las siguientes condiciones: facultad á todas las guarniciones de las fortalezas de Cubillas, Castronuño y Sieteiglesias para marchar á Portugal, bajo seguro del Rey; permiso á cada jinete para llevar de los robos y presas hechas hasta la carga ordinaria de un caballo; el trigo y las provisiones todas, así como la artillería y máquinas de guerra dejadas especialmente en el castillo de Castronuño, quedarían para el Rey, á cambio del pago de 7.000 florines de Aragón al criminal Avendaño, como compensación, antes de la entrega de la fortaleza. Las abundantes provisiones de trigo vinieron á ser providencial salvación para los pueblos al iniciarse la carestía de aquel año, porque de día en día aumentaba la amenaza de un hambre general, y el reparto entre los necesitados de tantas fanegas de grano sobrantes en las trojes alivió en gran manera la penuria.

Además, los pueblos anhelaban la destrucción por cualquier medio de aquella peste tan largo tiempo arraigada en las entrañas del reino, y daban por bien perdidos sus bienes con tal de quedar en adelante á cubierto de nuevas extorsiones de los malvados. Para conseguirlo, después del exterminio de los compañeros del alcaide de Castronuño, sólo aguardaban la intervención del Rey para dejar libre de bandidos á Can-

talapiedra. Pero, á fin de hacer más grata á las gentes la desaparición de los ladrones, mandó arrasar la fortaleza de Castronuño, su funesta guarida durante tanto tiempo y desde donde más á menudo salían á ejecutar sus atropellos. De este modo se compensó la lenidad para con los bandidos, impuesta por los pactos, con la destrucción total de sus guaridas. En gran número acudieron las gentes á derribar la fortaleza, y en su afán por arrasarla, parecían ensañarse con las mismas piedras.





CAPITULO V

Toma del castillo de Monteleón por singular habilidad del Rey.—Descalabro de los portugueses en el mar.

OPORTUNO parece mencionar aquí la habilidad desplegada por el Rey y sus acertadas medidas para refrenar las maldades de algunos caballeros salamanquinos mientras se disponía á combatir las fortalezas en Medina del Campo. Tenía conocimiento de los crímenes perpetrados á mansalva en Salamanca por el facineroso Rodrigo Maldonado, de natural perverso, pero más desalmado después de haberse hecho dueño del castillo de Monteleón, fuerte por naturaleza, y hecho por él inexpugnable con las obras de defensa. Asegurado con el singular favor del Duque de Alba y el parentesco con los nobles salamanquinos, había cometido desmanes dignos de los mayores castigos, pues, además de sus corrompidas costumbres, se atrevía á acuñar moneda falsa con grave perjuicio de la república. El deseo de imponerle el merecido correctivo de este crimen movió principalmente el ánimo del Rey para tratar de poner término á tales insolencias con la toma de las fortalezas de Maldonado.

Conocía, sin embargo, cuán inútiles serían todas las disposiciones mientras su marcha no le cogiera desprevenido, pues, de conocerla, era seguro, no sólo el fracaso de la empresa, sino la excitación de nuevos trastornos; y así, juzgó preciso poner en el secreto de su próxima llegada á García Osorio, corregidor de Salamanca y acusador de los delitos de Maldonado y de sus cómplices. Llamó luego á parte á sus familiares, les descubrió su propósito, y, fingiendo cierta dolencia, á fin de proporcionarles excusa para no recibir las numerosas visitas de los cortesanos, se puso en marcha después de media noche, y durante ella, recorrió la mayor parte del camino. Al alba, tomó algún descanso, y, por extraviadas sendas, fué á alojarse á las cercanías de la ciudad á fin de entrar á la noche siguiente en la casa del Corregidor. Llegó la hora de la siesta, y con ella la ocasión de dar descanso á los cuerpos. Uno de los criados salió á buscar huevos por la aldea, y al entrar en la casa donde se alojaba el Rey á pedir el dinero la vendedora, le vió jugando familiarmente con los criados, muy ajenos de que fuera conocido por aquellos rústicos, y le reconoció por haberle visto muchas veces en Medina cuando ella iba á vender sus mercancías á la villa. Comunicó á una noble viuda, su convecina, la noticia y su sospecha de tener el Rey muy secreta la dirección de su viaje. La viuda, en su afán de exponerle los agravios sufridos de parte de los enemigos de su difunto marido, y de obtener de su reconocida justicia el merecido castigo para los culpados, marchó al alojamiento del Rey, á la sazón reti-

rado en una pobre alcoba; quiso verle, y los criados la negaron su presencia. No logrando su deseo, mandó á un criado á dar cuenta á varios caballeros salamanquinos, parientes suyos, de cuanto había sabido, y á encargarles mirasen por sus personas si por caso se creían autores de algunos desmanes, pues, á su entender, el Rey se dirigía á Salamanca.

Con este aviso, los regidores, entre los cuales se contaba Rodrigo Maldonado, se guardaron bien de asistir al día siguiente á la casa del Gobierno, donde acostumbraban á reunirse. En ella pensaba el Rey sorprenderle con otros seis ú ocho de los más culpados para imponerles el debido castigo, y al efecto, después de media noche, penetró con tres de sus criados en la casa del Corregidor y envió á otro alojamiento á los cuatro ó cinco restantes, mientras llegaba la hora acostumbrada para la junta de los Regidores. Mas, no viéndoles acudir, se percató de haber sido avisados, y entonces mandó al Corregidor, con gente armada, á prender, por lo menos, á Maldonado. Las prevenciones adoptadas no lograron evitar que muchos amigos de Maldonado se armasen á toda prisa y cargasen con rabiosa furia sobre el Corregidor, mientras el Rey recorría á caballo la ciudad, ocultando el rostro con el embozo de la capa, á fin de darse cuenta de los planes de los vecinos.

Precedíanle á larga distancia algunos criados, desconocidos de aquéllos, y además el licenciado Diego de Proaño, hombre de gran temple y muy apreciado del Rey, en cuya compañía había ve-

nido. Apenas se trabó la refriega, D. Fernando voló entre los combatientes, y desembozándose y desenvainando la espada, gritó en alta voz: «Vuestro Rey soy: ¡miradme!» Al oirlo, llenos de terror los cómplices de Rodrigo y de otros culpados, huyeron á esconderse en diferentes guaridas. Entonces los ciudadanos tomaron las armas, y rodeando al Rey, se pusieron á sus órdenes. Dióselas para correr á casa de Maldonado, pero ya éste había saltado desde ella á la iglesia de San Francisco y llamaba en vano á la puerta, porque los religiosos, asustados con el tumulto, no se atrevían á dar asilo á nadie. Llegó el Rey, y viéndole temblar de miedo, le mandó salir del vestíbulo y le prometió la vida salva si obedecía y entregaba el castillo de Monteleón; de lo contrario, le aseguró que, ante el interés de la paz pública, no dudaría en entrar á sacarle del asilo.

Asegurado con las palabras del Rey, y cual si naciese de nuevo, ya no se cuidó de las riquezas mal adquiridas, y se limitó á pedir la vida de su hermano Pedro Maldonado, hecho prisionero por el Corregidor. El Rey le dió su palabra de tratarlos con más clemencia después de entregado el castillo, y se dispuso á marchar inmediatamente, llevando por guía al prisionero Rodrigo. Con el fin de dar tiempo á cualquier mensajero para llegar con la noticia al Duque de Alba, de cuyo socorro no dudaba, el infiel guía fué apartándose del camino recto y torciendo hacia Alba para engañar al Rey. Pero éste conoció bien pronto el rodeo por la dirección del aire y amenazó á Maldonado con matarle si no renunciaba á sus pérfidas artes.

Entonces volvieron á tomar el camino recto, y al alba se presentaron ante las puertas del castillo. Aconsejó Rodrigo al alcaide la inmediata rendición, pues al Rey todas las puertas debían abrírsele. Lo mismo le intimó D. Fernando; mas el alcaide, juzgando los consejos de Maldonado muy contrarios á sus intenciones, se negó á franquearlas. Entonces el Rey hizo publicar á voz de pregón que Maldonado había merecido muchas veces el tormento por sus repetidas traiciones, y, por tanto, si el alcaide no obedecía, á la segunda intimación, se le cortaría á Rodrigo la mano derecha; á la tercera, la izquierda; á la cuarta, se le sacaría el ojo derecho; á la quinta, el izquierdo, y así, antes de expirar, podrían sus cómplices verle feamente mutilado en castigo de sus negros crímenes y de su temeraria deslealtad.

Inmediatamente imploró el desdichado la misericordia de sus amigos; realizóse la entrega del castillo, y arrojados de él los ladrones, á quienes el Rey había perdonado la vida, dió la alcaidía á Diego Ruiz de Montalvo, caballero de Medina, hombre honrado y valiente. En el interior de la fortaleza se encontraron restos de artefactos para la fabricación de moneda falsa. Otros muchos crímenes grandemente funestos para el reino cesaron con la rendición del castillo. Sintiólo mucho el duque de Alba D. García; pero se guardó bien de manifestarlo, y disimuló la contrariedad cuanto pudo. Luego se pronunció contra Rodrigo y sus cómplices sentencia de destierro á Fuenterrabía, en cuya guarnición habían de servir dos años á su propia costa.

Terminadas aceleradamente estas cosas, volvió el Rey á los cuatro días á Medina, con la gloria de haber asegurado con su actividad la paz de los salamanquinos y quebrantado seriamente el prestigio de los portugueses, con gran sentimiento de cuantos deseaban verle preponderante á fin de prolongar las crueldades de la guerra. La suerte se les declaró muy contraria, porque desde el viaje del rey de Portugal á Francia todo salía mal á sus súbditos y á sus aliados en las campañas por tierra, y los naufragios ó los combates hacían fracasar sus empresas marítimas. Así, por ejemplo, mientras D. Fernando ejecutaba lo referido y la Reina sometía á Trujillo y se la entregaban ó hacía arrasar las demás fortalezas de los portugueses ó de sus favorecedores, aquéllos tripularon una galera con soldados singulares, y, ensoberbecidos con sus triunfos, recorrieron con ella el mar, desde Gibraltar á Ceuta, para estorbar la navegación álas embarcaciones andaluzas. Lanzada á toda fuerza de remos, y con viento muy favorable, en persecución de dcs galeras de Alvaro de Nava, la excesiva velocidad y el ansia de darlas alcance la hizo chocar con un escollo oculto por las aguas. Ni uno solo de los soldados escapó del naufragio; salváronse á nado los demás tripulantes, pero quedaron condenados perpetuamente al remo. Entre los cien hombres ahogados, la mayor parte nobles, el Comendador de Nodar halló en las olas el término de sus desdichas. Los otros 80, condenados al remo, envidiaban la suerte de los ahogados.



CAPITULO VI

Desmanes de D. Alfonso Aguilar.—Correrías de los granadinos.

Trastornos intestinos vinieron á oscurecer este triunfo de los andaluces, porque la maldad de los tiranos hacía pulular los escándalos por todos los pueblos. Cuanto más próxima veían la llegada de la Reina, con mayor ahinco tramaban conjuraciones, y sus emisarios iban de casa en casa excitando los ánimos concordes á novedades de donde pudiera originarse la desesperación de futuro remedio. Encontró en Córdoba oportuna ocasión para inmediatos disturbios D. Alfonso de Aguilar, hombre astuto y desde su niñez inclinado á la tiranía. Con el fin de librarse de la nota de desear el triunfo del rey de Portugal, aborrecido de los castellanos, acogió bien á Diego de Merlo, enviado por la Reina al corregimiento de Córdoba, teatro de multitud de crímenes cometidos por hombres desalmados, reos de presas, latrocinios y asesinatos, y desprovistos de toda noción de justicia y de todo temor al castigo. Eran tan numerosos los culpados como escasos los que apreciaban el amparo de la justicia.

En los comienzos de su cargo, Diego de Merlo procuró ganarse con su afabilidad á D. Alfonso de Aguilar, secuaz de los delincuentes cordobeses, en cuyos crímenes había encontrado fuerte apoyo para extender su tiranía. Por su cargo de Corregidor se erigió en árbitro para transigir de algún modo las diferencias entre el de Aguilar y el Conde de Cabra acerca de las presas de ganados arrebatados á viva fuerza por el primero á los pueblos desprevenidos, cuando con numerosas tropas, y fingiendo agravios repetidos del rey Albuhacén de Granada, buscaba venganza y quería devolverle golpe por golpe. Cuando después apareció á las claras el despojo, y el daño y ofensa inferidos al Conde de Cabra, hasta los mismos cómplices del de Aguilar reprobaban el hecho, tachando de vergonzoso el engaño de llamar á sus amigos á vengarse de Albuhacén para llevarlos á devastar las poblaciones leales. Los Reyes se indignaron contra D. Alfonso y le escribieron afeándole su conducta, pues, además de quebrantar las treguas pactadas con los granadinos, con el pretexto de correrías por sus tierras, había talado los campos de los cristianos, con desprecio de la autoridad real, contraria á una y otra felonía. En virtud de estas reprensiones, y para impedir también al Conde usar de represalias con nuevas talas, don Alfonso aceptó el arbitraje del corregidor Merlo, á quien ya trataba con cierta familiaridad; prometió la restitución equivalente á la presa cogida, y darle en prenda la fortaleza de Monturque. Todo ello, sin embargo, no pasaba de una añagaza, porque, entretanto, seguía buscando oportunidad

para destruir al Corregidor. Según éste, más animado con el favor del pueblo, iba atreviéndose á castigar á los culpados, el de Aguilar le echaba más en cara aquella popularidad, excitaba á cada paso los ánimos de los malvados y se mostraba cada día más colérico contra Merlo. Al cabo, reuniéndose la multitud de caballeros cordobeses, secuaces de don Alfonso, prometieron dar cuenta del Corregidor, tan confiado en el favor popular, con un solo golpe. Cierto día un delegado del Corregidor prendió á dos sicarios; pero una turba de cómplices, además de arrancárselos de su poder, le acribillaron á heridas. Tomó al punto las armas el Corregidor y llamó á los populares, en quienes había fundado demasiadas esperanzas. El de Aguilar le envió en son de paz algunos caballeros de buena fama, como testigos de haberse visto forzado á pelear, si el Corregidor, harto de sufrir ofensas, apelaba á las armas. Vinieron al fin á las manos, y D. Alfonso trajo consigo fuerte pelotón de caballos y peones acostumbrados á estos encuentros. Resistió valientemente el Corregidor la primera acometida; pero cuando vió á los del pueblo atemorizados, empezó á cejar en la resistencia y fué á refugiarse á la iglesia de San Lorenzo. Allí continuó atacándole el de Aguilar; mas viendo cuán lentamente combatían los suyos, lanzó contra el templo á los 70 moros granadinos de su comitiva, porque los retenía desde su intentona en favor del intruso rey Abencerraje Mahomed. Destrozando las puertas, los moros registraron la iglesia y sacaron al Corregidor para encerrarle en el castillo de Aguilar hasta la entrega del de Monturque.

Doloroso fué para la ciudad ver á los mahometanos manchar con sangre y fuego, por orden del audaz, el sagrado templo. No menos sintió la Reina la afrenta, al oir cómo el Corregidor por ella enviado había sucumbido á la tiránica rebeldía y cómo el pueblo no había tenido alientos para protegerle contra la multitud de malvados; pero leídas las cartas de excusas enviadas por el de Aguilar, aparentó estar persuadida de ser toda la culpa del Corregidor por haber tenido en mucho el aura popular y fomentar nuevas rivalidades entre los nobles cordobeses, dueños de casi todos los cargos públicos, y la plebe, manchada también con muchos crímenes. Contestó la Reina á las cartas aconsejando al de Aguilar, en mesurados términos, que no retuviese más tiempo en prisión á Diego de Merlo en desprestigio del poder real, y prometiendo, si le soltaba, declararle incapacitado para otros cargos é indigno del corregimiento; pero nada aprovecharon las cartas.

El rey de Granada Albuhacén se encargó de vengar los desmanes de D. Alfonso, y al frente de numerosos jinetes y de 30.000 peones, taló una gran extensión de los campos de Antequera; devastó los árboles frutales con hierro y fuego; arrasó los molinos; pasó á cuchillo ó llevó miserablemente cautivos á cuantos cristianos encontró fuera de las murallas, y dejó sumidos en la pobreza y en las privaciones á los de dentro, lamentando su desdichada suerte, pues, por su condición de vasallos de D. Alfonso de Aguilar, pagaban la pena de haber él quebrantado las treguas. No se limi-

taron á lamentar el haberse enajenado de la Corona para someterse á la despótica voluntad de aquel magnate; algunos ciudadanos tramaron negra conjura para entregar las tierras á los moros, con escarnio de la verdad católica. A tal punto había llegado la desesperación de los ánimos.





CAPÍTULO VII

Esfuerzos del de Aguilar para resistir á los moros.— Conjuraciones y esperanzas de algunos Grandes de Andalucía.

Las frecuentes algaradas de los granadinos obligaron á D. Alfonso de Aguilar á pensar en la venganza, y no queriendo dejar en Córdoba á los moros de su comitiva expuestos al furor de la plebe, los alojó en la Rambla, mientras recogía tropas auxiliares suficientes para tomar represalias del enemigo. Marchó, pues, hacia Antequera, y taló todo el territorio colindante con los moros, donde pudo penetrar á seguro. Son, sin embargo, los granadinos muy cautos y previsores, y difícilmente pueden arrebatárseles los ganados desde los valles adyacentes á las abruptas asperezas donde pastan. Gente ejercitada en la guerra, saben descubrir siempre por medio de escuchas nocturnos y corredores de día cuantas celadas ó acometidas prepara el enemigo, y rara vez reciben daño de talas ó emboscadas, excepto cuando un ejército poderoso penetra hasta la ciudad de Málaga ó da vista á las murallas de Granada. A una empresa semejante no pudo con

seguridad lanzarse en aquella ocasión el de Aguilar, porque el rey Albuhacén había tomado exquisitas precauciones contra las posibles empresas del enemigo. Fué, por tanto, insignificante la presa hecha por D. Alfonso y no compensó la fatiga de sus compañeros de armas.

Intencionadamente él y sus partidarios diéronse á propalar rumores ensalzando los triunfos de los portugueses, dependientes, decían, de la buena suerte del rey Luis de Francia, el cual aseguraban haber tomado ya á Arras y otras muchas ciudades y villas importantes, en otro tiempo ocupadas por el difunto Duque de Borgoña, Carlos, además de otras de los borgoñones, poseídas por él en virtud de herencia, en grave perjuicio de su hija y en daño del esposo, pues por haber preferido la doncella al hijo del Emperador de Romanos, el rey Luis de Francia, dolido del desprecio hecho á su hijo Felipe, había tomado ó devastado todo el patrimonio de la doncella. El mismo esposo estaba ya arrepentido de haber aceptado su manó, pues ni podía auxiliarla, ni esperaba disfrutar jamás de su patrimonio, motivo principal, añadían, para el consentimiento del joven en el matrimonio. A creer á los Grandes andaluces y á sus amigos, el rey de Portugal D. Alfonso se disponía á entrar en Cataluña al frente de un ejército francés y á ganar para el rey Luis la provincia de Ampurias, mientras éste se consagraba á ocupar los dominios del desdichado Carlos, antiguo Duque de Borgoña.

Esta distribución del ejército facilitaría, según los portugueses, la ocupación de todo el territo-

rio por los franceses, y, además, reunida la armada de aquéllos con la del francés Colón, el mar gaditano sólo para ellos estaría abierto, y quedarían los andaluces imposibilitados de navegar, y, por tanto, encerrados en sus tierras y forzados á dejar la obediencia del rey D. Fernando, á causa de la falta de mercancías extranjeras, por no serles posible enviar vino, aceite y demás frutos á Flandes y á Inglaterra. Principalmente se figuraban facilísima la ejecución de todo esto, por cuanto la ciudad de Cádiz, del señorío del Marqués, desde el comienzo de la guerra se había mostrado inclinada al rey de Portugal, y en el resto de Andalucía casi todos los Grandes eran conocidamente de igual opinión. Exceptuábase el duque D. Enrique; pero éste, al principio partidario de D. Fernando, había de variar de pensamiento en cuanto conociese la intención de los Reyes, encaminada á privar á los Grandes y á todos los caballeros andaluces de la antigua intervención en la administración pública, y, por tanto, preferiría, como los demás nobles, el triunfo del rey de Portugal, á ver dominar en Sevilla la suprema autoridad, más y más ensoberbecida después de la batalla de Zamora, y empeñada en la venganza contra los magnates investidos con cargos públicos.

Vista la escasa eficacia de rumores procedentes de tan remotas partes, inventaban otras fábulas, como suponer al rey de Portugal desde su alojamiento de París en camino para Roán y de allí á Harfleur, donde había de reunir sus naves con las poderosas galeras de Colón, y con tan fuerte

armada, subyugar las Vascongadas y después enseñorearse de Galicia, cuyos Grandes, á excepción del Arzobispo de Santiago D. Alfonso de Fonseca, favorecían todos al Lusitano. Pero aquél, decían, abrumado con prolongadas desgracias, no podría resistir el empuje de sus adversarios los Grandes, y, ó sucumbiría al peso de tanta desdicha, ó seguiría á los más poderosos magnates gallegos á completa devoción del rey de Portugal.

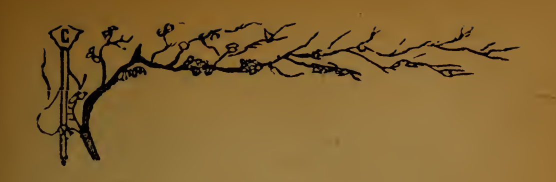
Censuraban también á la Reina por pretender con resolución femenil excluir del gobierno de ciudades y villas á los Grandes andaluces, y á los alcaides de la guarda de las fortalezas. Y á locura podría atribuírsela si juzgaba fácil excluir de Sevilla al Duque de Medina Sidonia; de Jerez, al Marqués; de Córdoba, á D. Alfonso de Aguilar; de Ecija, á D. Luis Portocarrero, y de Carmona, á D. Luis de Godoy; pues siendo empresa reconocidamente ardua aun en tiempo de paz y con el decidido concurso del Rey, mucho más lo sería cuando, por contrariar la voluntad de los poseedores de la autoridad en aquellas ciudades, la Reina se viese rodeada de peligros, pues, enojado el duque D. Enrique, tan inclinado á peligrosas novedades, por una parte tendría el favor de los granadinos, y por otra el auxilio del rey de Portugal. Lo mismo podía decirse del Marqués, quien, además de otros recursos propios para reprimir cualquier inesperado intento de la Reina, era dueño de la villa y fortaleza de Alcalá de Guadaira, y así podía hacer fracasar todo atrevimiento del pueblo sevillano, si por caso, con su absoluta sumisión á la Reina, la daban alientos

para lanzarse á mayores empresas. La misma presencia del rey D. Fernando, á quien aguardaba, tampoco bastaría para evitarles el prescindir del concurso de los Grandes. Contra estas y otras análogas arrogancias de los tiranos y de sus satélites, muchos particulares y el pueblo consideraban seguro el exterminio de los tiranos con sola la voluntad del rey D. Fernando en cuanto llegara á orillas del Guadalquivir, y entretanto ensalzaban sus triunfos y hasta exageraban sus conocidas hazañas, encomiando su valentía y su laudable espíritu de justicia, las cuales, con otras esclarecidas prendas de tan excelso Príncipe, ayudado del favor divino, sobraban para arrollar cuantos obstáculos opusieran los tiranos de Andalucía, como había sucedido en otras partes de Castilla y León.

Otros censuraban á la Reina por haberse adelantado á D. Fernando, y pronosticaban la insuficiencia de las resoluciones de una mujer para asuntos de tanta monta, á pesar de las relevantes cualidades de aquella señora. Lo más doloroso era, sin embargo, ver admitidos á los cargos públicos á los antiguos servidores del rey D. Enrique, hombres de insaciable avaricia, esclavos de perversas costumbres, únicamente atentos á atesorar riquezas, á fomentar discordias sin término, á no tener en nada la paz pública, y con pretexto de futuro remedio, prontos á toda suerte de crueldades y corruptelas, y á aconsejar á la Reina, como primero y principal recurso para mitigar las cosas, el castigo de los culpables. Este castigo, en la mente de

los inicuos oficiales, procedentes del séquito del difunto rey D. Enrique, había de consistir en la exacción de multas, por su inveterada costumbre de sacar dinero de todas partes; mas para mayor facilidad en su rapiña empleaban la hipócrita falacia y los subterfugios de la mentira.





CAPITULO VIII

Exacciones de los eclesiásticos. — Llegada del Legado pontificio. — Numerosos avisos que precedieron á la llegada de la Reina. — De su habilidad en vano desplegada. — Pomposa entrada de D.ª Isabel en Sevilla.

Con igual anhelo y por el mismo tiempo la insaciable sed de riquezas de la curia eclesiástica se desvivía por dejar exhaustos de todo recurso á los míseros españoles. Como á los hidrópicos, cada día el lucro insuficiente iba aumentando la inextinguible sed de oro. Había enviado Sixto IV á los reinos de Castilla y León al obispo Nicolás Franco, sujeto, por otra parte, morigerado, de no haber aceptado la comisión dada por hombres intemperantes; mas con ella se hizo al mismo tiempo solidario de las intenciones de los mandatarios. Casi anualmente publicaba jubileo para los españoles, haciéndoles creer que, á cambio de una despreciable cantidad, obtendrían premio eterno, cual si hubiesen cumplido todos los requisitos del solemne jubileo. Además de esto, inventaba otros muchos medios de sacar dinero, y á la sombra de la inadvertencia de los Prín-

cipes, persuadidos de la necesidad de contar con el Papa para el arreglo de los disturbios del reino, iba aumentando considerablemente sus ganancias. Con ello iba cundiendo más de día en día el desenfreno para acumular riquezas y el capricho de los consejeros del Papa, como más por extenso dejo explicado. El Obispo llegó á Trujillo siguiendo á la corte; de allí pasó á Andalucía, y después de sacar á los cordobeses cuanto dinero pudo, marchó á Sevilla á esperar á la Reina.

En esta ciudad le recibió el Duque de Medina Sidonia con gran acatamiento, á fin de granjearse mayor favor del Papa para alcanzar la provisión del Maestrazgo de Santiago, seguro, á su juicio, si no escaseaba el dinero, á pesar de haber recaído en el Rey la administración del Maestrazgo por voto general de los Comendadores, excepto el de D. Alfonso de Cárdenas. Mas el Duque concedía escaso valor á una posesión otorgada en forma irregular, y mientras el Papa se resistía á confirmarla, él continuaba trabajando por conseguir aquella dignidad, como venía haciendo desde la muerte del Maestre Pacheco. Conocía también el empeño del Papa por adjudicar las rentas del Maestrazgo al conde Jerónimo, hermano del difunto Cardenal de San Sixto, y á quien, á la muerte de éste, había concedido el Pontífice el mismo favor y afecto, y cómo, además de otras muchas demasías, había declarado en sus cartas el propósito de entregar á discreción á Jerónimo las rentas y emolumentos de aquella Orden militar.

El sujeto, sin embargo, no parecía muy á propósito, y como los Comendadores á una resistie-

sen la obediencia á los mandatos, el Duque había concebido nuevas esperanzas de conseguir en su favor letras apostólicas, dando dinero á Jerónimo. Y esta esperanza se dice haber fomentado el legado Nicolás, astuto exactor de nuevos tributos, por lo cual, al llegar á Sevilla, el Duque salió á recibirle con gran séquito de caballeros y ciudadanos.

La Reina, al dirigirse á aquella ciudad, se detuvo en Cantillana, y mientras se disponía el hospedaje de la corte, se dignó oir mi opinión, por haber comprendido cuán á mal le llevaban los sevillanos, inducidos por el Duque, causa constante de la perturbación de sus ánimos. Ante la necesidad de adoptar una resolución, hube de explicar á la Reina cómo los sevillanos tienen una sagacidad especial para penetrar el carácter y costumbres de sus Príncipes, y cuando los ven inclinados á algún vicio, saben fomentarle astutamente, á fin de procurarse así ancho campo para su acostumbrada licencia; pero si conocen en ellos enérgica resolución para el bien, les rinden humilde acatamiento y son obedientes vasallos. En todas partes, añadí, convenía á los Príncipes hallarse adornados de todas las virtudes; pero más particularmente allí donde con tal sagacidad se observa el giro de las costumbres, que los inclinados al mal hallan inmediata la sima de su perdición; pero los decididos á las buenas obras son honrados y enaltecidos. Ciertamente, aunque eran bien notorias las relevantes virtudes de tan excelsa Reina, temía yo, sin embargo, el fácil triunfo de las seducciones de los aduladores sobre el ánimo femenino, al

verla rodeada de muchos de los cortesanos del rey D. Enrique, esclavos de las más bajas pasiones, é investidos ahora de aquellos mismos cargos públicos en cuyo desempeño se habían portado antes tan inicuamente. Por lo cual, ó debían quitárseles todos los medios de hacer daño, ó proponiéndose imponerles castigos, aterrorizarlos con la amenaza del que merecían, á pesar de la dificultad de perder los malos hábitos.

Inmediatamente la Reina, persuadida por mis razones, llamó á todos los oficiales de palacio y les amonestó extensamente, prometiéndoles mercedes ó conminándoles con el real desagrado, con arreglo á su conducta. Todos contestaron con la mayor sumisión; mas al cabo triunfó la innata maldad arraigada en sus corazones, contra la esperanza de la Reina, muy persuadida del cumplimiento por parte de todos ellos de cuantos consejos les había dado. Contenta con esta ilusión marchó á la aldea de la Rinconada, donde al punto acudieron á besar su mano multitud de caballeros, autoridades y ciudadanos de Sevilla, y el primero de todos el Duque, que por primera vez la veía. Se acordó llevar á la Reina embarcada para aproximarla más á la multitud que la vitoreaba, y alojarla aquella noche en el hospedaje dispuesto con regular decencia en la casa llamada *Tercia*.

El Duque preparó otros con más prontitud, donde suministró opíparos manjares. Hizo revestir de tapices las paredes y disponer camas para los caballeros, sin omitir nada conveniente en el improvisado alojamiento. Al día siguiente, 24 de Julio, la Reina de sin par hermo-

sura, cabalgó en un corcel ricamente enjaezado con paramentos de oro, y junto á la Puerta de la Macarena escuchó el elocuente discurso pronunciado en nombre de la ciudad por D. Alfonso de Velasco, á la sazón el más facundo de todos los nobles, y que en aquel día, acaso por presagiar su fin cercano, hizo gala de sus mejores dotes oratorias. Concedió al punto la Reina cuanto se la pedía y confirmó con juramento los privilegios otorgados por sus progenitores á la importante ciudad. La admiración que la causó el inmenso gentío de sus calles y la magnificencia del Real Alcázar, mandado construir por el rey D. Pedro, la hicieron confesar no haber imaginado jamás la grandeza de tan insigne ciudad. Luego se empleó el día en distribuir los hospedajes de los oficiales de la corte, y los habitantes dieron tregua á sus entusiastas manifestaciones. Muchos de los primeros tuvieron buen acogimiento, contra la opinión de cuantos habían augurado tumultos y disensiones á causa de la osadía de los habitantes y de la astucia del duque D. Enrique al reservarse gran parte de los hospedajes, á fin de conciliarse el ánimo de sus parientes y el favor de los que los buscaban.





CAPITULO IX

Desenfreno de los oficiales de la corte.—Astucia empleada para provocar cuestiones entre ellos.—Ansiada venida del Rey.—Su anhelo por acceder á los deseos de la Reina y adoptar acertadas medidas de gobierno.

Grandemente favoreció los astutos propósitos del Duque la corrupción de los oficiales de la corte, que contra los consejos de la Reina, y so color de administrar justicia, se lanzaron á arrebatar el dinero de los ciudadanos. El desenfreno y la comisión de toda clase de delitos á que de largo tiempo venía entregada la juventud, proporcionó buen pretexto á las autoridades para adoptar simulado rigor y sepultar á unos en las cárceles y excitar más y más los inveterados rencores y el ansia de venganza en los delatores, con ofrecerles el inmediato castigo de cualquier delincuente á quien acusaran. Así pululaban los delatores en derredor de los jueces, y el más riguroso era el más elogiado. La excesiva severidad hizo huir inmediatamente de la ciudad, no sólo á los homicidas, sicarios y ladrones, sino á sus amigos y cómplices, que por sola la

continuidad del trato, temblaban el castigo, especialmente al conocerse la antigua astucia de los jueces sevillanos, que, por lo común, halagaban á los jóvenes más procaces y dejaban impunes los crímenes graves, anotando en los registros fiscales las faltas ligeras y conminándolas con futuro castigo. Con tal ardid obtenían general obediencia y dejaban sometida la libertad de los jóvenes al arbitrio de los corregidores, ó mejor dicho, tiranos.

Uno de los que más partido sacaban de estos registros era cierto licenciado de Frías, hombre de tan extremada avaricia y singular carácter, que exigía dineros lo mismo á la parte actora que á la rea, fatigando á los ciudadanos con continuas citaciones; despreciaba á los nobles para aparentar severidad, é intempestiva é inmoderadamente alardeaba de cruel aspereza. A su lado tenía subalternos igualmente avaros y que aparentaban igual severidad para el castigo, con lo que cerca de cinco mil jóvenes sevillanos abandonaron la ciudad y se dispersaron por Andalucía. El licenciado cargó la mano contra muchos ciudadanos notados de ligeras culpas, porque castigaba á pocos, pero dejaba exhaustas muchas bolsas, y á fin de sacar dinero de todos, declaraba en rebeldía á cuantos citados al juicio de la mañana no comparecían antes de dar las doce, sin admitir excusa alguna. Pronto conocían los culpados que si estaba sediento, no era de su sangre, sino de su dinero; éste aplacaba sus iras y con él se procuraba valedores cerca de la Reina para elogiar su severidad y proteger sus infamias. Los cómplices

de este desalmado cooperaban á su rapacidad tratando de acumular riquezas en la extensa ciudad por todos los medios, sin importarles las protestas de los ciudadanos aterrorizados, pues las rebatían diciendo haber cundido tanto en la ciudad la licencia para crímenes y vejaciones, que á cualquier castigo severo se le llamaba crueldad, y á los cortos emolumentos exigidos para manutención y por el trabajo de los jueces daban el nombre de robo los insolentes ciudadanos, ya á devoción del duque D. Enrique, antes tan generalmente aborrecido.

Cuando éste conoció que la desfachatez de los forasteros huéspedes le había ganado las simpatías generales de las gentes, empezó á emplear más cuidado por atraerse á todos, así caballeros principales y autoridades, vejados por los atropellos de los jueces, como al pueblo, con lo que su casa se llenó de una multitud que elogiaba su benignidad y ensalzaba sus costumbres que antes había anatematizado. Todo ello produjo al cabo mutuas antipatías entre los forasteros y los vecinos, y empezaron las burlas de los chicos, como por juego. Luego los huéspedes dieron en llamar por mote á los sevillanos *jaboneros*, á causa del gran consumo de jabón que en la ciudad se hacía, y ellos á los cortesanos *ganseros*, por las bandadas de gansos que chicos y chicas, á modo de pastores, llevaban á pastar al campo. Las burlas por ambas partes degeneraron en graves riñas cuando llegaron á insultarse con frases injuriosas; pronto de las palabras pasaron á los golpes, lo que hacía prever próximos tumultos. Hasta tal punto lle-

vaban las contiendas, no sólo los chicos, sino los hombres, que fué preciso amonestarles con público pregón que cesasen en sus mortificantes burlas, so pena de severo castigo.

Vino á acrecentar la general indignación el odio, la maldad y la codicia del almirante D. Alfonso Enríquez, el cual, obtenido de la Reina el correspondiente permiso, le concedió á los mercaderes, á cambio de dinero, para sacar trigo del reino, convirtiendo así en escasez la abundancia de mantenimientos. Esto, á pesar de las quejas de los sevillanos que protestaban de la iniquidad realizada, y de que, caso hasta entonces no visto, se sacase el trigo del interior mismo de la ciudad, se cargase en las naves y se exportase á Cataluña y á Italia, contra las promesas de la Reina de no permitir la venta de alimentos destinados á los ciudadanos. Además, á los vascongados, fieles vasallos de la corona y sufridores de largas penalidades en la guerra, no se les concedían mantenimientos sin previo permiso para el tráfico, de modo que parecía que la Reina había olvidado el valor de aquellas gentes y la penuria á que se habían condenado cuando, por obedecer en todo á la Real Majestad, habían pospuesto la antigua facilidad de procurarse víveres de la vecina Francia y hecho con las nuevas necesidades más amarga la esterilidad de la tierra al dejar los mantenimientos ciertos por los eventuales. Tales eran las quejas de los vascongados y análogas las de los sevillanos. El natural bondadoso de la Reina la inclinaba á mirar por el bien de los vasallos; pero los falaces consejos del Almirante y el lucro

que la mayor parte de los cortesanos sacaba de aquella perniciosa corruptela la impedían perseverar en sus buenos propósitos. Y hubieran sido más funestas las protestas de los sevillanos, como más originadas á provocar tumultos, á no mitigar los ánimos la esperanza de la próxima llegada del Rey. También le aguardaba impaciente la Reina, entre otros motivos, por el muy poderoso de librarse del peso de tantos y tan graves asuntos, pues harto había advertido cuán engañada la teníán las astutas artes de los que la rodeaban, bien seguros, por su parte, de que por oídas podía juzgar de todo, pero de muy poco por sus propios ojos. Por el contrario, al Rey le sería fácil comprobar por su vista cuanto llegase á sus oídos. Todo esto obligó á la Reina á escribir á D. Fernando llamándole con urgencia, y él se apresuró á obedecerla. Antes de su llegada quiso D.ª Isabel dejar asegurada para la Corona la posesión del regio Alcázar, de la dársena y del castillo de Triana, ocupado todo por el duque D. Enrique, en virtud de cartas no de buen grado concedidas por la Reina, que ahora, con su presencia, halló ocasión de revindicar para el trono los citados edificios, con gran contrariedad del Duque, á quien esta habilidad de la Reina irritó gravemente. Luego fué poco á poco calmándose con la esperanza de obtener graciosamente la confirmación del señorío de los castillos de Lebrija, Fregenal, Aroche y Alanís, defendidos por guarniciones propias; y aun se dice que meditaba hacerse dueño del Alcázar, de la dársena y del castillo de Triana, empresa al parecer de fácil ejecución, después de marcharse

los Reyes. D.ª Isabel confió la Alcaidía del último á... (1) de Briones, sujeto muy querido del difunto rey D. Enrique, y se encomendó la dársena á Francisco de Madrid, por consejo de Gutierre de Cárdenas, para poder así él disponer de ésta y de la fortaleza.

(1) El nombre en blanco.





CAPITULO X

Viaje del Rey á Sevilla y resoluciones que durante él adoptó.—Vana alegría de los sevillanos.

Mientras esto pasaba en Sevilla, D. Fernando recogía los plácemes generales de los pueblos, así por haber logrado exterminar á los ladrones, como por no haberle visto, hasta entonces, desviarse de la justicia, sino en restituir la fortaleza de Toro á Rodrigo de Ulloa, aborrecido de muchos ciudadanos por su perversa índole, y no menos de los nobles, á causa de sus muchos crímenes. Para acompañarle en el camino eligió al duque de Alba D. García de Toledo, y al conde de Benavente D. Rodrigo Pimentel, ambos fomentadores de conspiraciones y cabezas de numerosos conjurados. Para asegurar la tranquilidad de las provincias limítrofes de Castilla, juzgó conveniente confiar á su hermano D. Alfonso de Aragón, duque de Villahermosa, y al condestable D. Pedro Fernández de Velasco, el gobierno y el mando de las guarniciones, y como el encargo seguramente hubiera sido irrealizable si les hubiera dejado acompañados de los dichos Duque de Alba y Conde de Benavente,

procuró hablarles cariñosamente encareciendo el interés que tenía en llevarlos por compañeros del viaje á Andalucía. Asintieron ellos fingiendo aceptar de buen grado lo que tanto les contrariaba.

La primera jornada del Rey fué al monasterio de Guadalupe, donde permaneció nueve días en cumplimiento de una promesa, aguardando al Duque de Alba, que disponía perezosamente su viaje. Reunido ya con el Rey, marcharon á Benquerencia, á ruegos de Diego de Cáceres, á que accedió D. Fernando luego que oyó al clavero de Alcántara D. Alfonso de Monroy, que vino á besarle la mano en el camino y le mereció excelente acogida. Desde Benquerencia, y para evitar el encuentro con el comendador de León D. Alfonso de Cárdenas, se desviaron de las villas de su señorío y entraron en Azuaga.

Aquí vine yo á besar la mano al Rey, que quiso saber si eran ciertos los rumores del tumulto de Sevilla, de que muchos le habían hablado, y de la maldad de los cortesanos, digna de severísimo castigo. Yo le pregunté si le habían enterado bastante de todos los desafueros cometidos, y él me refirió tantos detalles, que consideré inútil darle más explicaciones acerca de los sucesos de Sevilla, aunque sí me esforcé por inclinarle á lo mejor, recordando las causas que me habían hecho insistir con Su Alteza para que fuese á Andalucía antes que la Reina. Porque si reconocía la imposibilidad de evitar lo sucedido, en cambio debía satisfacer las esperanzas puestas por los andaluces en su venida, cual enmienda de lo pasado, garantía de lo futuro y medio adecuado para la realiza-

ción de cuanto pareciese conveniente al verdadero bien público y á granjearse el elogio de los beneméritos. No le oculté nada relativo al carácter de los andaluces, y, sobre todo, le expliqué la habilidad de los sevillanos para conocer las inclinaciones de los Príncipes, cuando por acaso son esclavos de alguna pasión. Merced á esta sagacidad, los malos adivinan lo más eficaz para la impunidad de sus delitos, y así compran con dádivas á los magistrados codiciosos; ganan á los lascivos con placeres; á los orgullosos, con adulaciones, y á los frívolos, con halagos; desprecian á los apáticos y se burlan de los cobardes. Mas cuando ven en los Príncipes y en los gobernantes resuelta tendencia al bien y prácticas de justicia y de equidad, se atemorizan y rinden homenaje á la virtud, tan encomiada por los honrados ciudadanos. Así, pues, le rogué encarecidamente que procurase alcanzar el alto grado de virtud que todos los andaluces suponían y proclamaban eminente en los Reyes, y que, no sólo estaba obligado á practicar cuando le esperaban, sino hasta á fingir en todo cuanto le alababan, á fin de no enfriar con su presencia el entusiasmo de los que le habían admirado ausente.

Oyó benignamente D. Fernando mis consejos y contestó que los observaría con puntualidad. Luego, en diarias conferencias conmigo, me repetía cuán acertados le habían parecido y cuán preferentemente juzgaba deberse acudir al remedio de los asuntos de Andalucía, adonde se encaminaba con tanto trabajo, deseoso de poner en orden su relajado gobierno, aunque reclamasen su aten-

ción los asuntos de Navarra, por haber sabido que algunos de la facción francesa urdían muchas traiciones y aconsejaban al rey Luis el envío inmediato de tropas al interior de la provincia. El, sin embargo, había encomendado al celo de fieles auxiliares el ocurrir á estos peligros de Navarra y á otros de Aragón y preferido venir en persona, antes que á ninguna parte, á poner remedio en las cosas de Andalucía. La Providencia favoreció su resolución. Un traidor navarro que maquinaba la entrega de la fortaleza de Estella á los franceses, fué cogido por Lope de Toguia, que con esto y con poner en ella fiel guarnición y apaciguar varios tumultos de los navarros, desvaneció tanto las esperanzas del orgullo francés, que los redujo á preferir las treguas á la guerra.

Consagróse D. Fernando por completo á la provisión de los asuntos de Andalucía y á reparar con la conveniente habilidad las omisiones de la negligencia ó los desmanes cometidos por los ministros de la Reina. Siguió el Rey en su viaje hasta el día de su entrada en la ciudad el mismo camino que doña Isabel, y así como ésta había salido con gran pompa del cortijo *Tercia*, entre los vítores del pueblo, así el Rey salió de la iglesia de San Jerónimo, y se dirigió á la ciudad cabalgando en brioso corcel. Era el 13 de Septiembre, y como el numeroso gentío le aguardaba impaciente desde las primeras horas de la mañana, algunos hombres astutos hallaron medio de engañarle, aprovechando las horas en que la fuerza del calor le había obligado á retirarse á sus casas, para aconsejar al Rey la entrada en la ciudad y la visita á

la catedral en hora tan inoportuna como la de la siesta, y, por consiguiente, con reducida concurrencia. Delante de la Puerta de la Macarena escuchó el Rey el discurso de bienvenida que en nombre de la ciudad se le dirigió, como antes había hecho á la entrada de la Reina D. Alfonso de Velasco, recientemente fallecido.

Como todo esto pareció presagio de lo que después sucedió, me ha parecido conveniente referirlo por menor. Desde el primer día empezaron los sevillanos á perder las esperanzas concebidas, porque entre otros indicios de haberse equivocado, veían cambiados los propósitos del Rey, tanto en enterarse de los agravios de los ciudadanos y juzgar los desmanes de las autoridades, como en las visitas que había prometido hacer con frecuencia. Así estas promesas como otras muchas resoluciones quedaron sin ejecución, y entonces el pueblo cambió las alabanzas en acusaciones, diciendo que el Rey estaba supeditado, no sólo á su mujer, sino á la voluntad de sus consejeros, y que en vano habían puesto los ciudadanos las esperanzas de libertad en un Rey falto de la propia. Los rencores entre cortesanos y el pueblo fueron creciendo más y más y las burlas y los insultos fueron exacerbando los ánimos. Nada se hacía para corregir los abusos, fuera de ciertas audiencias públicas en que los Reyes oían las quejas del pueblo, como lo hacía la Reina antes de llegar D. Fernando, sentándose los sábados en el trono á escuchar las reclamaciones de las gentes contra los atropellos y vejámenes de los malvados. Mas este aparatoso tribunal de justicia produjo escaso

resultado, porque las numerosas exacciones aumentaron, é ilícitamente se sacaba á diario el trigo de las trojes, sin hacer caso alguno de las protestas de los vecinos contra la extracción de víveres para el extranjero, prohibida por las antiguas Ordenanzas, y más en año tan estéril que amenazaba á los andaluces con el hambre.





LIBRO XXX

CAPITULO PRIMERO

Nueva mención de los medios adoptados por la Reina antes de llegar D. Fernando para procurar la libertad de los pueblos.—Los portugueses derrotan á los vascongados.

Las quejas del pueblo eran motivo de alegría para los próceres andaluces por la esperanza de ganarse á un tiempo su favor y el de las autoridades. El Duque D. Enrique, desechado el temor concebido antes de la llegada del Rey, sentía ya haber entregado la fortaleza de Triana y prometido por pactos concertados con la Reina hacer lo mismo con Lebrija, Aroche y Alanís, á cambio de la futura entrega de Alcalá de Guadaira, y hubiese querido que esta cuestión de las entregas ocurriera en los días en que los pueblos aguardaban en vano al Rey. Encargó, por tanto, á varios agentes suyos que día y noche recorriesen las casas censurando la vana esperanza largo tiempo puesta en la presencia de un hombre tan descuidado para proveer á las subsisten-

cias del pueblo, y que más bien había acrecentado los males, ya consintiendo los pasados, ya perdonando los presentes. A los criminales que antes de llegar D. Fernando y por clemencia de la Reina habían regresado á la ciudad, el Duque les había atraído á su causa proporcionándoles guarida en los alrededores de su casa; y á los reos de delitos atroces, exceptuados del perdón general, les aseguraba el asilo.

Había concedido D.ª Isabel á los sevillanos indulto de todos los delitos cometidos, á excepción de los de lesa majestad, traición, muerte alevosa y fuerzas de mujeres, y por consejo de sus familiares, y á fin de compensar con este acto de clemencia los anteriores rigores de los jueces, mandó publicar el perdón antes de la llegada de D. Fernando. También envió algunos confidentes á sondear el ánimo del Marqués de Cádiz, cuya confianza en las acostumbradas intrigas y rodeos quería ella quebrantar hábilmente mostrándose tenaz en su negativa y asegurando cuán indecoroso sería para la Corona dar oídos á las excusas del Marqués mientras siguiera ocupando la fortaleza de Alcalá de Guadaira, y á su vista y á diario arreciase en sus procedimientos tiránicos contra los de Jerez, pretendiendo entrar en discusión acerca de lo lícito y decoroso de semejante tiranía. Unicamente podría tolerarse tal estado de cosas á condición de entregar la guarda de las fortalezas á personas de la confianza de ambas partes, ó de presentarse en persona y bajo seguro á exponer su causa. Transcurría el tiempo y el Marqués vacilaba en su resolución, preocupado principalmente

por no encontrar recurso alguno seguro para conservar en su poder á Jerez. En las conferencias con sus intimos les había consultado si podría ocupar totalmente la ciudad contra la voluntad de los vecinos, ó resistir al Rey, aun cuando sus contrarios le excitasen á recobrar su libertad.

Unánimes sus amigos, rechazaron los argumentos expuestos por el Marqués con esperanza de alcanzar su aprobación. Los principales fueron: la gran facilidad de retener en rehenes á los hijos y excluir á los padres; conservar en prenda trigo, cebada, vino y aceite para sustentar la guarnición dentro de la ciudad, lo cual podía hacer muy bien escogiendo entre los vecinos de Marchena y de Arcos soldados veteranos acostumbrados á estos trabajos; pedir auxilio á los moros granadinos en caso de extremo apuro, y obtenerle inmediato por mar de los portugueses, que al primer llamamiento de los rebeldes andaluces acudirían con excelente armada, á la que en vano intentarían resistir las tropas de don Fernando, por su descuido en proveer á las futuras contingencias y en advertir de cuán ligera chispa puede originarse un vasto incendio.

Refutaron los amigos del Marqués todas sus afirmaciones, asegurando que de poco aprovecharía á la rebelión retener á los hijos en rehenes dentro de Jerez y arrojar á los padrés á los arrabales, porque, siendo valientes y resueltos, hallarían modo de apoderarse de otros rehenes y de rescatar por audacia ó por astucia las queridas prendas. En cuanto á sustituir á los ciudadanos expulsados por soldados escogidos de Arcos y de

Marchena, se ofrecía el inconveniente de dejar á esta población sin defensa por acudir á la de Jerez, y entonces los clamores de las mujeres é hijos les haría creer á cada instante que empezaban á sufrir los rigores de un sitio. De los de Arcos, en otro tiempo constantes en su fidelidad á la Corona, podía tener por seguro que querrían recobrar su primitiva libertad, siempre que los Reyes les prometiesen más favorables condiciones de vida. Vana parecía también la esperanza en la armada de los portugueses ó en el auxilio de los moros granadinos, porque los primeros, después del viaje de su rey D. Alfonso á Francia, harto harían con atender á la seguridad de su patria, y los segundos no habían de cambiar la sabrosa quietud que les proporcionaban ventajosísimas treguas por una alianza perjudicial con hombres imprevisores y en situación apurada. No era más fundada la esperanza en futuras revueltas, si creía el Marqués sentir menos los propios desastres con tal que el incendio se propagara á todas partes, cual si se alegrase de la ruina común. Más prudente sería aceptar las promesas de los Reyes de aumentar el patrimonio del Marqués, acoger incondicionalmente y con alegre semblante la regia liberalidad y consagrarse sin reservas al servicio de la Corona. El que ahora daba estos y otros semejantes consejos, expresados con gran calor, era el mismo Pedro de Avellaneda que en otro tiempo había aconsejado lo contrario, como principal instigador de la cruel tiranía desde los primeros tiempos del matrimonio del Marqués con hija del Maestre Pacheco.

Nuevos móviles le impulsaban ahora á compensar las agitaciones pasadas con la tranquilidad presente y futura. Pareció el Marqués rendirse algún tanto á la fuerza de tales argumentos; mas como si se preparase á la defensa, aumentó las guarniciones, reforzó las fortalezas y acumuló fuertes sumas á cambio del permiso concedido á mercaderes venecianos y genoveses para embarcar trigo en sus naves. Lo mismo hacían los Reyes, con desprecio del decoro de la Corona y de las Ordenanzas establecidas, llegando descaradamente hasta á exigir derechos á los fieles vascongados por la licencia de llevar los mantenimientos comprados á su tierra, condolidos de ver la extrema necesidad que padecía. Era urgentísima la expedición, y así alistaron en Sanlúcar de Barrameda tres naves repletas de trigo, mientras buscaban carga las otras treinta de la armada. Así que se dió á la vela, cinco naves y multitud de carabelas, tripuladas por marineros portugueses y franceses, la dieron caza. Trabóse encarnizado combate entre los vascongados, que defendían con tesón los víveres á tanta costa adquiridos para su patria, y los portugueses, superiores en número, aunque también con gran penuria de mantenimientos. No lograron de balde la victoria los portugueses y franceses, pues perdieron una cuarta parte de su gente. El resto se apoderó de las naves y del trigo embarcado.

Concluído el combate, los vencedores dejaron en libertad á los vascongados, con arreglo á los pactos concertados entre las dos naciones, que prohiben hacer prisioneros en los combates

del mar. Este descalabro aumentó la indignación de los vascongados contra D. Fernando, á quien acusaban de avaricia por exigirles derechos pecuniarios; de la tardanza en concederles licencia para comprar trigo, tardanza que les había obligado á salir con solas tres naves, dejando las demás en el puerto, y, por último, de falta de caridad para con los pobres vascongados, á los que regateaba el auxilio ampliamente otorgado á funestos aduladores, cuyas riquezas les proporcionaban vida regalada. Poco faltó para que los vascongados detenidos en el puerto de Sanlúcar no tramasen algún trastorno, porque, si bien no imputaban á la Reina negligencia alguna en proveer á las necesidades de sus leales vasallos, ni culpa en la exacción de dinero, sí acusaban de todo esto á D. Fernando.





CAPÍTULO II

— —

Suntuosa armada napolitana en que el Duque de Calabria llevó á su madrastra á reunirse con su padre.—Reposición de Diego de Merlo en su cargo de Corregidor.—Infructuosas treguas tratadas con el rey de Granada por Pedro de Barrionuevo.

LA serie de los sucesos exige mencionar aquí las dificultades que encontró don Fernando para pasar desde Castilla á Andalucía. Tuvo noticia del arribo á Barcelona de una armada napolitana al mando de D. Alfonso de Calabria, primogénito del rey de Nápoles, D. Fernando, el cual había dispuesto que le acompañara lucidísimo cortejo de los principales del reino, á fin de conducir á Italia con solemnísima pompa á D.ª Juana su prima, con quien por fin iba á celebrar un enlace de largo tiempo proyectado. Y como la doncella no quisiera partir para tan lejanas tierras sin despedirse del querido hermano, y D. Fernando tuviese igual deseo, se detuvo algunos días en Castilla antes que con acercarse más á Andalucía y con el estorbo de los

negocios, se hiciera más difícil la deseada entrevista. Pero le obligaron á cambiar de propósito las cartas de la Reina que á diario le encarecían lo urgente de su presencia en Andalucía si deseaba poner orden en el desquiciado gobierno de la tierra, pues era evidente que los andaluces todos tenían puesta la última esperanza en su venida, desde que, vejados por la corrupción de jueces y cortesanos, habían conocido de cuán poco les había servido el gobierno de una mujer.

La urgencia del remedio obligó, pues, á D. Fernando á renunciar á su viaje á Cataluña y á satisfacer los deseos de su mujer con preferencia á los de la hermana; pero quiso enviar inmediatamente un embajador á darla sus excusas. Para ello eligió á su tío, hermano del almirante D. Alfonso Enríquez, D. Enrique Enríquez, caballero de razonable edad y de buena fama, pero de presencia poco agradable á causa de sus ojos enfermos y de su nariz de mono. Emprendió la marcha con más apresuramiento de lo que la importancia de la embajada y su aparato exigían, pues ni en riqueza ni en comitiva hubiera podido competir con los napolitanos, aunque tampoco el mismo Rey hubiese logrado igualar su magnificencia en caso de ir en persona. Esta vez Barcelona, afligida con extrema pobreza, acogió muy diferentemente á los huéspedes de lo que hubiera hecho en tiempos de su prosperidad. Eran ellos el ilustre príncipe de Capua D. Alfonso, primogénito del rey D. Fernando; el príncipe de Bisignano, Jerónimo de Sanseverino; el príncipe de Salerno, Juan de Sanseverino; el duque de Andria, Fran-

cisco del Barsi; el duque de Venusia, Pedro de Balsa; Alfonso Pirro, el Gran Senescal Pedro de Guevara, el Conde de Ponza, ... (1) el de Potenza y Alfonso de Guevara.

Venían en dos altas naves y en diez galeras. En muchas daban sombra á los tripulantes toldos de seda; preciosas alfombras cubrían las popas; los remos, estaban pintados alternativamente de rojo y amarillo, y los remeros vestían ricos trajes, cual exigía la calidad de los tripulantes. Los nobles jóvenes del séquito del Príncipe de Capua llevaban lujosas capas y sayos, resplandecientes de oro y pedrería. Con ser más de quinientos, á ninguno faltaba la cadena de oro. Ciertamente, si el rey de Castilla D. Fernando pensó emular la opulencia de los napolitanos, fué ventajoso para su decoro haber tenido que prescindir de la entrevista con su hermana por acudir á los asuntos de Andalucía. No se mostró sin embargo muy diligente en resolverlos, pues fuera de aquellos pocos remediados por la Providencia, en los demás no presidió gran acierto. Continuó la corrupción de los jueces; no había norma para el premio ni para el castigo, y si algo se ejecutaba en Andalucía digno de alabanza, más bien parecía deberse á iniciativa de la Reina.

Ella arrancó á Diego de Merlo de la vergonzosa opresión de D. Alfonso de Aguilar, y le repuso en su antiguo corregimiento de Córdoba, para dar al menos satisfacción al prestigio de la Corona,

(1) En blanco.

aun cuando fuese preciso, para evitar rivalidades, nombrar luego otro Corregidor de la ciudad, una vez calmados los tumultos. Asimismo, aunque antes de la llegada de D. Fernando no hizo lo bastante para evitar las entradas de los granadinos, procuró al menos corregir de algún modo los pasados descuidos. Al efecto envió al rey de Granada Albuhacén á Pedro de Barrionuevo, con el encargo de procurar á toda costa la paz entre andaluces y moros granadinos, por lo menos mientras la guerra empeñada con los portugueses aconsejase no seguirla simultáneamente con aquéllos. Era evidente, además, el deseo del príncipe D. Juan de Portugal de incitarlos á invadir la Andalucía, y el Rey moro no hubiese dejado de hacerlo, á no considerar el obstáculo que los prósperos sucesos de D. Fernando podrían encontrar en D. Alfonso de Aguilar, empeñado en favorecer á un Rey intruso de los Abencerrajes, y constante partidario de los portugueses, aunque en sus palabras hubiera demostrado otros sentimientos.

Nada de esto había escapado á la penetración del rey de Granada, y fácil hubiera sido pactar con él firme alianza si nuestros Reyes le hubieran enviado un embajador de mayor autoridad y pericia. Pero ni D. Fernando proveyó á este asunto, ni D.ª Isabel dió resolución á tan grave urgencia, y sólo por voluntad del Cardenal envió con la embajada á Barrionuevo, que siguió la negociación con menos autoridad y astucia de lo necesario. Así nada definitivo se conseguía, y entre la guerra y las treguas, las fronteras andaluzas padecían las consecuencias de tanta indecisión, no sin

grave peligro para muchos. La misma necesidad obligó á D. Fernando á tomar una resolución, pesaroso del anterior descuido, cuando á su llegada, la víspera de entrar en Sevilla, después de escuchar á Pedro de Barrionuevo las fábulas que de los granadinos le refirió, volvió á enviarle con segunda embajada al rey Albuhacén, sin acordarse de lo inútil de la primera, por su falta de habilidad y la ninguna ventaja obtenida para lo futuro. La triste experiencia le hizo abrir los ojos al fin, y llamando al conde de Cabra D. Diego de Córdoba, su pariente, sujeto de gran prudencia, de lealtad y afecto bien probados hacia los Reyes, y no mal quisto del de Granada, le confió aquel cargo, muy adecuado á sus cualidades.





CAPITULO III

Treguas con los portugueses.—Cuestiones entre los sevillanos y los cortesanos.—Consecuencias del matrimonio de la hija del difunto Duque de Borgoña.

En Extremadura, el adalid D. Manuel Ponce de León, al frente de 250 caballos de la Hermandad de Sevilla, después de conferenciar en Badajoz, por orden de la Reina, con Gómez Suárez de Figueroa acerca de la marcha de la guerra de Portugal, empezó á vengar las insolencias del enemigo, nuevamente envalentonado desde la recuperación de Alegrete. Su príncipe D. Juan, dando oídos á las quejas de sus vasallos, víctimas del hambre y de los daños de las incursiones de los castellanos, prefirió á la guerra las treguas, y por consejo del Obispo de Elbora envió emisarios á ratificarlas y hacerlas bastante duraderas para que permitieran procurarse mantenimientos. Así los habitantes de Badajoz, como los de los pueblos de su jurisdicción, tan castigados con los estragos de la guerra, anhelaban algún respiro, y esto facilitó la pronta inteligencia entre los negociadores de las treguas, y con

ello los medios de adquirir víveres. Lo mismo los castellanos que los que con el Conde de Feria guarnecían á Badajoz, además de otras incomodidades de la guerra, no cobraban estipendio militar. Unicamente Manuel Ponce tenía facultades para sostener caballería con el de la Hermandad; pero exigían su presencia en Andalucía las turbulencias de Sevilla, de nuevo suscitadas entre vecinos y cortesanos, convertidas de juego en feroz encono y cada día más exacerbadas á causa de la apatía del Rey, de la maldad del duque don Enrique y de las astutas artes de otros Grandes más amigos de las disensiones que del sosiego.

En el corazón de muchos dominaban los malos afectos, y hacían consistir su felicidad en angustiar el ánimo del Rey con nuevos trastornos, y en que los pueblos encomiadores de sus virtudes, y por ello obedientes siempre al Trono, cambiasen de opinión, principalmente los sevillanos que en vida del rey D. Enrique se habían decidido por la causa de D. Fernando y deseado su protección; pero que luego, al tenerle entre ellos, se le habían vuelto hostiles por los muchos motivos que para este cambio les había dado, ya dejando impunes las ilegales exacciones de jueces, autoridades y cortesanos, ya haciendo poco caso de los insultos que los muchachos de ambos bandos se lanzaban á modo de juego, sin advertir cuánto daño se origina á la república cuando el Príncipe deja arraigarse los hábitos facciosos y no corta en su origen las rivalidades incipientes ni pone freno á la corrupción desbordada. Así en Sevilla de la ridícula cuestión entre los vecinos y los cortesanos

surgió repentino trastorno, pues ya con los chicos se mezclaban bandos de mozalbetes armados de espadas y puñales, y entre los pajes que por la noche aguardaban en las puertas con linternas la salida de sus señores, ó les tenían los caballos y mulas, se cruzaban los acostumbrados insultos. Los forasteros, como dije, motejaban á los sevillanos con alusiones á la jabonería, y éstos les cantaban coplas mortificantes relativas á la guarda de los gansos, con tal encono, que llegaban á las manos sin temor alguno al castigo.

Una noche, al salir á la calle el duque D. Enrique, corrió grave riesgo al atravesar por entre la lluvia de piedras arrojadas por los cortesanos que, mezclados con algunos chicuelos, intentaban trabar pelea con los acompañantes del Duque. Pero éstos resistieron bravamente la acometida para darle tiempo de escapar no sin dificultad del peligroso trance. Inmediatamente corrieron por la ciudad diversos rumores: decían unos que el Duque había sido ferozmente apedreado; otros, que le habían prendido á traición dentro del regio Alcázar. Todos á una cogieron al punto las armas, y una gran muchedumbre voló á informarse de la Duquesa y á preguntarla si mandaba atacar la mansión real para arrancar de la prisión al Duque poniendo en aprieto á los opresores, ó prefería que en la primera embestida no se dejase vivo á ninguno de los cortesanos. La llegada del Duque desvaneció los falsos rumores; mas aunque vieron que había escapado de la muerte ó de la prisión, muchos de los ciudadanos no se resignaban á no desahogar su cólera contra los huéspedes. Otros,

más prudentes, censuraban que por un falso rumor hubiese tocado alarma la campana de San Miguel, suscitando nocturno tumulto, y que hombres de mala conducta, merecedores de la horca, hubiesen lanzado injuriosas expresiones en oprobio de los Reyes.

El Duque ni creía deber poner un correctivo á la procacidad de los populares que tan oportunamente le habían auxiliado, ni se atrevía á fomentar abiertamente la revuelta. Delante de las puertas de palacio se apostó buen golpe de cortesanos y unos 700 caballos de la guardia real, prontos á reprimir las vanas alharacas de los sevillanos, ya pesarosos del desvergonzado tumulto y de las insolentes frases lanzadas contra el Rey. A la mañana siguiente, no sólo se habían reducido á más templados sentimientos, sino que cada uno procuraba echar á otro la culpa de lo sucedido. Fueron presos algunos; pero compadecido el Rey, se acusó de haber sido él causa del escándalo por no haber corregido á tiempo los juegos en que los muchachos se dirigían tantos insultos; por haber sido demasiado remiso en poner coto á la avaricia de sus jueces y por haberse enajenado las simpatías de los sevillanos con los permisos concedidos para exportar trigo cuando sufrían tanta escasez de mantenimientos. Con estas palabras, y consagrando más atención á las cosas del gobierno, quiso calmar los ánimos de los andaluces. Además, resolvió aprobar las treguas de dos años concertadas en Badajoz con los portugueses por Manuel Ponce de León y seguir el consejo del conde de Feria don Gómez Suárez de Figueroa.

Por su parte, el príncipe D. Juan y todos los caballeros portugueses, así por razón de la escasez de mantenimientos, como por el desaliento causado por la ausencia del rey D. Alfonso, no veían facilidades ni oportunidad de hacer la guerra. Ni aun sostenida por los franceses, la creían posible, pues, además de la inconstancia del rey Luis, otras novedades de mayor importancia le impedían, aunque quisiese, auxiliarles; como que á duras penas podía él mismo sostenerse después que, celebrado el matrimonio del hijo del Emperador con la hija del difunto Duque de Borgoña, aquél le había rechazado en sus correrías por este Ducado y abatido su orgullosa ambición en varios encuentros felices. Desvanecidas las esperanzas de los portugueses con estas noticias, ya sólo les preocupaba el regreso de su Rey, que sabían no disfrutaba de libertad en Francia, pues le impedían marchar adonde quisiera los guardas puestos por el Francés. Los engañosos procedimientos del rey Luis inspiraban tan poca confianza á sus amigos, que no sin fundamento se murmuraba entre todos ellos que pediría descaradamente cuanto había perdido en el ataque de Fuenterrabía, y sin conseguirlo, no permitiría á D. Alfonso volver á su reino.

Había contribuído considerablemente á aumentar la sed de riqueza del soberano francés la grave pérdida de hombres y pertrechos de guerra sufrida por su general Salazar en Dola, ciudad de Borgoña de que se había apoderado. Entre los oprimidos ciudadanos y los guardias nocturnos se convino en dar entrada en la plaza á los solda-

dos alemanes y borgoñones para exterminar á los franceses; y, en efecto, penetraron á media noche, y Salazar despertó tan sobresaltado de su sueño, que tarde y á duras penas intentó ponerse en defensa. Su hijo, atento á salvar la vida de su anciano padre, le persuadió á que huyera, mientras él, acompañado de otros jóvenes esforzados, ponía el pecho á los enemigos, porque no se veía otro medio de facilitar la fuga. El arrojo de aquellos valientes no logró otra cosa que salvar á Salazar, porque el hijo, acribillado de heridas, cayó en manos de los vencedores, así como todos los pertrechos de guerra preparados para el ataque de otras ciudades y fortalezas. Sintió en el alma el rey de Francia el descalabro, y por eso trabajaba por recoger de todas partes los recursos necesarios para reponer los pertrechos perdidos. Para ello empleaba con detestable impiedad las campanas arrancadas de los templos.





CAPITULO IV

*Conferencia del Marqués de Cádiz con el Rey.
Marchan los Reyes á Jerez.*

Sobrecogido el Marqués de Cádiz con las noticias de estos descalabros del ejército francés, se redujo á más humildes pensamientos, porque, mientras abrigó esperanzas del socorro de los franceses en favor del Portugués, meditaba las más soberbias empresas, según dejo referido. Perdida esta seguridad, y viendo su peligrosa situación, cambió de propósito, porque era dificilísimo seguir ocupando más tiempo con aquellas artes á Jerez si el Rey iba á esta ciudad, donde, desde su llegada, no había día en que los vecinos no tramasen algo contra el poder del amilanado tirano.

También los gaditanos, en su anhelo por recobrar la libertad, enviaban al Rey secretos mensajeros para buscar medio de arrancarse cuanto antes del pesado yugo del Marqués. Presintiendo la ruina que le amenazaba, y aconsejado por el doctor Andrés de Villalón, fiel intermediario de don Fernando, optó por oponer al temor la osadía. Marchó á Alcalá de Guadaira y aparentó ciertos

preparativos de defensa á escondidas de todos sus familiares, y sabiéndolo únicamente el doctor citado, D. Juan de Guzmán, Señor de Teba, que le acompañó en el camino, y Pedro de Avellaneda, se dirigió á media noche á los arrabales de Sevilla, y allí esperó á que el último participase al Rey que todos los asuntos pendientes con el Marqués podrían arreglarse pronto y bien si se dignaba oirle á solas en alguna apartada cámara del Alcázar.

Dejó el caballo fuera de las murallas, y una vez en presencia de D. Fernando, le dijo en tono suplicante que la turbación de los tiempos le había obligado á someterse á toda suerte de ásperas contrariedades y á aparecer como enemigo de la paz pública. La ocupación de Jerez y del alcázar de Guadaira y Constantina parecía asegurarle la posesión de las villas de su patrimonio, sin lo cual no hubiera podido contrarrestar la feroz enemiga del duque D. Enrique, fuerte siempre con el apoyo del Rey, aunque injustamente considerado partidario suyo. El recuerdo de los servicios prestados por su padre D. Juan Ponce y por su tío Pedro Ponce al Rey de Aragón, padre de D. Fernando, bastaba para que éste tuviese por más acepta á la Casa de los Ponces que á la de los Guzmanes; pero mal apreciados los respectivos merecimientos, todo lo hasta entonces sucedido se había vuelto en contra del Marqués. Por eso, y no mentando los tiempos del rey D. Enrique, cuya cobardía é innata crueldad había pervertido el ánimo de los Grandes, se había hecho preciso apelar á los procedimientos empleados. Ahora, si se le permitía

descubrir la disposición de su ánimo en favor de los Reyes, estaba pronto á obrar cual convenía á un súbdito leal, y á nadie cedería en celo por cumplir cuanto le ordenasen, una vez convencido de haberle alcanzado su arrepentimiento el perdón de los yerros pasados á que le había arrastrado la condición de los tiempos y la aceptación deseada de los futuros servicios. Si así placía á Sus Altezas, sólo le quedaba suplicarles con el mayor interés el perdón de todos aquellos que, en lo pasado, y por consentimiento suyo, hubiesen cometido excesos en la guerra contra el duque D. Enrique y contra los sevillanos y sus auxiliares, solventada también la cuenta de las rentas de los de Jerez, percibidas ó exigidas para aquel objeto. Aprobaron los Reyes los propósitos del Marqués, y al punto quedó concertada la entrega de sus fortalezas á un tercero, mientras se encaminaban á Jerez y podían apreciar por sí mismos el estado de las cosas. Era evidente que esto sería el principio del arreglo de las de Andalucía, después de la tranquila posesión de Sevilla.

Inmediatamente cundió la noticia de esta entrevista, aunque algunos juzgaban se conservaba secreta, y tanto los que conocían á fondo al Marqués, como los que preferían los escándalos á la tranquilidad, diéronse á despertar sospechas en el ánimo de D. Fernando; pero así él como la Reina se mantuvieron firmes en lo acordado, y embarcados en una galera de Alvaro de Nava, que preparaba la salida de dos en expedición comercial, bajaron por el Guadalquivir hasta Sanlúcar, con gran contento de la Reina, que antes de arribar

quiso ver el océano, y aun pretendió salir á alta mar; pero se lo impidió el temor al mareo, por sospechas de embarazo. El duque D. Enrique hospedó á los Reyes con gran magnificencia y trató de disuadirles de aceptar el hospedaje que el Marqués les tenía dispuesto en Rota. No consiguió su propósito, y al siguiente día los regios cónyuges arribaron á esta población, dejando al Duque resentido de la enemiga del Marqués. Este, para mostrársele superior en la suntuosidad del hospedaje, le dió espléndido hasta á los cortesanos, cosa de que no se había cuidado el Duque. Luego rogó á los Reyes que hicieran su entrada en Jerez por la puerta de Rota; pero algunos jerezanos le enviaron repetidos mensajeros para aconsejarle que no lo hiciese, porque todos los personajes que habían entrado por aquella puerta habían experimentado aciaga suerte en la salida. En cambio la habían tenido feliz los que entraron por la puerta de Santiago, y además por allí se iba más en derechura y por caminos más anchos á la fortaleza antes ocupada por guarnición hostil, pero ya abierta á todos, así ciudadanos como forasteros, con gran satisfacción de los jerezanos. Anteriormente habían sufrido éstos de los cortesanos tan inicuas exacciones como los vecinos de Sevilla, y esto les había hecho olvidar, hasta cierto punto, la pasada tiranía, sin que quepa duda de haber hallado Fernán Arias de Saavedra en aquella general tendencia á la maldad de los de la corte, alientos criminales para ocupar pérfidamente, como se dijo, la fortaleza de Utrera.

Los de Jerez, no viendo el menor indicio de que se pensase en el deseado castigo de los culpados, desistieron de acusarlos, y no había quién osara quejarse de los pasados desmanes del Marqués, demandar las sumas debidas ó exigir compensación por las casas arrasadas, sobre todo cuando oían propalar á los partidarios del Marqués que debía restituírsele la fortaleza y la ciudad. El Rey, por temor á las tumultuarias reclamaciones de los habitantes, iba difiriendo las audiencias públicas en que solía escucharlas. Todo parecía encaminado á total ruina. No faltó, sin embargo, quien le echase en cara su apatía con tan enérgica resolución, que al cabo le decidiese á concederlas. Entonces acudieron presurosos muchos ciudadanos á exponer ante los Reyes las muchas vejaciones de que el Marqués les había hecho víctimas. No se les dió la deseada satisfacción, porque por los primeros pactos el Rey tenía las manos ligadas y creía conveniente disimular los crímenes cometidos por las gentes del Marqués hasta conseguir la devolución del castillo de Alcalá de Guadaira gratuitamente, ó sea sin entregar el valor de su fábrica. De este modo el Marqués, desligado de su compromiso por no habérsele satisfecho aquella suma al cumplir el plazo, y burlándose de todas las protestas, exigió se le confirmase en la posesión de Cádiz; mantuvo los retenes en las puertas de Jerez, á pesar de vivir el Rey en la fortaleza, y se negó á indemnizar á los dueños de las casas demolidas. Además, persuadió al Rey á no acceder á la entrevista que el duque don Enrique le pedía con repetidos mensajes. Para conse-

guirlo, además de su resuelta oposición, expuso sus temores de probables tumultos entre los dos bandos á la llegada del Duque.

Indignado por la repulsa, no quiso esperar más tiempo en Sanlúcar, y por el Guadalquivir regresó á Sevilla, donde fué muy bien acogido por el pueblo, reconciliado con él desde que perdió las esperanzas fundadas en la justicia del Rey. Este cambio en la opinión de las gentes excitó la perversa índole de D.ª Inés de Ribera, madre de Fernán Arias de Saavedra, y la innata crueldad de éste y de sus amigos para lanzarse á nuevas rebeldías y conjuraciones con que restablecer la tiranía, despreciando el poder de los Reyes. A fin de lograr que en Sevilla se negara la obediencia á don Fernando cuando volviera á pedir la entrega del castillo de Utrera, aquella señora recogió todas sus alhajas y salió de la ciudad para reunirse con su hijo, su nuera y sus nietos en el fortísimo castillo de Zahara, frontero del territorio granadino, resuelta á defenderle en abierta rebelión.





CAPÍTULO V

General sentimiento de los jerezanos por la incuria del Rey. — Tumulto originado en los juegos. — Desenfreno de los jueces. — Regocijo por la publicación del embarazo de la Reina.

Con razón se dolían de la incuria del Rey los jerezanos, si bien no todos. Los que se sentían culpados, por temor al castigo, se burlaban de las excusas; se encolerizaban con sus acusadores; amenazaban con futuras venganzas, y aseguraban que el Marqués volvería á ser como antes dueño de la ciudad y de la fortaleza. Tampoco se recataban para despreciar la anterior creencia en el auxilio del Rey, á quien especialmente echaban en cara el no haber remediado nada por su iniciativa; el que en todo se prefiriese á la Reina y siempre se invocase su nombre á la cabeza de las cartas y provisiones. Había entre los jerezanos algunos que disculpaban estos cargos porque, en su presencia, decían, al entrar por la puerta de Santiago D. Fernando y D.ª Isabel, el Rey había recibido mal las aclamaciones del pueblo: *¡Vivan los Reyes!* y volviéndose hacia la Reina la había dicho cuán molestas les eran á to-

dos semejantes aclamaciones, á lo que D.ª Isabel había contestado que con razón, porque también á ella la desagradaban.

Los que esto decían, como hostiles al Marqués, que desde el principio los había tenido tiranizados y hecho víctimas de todo género de vejaciones, elogiaban cuanto redundaba en favor del Rey; por el contrario, escarnecían su nombre á los oídos del pueblo los partidarios del Marqués, hasta en las coplas de los muchachos, á quienes incitaban á recorrer las calles entonando lúgubres cantilenas, con augurios de tristes sucesos y diciendo que el Rey había ganado las fortalezas, pero había perdido los corazones de sus vasallos. No se contentó la osadía de los cómplices del Marqués con las coplas de los chicos, sino que despreciando el pregón que prohibía desenvainar las espadas ni atacar á nadie con armas, buscaron ocasión para desacatar públicamente las órdenes del Rey.

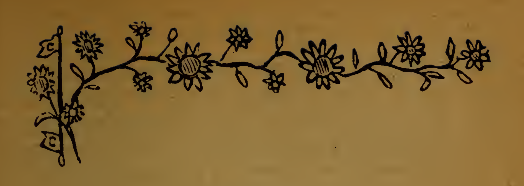
En aquellos días habían ido á Jerez embajadores del rey D. Fernando de Nápoles á participar á los Reyes, entre otras cosas, la celebración del matrimonio de aquél con su prima D.ª Juana, hermana del rey de Castilla. Uno de los festejos con que se dispuso honrarlos fué un juego de cañas entre dos cuadrillas de escogidos caballeros jerezanos, exactos observadores de las condiciones de este ejercicio en que, después de acometerse y arrojarse mutuamente largas cañas que rebotan en las adargas, los justadores dan vuelta corriendo al palenque y van á reunirse con su respectiva cuadrilla. Está prohibida toda contienda, aunque en-

tre ellos existan rencores ó salgan heridos del combate, y ni se considera más enemigos á los caballeros de una cuadrilla cuando arrojan la caña traidoramente contra los contrarios no protegidos por las adargas, ni por esto se tacha á los justadores. Mas aquel día, cuando se justaba en la plaza del arrabal ante los Reyes, los Grandes y los Embajadores, los partidarios de Ponce, dispuestos á armar contienda, hicieron que un hombre de la plebe insultase á un caballero principal del partido de los Guzmanes, acusándole de haber arrojado malamente la caña; contestó con dureza el ofendido; uno de los principales de la ciudad, conocido partidario del Marqués, salió á la defensa del plebeyo, y al punto, sin respeto á la presencia del Rey, que miraba el juego desde un balcón, salieron á relucir las espadas. De repente treinta hombres, sin duda conjurados para salir á la pelea, se lanzan á la plaza y traban con las lanzas feroz combate, que los jueces no pudieron reprimir hasta que el Rey, montando á caballo, y lanza en mano, se metió entre los combatientes. Al punto todos los jerezanos leales allí presentes se arrojaron contra los perturbadores, y al grito de: *¡Alto al Rey!* lograron que, atemorizados, suspendieran la lucha y escapasen velozmente. Algunos de los culpados pretendieron acusar á los amigos del duque D. Enrique que con excelente intención procuraron dirimir la contienda en presencia del Rey, y trataron de oscurecer la verdad por medio de falsos testimonios. Ciego de ira el Rey castigó á varios, así de los inocentes como de los culpados, á servir durante un año con cuatro

lanzas pagadas á su costa en la guerra de Fuenterrabía. Protestaban los primeros, alegando el testimonio de los Grandes y hasta el del mismo Rey que había presenciado el principio de la contienda, y le rogaban que no diese más crédito á lo dicho por los mal intencionados que á lo que él mismo había visto. Al cabo de mil confusos altercados, y por consideración al Marqués, se perdonó el destierro á los culpados, y á modo de gracia, también se les eximió á los inocentes, lo que fué de gran escándalo para muchos jerezanos.

Nuevo motivo de justa censura fué el que á los desdichados ciudadanos, cuyas casas había hecho derribar el Marqués, y pedían justicia é indemnización de los daños, no sólo se les contestaba con vaguedades, sino que cuando alguno, al amparo de las leyes, había construído casas en solares del común, consumiendo para ello toda su hacienda, se les condenaba por acto ilegal á la pérdida de lo edificado ó al pago de una multa al secretario del Rey, Gaspar de Ariño. Esto aumentó las quejas de los ciudadanos desesperados, que, en vez de remedio, recibían nuevo agravio. Crecía además el número de los jueces extraordinarios, y todo parecía caminar al más completo desquiciamiento. A las antiguas corruptelas del tiempo del rey don Enrique se añadían otros y otros abusos de la misma estofa, por los que se obligaba á las gentes á pagar tributo á cada juez, de modo que no se extirpaba ninguno de los antiguos males, y otros nuevos crecían y crecían sin cesar. Cuando por caso pedían los vecinos que la mancebía se trasladase á otro barrio, se encomendaba á deter-

minada persona la resolución para que pudiera obtener el correspondiente lucro. A tal punto llegó la desenfrenada avaricia de algunas autoridades, como, por ejemplo, la del doctor Frías, que, avergonzado el Rey de tan prolongado abuso, mandó hacer una información acerca de los delitos por aquél cometidos. El castigo consistió en prohibirle ejercer su cargo en Jerez y en Sevilla y trasladarlo á Cuenca, donde pudiese á su sabor y con igual autoridad con que cometió sus acostumbradas iniquidades, realizar sus rapiñas en los intactos caudales de los moradores. Todas estas medidas merecieron á las gentes el dictado de crueles, porque si en otras partes de Castilla y León se reconocían en el Rey laudables inclinaciones hacia la severa justicia, entre los andaluces, hombres sagaces, que detestaban la desidia tanto como estimaban la rectitud, se juzgaba muy diferentemente su proceder. Para muchos esto constituía una verdadera desdicha, porque lo atribuían ó á culpas de los andaluces, ó á faltas menos públicas del Rey, desconocido por completo hasta para sus más íntimos desde su llegada á Andalucía, donde su conducta cambió desfavorablemente, y sin cuidarse para nada de aquellas prendas que en tan gran Príncipe se admiraban, como sumido en sueño provocado por filtro venenoso, no ejecutaba nada de lo que su mente concebía.



CAPITULO VI

Vuelven los Reyes á Sevilla. — Execrable perfidia de Fernán Arias de Saavedra al ocupar á Utrera y poner cerco al castillo. — Otras exacciones ejecutadas bajo apariencia de utilidad pública.

Confiado en este público rumor, Fernán Arias de Saavedra, en cuanto tuvo noticia del próximo regreso de los Reyes á Sevilla, se dispuso á la defensa, con la certidumbre de que al pasar visitarían á Utrera, pues D. Fernando esperaba se le entregaría luego que exigiese pleito homenaje al Alcaide y á la guarnición de la fortaleza. Ya de antemano había hecho circular falsas noticias entre los ciudadanos, asegurándoles que el Rey quería despojarle de la alcaidía para dársela á D. Pedro Enríquez, Adelantado de Andalucía, además del Señorío de Utrera, con perjuicio de las públicas libertades y de la jurisdicción sevillana, por cuya autoridad había sido él nombrado Alcaide del castillo y de la población. Por cartas y mensajeros había ido animando á casi todas las autoridades de Sevilla y al duque D. Enrique á no cejar en la defensa de la causa común, á

no sufrir tan grave perjuicio y á persuadirse de que el Rey desistiría del funesto propósito si veía al pueblo unánime y al Duque y á los regidores firmes en sostener el público derecho que él defendería enérgicamente, á condición de que ellos no se descuidasen en velar por la república. El Rey, decía, no podría gastar tiempo en aquel sitio, por serle preciso acudir á más graves dificultades, pues el rey Luis, y los franceses impulsaban ya á los portugueses, y le constaba cuán poco podía confiar en los de Zamora, ya arrepentidos de la anterior entrega de la ciudad y forzados á la futura después que el tránsfuga Zapico, con fuerte escuadrón de portugueses, había talado repetidas veces á Sayago y la campiña zamorana llevándose grandes presas. Tampoco la caballería de D. Fernando podría, á causa de la disminución de la Hermandad, resistir á los enemigos, y difícilmente defender los campos salmantinos después de la ocupación de Bilvestre, sobre todo con la escasez de mantenimientos, causada por un año tan estéril, que en todas partes se padecía hambre, excepto en Andalucía, y aun aquí les amenazaba por los inhumanos permisos concedidos por el Rey para la extracción de trigo. Aseguraba, además, que en caso de decidirse D. Fernando á sostener largo cerco en derredor de Utrera, pronto acudirían á defenderla numerosas fuerzas granadinas, en virtud de pactos firmísimos ajustados con el rey Albuhacén. En cuanto á la eficacia del ataque, aun empleando toda clase de artillería y máquinas de guerra, la consideraba nula, y para afirmar la confianza de la guarnición, la entregó

á su hijo segundo Pedro Fernández, niño de corta edad, prometiendo con juramento militar no sacar de la fortaleza aquella queridísima prenda hasta que todos los defensores pudiesen salir libre y seguramente.

A estas precauciones añadió muchos ofrecimientos, por si alguno de los más señalados se comprometía con él á la defensa, y, en efecto, además de sus criados, se le presentaron algunos sicarios y ladrones desalmados. Reunida ya fuerza suficiente, á su entender, retuvo consigo otra considerable en la guarnición de Zahara, casi inexpugnable, encargándola al cuidado de su hermano Pedro Vázquez de Ribera, alcaide de Tarifa, muy confiado en las guarniciones portuguesas de Tánger, Arcila, Ceuta y Alcazarzaguer, con las que Tarifa mantenía relaciones comerciales. Dispuso, además, que ocho jinetes por compañía se dedicasen á asaltar á los partidarios de D. Fernando que encontraran por los caminos, y, que, despojados de cuanto llevasen, les encerraran en los calabozos de Zara, como rehenes para futuro rescate de los amigos que pudieran caer en manos de los soldados del Rey. Sabedor de estos planes D. Fernando salió con la Reina de Jerez, y en Lebrija señaló para el asedio del castillo el escuadrón de su guardia, por inspirarle más confianza que los sevillanos, á muchos de los cuales creía nada inclinados á la empresa, y por ser manifiesto que los de Utrera, ni serían suficientes para el asalto, ni de su voluntad se emplearían en el asedio. Al llegar á esta villa mandó á los heraldos que ante las murallas

de la fortaleza intimasen en altas voces á la guarnición la entrega á los Reyes, allí presentes, en virtud del pleito homenaje prestado. La Reina, para evitar las molestias de la dilación, poco convenientes á su estado, marchó á Sevilla. El Rey se detuvo allí tres días y distribuyó puestos militares á los arrojados adalides Juan de Viedma, Vasco de Vivero, Pedro de Ribadeneira y Rodrigo del Aguila, que, al frente de 600 lanzas cada uno, debían dirigir la empresa.

En Sevilla se ocupó el Rey en preparar la artillería necesaria para el sitio, y dispuso que se cargasen los gastos á la hacienda de los rebeldes Fernán Arias y su tránsfuga madre, encargando al fisco el apremio contra cualesquiera cómplices que intentasen ocultar aquellos bienes. Cuando Fernán Arias se enteró de la multa impuesta, quiso infundir temores al Rey y tener propicios á los sevillanos, aconsejándoles tomar parte en la guerra próxima, explicándoles la precisión de recíprocas presas y manifestándoles cuánto sentía los daños de los muchos inocentes que pagarían por los culpados. Antes de hacer esto, obligado por la fuerza, decidió manifestar su pensamiento en cartas á los Grandes del séquito de los Reyes y á las autoridades y al pueblo sevillano, ya que todos los caballeros estaban facultados para desempeñar su cometido, á fin de que aconsejasen y suplicasen al Rey que no despojase injustamente de su patrimonio á sus vasallos leales por satisfacer el caprichoso é inicuo deseo del Almirante de apropiarse los bienes ajenos. En las cartas á los de Sevilla les encargaba

que procurasen disuadir al Rey de llenar de riquezas á su tío el Almirante, á costa del empobrecimiento del territorio sevillano que, una vez rota la guerra, sería víctima de las presas, robos, incendios y otras calamidades propias de las luchas intestinas. Por último, ponía á Dios por testigo de que todo esto ocurriría, contra su voluntad, cuando por cualquier modo se viera obligado á recuperar, con daño público, los bienes patrimoniales, adquiridos por medios legítimos, pero arrebatados por mal cumplimiento de las promesas del Rey.

Penetró al punto D. Fernando la astucia envuelta en estas cartas, y quiso á su vez manifestar públicamente su parecer. Por mediación de cierto religioso, bien quisto de Fernán Arias, aconsejó nuevamente al rebelde que renunciase á disimular su perfidia con semejantes quejas, ya que tan frecuentes avisos se le daban para seguir los rectos trámites del derecho, y dejase de infundir fingidos temores, cuando, á querer emplearlos, se le ofrecían medios más seguros de defender su causa, pues el Rey no había de negarle cualesquier otras garantías para su futura seguridad y observancia de la verdad establecida por el derecho, en caso de desconfiar, como acostumbraba, de las reales promesas, que siempre juzgó vanas, para hacer del fingido temor cómoda máscara de sus pérfidas intenciones y atribuir sus maldades á aquellos que únicamente buscaban la justicia de las leyes. Era, por tanto, más propio de la equidad de un Rey favorecer á los vasallos pacíficos, amantes de la rectitud del dere-

cho, que adular á los que la rechazaban. Y si la cuestión del Señorío de Tarifa había de venir á términos de litigio, para examinar los títulos, tanto del Almirante como del mismo Fernán Arias, no negándose este trámite, ni viéndose aún en la conducta del Rey señal alguna de parcialidad por uno ó por otro, ¿qué tenía que ver con este asunto la ocupación de la fortaleza de Utrera, con desprecio del pleito homenaje que por razón y derecho obligaba á todos los alcaides de castillos á obedecer las órdenes del Rey y á admitirle, contento ó airado, sin excusa alguna, hasta en el interior de aquellos pertenecientes al señorío patrimonial de los que los ocupaban? Infame perfidia cometería con desacatar á su Rey y á su Reina cuando, al pedir ante sus puertas la entrega del castillo de Utrera propio de la Corona, invocaban las leyes de Castilla; con encomendarle á ladrones y sicarios, disponerse á la defensa y amenazar con la destrucción de la patria si se refrenaban sus violencias. Debía, pues, desistir de aquellas fingidas quejas; continuar el pleito de Tarifa, y, una vez entregada la fortaleza de Utrera, que no podía lícita ni decorosamente seguir ocupando contra la voluntad del Rey, en todo lo demás se daría benigna resolución. Ante todo, convenía que aceptase la devolución de sus bienes y peculio, en caso que, por causa de las maldades perpetradas, se declarasen pertenecer al fisco, como un acto de clemencia de quien se los devolvía.

Ningún caso hizo Fernán Arias de estas proposiciones que, en nombre del Rey y refu-

tando sus argumentos en defensa de la rebelión, le hizo el Prior de San Pablo de Sevilla fray Alfonso de Carmona, como tampoco de los consejos de sus parientes, encaminados á convencerle de lo que más honra y más ventaja le ofrecía. Resuelto ya muy de antemano á la guerra, fiaba mucho en las promesas de los ladrones, defensores de la fortaleza, que le aseguraban resistirían los ataques del enemigo durante un año, tiempo suficiente para cambiar los pasados descalabros en honra y utilidad. Confiado en esta sola esperanza, Fernán Arias empezó á emplear sus satélites en la perpetración de maldades, y á burlarse de los preparativos del sitio. La orden del Rey para exigir á los sevillanos los gastos que ocasionara el transporte de la artillería y demás máquinas de guerra sirvió de pretexto á los recaudadores para sobrecargar de tributos al pueblo, aumentando así la malevolencia de las gentes.





CAPITULO VII

Llegada de los comisionados de la Hermandad popular. — Hechos realizados por algunos zamoranos. — Propósitos del Rey relativos al aumento de la Hermandad.

Por aquellos días llegaron á Sevilla, en representación de la Hermandad, el Provisor del Hospital, Juan Ortega, hombre probo; Rodrigo Fernández de Peñalosa, honrado caballero segoviano, y Juan de Ulloa, éste, sujeto de perversa índole, pariente del otro Juan de Ulloa que dió entrada en Toro tiempo atrás a rey de Portugal. Igual al difunto, así en el nombre como en las corrompidas costumbres, se cuidó muy poco de secundar á sus compañeros en su cometido; antes, con pretexto de desempeñarle él en su nombre, tramó en Sevilla nuevas intrigas, dándose aires de hombre íntegro, defensor de la justicia. Mas cuando advirtió la dificultad de realizar las deseadas exacciones sin inutilizar á uno de sus compañeros, Rodrigo, y engañar con ingeniosos subterfugios al otro, Juan de Ortega, ocupado en otros asuntos, puso en ejecución ambos recursos, y ya pudo aparecer como único en-

cargado de asegurar el establecimiento de la Hermandad. No tardó en descubrir cuanto al principio había ocultado, haciendo infame el nombre de la Hermandad, antes glorioso, y en cuanto estuvo en su mano destruyó tan pérfidamente sus más firmes cimientos, que cuantos sevillanos empezaron por dar su voto para admitirla, empleaban ahora contra ella el más hostil lenguaje. Para ir así contra lo que antes reclamaron les suministraba razones más poderosas que las comunes lo flojamente que la caballería de la Hermandad, al mando de Manuel Ponce de León, perseguía á los satélites de Fernán Arias, que hacían á todo aquel territorio víctima de rapiñas, presas y asesinatos.

Inútiles parecían los esfuerzos de la Hermandad en las provincias andaluzas, infestadas de ladrones, que en las puertas mismas de Córdoba se apoderaban de los caminantes y los sepultaban en las mazmorras de Zahara. Cuando por casualidad se cogía á alguno de los bandidos, no se le castigaba por sus crímenes, por temor á las represalias con los cautivos.

Se aseguraba que en tierras de Toledo y en las fronteras de Portugal los caballeros de la Hermandad procedían con igual apatía, no defendiendo el territorio de Zamora y Salamanca de las correrías de los ladrones capitaneados por Zapico, ni de los ocupadores del castillo de Bilvestre, que campaban por su respeto apoderándose de considerables presas. Esto había dado nueva audacia á los antiguos traidores de Zamora. Los amigos del Cantor, tío de Alfonso de Valencia, que entregó

por traición la fortaleza, por consejo, según se dice, del primero, trataban de entregar la ciudad al príncipe D. Juan; pero tuvo noticia el Corregidor del criminal proyecto, y los traidores recibieron el condigno castigo. También encontraron ya resistencia las incursiones desde que las guarniciones de caballería de la Hermandad exterminaron á los salteadores. Pero no cesaban las vivas protestas de los nobles y del clero, mal avenidos con el repartimiento de las soldadas, que consideraban atentatorio á sus honrosos privilegios, no recatándose de proclamar que antes arrostrarían cualesquier otros peligros que resignarse á ver violadas sus antiguas prerrogativas. Contaba otra vez la conspiración con muchos auxiliares, é iba entibiándose la indignación contra los criminales, algún tanto amilanados hasta entonces por temor al castigo, pero ya de nuevo en campaña.

De todo esto tuvo noticia D. Fernando, y aunque le causaba gran enojo la rebelión de Fernán Arias en Andalucía, se resolvió á vigorizar las fuerzas de la Hermandad, en especial porque, de diferirse el conveniente remedio, no sólo recaería sobre ella negra mancha, sino que no pasaría del 15 de Mayo de 1478, plazo establecido por los fundadores para su disolución. Eran, por consiguiente, muchos los que creían que el Rey debía acudir al remedio de las disensiones presentes y proveer las necesidades futuras. No faltaban tampoco quienes le aconsejaban que no saliese de Andalucía sin dejar rendido el castillo de Utrera, cuyo ejemplo, glorioso ó indigno, se creía imitarían los demás ocupados por tiranos, con tanto más tesón cuanto

más fuertes por su posición ó por sus defensas, como los dos de Carmona, de que era dueño Luis de Godoy. Para nadie era dudoso que la entrega de Alcalá de Guadaira no se haría en virtud de pactos, constándole al Marqués de Cádiz cuánto se bastaba Fernán Arias para hacer levantar el sitio de Utrera; que, de cualquier modo, los nobles y el clero habían de oponerse á la subsistencia de la Hermandad, pero que llegado el plazo marcado para su licenciamiento, después de Agosto, esta milicia seguiría la suerte de los sucesos, puesto que todo se somete al vencedor y todo el mundo desprecia las órdenes del general vencido. Y si el Rey ponía apretado cerco al castillo de Utrera y castigaba á los rebeldes, sin duda se le someterían cuantos le eran hostiles mientras subsistía la resistencia. Pero muchos censuraban su excesiva clemencia por haber dejado en libertad á los ladrones de los castillos de Castronuño y Cubillas y de los entregados tras largo sitio, aunque sin querer apelar al asalto, que hubiera favorecido la fortuna con un poco más de perseverancia en el cerco. Este ejemplo había dado alientos á los demás rebeldes, esperanzados de obtener perdón cuando se vieran obligados á rendirse, y nadie dudaba de que ésta era también la principal confianza de Fernán Arias. Por tales motivos, antes de rendir á Utrera, la opinión sensata no creía conveniente á la dignidad de la Corona la partida del Rey. Este, por el contrario, afirmaba ser precisa su presencia en Castilla, mientras la Reina, en atención á su estado, permanecía quieta en Sevilla, con bastantes medios para proveer á los

asuntos de Andalucía y hacerse obedecer de los capitanes que sitiaban á Utrera, suficientes para tomar el castillo.

Algunos, sin embargo, refutaron con muchos argumentos esta opinión de D. Fernando y procuraron persuadirle de la necesidad de dejar rendida la fortaleza. Parecieron convencerle las razones de sus amigos, y dispuso aumentar la artillería, preparar escalas y, para día señalado, llamar de todas partes tropas á fin de facilitar el ataque del castillo; porque aún se seguía temiendo el socorro de los granadinos, que Fernán Arias había fingido llamar por auxiliares para caso de apuro. Mas hubo otros que le hicieron desistir del propósito de expugnar el castillo y de suspender la marcha ya resuelta, alegando la necesidad de su presencia en el día señalado para la Junta de Hermandad en Pinto ó en Madrid, porque, transcurrido el plazo marcado, le sería imposible hacer lo que tuviese resuelto en favor de aquella milicia. Exigía también no escasa diligencia la reconciliación con el Arzobispo de Toledo, y, de diferirla, seguramente surgirían en territorio del Tajo, y tal vez en Toledo, graves sucesos que únicamente podría evitar la presencia del Rey.

Por otra parte, una vez empeñado en combatir en persona la fortaleza de Utrera, si por caso era rechazado el ataque, sería punto de honor el renovarle hasta vencer; y parecía más práctico el alejamiento de D. Fernando mientras iban debilitándose las fuerzas de los pérfidos defensores, como también más honroso para la Corona que fuesen los capitanes los que rindiesen un castillo

bien enrocado, que consagrar á este único objeto, con no pequeña mengua, todas las fuerzas disponibles, posponiendo tantas otras oportunidades favorables. Al cabo esta fué la opinión adoptada.





CAPITULO VIII

Consentimiento del Rey para que D. Alfonso de Cárdenas obtuviera el Maestrazgo de Santiago. — Causas verdaderas y aparentes del consentimiento.

Al mismo tiempo que el Rey se ocupaba en los asuntos de Andalucía, se hacía correr el rumor de nuevos peligros en las fronteras de Portugal, á que sólo podrían hacer frente las fuerzas del Maestrazgo de Santiago, ó de León, bajo el mando de D. Alfonso de Cárdenas, que en lugar del difunto Pacheco se hacía llamar Maestre de aquella Orden. Favorecíale mucho su primo D. Gutierre de Cárdenas, el que más privanza lograba con la Reina; mas para no malquistarse con el Rey, administrador del Maestrazgo, aparentaba sentimientos muy diferentes. Considerando luego la insólita tardanza del Papa en confirmar al Rey en la administración irregularmente concedida, y en cambio haberlo hecho en esto, como en todo, á favor del conde Jerónimo, poco á poco y por grados fué buscando ocasión de favorecer al primo. Entretanto se valía de sus

agentes para encauzar disimuladamente el asunto, mientras en público acusaba de insensato al amigo, sin perder de vista, no obstante, el íntimo deseo. Cuando los rumores de próximos trastornos en la frontera portuguesa fueron tomando cuerpo, empezó á ponderar el poder del Comendador ó Maestre D. Alfonso, con cuya égida toda la provincia se pacificaría si el Rey transfería el cargo de la administración del Maestrazgo en el veterano Comendador de aquella Orden militar, á quien sus estatutos favorecían legalmente, en particular desde la marcha de su competidor en el cargo D. Rodrigo Manrique.

Alegaba también D. Gutierre la utilidad que por este medio encontraría el tesoro real en el percibo de las rentas, pues mientras la administración corriera á cargo del Rey, muy escasas serían las que pudiera aplicar á sus urgencias, por la excesiva importunidad de aquellos á quienes, sin desdoro de la Corona, no podría negar su regia munificencia. En cambio, dando la posesión del Maestrazgo á quien de derecho correspondía, sobre librarse de pesada carga, obtendría segura ganancia, pues podría mantener constantemente con dinero ajeno 1.500 caballos; remediaría la penuria presente con las fuertes sumas que el poderoso D. Alfonso de Cárdenas emplearía; desbarataría las intrigas maquinadas por el conde de Feria D. Gómez Suárez de Figueroa, y burlaría los pérfidos intentos de Pedro Pantoja, sospechoso de traición en aquellos días, y en cuya cabeza podría castigar al príncipe don Juan, á cuya devoción estaba. Era fama que, ale-

gando el olvido en que tenía el Rey sus méritos y auxiliado por los portugueses, había entregado los dos castillos de Azagala y Piedrabuena. Los partidarios del de Cárdenas propalaban que lo mismo haría el clavero de Alcántara Alfonso de Monroy, porque el favor Real ya no se ejercía en pro de los beneméritos, sino de los desleales. Así se había dado el Maestrazgo de Alcántara al hijo del Conde de Plasencia, en otro tiempo rebelde á la Corona.

Añadían que Badajoz y Mérida, en poder de hombres sospechosos, amenazaban con cruelísima guerra, á que sólo podría hacer frente don Alfonso de Cárdenas, una vez investido del Maestrazgo de Santiago, pues mantendría constantemente cerca de mil caballos, y en caso de repentinas contingencias, acudiría con más numerosa caballería y con 10.000 peones. Asimismo abatiría el orgullo é insensatez del duque D. Enrique y del Marqués de Cádiz, á quien daban por cómplice de Cárdenas. Con estas y otras semejantes consideraciones, hábil y oportunamente presentadas, lograron los partidarios de éste el consentimiento del Rey en favor del Comendador. Para la negociación se eligió al Dr. Antonio Rodríguez de Lillo, hombre probo y muy inclinado á favorecerles. Sobre todo estaba muy á la devoción de D. Gutierre y era estimadísimo de D. Alfonso. Fué de los más activos negociadores de la concesión Real, que le proporcionó, además de la correspondiente gratitud, cierta compensación pecuniaria, después de atender á los gastos con mayor suma de dineros. Consiguió

también para Gutierre la sucesión legal en el cargo de Comendador mayor de León y retener en prenda la fortaleza construída por D. Alfonso y asignada á su señorío, mientras el Maestre, para poder atender mejor á sus asuntos, quedaba dueño del castillo y villa de Segura. En cuanto á las rentas, las cedió al Comendador de León; consideró siempre á su primo como principal promovedor de su elevado cargo; ofreció su persona y bienes al Rey, y sin olvidarse del favor recibido, supo cumplir con los demás deberes de la gratitud.

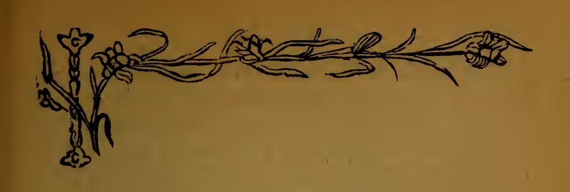
Si grande fué la satisfacción que la noticia produjo en los partidarios del de Cárdenas, no fué menor el sobresalto que la novedad causó á otros Grandes, en especial al duque D. Enrique, afectado por doble disgusto. En primer lugar, veía á su rival investido por autoridad del Rey del honor y dignidad á que tanto había aspirado, y luego, además de la afrenta recibida, conocía que se le preparaban nuevos contratiempos. Teniendo por entabladas, pero no concluídas las negociaciones, expuso al Rey cuán grave desgracia consideraba el no haber conseguido con sus constantes servicios á la Corona lo que el comendador de León D. Alfonso había logrado con las infinitas ofensas hechas á los Reyes. Y si no eran los méritos, sino el dinero, lo que se tenía en cuenta, también en esto llevaría él la ventaja, pues ofrecía mayores sumas. Suplicaba, por tanto, al Rey que le ahorrase esta triste afrenta, y que le impusiera cuantas obligaciones tuviera á bien, pidiéndoselo encarecidamente en nombre del duque D. Enrique, y de su tío el Cardenal, y por la

honra de su hermano el Duque y Marqués de Santillana, que á la muerte de Pacheco había aspirado al Maestrazgo. El Duque de Alba, allí presente, y el Conde de Benavente, que en otro tiempo había aspirado al Maestrazgo, censuraban al Rey, dando por causa de su silencio el propósito de poner término á las competencias de los Grandes, con adjudicarse la administración de la Orden militar, y que luego, con ofensa de todos, cuando los beneméritos, en acatamiento á la regia voluntad, habían enmudecido, había dado el Maestrazgo á D. Alfonso de Cárdenas. Por consiguiente, deseaban que el favor Real recayera sobre los más dignos, no que los engañadores se le granjeasen imponiéndose con diversas quejas y protestas.

Vaciló algún tanto el Rey; pero al cabo confirmó lo comenzado, se negó á todas las transacciones de los contradictores, ocultó la noticia de haber aceptado el Papa la provisión de la administración y se declaró resueltamente en favor de D. Alfonso de Cárdenas y de su primo D. Gutierre, con gran disgusto de varios Grandes, y principalmente del duque de Alba D. García, que suplicó al Rey le diese licencia para marchar inmediatamente á sus Estados, donde le llamaban urgentes asuntos. Trató D. Fernando de aplacar al enojado prócer con amables palabras; pero no halló argumentos suficientes para convencerle. La Reina, con resolución impropia de su sexo, aprobó cuanto había dispuesto su marido en favor de los Cárdenas y quitó importancia á todo lo demás, con grave ofensa de los Grandes, que al principio desearon ver la voluntad del Rey sometida á

la de su mujer, y que en esta ocasión lo lamentaban amargamente. La ambición de los tiranos llega al desenfreno y á la impudencia, cuando no se avergüenzan de emplear á un tiempo y para el mismo fin la alabanza y la censura, con tal de conseguir lo que ansían. Así, muchos de los Grandes de Castilla y de León, corrompidos por larga tiranía, trabajaron por sublimar excesivamente á la Reina, con el propósito de que no estuviese supeditada al marido y de que la discordia de los cónyuges socavase los cimientos del trono. Y los mismos Grandes ensalzaban su conformidad cuando en algún caso les era favorable, á reserva de censurarlos cuando disentían en algo que les procuraba ventaja. En particular en el caso de D. Alfonso de Cárdenas, acusaban públicamente al Rey de haber pospuesto á su propia utilidad la voluntad de la Reina. El Duque de Alba, poseído de iguales pasiones que los otros Grandes, manifestó ante todos su enojo, y marchó á Sevilla.





CAPITULO IX

Llegada del Conde de Cabra.—Rendición de Guadaira.—Toma de la torre, guarida de los ladrones.—Ocupación de Matrera.

No concedió el Rey gran importancia á la partida del Duque de Alba, y atendió principalmente á prevenir las entradas de los granadinos, incitados á la guerra contra los andaluces por emisarios del príncipe de Portugal y por el perverso propósito de Fernán Arias de Saavedra de invalidar las treguas concertadas, para daño futuro de los andaluces y algún alivio propio, proporcionado por la crueldad de la guerra. Eligió como á negociador más hábil al conde de Cabra D. Diego Fernández de Córdoba, tanto por estarle muy obligado, como por el singular afecto que al rey Albuhacén profesaba. Las enemistades de D. Alfonso de Aguilar habían estrechado la amistad entre el Conde y el rey de Granada, que por igual le aborrecían. Por esta razón, creyendo el rey D. Fernando al conde D. Diego el más á propósito para emplearle como intermediario, le llamó á Sevilla, adonde acudió de muy buen grado con sus hijos D. Diego y D. Sancho, con su

nuera D.ª María de Mendoza, su yerno Martín Alfonso de Montenegro y sus sobrinos, todos los cuales siempre le habían sido adictos, aunque jamás le hubiesen visitado. El Rey acogió muy alegremente á su anciano tío, persona dignísima y elocuente, que á solas con él, en un razonamiento robustecido con graves sentencias, le dió muchos consejos sobre el mejor gobierno de la cosa pública; explicó el sistema que debería adoptarse, é indicó por qué grados se llegaría á la cumbre del honor, y con argumentos evidentes hizo ver lo funesto de la guerra que se empeñaría entre andaluces y granadinos si no se acudía enérgicamente á evitarla.

El Rey le escuchó con gran atención; pero, excepto el punto de las treguas, á lo demás no aplicó urgente remedio. Aceptó el Conde la comisión, y pocos días después marchó á Baena, y desde aquel punto, próximo al territorio de Albuhacén, pactó con éste treguas de tres años, que, con consentimiento y autoridad de los Reyes, ambas partes confirmaron mandándolas pregonar por todos los pueblos. Al príncipe D. Juan, que perseguía fines muy distintos, le contrariaron grandemente, y á Fernán Arias le hicieron perder gran parte de su confianza. Nada de extraño, pues, que alguien viera en esto el motivo principal que decidió al Marqués de Cádiz á la entrega definitiva del castillo de Guadaira, pues los ánimos de los Grandes andaluces habían estado largo tiempo vacilantes entre las treguas con los granadinos ó la guerra futura. Cuando ya vieron clara la cuestión, doblaron al

punto la cerviz; D. Rodrigo Ponce interrumpió sus secretas conferencias con el rebelde Fernán Arias, y el 24 de Diciembre de 1477 la fortaleza de Guadaira se rindió á Fernando de Villafañe, caballero leonés, más tarde alcaide por los Reyes, como favorecido sobre los demás por el Cardenal.

Casi por estos mismos días la caballería que sitiaba el castillo de Utrera, queriendo acabar con los continuos latrocinios de los soldados de Fernán Arias, se apoderó de la torre de la Membrilla, su más segura guarida. Pero, á poco, él ocupó por ardid la torre de Matrera, más fuerte por su situación y defensas, é inmediata á la serranía de Ronda. Desde allí cometió multitud de crímenes, tocándoles ser las principales víctimas á los sevillanos, ya castigados con diversas exacciones. Por reparto entre los ciudadanos se pagaban los gastos del transporte de la artillería y la construcción de las otras máquinas de guerra, y para las personas poco acomodadas y para los pobres la carga era demasiado pesada.

Las antiguas autoridades se alegraban al ver su desprestigio convertido ahora en vergüenza de los cortesanos, y cada día incitaban más al pueblo á la protesta, á medida que iban aumentando los desafueros. Si alguna vez el Rey, excitado por las delaciones, se proponía buscar el germen de tantas maldades, al punto, como por artes mágicas de sus consejeros, quedaba tan engañado, que los buenos le notaban de inexplicable desidia y los malvados le despreciaban. La Reina, á quien parecían hacer mella las exhortaciones de los religiosos que condenaban aquellos despojos en sus

pláticas, aceptaba, convencida, las excusas que por la noche le daban sus familiares, y seguía engañada por la excesiva fe que les atribuía. La verdad no podía abrirse camino, y la pública tristeza de los empobrecidos vasallos leales era júbilo para los infieles usureros.

Conocedor de todo esto el príncipe D. Juan, comenzó á arrepentirse de haber pactado treguas de dos años, y seguramente las hubiera roto al punto, á no impedírselo el hambre horrible que por la carestía de mantenimientos sufría Portugal. También consideraron los portugueses grave estorbo las treguas concertadas por D. Fernando con los granadinos, como se dijo. Los soldados andaluces, á quien la abundancia de víveres proporcionaba en todas partes alimentación sobrada, podrían ya invadir más libremente las fronteras portuguesas. Además tenía muy atados á los portugueses el no poder proporcionarse alimentos más que por la parte de tierra, y eso por permiso del Conde de Feria y del maestre de Santiago D. Alfonso de Cárdenas, á los cuales al menos retraería el reparo de la licencia otorgada en caso que por aquellas partes se violasen las treguas. También por las tierras del Señorío del duque D. Enrique, fronterizas á Portugal, estaba prohibida la entrada de víveres en el reino. Las hostilidades se posponían al lucro, y ni los avaros recordaban haberlo prohibido el Rey, ni éste había aprendido á castigar la inexplicable tenacidad de los desobedientes. Así, la incuria ó la cobardía de los más calificados infundía audacia á los inferiores.



CAPITULO X

Efímero reinado del príncipe D. Juan.—Causas de su coronación y de su repentina abdicación en su padre.

NADA llevaban tan á mal los portugueses como el destierro en que vivía su Rey, á quien había sustituído en el gobierno su hijo el príncipe D. Juan, joven más obediente á sus caprichos desordenados que á los dictámenes de la razón. Despreciando el trato de los hombres de varonil temple, sometía su albedrío á la voluntad de advenedizos, á quienes, por una perturbación del buen sentido, trataba á veces de dar preferencia sobre los más beneméritos. Lamentaban los portugueses su desgracia y maldecían el infausto día en que su rey D. Alfonso, por la ambición de mayor poderío, había caído de la cumbre del verdadero honor. Aquel Monarca, considerado por sus súbditos como el más ilustre de los de su época, había desdeñado la paz de su reino, y, como peregrino, había aceptado, reconocido, la hospitalidad francesa, en busca de incierto socorro, por cuya vana esperanza había perdido riquezas seguras. Pero en cierto modo mitigaban

lo amargo de estas quejas los frecuentes avisos de la próxima llegada del deseado Monarca, cuya imprudencia por haber roto una guerra funesta censuraban, si bien las urgencias presentes iban haciéndoles olvidar el error cometido. La conducta del Príncipe, tan digna de censura en tantos puntos, había aminorado la recaída sobre la única, aunque gravísima, falta del padre, y ya había reconquistado el antiguo cariño de sus súbditos, pendientes todos de aquella sola esperanza, fundada en la vuelta de su Rey. También él estaba arrepentido de su peregrinación, y muy deseoso del regreso; pero traíanle angustiado muchas sospechas y el inconstante carácter del rey Luis. Mientras vivió el duque Carlos de Borgoña, aquél, según su costumbre, empleó numerosos espías en averiguar si en su regio huésped notaban alguna inclinación al Duque. Estas sospechas hacían aparecer algo coartada la libertad del Monarca. Después de la desgracia del Duque, la guerra con borgoñones y alemanes había sido otra contrariedad para el Portugués, por hacer imposible distraer fuerzas francesas para auxiliarle.

Haciásele necesario el regreso á su patria, pero en tan revuelto estado de cosas corría riesgo de caer en manos de sus enemigos si no tomaba grandes precauciones para el camino. Apeló, por tanto, á mil subterfugios é hizo cundir la noticia de que se proponía ir á Roán por el río Sena. Luego se manifestó pronto á dirigirse al puerto de Harfleur, para embarcarse allí en la armada de Colón camino de Portugal. Entretanto preparaba plan muy diferente, y ni á sus más íntimos des-

cubría los motivos de tales cambios, reservándose el secreto para engañar así á los espías, que si pretendían averiguarle sobornándolos, como una y otra vez habrían visto salir falsos sus informes, ya no podrían comunicárselos ciertos á los cómplices apostados en puntos más lejanos. Todas estas precauciones le parecieron insuficientes para evitar las asechanzas, y rápidamente imaginó un extremo y arriesgado recurso. Solo, y sin comunicárselo á ninguno de los suyos, marchó, según se dice, á un monasterio donde nadie le conociese. Con esto se proponía que los que le habían acompañado en su viaje, desesperados ya al conocer la desaparición del Rey, procurasen buscar un refugio embarcándose para Portugal, y si algunos, muy pocos, según creía, persistían en buscar su paradero, á esos solos admitiría por compañeros de viaje.

El suceso siguiente vino á favorecer los planes del Rey y á confundir más á sus espías. Había mandado á varios criados embarcarse para Portugal en una nave mercante, y confiádoles algunas alhajas. En el camino les salió al encuentro un navío de piratas vascongados que, con el auxilio de soldados ligeros, los atacaron y se arrimaron audazmente al costado de la embarcación enemiga. Ya su gran mole amenazaba echar á fondo á la de los piratas, cuando éstos levantaron rápidamente el arpón que aferraba la borda de la nave portuguesa y, tomando el largo, empezaron á disparar sobre ella con los cañones terrible lluvia de grandes pelotas de piedra. Una de ellas les rompió la antena, y cayendo de repente la

vela, quedaron los míseros portugueses imposibilitados para navegar ó para combatir, porque la embarcación iba inclinándose sobre los costados, y aquélla estorbaba á los marineros para la maniobra. Inmediatamente el pirata vascongado Juan de Granada registró las cámaras y, entre otras alhajas escondidas, tropezó con el preciosísimo estoque y galero enviados en otro tiempo por el Papa al rey de Portugal, custodiados por los pajes y dos religiosos que al principio del combate se habían refugiado en lo más recóndito de la embarcación.

Intentó arrancar con tormentos á uno de los pajes si el Rey estaba oculto, á lo que contestó el mancebo: «Suspende tus crueldades, ya que has vencido, y sabe que el desdichado Monarca portugués ha muerto.» Satisfecho Juan con la noticia, hizo rumbo á Laredo y pidió á los naturales el necesario socorro, mientras hacía saber al rey de Castilla lo sucedido y que, en su opinión, había peleado con el Monarca portugués. Aconsejaba, por tanto, á D. Fernando que, antes de marchar desde Medina del Campo á Andalucía, se dignase ir á aquel puerto para ver si reconocía en alguno de los dos religiosos al rey D. Alfonso. Cundió pronto la noticia de este desastre; pero D. Fernando se negó á diferir el viaje proyectado y envió allá á un sujeto que pudiese reconocer al Rey portugués, aun bajo el disfraz de religioso, y que sólo pudo encontrar el estoque y el galero del equipaje real.

Esta noticia tuvo muy engañados y por mucho tiempo á casi todos los espías. Como empecé á

referir, D. Alfonso quiso tener desorientados hasta á sus familiares, que arribaron á Portugal en su mayor parte y dieron por triste causa de su llegada que el Rey, impresionado por los reveses sufridos y por las falacias del mundo, se había acogido al retiro de un claustro y depuesto la corona. Llegaron al mismo tiempo cartas suyas confirmándolo, é inmediatamente, después de los lúgubres lamentos y exclamaciones del pueblo por la pérdida de su Rey, se coronó como tal el Príncipe para que el reino no estuviese más tiempo sin Monarca. Dos días habían transcurrido desde que D. Juan gozaba del título y del trono, cuando se recibió la noticia de haber arribado D. Alfonso á las playas de Lisboa. Quedaron atónitos así los Grandes como el pueblo, y el Príncipe sintió grandemente haber aceptado cosa de que tan pronto había de desprenderse. Sucedió á la alegría el estupor; pero no quedó nadie que no acudiera á recibir al deseadísimo Soberano. Este sancionó cuanto se había hecho, llamó Rey al Príncipe, elogió su acierto en el gobierno y dió licencia á los Grandes y al pueblo para exponerle sus deseos y los medios más oportunos para el buen régimen del reino, porque él tendría por más honroso y conveniente aquello que pareciese mejor al común.

El Príncipe, reconociendo la superioridad de su padre hasta en el cariño, y viendo el júbilo y satisfacción con que había sido acogido, se sometió al destino y aclamó á D. Alfonso por Rey único y legítimo. Imitáronle todos y se acordó solemnizar con un discurso la reunión de la

Junta. Al efecto eligieron á un sujeto elocuente, de gran autoridad y sentimientos religiosos, que, en persuasiva plática, explicase las causas de lo sucedido y la fuente de los maravillosos efectos. Unánimes asintieron á las conclusiones del orador, dirigidas á que perseverasen en el acatamiento de siempre á su rey D. Alfonso, que, por ensanchar las fronteras lusitanas, no había vacilado en arrostrar tantos peligros y desastres. Entonces todos á una voz aclamaron al esclarecido Monarca, le colmaron de alabanzas y le devolvieron la corona, elogiando al mismo tiempo el afecto filial del Príncipe.

Cuando todavía corrían las primeras noticias, llegaron las últimas á oídos de los Reyes, á la sazón en Sevilla.

Con la mención de la sorpresa que en ambas naciones produjeron, pongo término á la tercera Década de estos Anales de España, que comprenden hasta el año de 1477.

FIN DEL TOMO IV

ÍNDICE

Págs.

LIBRO XXIV

Págs.

LIBRO XXV

LIBRO XXVI

Págs.

LIBRO XXVII

Págs.

LIBRO XXVIII

Págs.

LIBRO XXIX

Págs.

LIBRO XXX

Págs.

